



EL H O B B I T
A N O T A D O



J. R. R. Tolkien a mediados de la década de 1930.

EL H O B B I T ANOTADO

INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
Douglas A. Anderson



EDICIONES MINOTAURO

Título del original inglés:
The Annotated Hobbit
Traducción de *El hobbit*: Manuel Figueroa
Traducción de las notas: Rubén Masera

Primera publicación en inglés:
George Allen & Unwin 1937
Cuarta edición © George Allen & Unwin Ltd 1978
Notas © Douglas A. Anderson 1988

Primera edición: diciembre de 1990
Primera reimpresión: septiembre de 1993

Ediciones Minotauro © 1990
Rambla de Catalunya, 62. 08007 Barcelona
Tel. 900 30 Oí 27

ISBN: 84-450-7153-X
Depósito legal: B. 14.554-1993

Fotocomposición: gama, s.a., Barcelona
Impreso por Industrias Gráficas Domingo
Industria, 1. Sant Joan Despí (Barcelona)

Impreso en España
Printed in Spain

No alcanzo a imaginar una ancianidad más placentera que aquella que transcurre en un país no demasiado remoto donde yo podría releer y anotar mis libros favoritos.

André Maurois

Contenido

<i>Prefacio</i>	xi
<i>Introducción</i>	1
I Una tertulia inesperada	9
II Carnero asado	38
III Un breve descanso	57
IV Sobre la colina y bajo la colina	67
V Acertijos en las tinieblas	82
VI De la sartén al fuego	106
VII Extraños aposentos	128
VIII Moscas y arañas	158
IX Barriles de contrabando	190
X Una cálida bienvenida	210
XI En el umbral	224
XII Información secreta	235
XIII Nadie en casa	258
XIV Fuego y agua	271
XV El encuentro de las nubes	282
XVI Un ladrón en la noche	293
XVII Las nubes estallan	300
XVIII El viaje devuelta	313
XIX La última jornada	323
<i>Apéndice A: Nocas sobre las sucesivas revisiones del texto</i>	335
<i>Apéndice B: Sobre las runas y sus valores</i>	343
<i>Bibliografía</i>	347
<i>Mapa de Wilderland [Tierras Ásperas]</i>	350

Prefacio

EN OCTUBRE DE 1954 J. R. R. Tolkien viajó a Bélgica, donde en la Universidad de Lieja se le concedió un doctorado en letras. Se le dio la bienvenida como al *créateur de M. Bilbo Baggins* y se le explicó el aplauso con que fue recibido diciéndole que *El hobbit* era un «libro establecido» con el que los candidatos a graduados tenían que estar familiarizados. Varios meses más tarde, en una nota autobiográfica preparada para sus editores, respondió con una única palabra: *ay*, seguida de un grueso signo de admiración. Su respuesta a una edición anotada de *El hobbit* habría sido acompañada por una aflicción todavía mayor.

Es vastamente conocido el disgusto que sentía Tolkien por la crítica (en particular la crítica de su propia obra). De la crítica de los cuentos de hadas escribió una vez: «Con palabras de [George Webbe] Dasent [de su traducción de los cuentos populares escandinavos] diría: "Debemos sentirnos satisfechos con la sopa que se nos pone por delante y no desear ver los huesos del buey con que fue hecha".... Por "la sopa" me refiero al cuento como nos lo sirve el autor o narrador, y por "los huesos", a las fuentes o la materia prima, aun cuando éstas (por rara suerte) puedan conocerse con certidumbre. Pero, por supuesto, no prohibo la crítica de la sopa en tanto sopa». *The Monsters and the Critics [Los monstruos y los críticos]*.

Para compilar esta edición anotada de *El hobbit* he utilizado ampliamente los escritos del propio Tolkien, en particular sus cartas, pero también cualquier cosa que datara del tiempo que precedió o acompañó a la creación de *El hobbit*. Los variados escritos de Tolkien son interdependientes en sumo grado, y he intentado mostrar algunos ejemplos. Tolkien no era por separado un medievalista, un filólogo y un escritor, sino una combinación de los tres. Con esta idea sobre las notas, creo poder esperar que el mismo Tolkien encontraría algo más atractivo el resultado final.

El hobbit ocupa una posición peculiar en relación con gran parte de los demás trabajos de Tolkien. Es la única obra extensa que escribió para los niños. Al

escribirla recurrió a algunos elementos de la historia inédita de los Elfos, «El Silmarillion». Después de publicado *El hobbit* y cuando se le instó a que escribiera una continuación, compuso su obra maestra, *El Señor de los Anillos*, que es en muchos aspectos tanto una secuela de «El Silmarillion» como de *El hobbit*. El éxito alcanzado por *El Señor de los Anillos* cuando se publicó a mediados de la década de 1950, creó la demanda de «El Silmarillion», que Tolkien nunca consiguió reescribir de modo satisfactorio. Fue corregido por su hijo Christopher y publicado como obra postuma en 1977.

Las historias de estas tres obras están inextricablemente eslabonadas de muchas maneras. Sólo me detuve brevemente en esos eslabones al anotar *El hobbit*. Y sólo utilicé una parte pequeña de los detalles que se acumulan en *El Señor de los Anillos* sobre la subsiguiente historia de la Tierra Media. He preferido en cambio que *El hobbit* se destaque por sí solo como obra de arte y no lo he relegado a la mera condición de «precuela» de *El Señor de los Anillos*. *El hobbit* sigue siendo una gran obra aunque *El Señor de los Anillos* lo sea todavía más.

Para este volumen he reunido un conjunto de ilustraciones de Tolkien más numeroso que el habitual. Algunos son sólo bocetos o esbozos para un dibujo posterior. Pero el examen de los dibujos de Tolkien, aun de los inacabados, permite a menudo una apreciación más detallada de la visión que tenía Tolkien de la Tierra Media.

He incluido también una selección de las ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en las varias traducciones de *El hobbit*: la estonia (1977), la francesa (1976), la alemana (1957), la húngara (1975), la japonesa (1965), la portuguesa (1962), la rumana (1975), la rusa (1976), la eslovaca (1973), las suecas (1947, 1962) y la yugoslava (1986). He reproducido también unas pocas de las magníficas ilustraciones de Eric Fraser aparecidas en la edición de Folio Society (1979). Mi selección se basó en un vasto conjunto de ilustraciones que me procuró Christina

Scull. Mientras que algunas fueron elegidas como ejemplos de una abundante gama de interpretaciones, muchas otras fueron seleccionadas porque eran particularmente excelentes. Por este último motivo están bien representadas las ilustraciones estonias y las japonesas.

Los comentarios de Tolkien sobre las ilustraciones aparecidas en las traducciones fueron casi todos negativos: las de la sueca (1947) eran «espantosas», y las de la portuguesa, «inmundas». Se quejaba de que el personaje de Gollum apareciera siempre como una especie de monstruo, en completo desacuerdo con el texto. Esta observación es realmente cierta, y por ello he incluido sólo una ilustración de Gollum.

El texto de *El hobbit* utilizado en este libro [para esta traducción] es en esencia el de la tercera edición de 1966, la última corregida por el propio Tolkien. En el Apéndice A se examina brevemente la historia textual de *El hobbit*, y, para los que se interesan por tales asuntos, se da también allí una descripción completa de las revisiones que Tolkien hizo al texto (y el momento en que las hizo). Las notas de revisión que figuran en el Apéndice A se señalan con números entre corchetes en el margen del texto.

Para la preparación de este libro me he apoyado en el trabajo de mucha gente, y deseo expresar aquí mi agradecimiento. Además de los múltiples y variados escritos del mismo Tolkien, estoy sobre todo endeudado con la obra de tres personas: Christopher Tolkien, Humphrey Carpenter y T. A. Shippey. Desde la muerte de J. R. R. Tolkien en 1973, Christopher ha editado escrupulosamente muchos volúmenes de los escritos de su padre no publicados previamente, a los que hago aquí constante referencia. *J. R. R. Tolkien: una biografía*, de Humphrey Carpenter, me ha procurado un marco adecuado para el estudio de la vida de Tolkien, y la edición de Carpenter (con la ayuda de Christopher Tolkien) de *The Letters of J. R. R. Tolkien* (a las que en las notas se hace referencia simplemente como *Cartas [Letters]*) proporciona abundantes detalles que no figuran en ningún otro sitio. *The Road to Middle-earth [El camino a la Tierra Media]* de T. A. Shippey, es sin duda el mejor libro que se haya escrito sobre Tolkien, particularmente en lo que se refiere a los antecedentes literarios; encontré

en él muchas pistas útiles mientras investigaba para la preparación de este libro.

Varias personas leyeron el manuscrito de esta obra. Christopher Tolkien leyó y criticó el texto haciendo algunas útiles sugerencias. Otros a los que debo agradecer que hayan encaminado el libro son John D. Rateliff, Taum Santoski, Wayne G. Hammond, Kelley M. Wickham-Crowley y Thomas D. Hill. Muchas otras personas me han informado sobre asuntos específicos y he de agradecer a Richard Mathews, Verlyn Flieger, Glen H. GoodKnight, Fred Biggs, Takayuki Tatsumi, Victor Kadar, Reinhold Wotawa, Manfred Zimmerman, Richard E. Blackwelder, Deborah Benson Convington y Humphrey Carpenter. A pesar de tantos consejos y críticas útiles, todos los errores que aún quedan me pertenecen exclusivamente.

Tres instituciones me proporcionaron material e información, y tengo que agradecer a la doctora Judith Priestman, de la Bodleian Library, Oxford; a Charles B. Elston, de los Memorial Library Archives de la Marquette University (donde se conservan algunos de los manuscritos de Tolkien, entre los que se incluye el de *El hobbit*); y a Marjorie Lamp Mead, del Marión E. Wade Center del Wheaton College, en Wheaton, Illinois.

Priscilla Tolkien me dio la fotografía en la que aparece con su padre. Donn P. Stephan tenía fotografías de algunos artículos de su colección personal. Y Charles Garvín fotografió para mí algunas de las ilustraciones que aquí se reproducen,

De una manera más cotidiana, los que me han ayudado de diversos modos son John Kadar, Henry Zmuda, Barclay Hall, Martin Hempstead, Becky Reiss y Chris Lavallie. Por dar a mi programa de trabajo una extraordinaria flexibilidad, he de agradecer a Tom Seidner, Diane Bruns, Abbe Lyons, Stacy Snyder y Ellen Kline. Fui huésped de la señora Barbara Smith en Telluride, Colorado, donde se llevaron a cabo muchos de los trabajos preliminares destinados a la preparación de este libro.

Por último, deseo dedicar mi contribución personal en este libro a mí hermana Sue (que ha de compartir mi responsabilidad) y a la memoria de nuestra madre, Patricia A. Anderson (1933-1986).

DOUGLAS A. ANDERSON

Telluride, Colorado, e Ithaca, Nueva York

Diciembre de 1987-marzo de 1988

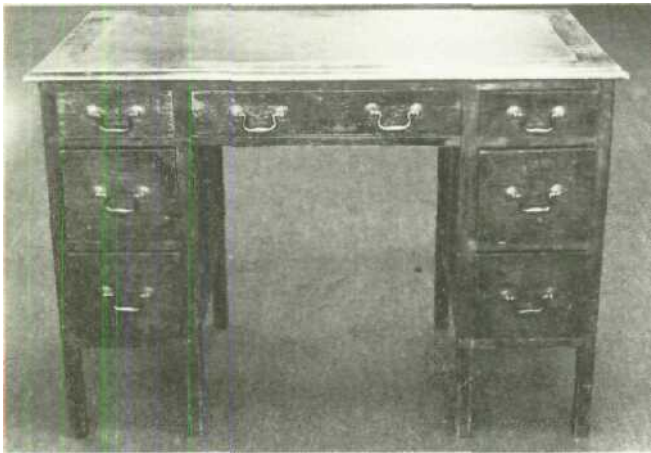


EL HOBBIT
A N O T A D O

Introducción

El hobbit se publicó por primera vez en Inglaterra en 1937 y en los Estados Unidos en 1938. Esta edición anotada celebra el quincuagésimo aniversario del libro en América y es una buena oportunidad para evocar el origen y la escritura de la novela, la historia de su publicación y la recepción inicial a ambos lados del Atlántico.

Tolkien contó a menudo cómo empezó el cuento. Un día caluroso de verano estaba sentado a su escritorio corrigiendo exámenes de sus alumnos (llamados entonces ensayos de graduación) sobre literatura inglesa. «Uno de los candidatos había dejado piadosamente una página en blanco.» Dijo en una entrevista que «es posiblemente lo mejor que puede sucederle a un examinador, y escribí en ella: "En un agujero en el suelo vivía un hobbit". Los nombres siempre generan historias en mi mente: es mejor que averigüe, pensé, cómo son los hobbits». En otro sitio



añadió: «Más tarde, unos meses más tarde, pensé que aquello era demasiado bueno para dejarlo en el dorso [del papel] de un examen ... Escribí primero el primer capítulo; luego me olvidé de él, luego escribí otra parte. Yo mismo puedo ver todavía los huecos. Hay un hueco muy grande después de que llegan al nido de las Águilas. Desde allí no sabía realmente cómo proseguir». Y agregó a esto: «Voy desarrollando una historia a partir de los elementos que guardo en la cabeza: no recuerdo realmente haber organizado nunca el asunto».

El escritorio de Tolkien (arriba) fue un regalo que le hizo su esposa en 1927. En 1972 lo donó a la organización Help the Aged [Socorro para los Ancianos], para que su venta sirviera a este centro de beneficencia. Escribió: «Fue mi primer escritorio ... En él fue creado todo *El hobbit*: escrito, mecanografiado e ilustrado». El escritorio está ahora en el Marión F. Wade Center, en Wheaton College, Wheaton, Illinois.

Cuándo exactamente escribió esa primera frase o el primer capítulo, Tolkien nunca lo recordó. Pero había bastante del libro en enero de 1933 como para mostrárselo a su amigo y colega C. S. Lewis, que le escribió de él a Arthur Greeves el 4 de febrero de 1933:

Desde que comenzó el curso he pasado un tiempo delicioso leyendo una historia para niños que Tolkien acaba de escribir ... Que se trate de una novela realmente buena (creo que lo es hasta el final) es, por supuesto, otra cuestión; y menos aun puede saberse si les gustará a los niños modernos. (*They Stand Together* [Resisten juntos], ed. Walter Hooper, n.º 183.)

El segundo hijo de Tolkien, Michael (nacido en 1920), creía que su padre había escrito la primera frase en 1928, y que había continuado la historia en 1929. Michael Tolkien conservó algunas de sus propias composiciones infantiles fechadas en «1929», y que eran imitaciones de *El hobbit*; las llamó en broma «la hobbitería apócrifa» [*apocryphal Hobbitry*]. Y recordaba claramente elementos del relato que le habían sido contados a él y a sus dos hermanos, John (nacido en 1917) y Christopher (nacido en 1924), en el estudio que tenía su padre en la casa de North Oxford en el n.º 22 de Northmoor Road. En enero de 1930 la familia Tolkien se mudó de esta casa a otra más grande situada al lado, en el n.º 20.



La casa en Northmoor Road, n.º 20, Oxford.

Aparte de C. S. Lewis, sólo unos pocos amigos de la familia sabían de la existencia de *El hobbit*. Entre éstos se incluía Elaine Griffiths, que había sido alumna de Tolkien. Recordó una vez: «Cuando acababa de graduarme, el profesor Tolkien me prestó... no el manuscrito, sino una copia hermosamente dactilografiada de *El hobbit* (tenía una magnífica máquina de escribir con tipos itálicos). Pensé que era una historia maravillosa y la leí con enorme placer». Poco tiempo después fue contratada (por recomendación de Tolkien) por los editores George Allen and Unwin para revisar una traducción del *Beowulf*. Cuando la amiga de Elaine Griffiths, Susan Dagnall, que también se había especializado en literatura inglesa en Oxford y había estado empleada por primera vez en Allen & Unwin, llegó a Oxford para consultarle acerca del proyecto, Elaine Griffiths le sugirió que visitara al profesor Tolkien y le pidiera en préstamo una obra titulada *El hobbit*. Así lo hizo, y después de leer la copia en Londres, se la devolvió a Tolkien sugiriéndole que la terminara (según parece, la copia dactilografiada acababa después de la muerte del dragón), y que la presentara para que pudiera ser publicada en 1937.

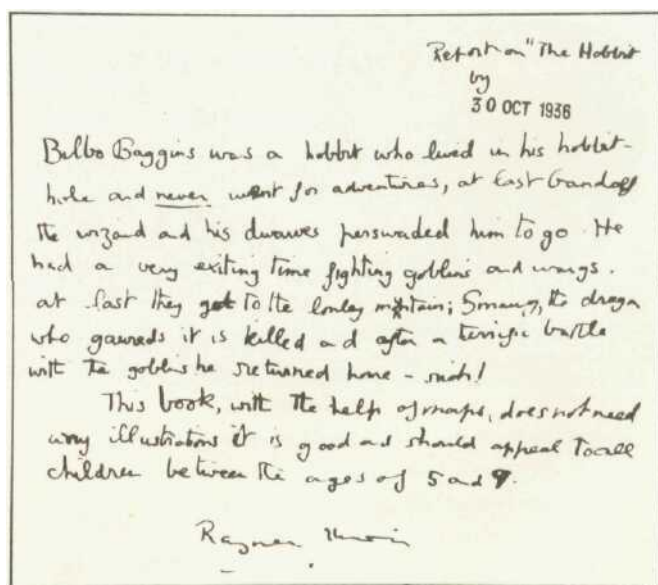
Tolkien se puso a trabajar. En agosto escribió que *El hobbit* estaba casi terminado, pero sólo el 3 de octubre de 1936 envió la copia dactilografiada a Allen & Unwin.

Stanley Unwin, el presidente de la empresa, pensaba que los niños eran los mejores jueces de literatura infantil, e intermitentemente, durante toda la década de 1930, pidió a sus hijos, incluyendo a su hijo pequeño, Rayner, que comentaran obras desti-

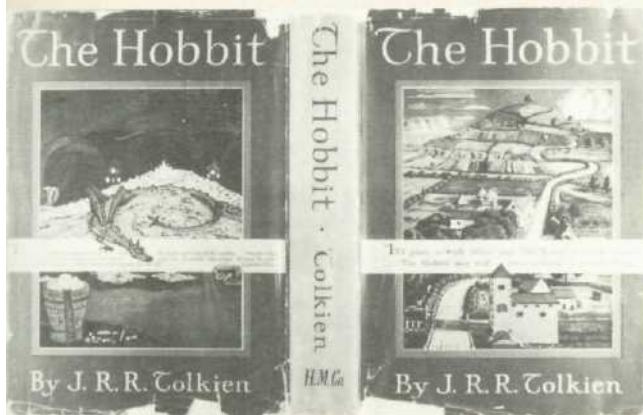
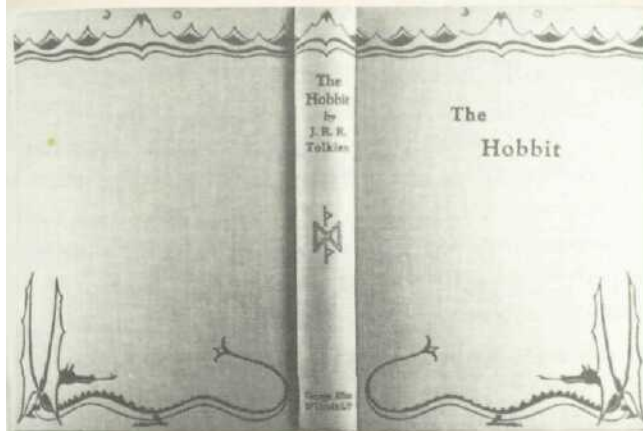
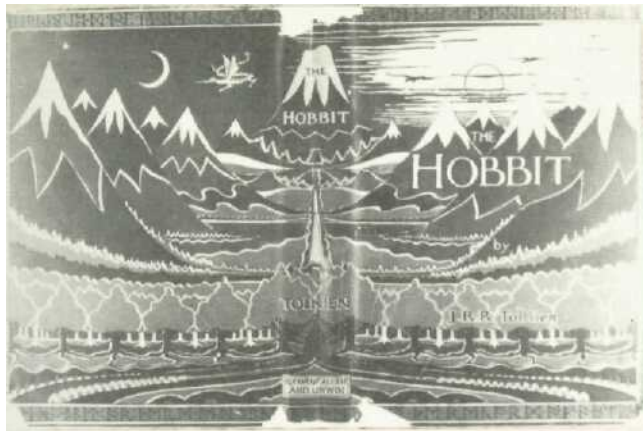
nadas a los niños a cambio de una paga de un chelín por informe. *El hobbit* le fue sometido a Rayner Unwin, que entonces tenía diez años; Rayner consideró que el libro era bueno e interesaría a los niños de cinco a nueve años. *El hobbit* fue aceptado. Se firmaron los contratos a fines de 1936, pero transcurrieron muchos meses antes de que el libro apareciera.

Primero hubo problemas en el departamento de producción sobre cómo presentar las runas lunares mágicas en el mapa de Thrór. Luego Tolkien, que había ilustrado la historia, fue finalmente persuadido de que intentara el diseño de la sobrecubierta. El dibujo fue considerado admirable, pero utilizaba demasiados colores; hubo que eliminar el rojo del sol, el dragón, la montaña central y el título. Cuando Tolkien devolvió las pruebas del libro, las correcciones resultaron un tanto excesivas, y aunque tuvo el cuidado de calcular la extensión de las sustituciones, fue necesario recomponer varias partes.

Entretanto se había encontrado en América una editorial para el libro: la Houghton Mifflin Company de Boston, que curiosamente sugirió encomendar a «un buen artista americano» algunas ilustraciones en colores para acompañar los dibujos en blanco y negro de Tolkien. Tolkien consintió a condición de que «le fuera permitido vetar cualquier cosa que proviniera de los estudios de Disney o que pareciera influida por Disney (he llegado a desarrollar un verdadero odio por toda su obra)»; pero en Allen & Unwin lo convencieron de que sería mejor que todas las



El informe de Rayner Unwin sobre *El hobbit*, por el que recibió la suma de un chelín.



El mismo Tolkien diseñó la sobrecubierta (*arriba*) y la cubierta (*centro*) de la primera edición británica. La sobrecubierta de la edición americana (*abajo*) reproducía dos de las ilustraciones en color que dibujó Tolkien para el libro.

Tolkien escribió también el texto de la solapa que describe la historia para la edición británica.

Si es usted aficionado a los viajes de ida y vuelta, desde la seguridad del mundo occidental más allá de

los límites de la civilización y de nuevo de vuelta a casa, y es capaz de interesarse por un héroe humilde (dotado de algo de prudencia, un poco de coraje y un considerable monto de buena suerte), he aquí la crónica de semejante viaje y semejante viajero. El período en que se desarrolla es la antigua época entre la edad de las Hadas y el dominio de los hombres, cuando el famoso Bosque Negro estaba todavía en pie, y en las montañas acechaban muchos peligros. Siguiendo la senda de este humilde aventurero, se enterará de paso (como él, si ya no sabe usted todo acerca de esas cosas) de la vida de los trolls, los trasgos, los enanos y los elfos ...

Porque el señor Bilbo Bolsón visitó a varios personajes notables; conversó con el dragón Smaug el Magnífico; y estuvo presente, aunque de mala gana, en la Batalla de los Cinco Ejércitos. ... Hasta ahora los hobbits han sido pasados por alto en la historia y la leyenda, quizá porque en general han preferido la comodidad a la aventura. Pero esta descripción, basada en las memorias de un año excitante en la vida del hobbit, por otro lado pacífica, le dará a usted una idea bastante precisa de este pueblo estimable, ahora (según se dice) en vías de desaparecer. No les gusta el ruido.



Tolkien y su hija Priscilla durante unas vacaciones en Sidmouth, Devon, en septiembre de 1937, mes en que se publicó por primera vez *El hobbit*.

ilustraciones fueran de él mismo. Hubo más confusión todavía cuando Tolkien envió a Houghton Mifflin algunas ilustraciones en colores que no correspondían a *El hobbit*, antes de enviarlos cinco dibujos que acompañarían la historia. Houghton Mifflin eligió cuatro de los cinco y pagó al artista cien dólares.

El hobbit fue finalmente publicado el 21 de septiembre de 1937. La mayoría de las reseñas fueron favorables y muchos de los críticos recogieron un comentario de la editorial en el que el libro era comparado con *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo* de Lewis Carroll: «He aquí una vez más un profesor de una asignatura abstracta dedicado al juego». Tolkien comentó: «Un profesor dedicado al juego sugiere más bien un elefante en una bañera», y la nota de propaganda fue cambiada en la segunda impresión.

C. S. Lewis hizo reseñas anónimas del libro de su amigo en dos ocasiones. En el número del 2 de octubre de 1937 del *Times Literary Supplement* escribió:

Debe tenerse en cuenta que éste es un libro para niños en el sentido de que la primera de muchas lecturas puede hacerse en la escuela. Los niños leen con gravedad *Alicia*, y los adultos lo leen entre risas; *El hobbit*, en cambio, resultará muy gracioso a los lectores más pequeños, y sólo años más tarde, a una décima o vigésima lectura, empezarán a darse cuenta del diestro conocimiento y la profunda reflexión que fueron necesarios para que todo en él pareciera tan maduro, tan amistoso y, a su modo, tan veraz. Las predicciones son peligrosas, pero es muy posible que *El hobbit* se convierta en un clásico.

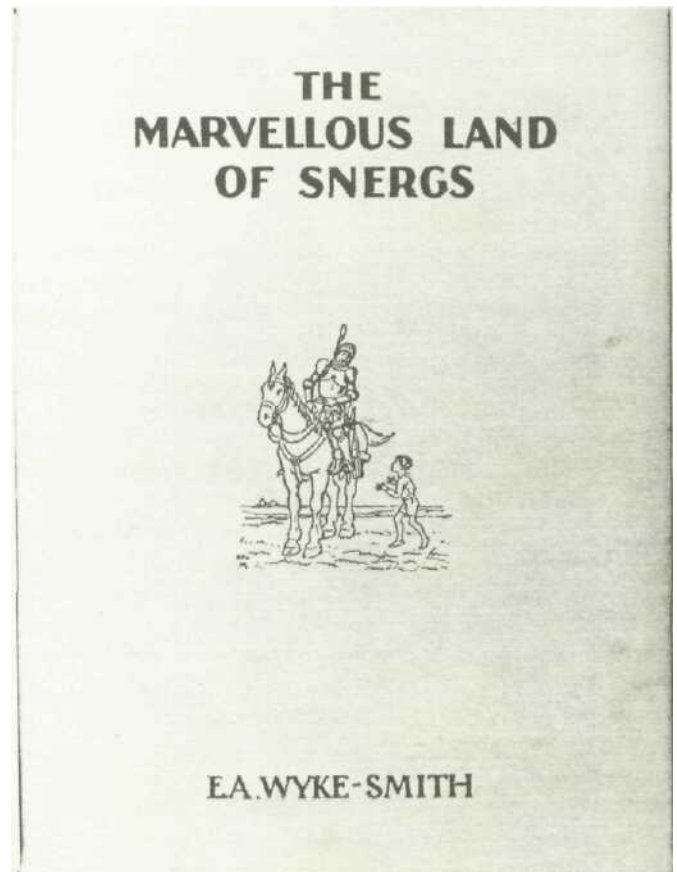
La evaluación de C. S. Lewis en el mismo *Times* del 8 de octubre de 1937 fue todavía más penetrante:

La verdad es que en este libro se unen un buen número de cosas nunca unidas antes: riqueza de humor, comprensión de los niños, y una feliz fusión del erudito y el poeta en la captación de la mitología. A la vera de un valle uno de los personajes del profesor Tolkien puede detenerse y decir: «Huele como los elfos». Quizá pasen años antes de que se dé entre nosotros otro escritor con semejante olfato para los elfos.

En *Júnior Bookshelf* apareció una opinión disidente; sostenía allí el crítico (extrañamente) que el li-

bro estaba compuesto de manera tal «que no se respira la animosa libertad de la verdadera aventura». Unos pocos críticos empezaron a sugerir posibles fuentes e influencias.

Tolkien sostenía que el relato derivaba de poemas épicos, mitos y cuentos de hadas «previamente digeridos». Podemos nombrar algunas de esas «fuentes»: *Beowulf*, las compilaciones de cuentos de hadas de Andrew Lang y los hermanos Grimm y *Princess and the Goblin* [*La Princesa y el Trasgo*], de George MacDonald, y su secuela, *The Princess and Curdie* [*La Princesa y Curdie*]. El único libro que Tolkien consideró una influencia consciente fue un inédito propio: «El Silmarillion», una historia de los elfos. Pero otra influencia, más oscura, fue *The Marvellous Land of Snergs* [*La maravillosa tierra de los snergs*], un libro para niños de E. A. Wyke-Smith. Publicada en septiembre de 1927, esta historia habla de un snerg llamado Gorbo. Los snergs son «una raza de seres algo



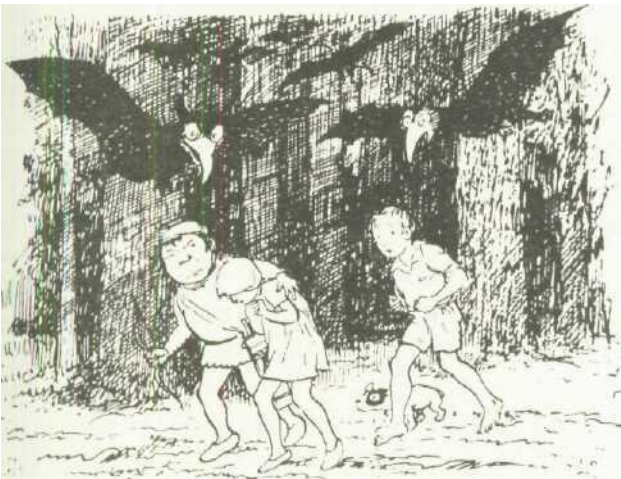
La cubierta de la edición americana (1928) de *The Marvellous Land of Snergs* [*La tierra maravillosa de los snergs*].

más altos que una mesa corriente, pero anchos de espaldas y de gran fuerza».

La tierra de los snergs se describe como «un sitio aparte». Allí se ha fundado una pequeña colonia con niños a los que sus padres no cuidan. La historia se centra en dos niños, Joe y Sylvia, que, junto con Gorbo, se empeñan en una aventura errante por tierras desconocidas; se topan con un ogro reformado que ya no devora a los niños y se ha vuelto vegetariano y una bruja siniestra llamada Mamá Meldrum.

Tolkien admitió en una carta de 1955 dirigida a W. H. Auden que *The Marvellous Land of Snergs* era «probablemente un libro que sirvió de fuente inconsciente sólo para los hobbits y para nada más» (*Cartas*, n.º 163). Pero esta declaración no expresa la estima que Tolkien había tenido por este libro, una estima tan grande que Stanley Unwin registró el entusiasmo del escritor en un memorándum personal escrito después de que se encontraran por primera vez en octubre de 1937. Que el libro fuera en algún otro sentido una «fuente» significativa para otra cosa que los hobbits, es dudoso, pero la animación y el humor de la historia sugieren intensamente el clima de *El hobbit*. Por ejemplo:

[Los snergs] sobresalen en los festines que celebran al aire libre sobre largas mesas unidas por los extremos y que siguen el recorrido de la calle. Esto es necesario porque casi todo el mundo es invitado, es decir, se le ordena asistir porque es el rey



Esta ilustración de George Morrow para *The Marvellous Land of Snergs* muestra a Gorbo el Snerg, que conduce a Sylvia y a Joe (y su perro Tigre) a través de los Bosques Oscuros.

el que ofrece los festines, aunque cada cual debe contribuir con su parte de comida y bebida para sumarla al general acopio. Hace unos años el procedimiento tuvo que cambiarse por causa del enorme número de invitaciones que era preciso enviar; ahora las órdenes se sobreentienden y sólo se envían invitaciones a abstenerse de participar a la gente cuya presencia no se desea en alguna particular ocasión. A veces les es difícil encontrar un motivo para celebrar un festín, y entonces el Amo de la Casa, a quien le corresponde esa tarea, tiene que buscarlo, como, por ejemplo, el hecho de que sea el cumpleaños de alguien. En una ocasión celebraron un festín porque ese día no era el cumpleaños de nadie. (*The Marvellous Land of Snergs*, página 10.)

The Marvellous Land of Snergs tiene muchas cualidades admirables. Sigue siendo un libro delicioso todavía hoy, y no se merece los sesenta años que ha permanecido en el olvido.

El 16 de enero de 1938 el *Observer* de Londres publicó una carta (firmada «Habit») en la que se sostenía que «*El hobbit* es el visitante más reciente de muchas de nuestras escuelas esta Navidad» y se preguntaba: «¿Podría convencerse al profesor de que nos cuente algo más acerca del nombre y los Orígenes de este curioso héroe? Ello ahorraría a muchos investigadores una buena cantidad de problemas en las generaciones por venir». Tolkien respondió con una carta larga y fascinante (véase *Cartas*, n.º 25), en la que escribió: «No recuerdo nada del nombre y los Orígenes del héroe. Podría hacer conjeturas, por supuesto, pero ellas no tendrían más autoridad que las de los futuros investigadores; dejo el juego para ellos». Pero años más tarde Tolkien le dijo a un entrevistador que la palabra *hobbit* pudo haber nacido quizá de una asociación de *Babbitt*, de Sinclair Lewis, la novela satírica de 1922 sobre un desesperanzado hombre de negocios de clase media. Dijo Tolkien: «*Babbitt* tiene la misma estrechez burguesa que los hobbits. Su mundo es el mismo lugar limitado».

La semejanza de *hobbit* con el nombre de algunas de las criaturas del folklore británico ha sido observada a menudo; algunos espíritus y duendecillos benévolos se llaman Hobs y Hobthrusters, y hay una historia con criaturas más siniestras llamadas Hobyahs. La misma *hob* es una palabra común para «rústico». Apenas puede sorprender, pues, que *hobbit* figure de

hecho en una larga lista de espantajos publicada en 1895. La lista se puede encontrar en la edición del doctor James Hardy de *The Denham Tracts*, una colección de escritos folklóricos de Michael Aislabe Denham publicada en dos volúmenes (1892 y 1895) por la Folklore Society de Londres. *Hobbit* aparece en el volumen II y en el índice, donde la palabra se define como «una especie de espíritu». En *El Señor de los Anillos*, sin embargo, Tolkien sugirió la posible derivación de una palabra hipotética en inglés antiguo, *hol-bytla* o «habitante de los agujeros». Años más tarde, la definición de *hobbit* que hizo el propio Tolkien fue utilizada en el suplemento de 1976 del *Oxford English Dictionary*.

La primera impresión de *El hobbit* se vendió bien y fue necesario reimprimirlo antes de Navidad. Se pidió a los editores norteamericanos que devolvieran las cinco ilustraciones coloreadas de Tolkien, y Allen & Unwin decidieron incluir cuatro de ellas en la reimpresión sin elevar el precio del libro. También aparecerían posteriormente cuatro láminas en color en la edición americana, pero mientras que Allen & Unwin eligieron la ilustración de Bilbo en el barril en el Río del Bosque, Houghton Mifflin prefirió en cambio la ilustración del águila.

En los Estados Unidos *El hobbit* se publicó el 1 de marzo de 1938. Houghton Mifflin anunció el libro como el primero de la lista de libros infantiles en el número de marzo-abril de *Horn Book Magazine*, donde fue reseñado con penetración por Anne T. Eaton (que también juzgó el libro en la *New York Times Book Review*):

La época de la historia se desarrolla entre la edad de las Hadas y el dominio de los hombres, y la escena se sitúa en uno de esos países mágicos que, como las tierras de los relatos en prosa de William Morris, son parte indiscutible a la vez de Inglaterra y el País de las Hadas. En el escenario de la historia abundan auténticos fragmentos de mitología y magia y el estilo del libro es de una singular cualidad. Está escrito con un sereno humor y esos detalles lógicos que deleitan a los niños.

En la *Saturday Review of Literature*, William Rose Benét lo declaró una «espléndida fantasía». Y el 1 de mayo el *New York Herald Tribune* le concedió a *El hobbit* un premio de 250 dólares en el Second Annual

Children's Festival, considerándolo el mejor libro publicado esa primavera para niños pequeños. *Iron Duke [Duque de Hierro]*, de John R. Tunis, obtuvo el premio al mejor libro para niños mayores; se trazó el perfil de Tolkien y Tunis en un artículo en el que se preguntaba sobre Tolkien: «¿Qué aspecto tiene? Ni siquiera sus editores americanos pueden decírnoslo; no disponen de ninguna fotografía suya». Houghton Mifflin volvió a publicar un anuncio del libro en el que se citaba irónicamente al hijo de siete años de Sinclair Lewis, quien había dicho: «*El hobbit* es una historia preciosa. Yo la quiero mucho. Con cariño, Michael». El número de mayo-junio de *Horn Book Magazine* describió el Spring Children's Festival y *El hobbit* recibió comentarios favorables de la editora Bertha E. Mahony y la columnista Anne Carroll Moore. También se reimprimieron cinco páginas del capítulo 1.

El hobbit resultó un éxito en América. En junio se habían vendido casi trescientos mil ejemplares. Houghton Mifflin decidió volver a anunciar la obra a la cabeza de la lista de libros juveniles del otoño, con la esperanza de seguir estimulando así las ventas. El anuncio incluía el dibujo de un hobbit para el que Tolkien había dado detalles descriptivos más precisos; se imprimió en el número de Navidad de la *Horn Book Magazine* (véase la nota 2 al capítulo 1, p.10). *El hobbit* se expuso junto con otros cincuenta libros para niños en la exhibición anual de noviembre-diciembre en el Central Children's Room de la New York Public Library y fue adecuadamente apreciado en un pequeño folleto, *Children's Books 1938*, publicado con motivo de esa ocasión.

El libro se reimprimió, y a fines de 1938 las ventas de la edición americana habían superado los cinco mil ejemplares. Pero durante la segunda guerra mundial las ventas bajaron en Inglaterra (donde el racionamiento del papel permitió sólo una reimpresión) y en los Estados Unidos, y sólo después de la publicación de la secuela *El Señor de los Anillos*, a mediados de la década de 1950, empezaron las ventas a aumentar de manera drástica. Luego tuvo lugar la explosión de la década de 1960, y las ventas de *El hobbit* se elevaron al actual nivel multimillonario.

El hobbit es ahora proclamado en todas partes como un clásico moderno, y a los cincuenta años, en plena juventud, parece tener una larga y próspera vida por delante.

THE HOBBIT

OR
There and Back
Again

BY
J. R. R. TOLKIEN

ILLUSTRATIONS BY
THE AUTHOR



BOSTON AND NEW YORK
HOUGHTON MIFFLIN COMPANY
1938

THE HOBBIT

OR
There and Back
Again

BY
J. R. R. TOLKIEN

ILLUSTRATIONS BY
THE AUTHOR

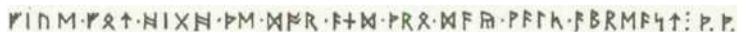


BOSTON AND NEW YORK
HOUGHTON MIFFLIN COMPANY
1938

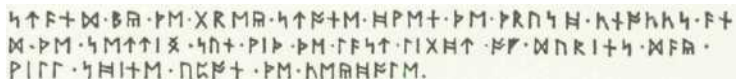
La segunda impresión de la edición de Houghton Mifflin no indica que lo sea. La diferencia más notable de la primera edición es el cambio de ornamento de la portada. La primera impresión tiene un hobbit que se inclina (*arriba, a la izquierda*), mientras que la reimpresión lleva el sello editorial de la Houghton Mifflin Company, una figura sentada que toca la flauta (*arriba a la derecha*).



Ésta es una historia de hace mucho tiempo. En esa época los lenguajes eran bastante distintos de los de hoy... Las runas eran letras que en un principio se escribían mediante cortes o incisiones en madera, piedra, o metal. En los días de este relato los Enanos las utilizaban con regularidad, especialmente en registros privados o secretos. Si las runas del Mapa de Thror son comparadas con las transcripciones en letras modernas, no será difícil reconstruir el alfabeto (adaptado al inglés actual), y será posible leer el título rúnico de esta página. Desde un margen del Mapa una mano apunta a la puerta secreta, y debajo está escrito:



Las dos últimas runas son las iniciales de Thror y Thrain.
Las runas lunares leídas por Elrond eran:



En el Mapa los puntos cardinales están señalados con runas, con el Este arriba, como es común en los mapas de Enanos, y han de leerse en el sentido de las manecillas del reloj: Este, Sur, Oeste,

[1] Norte.

EL HOBBIT

Capítulo I

UNA TERTULIA INESPERADA

En un agujero en el suelo, vivía un hobbit. No un agujero húmedo, sucio, repugnante, con restos de gusanos y olor a fango, ni tampoco un agujero seco, desnudo y arenoso, sin nada en que sentarse o que comer: era un agujero-hobbit, y eso significa comodidad.

Tenía una puerta redonda, perfecta como un ojo de buey, pintada de verde, con una manilla de bronce dorada y brillante, justo en el medio. La puerta se abría a un vestíbulo cilíndrico, como un túnel: un túnel muy cómodo, sin humos, con paredes revestidas de madera y suelos enlosados y alfombrados, provistos de sillas barnizadas, y montones y montones de perchas para sombreros y abrigos; el hobbit era aficionado a las visitas. El túnel se extendía serpenteando, y penetraba bastante, pero no directamente, en la ladera de la colina -La Colina, como la llamaba toda la gente de muchas millas alrededor-, y muchas puertecitas redondas se abrían en él, primero a un lado y luego al otro. Nada de subir escaleras para el hobbit: dormitorios, cuartos de baño, bodegas, despensas (muchas), armarios (habitaciones enteras dedicadas a ropa), cocinas, comedores, se encontraban en la misma planta, y en verdad en el mismo pasillo. Las mejores habitaciones estaban todas a la izquierda de la puerta principal, pues eran las únicas que tenían ventanas, ventanas redondas, profundamente exca-

1 El párrafo de apertura [*In a hole in the ground there lived a hobbit*] llegó a ser tan ampliamente conocido que en 1980 se incluyó en la decimoquinta edición de *Bartlett's Familiar Quotations*.

- 2 Tolkien hizo una descripción más acabada de los hobbits en una carta que envió a su editor americano en 1938:

Imagino una figura bastante humana, no una especie de conejo [*rabbit*] «hada» como parecen concebirlos algunos críticos británicos: de vientre abultado y piernas cortas. Una cara redonda y jovial; orejas sólo ligeramente puntiagudas y «feéricas»; el pelo corto y rizado (de color castaño). Los pies, desde los tobillos hacia abajo, cubiertos de pelos castaños. (*Cartas*, n.º 27)

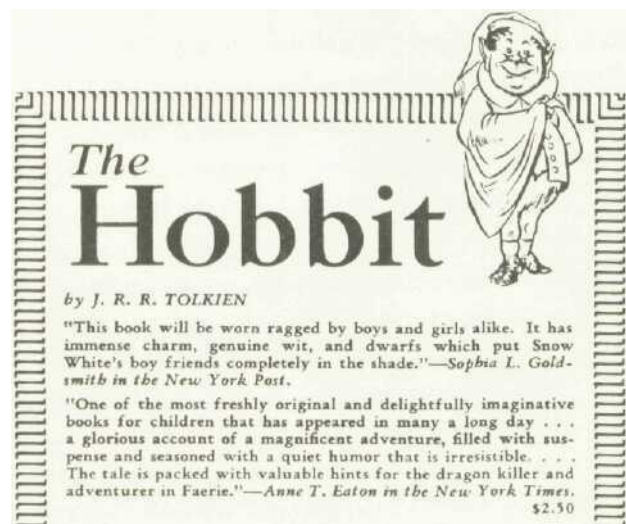
Es evidente que el editor americano utilizó estos detalles en el anuncio de *El hobbit* (abajo a la derecha) aparecido en el número de Navidad de la *Horn Book Magazine*.

vadas, que miraban al jardín y los prados de más allá, camino del río.

Este hobbit era un hobbit acomodado, y se apellidaba Bolsón. Los Bolsón habían vivido en las cercanías de La Colina desde hacía muchísimo tiempo, y la gente los consideraba muy respetables, no sólo porque casi todos eran ricos, sino también porque nunca tenían ninguna aventura ni hacían algo inesperado: uno podía saber lo que diría un Bolsón acerca de cualquier asunto sin necesidad de preguntárselo. Ésta es la historia de cómo un Bolsón tuvo una aventura, y se encontró a sí mismo haciendo y diciendo cosas por completo inesperadas. Podría haber perdido el respeto de los vecinos, pero ganó... Bueno, ya veréis si al final ganó algo.

La madre de nuestro hobbit particular... pero, ¿qué es un hobbit? Supongo que los hobbits necesitan hoy que se los describa de algún modo, ya que se volvieron bastante raros y tímidos con la Gente Grande, como nos llaman.

- [1] Son (o fueron) gente menuda de la mitad de nuestra talla, y más pequeños que los enanos barbados. Los hobbits no tienen barba. Hay poca o ninguna magia en ellos, excepto esa común y cotidiana que los ayuda a desaparecer en silencio y rápidamente, cuando gente grande y estúpida como vosotros o yo se acerca sin mirar por dónde va, con un ruido de elefantes que puede oírse a una milla de distancia. Tienden a ser gruesos de vientre; visten de colores brillantes (sobre todo verde y amarillo); no usan zapatos, porque en los pies tienen suelas naturales de piel y un pelo espeso y tibio de color castaño, como el que les crece en las cabezas (que es rizado); los dedos son largos, mañosos y morenos, los rostros afables, y se ríen con profundas y jugosas risas (especialmente después de cenar, lo que hacen dos veces al día, cuando pueden). Ahora sabéis lo suficiente como para continuar el relato. Como iba diciendo,



la madre de este hobbit -o sea, Bilbo Bolsón- era la famosa Belladonna Tuk, una de las tres extraordinarias hijas del Viejo Tuk, patriarca de los hobbits que vivían al otro lado de Delagua, el riachuelo que corría al pie de La Colina. Se decía a menudo (en otras familias) que tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había casado sin duda con un hada. Eso era, desde luego, absurdo, pero por cierto había todavía algo no del todo hobbit en ellos, y de cuando en cuando miembros del clan Tuk salían a correr aventuras. Desaparecían con discreción, y la familia echaba tierra sobre el asunto; pero los Tuk no eran tan respetables como los Bolsón, aunque indudablemente más ricos.

Al menos Belladonna Tuk no había tenido ninguna aventura después de convertirse en la señora de Bungo Bolsón. Bungo, el padre de Bilbo, le construyó el agujero-hobbit más lujoso (en parte con el dinero de ella) que pudiera encontrarse bajo La Colina o sobre La Colina o al otro lado de Delagua, y allí se quedaron hasta el fin. No obstante, es probable que Bilbo, hijo único, aunque se parecía y se comportaba exactamente como una segunda edición de su padre, firme y comodón, tuviese alguna rareza de carácter del lado de los Tuk, algo que sólo esperaba una ocasión para salir a la luz. La ocasión no llegó a presentarse nunca, hasta que Bilbo Bolsón fue un adulto que rondaba los cincuenta años y vivía en el hermoso agujero-hobbit que acabo de describiros, y cuando en verdad ya parecía que se había asentado allí para siempre.

Por alguna curiosa coincidencia, una mañana de hace tiempo en la quietud del mundo, cuando había menos ruido y más verdor, y los hobbits eran todavía numerosos y prósperos, y Bilbo Bolsón estaba de pie en la puerta del agujero, después del desayuno, fumando una enorme y larga pipa de madera que casi le llegaba a los dedos lanudos de los pies (bien cepillados), Gandalf apareció de

3 Humphrey Carpenter, en la biografía que escribió de Tolkien, observó ciertas similitudes entre Bilbo Bolsón y su creador:

En la historia, Bilbo Bolsón, descendiente de los respetables y sólidos Bolsones, hijo de la vivaz Belladonna Tuk, ella misma una de las tres notables hijas del Viejo Tuk, es de edad madura y sedentario, viste con ropa seria, pero le gustan los colores vivos, y la comida sencilla... John Ronald Reuel Tolkien, hijo de la emprendedora Mabel Suffield, una de las tres notables hijas del viejo John Suffield (que casi llegó al siglo), descendiente también de los serios y respetables Tolkien, era de edad mediana e inclinado al pesimismo, vestía ropas comunes, pero le gustaban los chalecos de color, cuando podía permitírselos, y tenía predilección por la comida sencilla.

4 4 Bilbo Bolsón nació el 22 de septiembre del año 2890 de la Tercera Edad de la Tierra Media. Esta historia comienza en abril del año 2941 de la Tercera Edad, cuando Bilbo tenía cincuenta y un años y medio.

5 Gerontius, el Viejo Tuk, murió en el año 2920 de la Tercera Edad, a los ciento treinta años, unos veintiún años antes del principio de esta historia.

6 Entre sus papeles, Tolkien guardó una tarjeta postal (*abajo*), evidentemente de las postrimerías de la década de 1920, que reproducía una pintura del pintor alemán Josef Madlener (1881-1967) titulada *Der Berggeist*, el espíritu de la montaña. En el sobre de papel en que la conservaba, Tolkien escribió: «Origen de Gandalf».

En la vejez, el mismo Madlener (*abajo a la derecha*) se parecía bastante a Gandalf. Esta fotografía fue tomada en agosto de 1967.



pronto. ¡Gandalf! Si sólo hubieseis oído un cuarto de lo que yo he oído de él, y he oído sólo muy poco de todo lo que hay que oír, estaríais preparados para cualquier especie de cuento notable. Cuentos y aventuras brotaban por dondequiera que pasara, de la forma más extraordinaria. No había bajado a aquel camino al pie de La Colina desde hacía años y años, desde la muerte de su amigo el

5 Viejo Tuk, y los hobbits casi habían olvidado cómo era. Había estado lejos, más allá de La Colina y del otro lado de Delagua por asuntos particulares, desde el tiempo en que todos ellos eran pequeños niños hobbits y niñas hobbits.

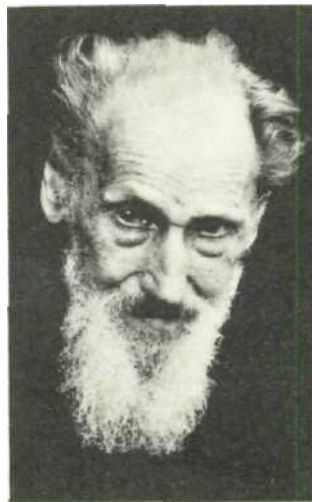
Todo lo que el confiado Bilbo vio aquella mañana fue
[3] un anciano con un bastón. Tenía un sombrero azul, alto y puntiagudo, una larga capa gris, una bufanda de plata sobre la que colgaba una barba larga y blanca hasta más
6 abajo de la cintura, y botas negras.

-¡Buenos días! -dijo Bilbo, y esto era exactamente lo que quería decir. El sol brillaba y la hierba estaba muy verde. Pero Gandalf lo miró desde abajo de las cejas largas y espesas, más sobresalientes que el ala del sombrero, que le ensombrecía la cara.

-¿Qué quieres decir? -preguntó-. ¿Me deseas un buen día, o quieres decir que es un buen día, lo quiera yo o no; o que hoy te sientes bien; o que es un día en que conviene ser bueno?

-Todo eso a la vez -dijo Bilbo-. Y un día estupendo para una pipa de tabaco a la puerta de casa, además. ¡Si lleváis una pipa encima, sentaos y tomad un poco de mi tabaco! ¡No hay prisa, tenemos todo el día por delante! -Entonces Bilbo se sentó en una silla junto a la puerta, cruzó las piernas y lanzó un hermoso anillo de humo gris que navegó en el aire sin romperse, y se alejó flotando sobre La Colina.

-¡Muy bonito! -dijo Gandalf-. Pero esta mañana no



tengo tiempo para anillos de humo. Busco a alguien con quien compartir una aventura que estoy planeando, y es difícil dar con él.

-Pienso lo mismo... En estos lugares somos gente sencilla y tranquila y no estamos acostumbrados a las aventuras. ¡Cosas desagradables, molestas e incómodas que retrasan la cena! No me explico por qué atraen a la gente -dijo nuestro señor Bolsón, y metiendo un pulgar detrás del tirante, lanzó otro anillo de humo más grande aún. Luego sacó el correo matutino y se puso a leer, fingiendo ignorar al viejo. Pero el viejo no se movió. Permaneció apoyado en el bastón observando al hobbit sin decir nada, hasta que Bilbo se sintió bastante incómodo y aun un poco enfadado-. ¡Buenos días! -dijo al fin-. ¡No queremos aventuras aquí, gracias! ¿Por qué no probáis más allá de La Colina o al otro lado de Delagua? -Con esto daba a entender que la conversación había terminado.

-¡Para cuántas cosas empleas el *Buenos días!* -dijo Gandalf-. Ahora quieres decir que intentas deshacerte de mí y que no serán buenos hasta que me vaya.

-¡De ningún modo, de ningún modo, mi querido señor! Veamos, no creo conocer vuestro nombre...

-¡Sí, sí, mi querido señor, y yo sí que conozco tu nombre, señor Bilbo Bolsón! Y tú también sabes el mío, aunque no me unas a él. ¡Yo soy Gandalf, y Gandalf soy yo! ¡Quién iba a pensar que un hijo de Belladonna Tuk me daría los buenos días como si yo fuese vendiendo botones de puerta en puerta!

-¡Gandalf, Gandalf! ¡Válgame el cielo! ¿No sois vos el mago errante que dio al Viejo Tuk un par de botones mágicos de diamante que se abrochaban solos y no se desabrochaban hasta que les dabas una orden? ¿No sois vos quien contaba en las reuniones aquellas historias maravillosas de dragones y trasgos y gigantes y rescates de prin-



cesas y la inesperada fortuna de los hijos de madre viuda? ¿No el hombre que acostumbraba a fabricar aquellos fuegos de artificio tan excelentes? ¡Los recuerdo! El Viejo Tuk los preparaba en los solsticios de verano. ¡Espléndidos! Subían como grandes lirios, cabezas de dragón y árboles de fuego que quedaban suspendidos en el aire durante todo el crepúsculo. -Ya os habréis dado cuenta de que el señor Bolsón no era tan prosaico como él mismo creía, y también de que era muy aficionado a las flores.- ¡Diantre! -continuó-. ¿No sois vos el Gandalf responsable de que tantos y tantos jóvenes apacibles partiesen hacia el

[4] Azul en busca de locas aventuras? Cualquier cosa desde trepar árboles a visitar elfos... o zarpar en barcos, ¡y navegar hacia otras costas! ¡Caramba!, la vida era bastante apacible entonces... Quiero decir, en un tiempo tuvisteis la costumbre de perturbarlo todo en estos sitios. Os pido perdón, pero no tenía ni idea de que todavía estuviésteis en actividad.

-¿Dónde si no iba a estar? -dijo el mago-. De cualquier modo, me complace descubrir que aún recuerdas algo de mí. Al menos, parece que recuerdas con cariño mis fuegos artificiales, y eso es reconfortante. Y en verdad, por la memoria de tu viejo abuelo Tuk y por la memoria de la pobre Belladonna, te concederé lo que has pedido.

-Perdón, ¡yo no he pedido nada!

-¡Sí, sí, lo has hecho! Dos veces ya. Mi perdón. Te lo doy. De hecho iré tan lejos como para embarcarme en esa aventura. Muy divertida para mí, muy buena para ti... y quizá también muy provechosa, si sales de ella sano y salvo.

-¡Disculpad! No quiero ninguna aventura, gracias. Hoy no. ¡Buenos días! Pero venid a tomar el té... ¡cuando gustéis! ¿Por qué no mañana? ¡Sí, venid mañana! ¡Adiós! -Con esto el hobbit retrocedió escabullándose por la re-



Ruso (1976)

donda puerta verde, y la cerró lo más rápido que pudo sin llegar a parecer grosero. Al fin y al cabo, un mago es un mago.

«¡Para qué diablos lo habré invitado al té!», se dijo Bilbo cuando iba hacia la despensa. Acababa de desayunar hacía muy poco, pero pensó que un pastelillo o dos y un trago de algo le sentarían bien después del sobresalto.

Gandalf, mientras tanto, seguía a la puerta, riéndose larga y apaciblemente. Al cabo de un rato subió, y con la punta del bastón dibujó un signo extraño en la hermosa puerta verde del hobbit. Luego se alejó a grandes zancadas, justo en el momento en que Bilbo ya estaba terminando el segundo pastel y empezando a pensar que había conseguido librarse al fin de cualquier posible aventura.

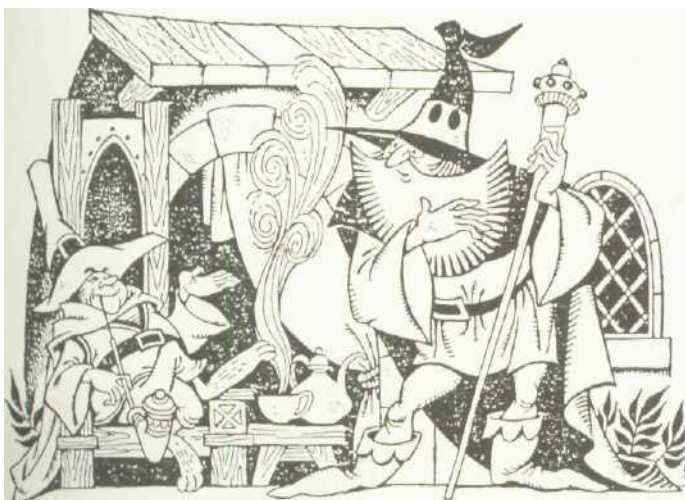
Al día siguiente casi se había olvidado de Gandalf. No recordaba muy bien las cosas, a menos que las escribiese en la Libreta de Compromisos; de este modo: *Gandalf Té Miércoles*. El día anterior había estado demasiado aturdido como para ponerse a anotar.

Un momento antes de la hora del té se oyó un tremendo campanillazo en la puerta principal, ¡y entonces se acordó! Se apresuró y puso la marmita, sacó otra taza y un platillo y un pastel o dos más, y corrió a la puerta.

«¡Siento de veras haberle hecho esperar!», iba a decir, cuando vio que en realidad no era Gandalf. Era un enano de barba azul, recogida en un cinturón dorado, y ojos muy brillantes bajo el capuchón verde oscuro. Tan pronto como la puerta se abrió, entró de prisa como si le estuviesen esperando.

Colgó la capa encapuchada en la percha más cercana, y -¡Dwalin, a vuestro servicio! -dijo saludando con una reverencia.

-¡Bilbo Bolsón, al vuestro! -dijo el hobbit, demasiado sorprendido como para hacer cualquier pregunta por el



Portugués (1962)

Izquierda: Rumanó (1975)

momento. Cuando el silencio que siguió empezó a hacerse incómodo, añadió:- Estoy a punto de tomar el té; por favor, acercaos y tomad algo conmigo. -Un tanto tieso, tal vez, pero habió con amabilidad. ¿Y qué haríais vosotros, si un enano llegara de súbito y colgara sus cosas en vuestro vestíbulo sin dar explicaciones?

Llevaban apenas un rato a la mesa, en verdad estaban empezando el tercer pastelillo, cuando resonó otro campanillazo todavía más estridente.

-¡Disculpad! -dijo el hobbit, y se encaminó hacia la puerta.

[5] -¡Así que al fin habéis venido! -Esto era lo que iba a decirle ahora a Gandalf. Pero no era Gandalf. En cambio vio en el umbral un enano que parecía muy viejo, de barba blanca y capuchón escarlata; y éste también entró de un salto tan pronto como la puerta se abrió, como si fuera un invitado.

-Veo que han empezado a llegar -dijo cuando vio en la percha el capuchón verde de Dwalin. Colocó el suyo rojo junto al otro y -¡Balin, a vuestro servicio! -dijo con la mano en el pecho.

-¡Gracias! -dijo Bilbo casi sin voz. No era la respuesta más apropiada, pero el *han empezado a llegar* lo había dejado perplejo. Le gustaban las visitas, aunque prefería conocerlas antes de que llegasen, e invitarlas él mismo. Tenía el terrible presentimiento de que los pasteles no serían suficientes, y como conocía las obligaciones de un anfitrión y las cumplía con puntualidad aunque le parecieran penosas, quizá él se quedara sin ninguno.

-¡Entre, y sírvase una taza de té! -consiguió decir luego de tomar Allento.

-Un poco de cerveza me iría mejor, si a vos no os importa, mi buen señor -dijo Balin, el de la barba blan-

ca-. Pero no me incomodaría un pastelillo, un pastelillo de semillas, si tenéis alguno.

-¡Muchos! -se encontró Bilbo respondiendo, sorprendido, y se encontró, también, corriendo a la bodega para echar en una jarra una pinta de cerveza, y después a la despensa a recoger dos sabrosos pastelillos de semillas que había hecho esa tarde para el refrigerio de después de la cena.

Cuando regresó, Balin y Dwalin estaban charlando a la mesa como viejos amigos (en realidad eran hermanos). Bilbo depositó la cerveza y el pastel delante de ellos, cuando de nuevo se oyó un fuerte campanillazo, y después otro.

«¡Gandalf de seguro esta vez!», pensó mientras resoplaba por el pasillo. Pero no; eran dos enanos más, ambos con capuchones azules, cinturones de plata y barbas amarillas; y cada uno de ellos llevaba una bolsa de herramientas y una pala. Saltaron adentro, tan pronto la puerta empezó a abrirse. Bilbo ya apenas se sorprendió.

-¿En qué puedo yo servirlos, mis queridos enanos? -dijo.

-¡Kili, a vuestro servicio! -dijo uno-. ¡Y Fili! -añadió el otro; y ambos se sacaron a toda prisa los capuchones azules e hicieron una reverencia.

-¡Al vuestro y al de vuestra familia! -replicó Bilbo, recordando esta vez sus buenos modales.

-Veo que Dwalin y Balin están ya aquí -dijo Kili-. ¡Unámonos al tropel!

«¡Tropel!», pensó el señor Bolsón. «No me gusta el sonido de esa palabra. Necesito sentarme un minuto y recapacitar, y echar un trago.» Sólo había alcanzado a mojarse los labios, en un rincón, mientras los cuatro enanos se sentaban en torno a la mesa, y charlaban sobre minas y oro y problemas con los trasgos, y las depredaciones de los dra-

gones, y un montón de otras cosas que él no entendía, y no quería entender, pues parecían demasiado aventureras, cuando, din-don-dan, la campana sonó de nuevo, como si algún travieso niño hobbit intentase arrancar el llamador.

-¡Alguien más a la puerta! -dijo parpadeando.

-Por el sonido yo diría que unos cuatro -dijo Fili-. Además, los vimos venir detrás de nosotros a lo lejos.

El pobrecito hobbit se sentó en el vestíbulo y apoyando la cabeza en las manos, se preguntó qué había pasado, y qué pasaría ahora, y si todos se quedarían a cenar. En ese momento la campana sonó de nuevo más fuerte que nunca, y tuvo que correr hacia la puerta. Y no eran cuatro, sino *cinco*. Otro enano se les había acercado mientras él seguía en el vestíbulo preguntándose qué ocurría. Apenas había girado la manija y ya todos estaban dentro, haciendo reverencias y diciendo uno tras otro «a vuestro servicio». Don, Non, Ori, Oin y Gloin eran sus nombres, y al momento dos capuchones de color púrpura, uno gris, uno castaño y uno blanco colgaban de las perchas, y allá fueron los enanos con las manos anchas metidas en los cinturones de oro y plata a reunirse con los otros. Ya casi eran un tropel. Unos pedían cerveza del país, otros cerveza negra, uno café, y todos ellos pastelillos; así que tuvieron al hobbit muy ocupado durante un rato.

Una gran cafetera había sido puesta a la lumbre, los pastelillos de semillas ya se habían acabado, y los enanos empezaban una ronda de bollos con mantequilla, cuando de pronto... un fuerte golpe. No un campanillazo, sino un fuerte toc-toc en la preciosa puerta verde del hobbit. ¡Alguien estaba llamando a bastonazos!

Bilbo corrió por el pasillo, muy enfadado, y por completo atribulado y compungido; éste era el miércoles más desagradable que pudiera recordar. Abrió la puerta de un bandazo, y todos rodaron dentro, uno sobre otro. Más



Eslovaco (1973)

enanos, ¡cuatro más! Y detrás Gandalf, apoyado en su vara y riendo. Había hecho una muesca bastante grande en la hermosa puerta; por cierto, también había borrado la marca secreta que pusiera allí la mañana anterior.

-¡Tranquilidad, tranquilidad! -dijo-. ¡No es propio de ti, Bilbo, tener a los amigos esperando en el felpudo y luego abrir la puerta de sopetón! ¡Déjame presentarte a Bifur, Bofur, Bombur, y sobre todo a Thorin!

-¡A vuestro servicio! -dijeron Bifur, Bofur y Bombur, los tres en hilera. En seguida colgaron dos capuchones amarillos y uno verde pálido; y también uno celeste con una gran borla de plata. Este último pertenecía a Thorin, un enorme e importante enano, de hecho nada más y nada menos que el propio Thorin Escudo de Roble, a quien no le gustó nada caer de bruces sobre el felpudo de Bilbo con Bifur, Bofur y Bombur sobre él. Ante todo, Bombur era enormemente gordo y pesado. Thorin era muy arrogante, y no dijo nada sobre *servicio*; pero el pobre señor Bolsón le repitió tantas veces que lo sentía, que el enano gruñó al fin: -Le ruego no lo mencione más -y dejó de fruncir el entrecejo.

-¡Vaya, ya estamos todos aquí! -dijo Gandalf, mirando la hilera de trece capuchones, una muy vistosa colección de capuchones, y su propio sombrero colgados en las perchas-. ¡Qué alegre reunión! ¡Espero que quede algo de comer y beber para los rezagados! ¿Qué es eso? ¡Té! ¡No, gracias! Para mí un poco de vino tinto.

-Y también yo -dijo Thorin.

-Y mermelada de frambuesa y tarta de manzana -dijo Bifur.

-Y pastelillos de carne y queso -dijo Bofur.

-Y pastel de carne de cerdo y también ensalada -dijo Bombur.

-Y más pasteles, y cerveza, y café, si no os importa -gritaron los otros enanos al otro lado de la puerta.



Francés (1976)

7 En el texto (1937) se leía originalmente «pollo frío y tomates». En 1966 Tolkien cambió *tomates* por *píckles* [encurtidos]. ¿Qué importaba que la despensa de Bilbo estuviera provista de tomates o encurtidos?

T. A. Shippey, en *The Road to Middle-earth*, sugiere que cuando Tolkien escribió la continuación de *El hobbit* y llegó a concebir la naturaleza de los hobbits y su tierra como esencialmente ingleses, reconoció que los tomates eran de origen y nombre extranjeros. Habían sido traídos de América, como las patatas y el tabaco, que fueron rápidamente adoptados en Inglaterra. Aunque por cierto Tolkien utiliza varias veces la palabra tabaco en *El hobbit*, la evita rigurosamente en *El Señor de los Anillos*, donde utiliza *pipeweed* [hierba de pipa], de sonido más inglés. Allí también a las patatas se les da el nombre más rústico de *taters*. Los tomates, pues, estaban fuera de lugar en la Comarca tal como Tolkien llegó a concebirla.

8 La palabra *confusticate* [«fustigados» en la traducción castellana] no figura en los diccionarios. Christopher Tolkien la considera una invención cómica de su padre (para quien esa clase de invenciones era naturalmente cómica) y observa que su padre por cierto habría recordado las palabras *fustis*, en latín «porra» (cuyo diminutivo es *fusticulus*), y *fustigo*, «aporreo a muerte». Esto no significa que Bilbo estuviera diciendo realmente «Ojalá estos enanos fueran aporreados a muerte».

-Prepara unos pocos huevos. ¡Qué gran amigo! -gritó Gandalf mientras el hobbit corría a las despensas-. ¡Y saca el pollo frío y unos encurtidos!

7 [6] «¡Parece conocer el interior de mi despensa tanto como yo!», pensó el señor Bolsón, que se sentía del todo desconcertado y empezaba a preguntarse si la más lamentable aventura no había ido a caer justo a su propia casa. Cuando terminó de apilar las botellas y los platos y los cuchillos y los tenedores y los vasos y las fuentes y las cucharas y demás cosas en grandes bandejas, estaba acalorado, rojo como la grana y muy fastidiado.

8 -¡Fustigados y condenados enanos! -dijo en voz alta. ¿Por qué no vienen y me echan una mano? -Y he aquí que allí estaban Balin y Dwalin en la puerta de la cocina, y Fili y Kili tras ellos, y antes de que pudiese decir *cuchillo*, ya se habían llevado a toda prisa las bandejas y un par de mesas pequeñas al salón, y allí colocaron todo otra vez,

Gandalf se puso a la cabecera, con los trece enanos alrededor, y Bilbo se sentó en un taburete junto al fuego, mordisqueando una galleta (había perdido el apetito) e intentando aparentar que todo era normal y de ningún modo una aventura. Los enanos comieron y comieron, charlaron y charlaron, y el tiempo pasó. Por último echaron atrás las sillas, y Bilbo se puso en movimiento, recogiendo platos y vasos.

-Supongo que os quedaréis todos a cenar -dijo en uno de sus más educados y reposados tonos.

-¡Claro que sí! -dijo Thorin-, y después también. No nos meteremos en el asunto hasta más tarde, y antes podemos hacer un poco de música. ¡Ahora a levantar las mesas!

En seguida los doce enanos -no Thorin, él era demasiado importante, y se quedó charlando con Gandalf- se incorporaron de un salto, e hicieron enormes pilas con todas las cosas. Allá se fueron, sin esperar por las bandejas,

llevando en equilibrio en una mano las columnas de platos, cada una de ellas con una botella encima, mientras el hobbit corría detrás casi dando chillidos de miedo: -¡Por favor, cuidado! -y- ¡Por favor, no se molesten! Yo me las arreglo. -Pero los enanos no le hicieron caso y se pusieron a cantar:

*¿Desportillad los vasos y destrozad los platos!
¡Embotad los cuchillos, doblad los tenedores!
¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
¡Estrellad las botellas y quemad los tapones!*

*¡Desgarrad el mantel, pisotead la manteca,
y derramad la leche en la despensa!
¡Echad los huesos en la alfombra del cuarto!
¡Salpicad de vino todas las puertas!*

*¡Vacíad los cacharros en un caldero hirviente;
hacedlos trizas a barrotazos;
y cuando terminéis, si aún algo queda entero,
echadlo a rodar pasillo abajo!*

*¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
¡De modo que cuidado! ¡Cuidado con los platos!*

Y desde luego no hicieron ninguna de estas cosas terribles, y todo se limpió y se guardó a la velocidad de! rayo, mientras el hobbit daba vueltas y más vueltas en medio de la cocina intentando ver qué hacían. Al fin regresaron, y encontraron a Thorin con los pies en el guardafuego fumándose una pipa. Estaba haciendo unos enormes anillos de humo, y dondequiera que le dijera a uno que fuese, allí iba -chimenea arriba, o detrás del reloj sobre la repisa, o bajo la mesa, o girando y girando en el techo-, pero don-

9 Es posible que Tolkien haya hecho rimar el nombre de los enanos para indicar parentesco. En otro sitio nos enteramos de que Fili y Kili son hermanos, como lo son también Dwalin y Balin, y Oin y Gloin. No se nos da información acerca de Dori, Nori y Ori, salvo que son parientes lejanos de Thorin. Bifur, Bofur y Bombur, por otra parte, pertenecen a un linaje diferente del de Thorin. En la página 242 Bifur dice que Bombur y Bofur son sus primos.

[7] dequiera que fuesen no eran bastante rápidos para escapar a Gandalf. ¡Pop! De la pipa de barro de Gandalf subía en seguida un anillo más pequeño que atravesaba el último anillo de Thorin. Luego el anillo de Gandalf tomaba un color verde, y bajaba a flotar sobre la cabeza del mago. Tenía ya toda una nube alrededor, y a la luz indistinta parecía una figura extraña y fantasmagórica. Bilbo permanecía inmóvil y observaba -le encantaban los anillos de humo- y se sonrojó al recordar qué orgulloso había estado de los anillos que en la mañana anterior lanzara al viento.

-¡Ahora un poco de música! -dijo Thorin-. ¡Sacad los instrumentos!

Kili y Fili se apresuraron a buscar las bolsas y trajeron unos pequeños violines; Dori, Nori y Ori sacaron unas flautas de algún bolsillo de los capotes; Bombur tamborileó desde el vestíbulo; Bifur y Bofur salieron también, y volvieron con unos clarinetes que habían dejado entre los bastones. Dwalin y Balin dijeron: -¡Disculpadme, dejé el mío en el porche! -Y Thorin dijo:- ¡Trae el mío también!

9 -Regresaron con unas violas tan grandes como ellos mismos, y con el arpa de Thorin envuelta en una tela verde. Era una hermosa arpa dorada, y cuando Thorin la rasgó, los otros enanos empezaron juntos a tocar una música, tan súbita y dulcemente que Bilbo olvidó todo lo demás, y fue transportado a unas tierras distantes y oscuras, bajo lunas extrañas, lejos de Delagua y muy lejos del agujero-hobbit bajo La Colina.

La oscuridad penetró en la habitación por el ventanuco que se abría en la ladera de La Colina; el fuego parpadeaba -era abril- y aún seguían tocando, mientras la sombra de la barba de Gandalf danzaba contra la pared.

La oscuridad invadió toda la habitación, y el fuego se extinguió y las sombras se borraron; y todavía seguían tocando. Y de pronto, uno primero y luego otro, mientras

tocaban, entonaron el canto grave que antaño cantarían los enanos, en lo más hondo de las viejas moradas, y estas líneas son como un fragmento de esa canción, aunque no hay comparación posible sin la música.

*Más allá de las frías y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
en busca del metal amarillo encantado,
hemos de ir, antes que el día nazca.*

*Los enanos echaban hechizos poderosos
mientras las mazas tañían como campanas,
en simas donde duermen criaturas sombrías,
en salas huecas bajo las montañas.*

*Para el antiguo rey y el señor de los elfos
los enanos labraban martilleando
un tesoro dorado, y la luz atrapaban
y en gemas la escondían en la espada.*

*En collares de plata ponían y engarzaban
estrellas florecientes, el fuego del dragón
colgaban en coronas, en metal retorcido
entretejían la luz de la luna y del sol.*

*Más allá de las frías y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
a reclamar el oro hace tiempo olvidado,
hemos de ir, antes de que el día nazca.*

*Allí para ellos mismos labraban las vasijas
y las arpas de oro; pasaban mucho tiempo
donde otros no cavaban; y allí muchas canciones
cantaron que los hombres o los Elfos no oyeron.*

*Los vientos ululaban en medio de la noche,
y los pinos rugían en la cima.
El fuego era rojo, y llameaba extendiéndose,
los árboles como antorchas de luz resplandecían.*

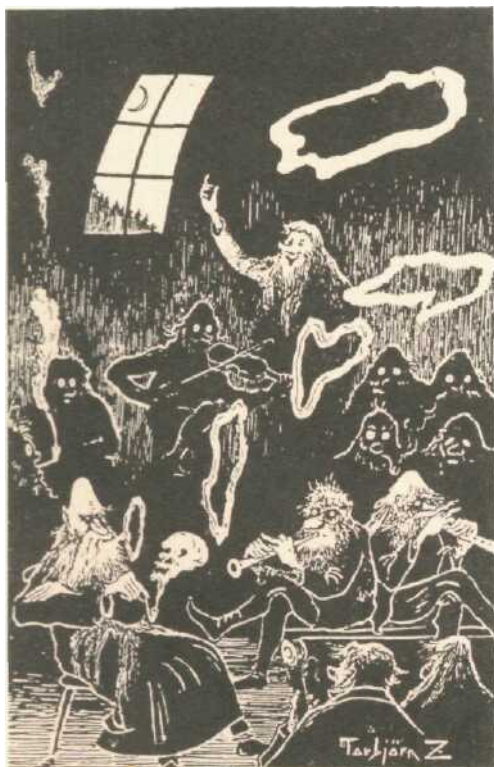
*Las campanas tocaban en el valle,
y hombres de cara pálida observaban el cielo,
la ira del dragón, más violenta que el fuego,
derribaba las torres y las casas.*

*La montaña humeaba a la luz de la luna;
los enanos oyeron los pasos del destino,
huyeron y cayeron y fueron a morir
a los pies del palacio, a la luz de la luna.*

*Más allá de las hoscas y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
a quitarle nuestro oro y las arpas,
¡hemos de ir, antes que el día nazca!*

Mientras cantaban, el hobbit sintió dentro de él el amor de las cosas hermosas hechas a mano con ingenio y magia; un amor fiero y celoso, el deseo de los corazones de los enanos. Entonces algo de los Tuk renació en él: deseó salir y ver las montañas enormes, y oír los pinos y las cascadas, y explorar las cavernas, y llevar una espada en vez de un bastón. Miró por la ventana. Las estrellas asomaban fuera en el cielo oscuro, sobre los árboles. Pensó en las joyas de los enanos que brillaban en las cavernas tenebrosas.

De repente, en el bosque de más allá de Delagua se alzó un fuego -quizá alguien encendía una hoguera-, y pensó en dragones devastadores que invadían la pacífica Colina envolviendo todo en llamas. Se estremeció; y en se-



Sueco (1947)

guida volvió a ser el sencillo señor Bolsón, de Bolsón Cerrado, Sotomonte otra vez.

Se incorporó temblando. Tenía muy pocas ganas de traer la lámpara, y apenas un poco más de pretender que iba a buscarla y marcharse y esconderse luego en la bodega detrás de los barriles de cerveza y no salir más hasta que los enanos se fueran.

De pronto advirtió que la música y el canto habían cesado y que todos lo miraban con ojos brillantes en la oscuridad.

-¿Adonde vas? -le preguntó Thorin, en un tono que parecía querer mostrar que adivinaba los pensamientos contradictorios del hobbit.

-¿Qué os parece un poco de luz? -dijo Bilbo disculpándose.

-Nos gusta la oscuridad -dijeron todos los enanos-. ¡Oscuridad para asuntos oscuros! Faltan aún muchas horas hasta el alba.

-¡Por supuesto! -dijo Bilbo, y volvió a sentarse a toda prisa. No le acertó al taburete y se sentó en cambio en el guardafuegos, derribando con estrépito el atizador y la pala.

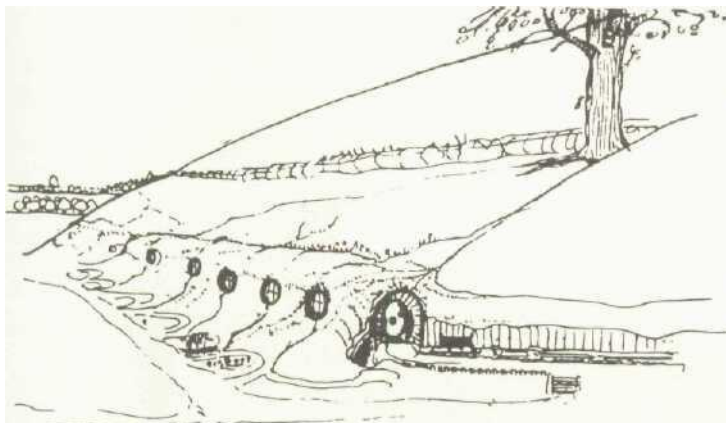
-¡Silencio! -dijo Gandalf-. ¡Que hable Thorin! -Y así fue como Thorin empezó.

-¡Gandalf, enanos y señor Bolsón! Nos hemos reunido en casa de nuestro amigo y compañero conspirador, este hobbit de lo más excelente y audaz. ¡Que nunca se le caiga el pelo de los pies! ¡Toda nuestra alabanza al vino y a la cerveza de la región!

Se detuvo a tomar un respiro y a esperar una cortés observación del hobbit, pero al pobre Bilbo se le habían agotado las cortesías, y movía la boca tratando de protestar porque lo habían llamado *audaz*, y peor que eso, *compañero conspirador*, aunque no emitió ningún sonido; se

- 10 Tolkien escribió una vez que Bag End [esto es, Fondo de Bolsa, Bolsón Cerrado en la traducción castellana], el nombre local de la casa de Bilbo, «tenía que estar asociado [por los hobbits] con el extremo de una "bolsa" o "pudding-hag", equivalente a "cul-de-sac"». Bag End era el nombre local de la granja que la tía de Tolkien tenía en Worcestershire, en el extremo de un sendero que llevaba a la casa, pero que no seguía adelante.

Abajo se reproduce el boceto que dibujó Tolkien de Bolsón Cerrado.



Bolsón Cerrado, boceto de Tolkien

sentía de veras estupefacto. De modo que Thorin continuó:

-Nos hemos reunido aquí para discutir nuestros planes, medios, política y recursos. Empezaremos ese largo viaje poco antes de que rompa el día, un viaje que para algunos de nosotros, o quizá para todos (excepto para nuestro amigo y consejero, el ingenioso mago Gandalf), sea un viaje sin retorno. Este es un momento solemne. Nuestro objetivo, supongo, todos lo conocemos bien. Para el estimable señor Bolsón, y quizá para uno o dos de los enanos más jóvenes (creo que acertaría si nombrara a Kili y a Fili, por ejemplo), la situación exacta y actual podría necesitar de una breve explicación...

Este era el estilo de Thorin. Era un enano importante. Si se lo hubieran permitido, quizá habría seguido así hasta quedarse sin Allento, sin dejar de decir a cada uno algo ya sabido. Pero lo interrumpieron de mal modo. El pobre Bilbo no pudo soportarlo más. Cuando oyó *quizá sea un viaje sin retorno* empezó a sentir que un chillido le subía desde dentro, y muy pronto estalló como el silbido de una locomotora a la salida de un túnel. Todos los enanos se pusieron en pie de un salto derribando la mesa. Gandalf golpeó el extremo de la vara mágica, que emitió una luz azul, y en el resplandor se pudo ver al pobre hobbit de rodillas sobre la alfombra junto al hogar, temblando como una gelatina que se derrite. En seguida cayó de bruces al suelo, y se puso a gritar: -¡Alcanzado por un rayo, alcanzado por un rayo! -una y otra vez, y eso fue todo lo que pudieron sacarle durante largo tiempo. Así que lo levantaron y lo tumbaron en un sofá de la sala, con un trago a mano, y volvieron a sus oscuros asuntos.

[8] -Excitable el compañerito -dijo Gandalf, mientras

se sentaban de nuevo-. Tiene extraños y graciosos ataques, pero es uno de los mejores: tan fiero como un dragón en apuros.

Si habéis visto alguna vez un dragón en apuros, comprenderéis que esto sólo podía ser una exageración poética aplicada a cualquier hobbit, aun a Toro Bramador, el tío bisabuelo del Viejo Tuk, tan enorme (como hobbit) que hasta podía montar a caballo. En la batalla de los Campos Verdes había cargado contra las filas de trasgos del Monte Gram, y blandiendo una porra de madera le arrancó de cuajo la cabeza al rey Golfimbul. La cabeza salió disparada unas cien yardas por el aire y fue a dar a la madriguera de un conejo, y de esta forma, y a la vez, se ganó la batalla y se inventó el juego del golf.

Mientras tanto, sin embargo, el más gentil descendiente de Toro Bramador volvía a la vida en la sala de estar, Al cabo de un rato y luego de un trago se arrastró nervioso hacia la puerta. Esto fue lo que oyó; hablaba Gloin: -¡Hum! -o un bufido semejante-. ¿Creéis que servirá? Está muy bien que Gandalf diga que este hobbit es fiero, pero un chillido como ése en un momento de excitación bastaría para despertar al dragón y al resto de la parentela, y matarnos a todos. ¡Creo que sonaba más a miedo que a excitación! En verdad, si no fuese por la señal en la puerta, juraría que habíamos venido a una casa equivocada. Tan pronto como eché una ojeada a ese pequeñajo que se sacudía y resoplaba sobre el felpudo, tuve mis dudas. ¡Más parece un tendero que un saqueador!

En ese momento el señor Bolsón abrió la puerta y entró. La vena Tuk había ganado. De pronto sintió que si se quedaba sin cama ni desayuno podría parecer realmente fiero. En cuanto al *pequeñajo que se sacudía sobre el felpudo*, casi le hizo perder la cabeza. Más tarde, y a menudo, la parte Bolsón se lamentaría de lo que hizo entonces, y se di-

11 Tolkien comentó en 1966: «Creía, cuando la escribí, que *bullroarer* [toro bramador] era una palabra utilizada por los antropólogos para designar instrumentos que sonaban como bramidos; pero no puedo encontrarla en ningún diccionario».

De hecho, la palabra figura en el *Oxford English Dictionary*, bajo *bull*, donde se menciona esta acepción en 1881:

Un trozo de madera aplanado de unas pocas pulgadas que se estrecha en los extremos; sujeto por un extremo a una tirilla de cuero con la que se lo hace girar, produce un sonido semejante a un zumbido o bramido intermitente que se oye a gran distancia. Se lo ... llama en Inglaterra *whizzer* [bramadera] o *bull-roarer* [toro bramador].

ría: «Bilbo, fuiste un tonto; te decidiste a entrar y metiste la pata».

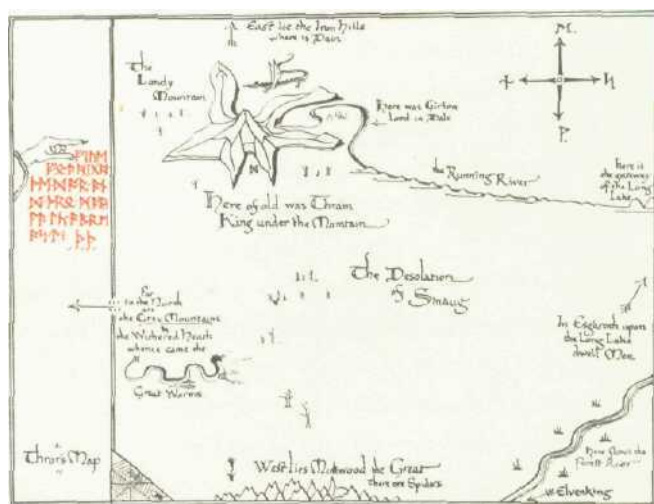
-Perdonadme -dijo-, si por casualidad he oído lo que estabais diciendo. No pretendo entender lo que habláis, ni esa referencia a saqueadores, pero no creo equivocarme si digo que sospecháis que no sirvo. -Esto es lo que él llamaba no perder la dignidad.- Lo demostraré. No hay señal alguna en mi puerta, se pintó la semana anterior, y estoy seguro de que habéis venido a la casa equivocada. Desde el momento en que vi vuestras extrañas caras en el umbral tuve mis dudas. Pero considerad que es la casa correcta. Decidme lo que queréis que haga y lo intentaré, aunque tuviera que ir desde aquí hasta el Este del Este y luchar con los hombres gusanos del Ultimo Desierto. Tuve,

11 una vez, un tío architatarabuelo, Toro Bramador Tuk, y...

-Sí, sí, pero eso fue hace mucho -dijo Gloin-. Estaba hablando de *vos*. Y os aseguro que hay una marca en esta puerta: la normal en el negocio, o la que hasta hace poco era normal. *Saqueador nocturno busca un buen trabajo, con mucha Excitación y Remuneración razonable*, así es como todo el mundo la entiende. Podéis decir *Buscador Experto de Tesoros* en vez de *saqueador* si lo preferís. Algunos lo hacen. Para nosotros es lo mismo. Gandalf nos dijo que había un hombre de esas características por estos lugares, que buscaba un trabajo inmediato, y que habían concertado una cita este miércoles, aquí y a la hora del té.

-Claro que hay una marca -dijo Gandalf-. La puse yo mismo. Por muy buenas razones. Me pedisteis que encontrara al hombre catorceavo para vuestra expedición, y elegí al señor Bilbo. Basta que alguien diga que elegí al hombre o la casa equivocada y podéis quedaros en trece y tener toda la mala suerte que queráis, o volver a picar carbón.

Clavó la mirada con tal ira en Gloin que el enano se



«Mapa de Thrór», dibujado por J. R. R. Tolkien.

acurrucó en la silla; y cuando Bilbo intentó abrir la boca para hacer una pregunta, se volvió hacia él con el entrecejo fruncido, adelantando las cejas espesas, hasta que el hobbit cerró la boca de golpe. -Está bien -dijo Gandalf-. No discutamos más. He elegido al señor Bolsón y eso tendría que bastar a todos. Si digo que es un saqueador nocturno, lo es de veras, o lo será llegado el momento. Hay mucho más en él de lo que imagináis y mucho más de lo que él mismo se imagina. Tal vez (posiblemente) aun viváis todos para agradecermelo. Ahora, Bilbo, muchacho, ¡vete a buscar la lámpara y pongamos un poco de luz a todo esto!

Sobre la mesa, a la luz de una gran lámpara de pantalla roja, Gandalf extendió un trozo de pergamino bastante parecido a un mapa.

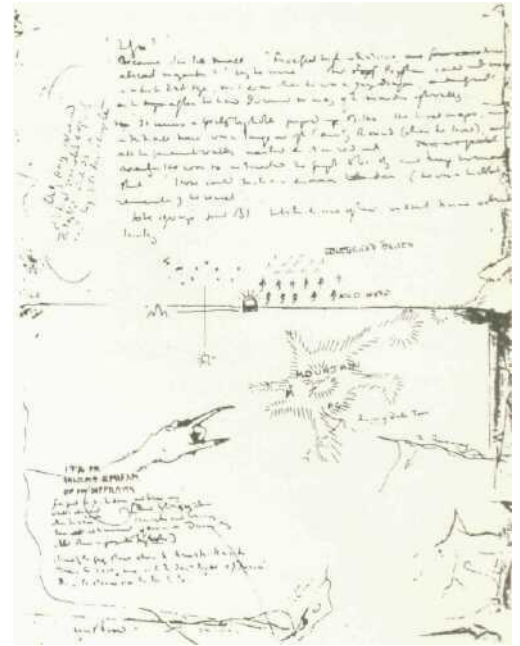
-Esto lo hizo Thrór, tu abuelo, Thorin -dijo respondiendo a las excitadas preguntas de los enanos-. Es un plano de la Montaña. [9]

-No creo que nos sea de gran ayuda -dijo Thorin desilusionado, tras echar un vistazo-. Recuerdo la Montaña muy bien, así como las tierras que hay por allí. Y sé dónde está el Bosque Negro, y el Brezal Marchito, donde se crían los grandes dragones.

-Hay un dragón señalado en rojo sobre la Montaña -dijo Balin-, pero será bastante fácil encontrarlo sin eso, si alguna vez llegamos allí.

-Hay también un punto que no habéis advertido -dijo el mago-, y es la entrada secreta. ¿Veis esa runa en el lado oeste, y la mano que apunta hacia ella desde las otras runas? Eso indica un pasadizo oculto a los Salones Inferiores. -Mirad el mapa al principio de este libro, y allí veréis [10] las runas.

-Puede que en otra época fuese secreto -dijo Thorin-, pero ¿cómo sabremos si todavía lo es? El Viejo Smaug ha vivido allí mucho tiempo y ha de conocer bien esas cuevas.



Arriba: Página del borrador original de *El hobbit* (que no iba más allá del capítulo 1), con el primer esbozo del Mapa de Thrór.



Húngaro (1975)

-Tal vez..., pero no pudo haberlo utilizado desde hace años y años.

-¿Por qué?

[11] -Porque es demasiado pequeño. Cinco pies de altura y tres pasan con holgura, dicen las runas, pero Smaug no podría arrastrarse por un agujero de ese tamaño, ni siquiera

[12] cuando era un dragón joven, y menos después de haber devorado tantos enanos y hombres de Valle.

-Pues a mí me parece un agujero bastante grande -chilló Bilbo, que nada sabía de dragones, y en cuanto a agujeros sólo conocía los de los hobbits. Se sentía otra vez excitado e interesado, y olvidó mantener la boca cerrada. Le encantaban los mapas, y en el vestíbulo colgaba uno enorme del País Redondo con todos sus caminos favoritos marcados en tinta roja-. ¿Cómo una puerta tan grande pudo haber sido un secreto para todo el mundo, aun sin tener en cuenta al dragón? -preguntó. Recordad que era sólo un pequeño hobbit.

-De muchos modos -dijo Gandalf-, Pero cómo ha quedado oculta, no lo sabremos sin antes ir a mirar. Por lo que dice el mapa, me imagino que hay una puerta cerrada que no se distingue del resto de la ladera. El método común entre los enanos, ¿no es cierto?

-Muy cierto -dijo Thorin.

-Además -prosiguió Gandalf-, olvidé mencionar que con el mapa venía una llave, una llave pequeña y rara. ¡Hela aquí! -dijo, y dio a Thorin una llave de plata, larga, de dientes intrincados-. ¡Guárdala bien!

-Así lo haré -dijo Thorin, y la enganchó en una cadenilla que le colgaba del cuello bajo la chaqueta-. Ahora las cosas parecen más prometedoras. Estas noticias les dan mejor aspecto. Hasta hoy no teníamos una idea demasiado clara de lo que podíamos hacer. Pensábamos marchar hacia el Este en silencio y con toda la cautela posible,

hasta llegar a Lago Largo. Las dificultades empezarán después...

-Mucho antes, si algo sé de los caminos del Este -interrumpió Gandalf.

-Podríamos subir desde allí bordeando el Río Rápido -dijo Thorin sin prestar atención-, y luego hasta las ruinas de Valle, la vieja ciudad a la sombra de la Montaña. Pero a ninguno nos gustaba mucho la idea de la Puerta Principal. El río sale justo ahí atravesando el gran risco al sur de la Montaña, y de ahí sale también el dragón, muy a menudo desde hace tiempo, a menos que haya cambiado de costumbres.

-Eso no sería bueno -dijo el mago-, no sin un guerrero poderoso, o aun un héroe. Intenté conseguir uno; pero los guerreros están todos ocupados luchando entre ellos en tierras lejanas, y en esta vecindad los héroes son escasos, o al menos no se los encuentra. Las espadas están aquí casi todas embotadas, las hachas se utilizan para cortar árboles y los escudos como cunas o cubrefuentes; y para comodidad de todos, los dragones están muy lejos (y de ahí que sean legendarios). Por este motivo me dediqué a merodear de noche, sobre todo desde que recordé la existencia de una Puerta lateral. Y aquí tenemos a nuestro pequeño Bilbo Bolsón, *el saqueador*, electo y selecto. Así que continuemos y hagamos planes.

-Muy bien -dijo Thorin-, supongamos entonces que el experto mismo nos da alguna idea o sugerencia. -Se volvió con una cortesía burlona hacia Bilbo.

-En primer lugar, me gustaría saber un poco más del asunto -dijo Bilbo, sintiéndose confuso y un poco agitado por dentro, pero bastante Tuk todavía y decidido a seguir adelante-. Me refiero al oro y al dragón, y todo eso, y cómo llegar allí y a quién pertenece, etcétera, etcétera.

-¡Bendita sea! -dijo Thorin-, ¿no tienes un mapa? ;Y

12 Thrain I (el Viejo) fundó el reino bajo la Montaña Solitaria en el año 1999 de la Tercera Edad, pero su hijo lo trasladó y se mudó al Norte lejano.

Su descendiente Thrór reestableció el reino bajo la Montaña en 2590.

no has oído nuestro canto? ¿Y acaso no hemos estado hablando de esto durante horas?

-Aun así, me gustaría saberlo todo clara y llanamente -dijo Bilbo con obstinación, adoptando un aire de negocios (por lo común reservado para gente que trataba de pedirle dinero), y tratando por todos los medios de parecer sabio, prudente, profesional, y estar a la altura de la recomendación de Gandalf-. También me gustaría conocer los riesgos, los gastos, el tiempo requerido y la remuneración, etcétera. -Lo que quería decir: «¿Qué sacaré de esto? ¿Y regresaré con vida?».

[13] -Oh, muy bien -dijo Thorin-. Hace mucho, en tiempos de mi abuelo Thrór, nuestra familia fue expulsada del lejano Norte y vino con todos sus bienes y herramientas a esta Montaña del mapa. La había descubierto mi lejano

12 antepasado, Thrain el Viejo, pero entonces abrieron minas, excavaron túneles y construyeron galerías y talleres más grandes... y creo además que encontraron gran cantidad de oro y también piedras preciosas. De cualquier modo, se hicieron inmensamente ricos, y mi abuelo fue de

[14] nuevo Rey bajo la Montaña y tratado con gran respeto por los mortales, que vivían al Sur y poco a poco se extendieron río arriba hasta el valle al pie de la Montaña. Allí, en aquellos días, levantaron la alegre ciudad de Valle. Los reyes mandaban buscar a nuestros herreros y recompensar con largueza aun a los menos hábiles. Los padres nos rogaban que tomásemos a sus hijos como aprendices y nos pagaban bien, sobre todo con provisiones, pues nosotros nunca sembrábamos, ni buscábamos comida. Aquellos días sí que eran buenos, y aun el más pobre tenía dinero para gastar y prestar, y ocio para fabricar objetos hermosos sólo por diversión, para no mencionar los más maravillosos juguetes mágicos, que hoy ya no se encuentran en el

[15] mundo. Así los salones de mi abuelo se llenaron de arma-

duras, joyas, grabados y copas, y el mercado de juguetes de Valle fue el asombro de todo el Norte.

»Sin duda eso fue lo que atrajo al dragón. Los dragones, sabéis, roban oro y joyas a hombres, elfos y enanos dondequiera que puedan encontrarlos, y guardan el botín mientras viven (lo que en la práctica es para siempre, a menos que los maten), y ni siquiera disfrutan de un anillo de hojalata. En realidad apenas distinguen una pieza buena de una mala, aunque en general conocen bien el valor que tienen en el mercado; y no son capaces de hacer nada por sí mismos, ni siquiera arreglarse una escamita suelta en la armadura que llevan. Por aquellos días había muchos dragones en el Norte, y es posible que el oro empezara a escasear allá arriba, con enanos que huían al Sur o eran asesinados, y la devastación general y la destrucción que los dragones provocaban y que iba en aumento. Había un gusano que era muy ambicioso, fuerte y malvado, llamado Smaug. Un día echó a volar, y llegó al Sur. Lo primero que oímos fue un ruido como de un huracán que venía del Norte, y los pinos en la Montaña crujían y rechinaban con el viento. Algunos de los enanos que en ese momento estábamos fuera (yo era por fortuna uno de ellos, un muchacho apuesto y aventurero en aquellos días, siempre vagando por los alrededores, y eso me salvó entonces), bien, vimos desde bastante lejos al dragón que se posaba en nuestra Montaña en un remolino de fuego. Luego bajó por las laderas, y los bosques empezaron a arder. Ya para entonces todas las campanas repicaban en Valle y los guerreros se armaban. Los enanos salieron corriendo por la puerta grande; pero allí estaba el dragón esperándolos. Nadie escapó por ese lado. El río se transformó en vapor y una niebla cayó sobre ellos y acabó con la mayoría de los guerreros: la triste historia de siempre, sólo que en aquellos días era demasiado común. Luego retrocedió, arrastrándose a través de la

13 Fue el año 2770 de la Tercera Edad.

13

Puerta Principal, y destrozó todos los salones, aceras, túneles, callejuelas, bodegas, mansiones y pasadizos. Después de eso no quedó enano vivo dentro, y el dragón se apoderó de todas las riquezas. Quizá, pues es costumbre entre los dragones, haya apilado todo en un gran montón muy adentro y duerma sobre el tesoro utilizándolo como cama. Más tarde empezó a salir de vez en cuando arrasándose por la puerta grande y llegaba a Valle de noche, y se llevaba gente, especialmente doncellas, para comerlas en la cueva, hasta que Valle quedó arruinada y toda la gente murió o huyó. Lo que pasa allí ahora no lo sé con certeza, pero no creo que nadie viva hoy entre la Montaña y la orilla opuesta del Lago Largo.

»Los pocos de nosotros que estábamos fuera, y así nos salvamos, llorábamos a escondidas y maldecíamos a Smaug, y allí nos encontramos inesperadamente con mi padre y mi abuelo, que tenían las barbas chamuscadas. Parecían muy preocupados, pero hablaban muy poco. Cuando les pregunté cómo habían huido me dijeron que callase, que algún día a su debido tiempo ya me enteraría. Luego escapamos, y tuvimos que ganarnos la vida lo mejor que pudimos en todas aquellas tierras, y muy a menudo llegamos a trabajar en herrerías o aun en minas de carbón. Pero nunca olvidamos el tesoro robado. E incluso ahora, en que he de admitir que hemos acumulado alguna riqueza y no estamos tan mal -en este momento Thorin acarició la cadena de oro que le colgaba del cuello-, todavía pretendemos recuperarlo y hacer que nuestras maldiciones caigan sobre Smaug..., si podemos.

»Con frecuencia me pregunté sobre la fuga de mi padre y mi abuelo. Pienso ahora que tenía que haber una Puerta lateral secreta que sólo ellos conocían. Pero por lo visto hicieron un mapa, y me gustaría saber cómo Gandalf se apoderó de él, y por qué no llegó a mí, el legítimo heredero.

-Yo no me apoderé de él, me lo dieron -dijo el mago-.
Quizá recuerdes que tu abuelo Thrór fue asesinado en las [16]
minas de Moria por Azog el Trasgo. 14

-Maldito sea su nombre, sí -dijo Thorin. [17]

-Y Thráin, tu padre, se marchó un veintiuno de abril, [18]
se cumplieron cien años el jueves pasado; y desde entonces
nunca se lo ha vuelto a ver...

-Cierto, cierto -dijo Thorin.

-Bien, tu padre me dio esto para que te lo diera; y si elegí
el momento y el modo de entregarlo, no puedes culparme,
teniendo en cuenta las dificultades que tuve para dar con-
tigo. Tu padre no recordaba ni su propio nombre cuando
me pasó el papel, y nunca me dijo el tuyo; de modo que en
última instancia tendrías que alabarme y agradecermelo.
Toma, aquí está -dijo entregando el mapa a Thorin.

-No lo entiendo -dijo Thorin, y Bilbo sintió que le
gustaría decir lo mismo. La explicación no parecía expli-
car nada.

-Tu abuelo -dijo el mago pausado y seriamente- le dio [19]
el mapa a su hijo para mayor seguridad antes de marcharse
a las minas de Moria. Cuando mataron a tu abuelo, tu pa-
dre salió a probar fortuna con el mapa; y tuvo muchas de-
sagradables aventuras, pero nunca se acercó a la Montaña.
Cómo llegó allí, no lo sé, pero lo encontré prisionero en
las mazmorras del Nigromante. 15

-¿Qué demonios estabas haciendo allí? -preguntó
Thorin con un escalofrío, y todos los enanos se estreme-
cieron.

-No te importa. Estaba averiguando cosas, como
siempre; y resultó ser un asunto sórdido y peligroso. Hasta
yo, Gandalf, apenas conseguí escapar. Intenté salvar a tu
padre, pero era demasiado tarde. Había perdido el juicio e
iba de un lado para otro, y había olvidado casi todo ex-
cepto el mapa y la llave.

14 Thrór fue asesinado el año 2790 de la
Tercera Edad. La historia de su muerte
se cuenta en la sección III del Apéndice
A de *El Señor de los Anillos*.

15 Thráin fue encerrado en las mazmorras
del Nigromante en 2845. Gandalf entró
en ellas y recibió de Thráin el mapa
y la llave en 2850.

-Hace tiempo que dimos su merecido a los trasgos de Moria -dijo Thorin-. Ahora tendremos que ocuparnos del Nigromante.

[20] -¡No seas absurdo! El Nigromante es un enemigo a quien de ningún modo alcanzan los poderes de todos los enanos juntos, si desde las cuatro esquinas del mundo se

[21] reuniesen otra vez. Lo único que deseaba tu padre era que tú leyeras el mapa y usaras la llave. ¡El dragón y la Montaña son empresas más que grandes para ti!

-¡Oíd, oíd! -dijo Bilbo, y sin querer habló en voz alta.

-¡Oíd, oíd! -dijeron todos mirándolos, y Bilbo se puso tan nervioso que respondió:

-¡Oíd lo que he de decir!

-¿Qué es? -preguntaron.

-Bien, os diré que tendríais que ir hacia el Este y echar allí un vistazo. Al fin y al cabo allí está la Puerta lateral, y los dragones han de dormir alguna vez, supongo. Si os sentáis a la entrada durante un tiempo, creo que algo se os ocurrirá. Y bien, ¿no os parece que hemos charlado bastante para una noche, eh? ¿Qué opináis de irse a la cama, para empezar mañana temprano y todo eso? Os daré un buen desayuno antes de que os vayáis.

-Antes de que nos vayamos, supongo que querrás decir -dijo Thorin-. ¿No eres tú el saqueador? ¿Y tu oficio no es esperar a la entrada, y aun cruzar la puerta? Pero estoy de acuerdo en lo de la cama y el desayuno. Me gusta tomar seis huevos con jamón cuando empiezo un viaje: fritos, no escalfados, y cuida de no romperlos.

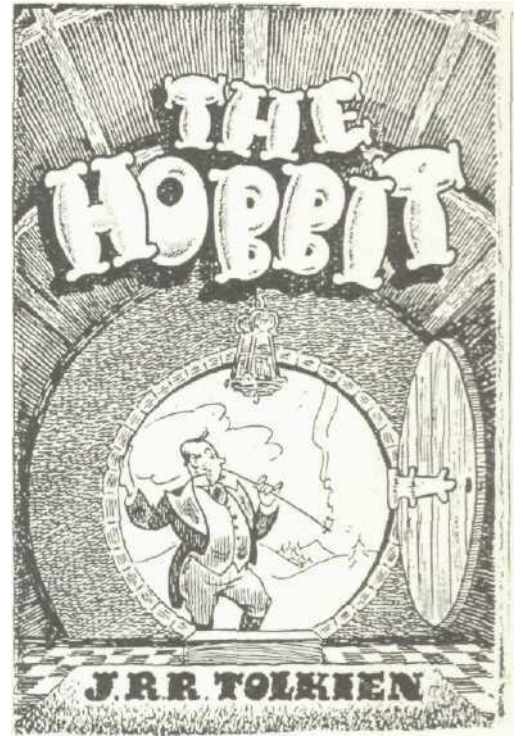
Luego de que los otros hubieran pedido sus desayunos sin ningún por favor (lo que molestó sobremanera a Bilbo), todos se levantaron. El hobbit tuvo que buscarles sitio, y preparó los cuartos vacíos, e hizo camas en sillas y sofás antes de instalarlos e irse a su propia camita muy cansado y nada feliz. Lo que sí decidió fue no molestarse

en madrugar y preparar el maldito desayuno para todo el mundo. La vena Tuk empezaba a desaparecer, y ahora ya no estaba tan seguro de que fuese a hacer algún viaje por la mañana.

Mientras yacía en cama pudo oír a Thorin en la habitación de al lado, la mejor de todas, todavía tarareando entre dientes:

*Más allá de las frías y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
a redamar el oro hace tiempo olvidado,
hemos de ir, antes de que el día nazca.*

Bilbo se durmió con ese canto en los oídos, y tuvo unos sueños intranquilos. Despertó mucho después de que naciera el día.



En 1942 el Children's Book Club publicó una edición de *El hobbit*, y arriba se reproduce la sobrecubierta (que reemplazó el dibujo de Tolkien). El libro no incluía el Mapa de Thror, que se cita en el texto. Tolkien comentó: «Sin duda, al papel malgastado en esa espantosa sobrecubierta podría habersele dado mejor destino».

CARNERO ASADO

Bilbo se levantó de un salto, y poniéndose la bata entró en el comedor. Allí no vio a nadie, pero sí las huellas de un enorme y apresurado desayuno. Había un horrendo revoltillo en la habitación, y pilas de cacharros sucios en la cocina. Parecía que no hubiera quedado ninguna olla ni tartera sin usar. La tarea de fregarlo todo fue tan tristemente real que Bilbo se vio obligado a creer que la reunión de la noche anterior no había sido parte de una pesadilla, como casi había esperado. La idea de que habían partido sin él y sin molestarse en despertarlo, aunque nadie le hubiera dado las gracias, pensó, lo había aliviado de veras. Sin embargo, no pudo dejar de sentir una cierta decepción. Este sentimiento lo sorprendió.

«No seas tonto, Bilbo Bolsón -se dijo-, ¡pensando a tu edad en dragones y en tonterías estrafalarias!» De modo que se puso el delantal, encendió unos fuegos, calentó agua y fregó. Luego se tomó un pequeño y apetitoso desayuno en la cocina, antes de arreglar el comedor. El sol ya brillaba entonces, y por la puerta delantera entraba una cálida brisa de primavera. Bilbo se puso a silbar y a olvidar lo de la noche. Ya estaba sentándose para zamparse un segundo apetitoso desayuno en el comedor, junto a la ventana abierta, cuando de pronto entró Gandalf.

-Mi querido amigo -dijo-, ¿cuándo *vas* a partir? ¿Qué hay de aquello de *empezar temprano*? Y aquí estás tomando el desayuno, o como quiera que llames a eso, a las diez y media. Te dejaron un mensaje, pues no podían esperar.

-¿Qué mensaje? -dijo el pobre Bilbo sonrojado.

-¡Por los Grandes Elefantes! -respondió Gandalf-.
Estás desconocido esta mañana; ¡aún no le has quitado el polvo a la repisa de la chimenea!

-¿Y eso qué tiene que ver? ¡Ya tengo bastante con fregar los platos y ollas de catorce desayunos!

-Si hubieses limpiado la repisa, habrías encontrado esto debajo del reloj -dijo Gandalf alargándole una nota (por supuesto, escrita en unas cuartillas del propio Bilbo).

Esto fue lo que el hobbit leyó:

«Thorin y Compañía al Saqueador Bilbo, ¡salud! Nuestras más sinceras gracias por vuestra hospitalidad y nuestra agradecida aceptación por habernos ofrecido asistencia profesional. Condiciones: pago al contado y al finalizar el trabajo, hasta un máximo de catorceavas partes de los beneficios totales (si los hay); todos los gastos de viaje garantizados en cualquier circunstancia; los gastos de posibles funerales los pagaremos nosotros o nuestros representantes, si hay ocasión y el asunto no se arregla de otra manera.

Creyendo innecesario perturbar vuestro muy estimable reposo, nos hemos adelantado a hacer los preparativos adecuados; esperaremos a vuestra respetable persona en la posada del Dragón Verde, junto a Delagua, exactamente a las 11 a.m. Confiando en que seáis *puntual*,

*tenemos el honor de permanecer
sinceramente vuestros
Thorin y Cía.»*

-Esto te da diez minutos. Tendrás que correr -dijo Gandalf.

-Pero... -dijo Bilbo.

-No hay tiempo para eso -dijo el mago.

1 A Tolkien le gustaron los dragones desde muy niño. Le contó a W. H. Auden:

Intenté escribir un cuento por primera vez poco más o menos a los siete años. Era sobre un dragón. No recuerdo nada de él, salvo un hecho filológico. Mi madre no dijo nada del dragón, pero señaló que no era posible decir «un verde dragón grande» [*a green great dragon*], sino «un gran dragón verde» [*a great green dragon*]. Me pregunté por qué, y me lo pregunto todavía. (*Cartas*, n.º 163)

En *Pictures by J. R. R. Tolkien*, n.º 40, pueden verse tres dragones dibujados por Tolkien, todos ellos verdes.



«La Colina: Hobbiton» (*derecha*) por J. R. R. Tolkien, y su frontispicio original para la primera edición de *El hobbit*, que reemplazó con una versión coloreada en la segunda impresión (*arriba*). Obsérvese que las ventanas del molino no son ya cuadradas, sino redondas, y que la giraldilla ha sido eliminada.

-Pero... -dijo otra vez Bilbo.

-Y tampoco para eso otro. ¡Vamos, adelante!

Hasta el final de sus días Bilbo no alcanzó a recordar cómo se encontró fuera, sin sombrero, bastón o dinero, o cualquiera de las cosas que acostumbraba llevar cuando salía, dejando el segundo desayuno a medio terminar, casi sin lavarse la cara, y poniendo las llaves en manos de Gandalf, corriendo callejón abajo tanto como se lo permitían los pies peludos, dejando atrás el Gran Molino, cruzando [1] el río, y continuando durante una milla o más.

Resoplando llegó a Delagua cuando empezaban a sonar las once, ¡y descubrió que se había venido sin pañuelo!

-¡Bravo! -dijo Balin, que estaba de pie a la puerta de la posada, esperándolo.

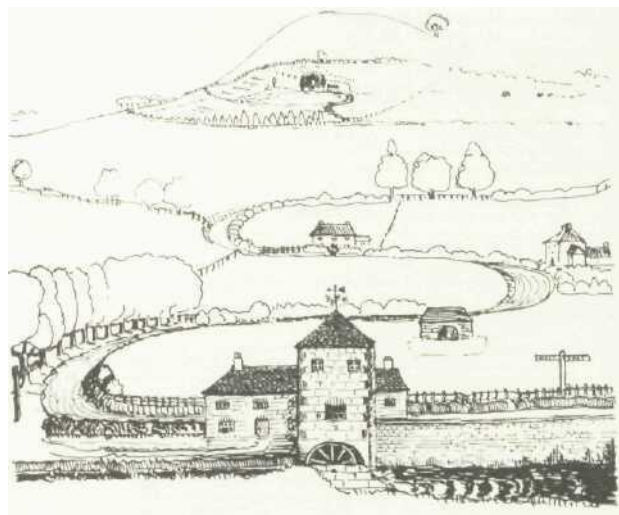
Y entonces aparecieron todos los demás doblando la curva del camino que venía de la villa. Montaban en poneyes, y de cada uno de los caballos colgaba toda clase de equipajes, bultos, paquetes y chismes. Había un poney pequeño, aparentemente para Bilbo.

-Arriba vosotros dos, y adelante -dijo Thorin.

-Lo siento terriblemente -dijo Bilbo-, pero me he venido sin mi sombrero, me he olvidado el pañuelo de bolsillo, y no tengo dinero. No vi vuestra nota hasta después de las 10.45, para ser precisos.

-No seas preciso -dijo Dwalin-, y no te preocupes. Tendrás que arreglártelas sin pañuelos y sin buena parte de otras cosas antes de que lleguemos al final del viaje. En lo que respecta al sombrero, yo tengo un capuchón y una capa de sobra en mi equipaje.

Y así fue como se pusieron en marcha, alelándose de la posada en una hermosa mañana poco antes del mes de mayo, montados en poneyes cargados de bultos; y Bilbo llevaba un capuchón de color verde oscuro (un poco ajado por el tiempo) y una capa del mismo color que Dwalin le



había prestado. Le quedaban muy grandes, y tenía un aspecto bastante cómico. No me atrevo a aventurar lo que su padre Bungo hubiese dicho de él, Sólo le consolaba pensar que no lo confundirían con un enano, pues no tenía barba.

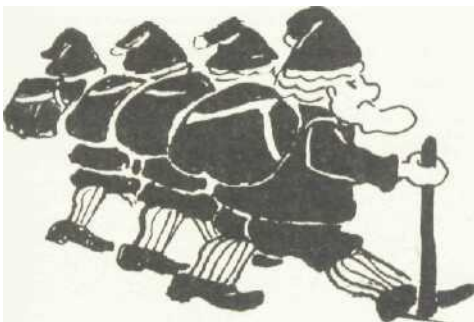
Aún no habían cabalgado mucho tiempo cuando apareció Gandalf, espléndido, montando un caballo blanco. Traía un montón de pañuelos y la pipa y el tabaco de Bilbo. Así que desde entonces cabalgaron felices, contando historias o cantando canciones durante toda la jornada, excepto, naturalmente, cuando paraban a comer. Esto no ocurrió con la frecuencia que Bilbo hubiese deseado, pero ya empezaba a sentir que las aventuras no eran en verdad tan malas. [2]

Cruzaron primero las tierras de los hobbits, un extenso país habitado por gente simpática, con buenos caminos, una posada o dos, y aquí y allá un enano o un granjero que trabajaba en paz. [3]

Llegaron luego a tierras donde la gente hablaba de un modo extraño y cantaba canciones que Bilbo no había oído nunca. Se internaron en las Tierras Solitarias, donde no había gente ni posadas y los caminos eran cada vez peores. No mucho más adelante se alzaron unas colinas melancólicas, oscurecidas por árboles. En algunas había viejos castillos, torvos de aspecto, como si hubiesen sido construidos por gente maldita. Todo parecía lúgubre, pues el tiempo se había estropeado. Hasta entonces el día había sido tan bueno como pudiera esperarse en mayo, aun en las historias felices, pero ahora era frío y húmedo. En las Tierras Solitarias se habían visto obligados a acampar en un lugar desapacible, pero, al menos, seco. [4]

-Pensar que pronto llegará junio -mascullaba Bilbo, mientras avanzaba chapoteando detrás de los otros por un sendero enlodado. [5]

La hora del té ya había quedado atrás; la lluvia caía a



Boceto sin título de enanos en marcha, por J. R. R. Tolkien.

cántaros, y así había sido todo el día; el capuchón le goteaba en los ojos; tenía la capa empapada; el poney cansado tropezaba con las piedras; los otros estaban demasiado enfurruñados para charlar.

-Estoy seguro que la lluvia se ha colado hasta las ropas secas y las bolsas de comida -gruñó Bilbo-. ¡Malditos sean los saqueadores y todo lo que se relacione con ellos! Cómo quisiera estar en mi confortable agujero, al amor de la lumbre, y con la marmita que ha empezado a silbar. -¡No fue la última vez que tuvo este deseo!

Sin embargo, los enanos seguían al paso, sin volverse ni prestar atención al hobbit. Pareció que el sol se había puesto ya en algún lugar detrás de las nubes grises, pues [6] cuando descendían hacia un valle profundo con un río en el fondo, empezó a oscurecer. Se levantó viento, y los sauces [7] se mecían y susurraban a lo largo de las orillas. Por fortuna el camino atravesaba un antiguo puente de piedra, pues el río crecido por las lluvias bajaba precipitado de las colinas y montañas del norte.

[8] Era casi de noche cuando lo cruzaron. El viento desgajó las nubes grises y una luna errante apareció entre los jirones flotantes. Entonces se detuvieron, y Thorin murmuró algo acerca de la cena y -¿Dónde encontraremos un lugar seco para dormir?

En ese momento cayeron en la cuenta de que faltaba Gandalf. Hasta entonces había hecho todo el camino con ellos, sin decir si participaba de la aventura o simplemente los acompañaba un rato. Había hablado, comido y reído como el que más... Pero ahora simplemente ¡no estaba allí!

-¡Vaya, justo en el momento en que un mago nos sería más útil ¡-suspiraron Dori y Nori (que compartían los puntos de vista del hobbit sobre la regularidad, cantidad y frecuencia de las comidas).

[9] Por fin decidieron que acamparían allí mismo. Se acer-



carón a una arboleda, y aunque el terreno estaba más seco, el viento hacía caer las gotas de las hojas y el plip-plip molestaba bastante. El mal parecía haberse metido en el fuego mismo. Los enanos saben hacer fuego en cualquier parte, casi con cualquier cosa, con o sin viento, pero no pudieron encenderlo esa noche, ni siquiera Oin y Gloin, que en esto eran especialmente mañosos.

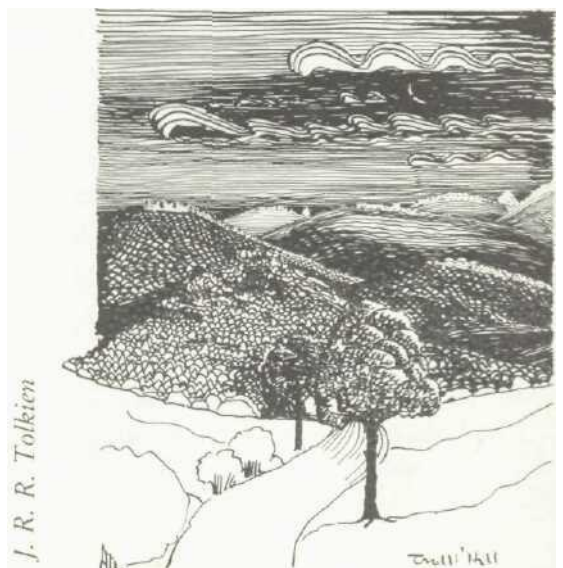
Entonces uno de los poneys se asustó de nada y escapó corriendo. Se metió en el río antes de que pudieran detenerlo; y antes de que pudiesen llevarlo de vuelta, Fili y Kili casi murieron ahogados, y el agua había arrastrado el equipaje del poney. Naturalmente, era casi todo comida, y quedaba muy poco para la cena, y menos para el desayuno.

Todos se sentaron, taciturnos, empapados y rezonando, mientras Oin y Gloin seguían intentando encender el fuego y discutiendo el asunto. Bilbo reflexionaba tristemente que las aventuras no eran sólo cabalgatas en poney al sol de mayo, cuando Balin, el oteador del grupo, exclamó de pronto: -¡Allá hay una luz! -Un poco apartada asomaba una colina con árboles, bastante espesos en algunos sitios. Fuera de la masa oscura de la arboleda, todos pudieron ver entonces el brillo de una luz, una luz rojiza, confortadora, como una fogata o antorchas parpadeantes.

Luego de observarla un rato, se enredaron en una discusión. Unos decían que «sí» y otros decían que «no». Algunos opinaron que lo único que se podía hacer era ir y mirar, y que cualquier cosa sería mejor que poca cena, menos desayuno, y ropas mojadas toda la noche.

Otros dijeron: -Ninguno de estos parajes es bien conocido, y las montañas están demasiado cerca. Rara vez algún viajero se aventura ahora por estos lados. Los mapas antiguos ya no sirven, las cosas han empeorado mucho. Los caminos no están custodiados, y aquí además han oído hablar del rey en contadas ocasiones, y cuanto menos pre-

[10]





Sueco (1947)



Portugués (1962)

guntas hagas menos dificultades encontrarás. -Alguno dijo:- Al fin y al cabo somos catorce. -Otros:- ¿Dónde está Gandalf? -pregunta que fue repetida por todos.

En ese momento la lluvia empezó a caer más fuerte que nunca, y Oin y Gloin iniciaron una pelea.

Esto puso las cosas en su sitio: -Al fin y ai cabo, tenemos un saqueador entre nosotros -dijeron; y así echaron a andar, guiando a los poneyes (con toda la precaución debida y apropiada) hacia la luz. Llegaron a la colina y pronto estuvieron en el bosque. Subieron la pendiente, pero no se veía ningún sendero adecuado que pudiera llevar a una casa o una granja. Continuaron como pudieron, entre chasquidos, crujidos y susurros (y una buena cantidad de maldiciones y refunfuños) mientras avanzaban por la oscuridad cerrada del bosque.

De súbito la luz roja brilló muy clara entre los árboles no mucho más allá. -Ahora le toca al saqueador -dijeron refiriéndose a Bilbo-. Tienes que ir y averiguarlo todo de esa luz, para qué es, y si las cosas parecen normales y en orden -dijo Thorin al hobbit-. Ahora corre, y vuelve rápido si todo está bien. Si no, ¡vuelve como puedas! Si no puedes, grita dos veces como lechuza de granero y una como lechuza de campo, y haremos lo que podamos.

Y allá tuvo que partir Bilbo, antes de poder explicarles que era tan incapaz de gritar como una lechuza como de volar como un murciélago.

Pero, de todos modos, los hobbits saben moverse en silencio por el bosque, en completo silencio. Era una habilidad de la que se sentían orgullosos, y Bilbo más de una vez había torcido la cara mientras cabalgaban, criticando ese «estrépito propio de enanos»; pero me imagino que ni vosotros ni yo hubiéramos advertido nada en una noche de ventisca, aunque la cabalgata hubiese pasado casi rozándonos. En cuanto a la sigilosa marcha de Bilbo hacia la luz



Eslovaco (1973)

roja, creo que no hubiera perturbado ni el bigote de una comadreja, de modo que llegó directamente al fuego -pues era un fuego- sin alarmar a nadie. Y esto fue lo que vio.

Había tres criaturas muy grandes sentadas alrededor de una hoguera de troncos de haya, y estaban asando un carnero espetado en largos asadores de madera y chupándose la salsa de los dedos. Había un olor delicioso en el aire. También había un barril de buena bebida a mano, y bebían de unas jarras. Pero eran trolls. Trolls sin ninguna duda. Aun Bilbo, a pesar de su vida retirada, podía darse cuenta: las grandes caras toscas, la estatura, el perfil de las piernas, por no hablar del lenguaje, que no era precisamente el que se escucha en un salón de invitados. ²

-Carnero ayer, carnero hoy y maldición si no carnero mañana -dijo uno de los trolls.

-Ni una mala pizca de carne humana probamos desde hace mucho, mucho tiempo -dijo otro troll-. ¿Por qué demonios Guille nos habrá traído aquí?; y además la bebida está escaseando -añadió, tocando el codo de Guille, que en ese momento bebía un sorbo.

Guille se atragantó: -¡Cierra la boca! -dijo tan pronto como pudo-. No puedes esperar que la gente se quede por aquí sólo para que tú y Berto se la zampen. Habéis comido un pueblo y medio entre los dos desde que bajamos de las montañas. ¿Qué más queréis? Y esos tiempos han pasado. Y tendrías que haber dicho «Grrracias, Guille», por este buen bocado de carnero gordo del valle. -Arrancó un pedazo de la pierna del carnero que estaba asando y se limpió ja boca con la manga.

En efecto, me temo que los trolls se comportan siempre así, aun aquellos que sólo tienen una cabeza. Luego de haber oído todo esto, Bilbo tendría que haber hecho algo sin demora. O bien haber regresado en silencio. Y avisar a ³



- ² Tolkien hace hablar a los trolls en un cómico dialecto de clase baja. Esta broma lingüística muestra una percepción del lenguaje semejante a la que él atribuía a Chaucer en un largo ensayo presentado el 16 de mayo de 1931 ante la Philological Society de Oxford. Este ensayo, titulado «Chaucer as a Philologist: *The Reeve's Tale*» [Chaucer como filólogo: *The Reeve's Tale*], muestra cómo Chaucer utilizó el dialecto norteño del Inglés Medio como motivo de humor para su audiencia sureña (londinense). Mucho de lo que en él dice de Chaucer podría decirse también de Tolkien:

Chaucer deliberadamente se apoya en la risa fácil que el «dialecto» provoca en el iletrado y en el que carece de conocimientos filológicos. Pero no da meras ideas populares del dialecto: da el hecho, auténtico, aun cuando tiene el cuidado de proporcionar a la audiencia ciertas características que en ese entonces se consideraban graciosas. Por cierto tuvo aquí la inspiración de utilizar esta broma fácil con el objeto de obtener un realismo dramático... y con ese toque salvó *The Reeve's Tale*. Sin embargo, por cierto no habría hecho estas cosas, para no hablar ya de haberlas hecho tan bien, si no hubiera tenido un íntimo interés filológico, y también un conocimiento del «dialecto» hablado y escrito mayor del que era corriente en ese entonces.

Estas elaboradas bromas, tan cabalmente desarrolladas, son típicas de un hombre interesado en el lenguaje y atento a él... Muchos son los que ríen, pero pocos los capaces de analizar y registrar. (*Transactions of the Philological Society 1934.*)

- ³ A menudo en los cuentos de hadas, los trolls tienen varias cabezas. La ilustración de la izquierda muestra a un troll en el cuento «Soria Moria Castle», del *Red Fairy Book* [*El libro rojo de las hadas*] (1890), de Andrew Lang. *The Red Fairy Book* contiene uno de los cuentos infantiles favoritos de Tolkien, el de Sigurd y el dragón Fafnir.

los demás que había tres trolls de buena talla y malhumorados, bastante grandes como para comerse un enano asado o aun un poney, como novedad; o bien tendría que haber hecho una buena y rápida demostración de merodeo nocturno. Un saqueador legendario y realmente de primera clase, en esta situación habría metido mano a los bolsillos de los trolls (algo que casi siempre vale la pena, sí consigues hacerlo), habría sacado el carnero de los espetones, habría arrebatado la cerveza y se hubiera ido sin que nadie se enterase. Otros más prácticos, pero con menos orgullo profesional, quizá habrían clavado una daga a cada uno de ellos antes de que se dieran cuenta. Luego él y los enanos hubieran podido tener una noche feliz.

Bilbo lo sabía. Había leído de muchas buenas cosas que nunca había visto o nunca había hecho. Estaba muy asustado, y disgustado también; hubiera querido encontrarse a cien millas de distancia, y sin embargo..., sin embargo no podía volver directamente a donde estaban Thorin y Compañía con las manos vacías. Así que se quedó, titubeando en las sombras. De los muchos procedimientos de saqueo de que había oído, hurgonear en los bolsillos de los trolls le pareció el menos difícil, así que se arrastró hasta un árbol, justo detrás de Guille.

Berto y Tom iban ahora hacia el barril. Guille estaba echando otro trago. Bilbo se armó de coraje e introdujo la manita en el enorme bolsillo de Guille. Había un saquito dentro, para Bilbo tan grande como un zurrón. «¡Ja!», pensó, entusiasmándose con el nuevo trabajo, mientras extraía la mano poco a poco, «¡y esto es sólo un principio!».

¡Fue un principio! Los sacos de los trolls son engañosos, y éste no era una excepción. -¡Eh!, ¿quién eres tú? -chilló el saco en el momento en que dejaba el bolsi-

llo, y Guille dio una rápida vuelta y tomó a Bilbo por el cuello antes de que el hobbit pudiera refugiarse detrás del árbol.

-¡Maldizón, Berto, mira lo que he cazado!

-¿Qué es? -dijeron los otros acercándose.

-¡Que un rayo me parta si lo sé! Tú ¿qué eres?

-Bilbo Bolsón, un saque..., un hobbit -dijo el pobre Bilbo temblando de pies a cabeza, y preguntándose cómo podría gritar como una lechuza antes que lo degollasen.

-¿Un saquehobbit? -dijeron los otros un poco alarmados. Los trolls son cortos de entendimiento, y bastante suspicaces con cualquier cosa que les parezca una novedad.

-De todos modos, ¿qué tiene que hacer un saquehobbit en mis bolsillos? -dijo Guille.

-Y ¿podremos cocinarlo? -dijo Tom.

-Se puede intentar -propuso Berto blandiendo un asador.

-No alcanzaría más que para un bocado -dijo Guille, que había cenado bien-, una vez que le saquemos la piel y los huesos.

-Quizá haya otros como él alrededor y podamos hacer un pastel -dijo Berto-. Eh, tú, ¿hay otros ladronzuelos por estos bosques, pequeño conejo asqueroso? -dijo mirando las extremidades peludas del hobbit; y tomándolo por los dedos de los pies lo levantó y sacudió.

-Sí, muchos -dijo Bilbo antes de darse cuenta de que traicionaba a sus compañeros-. No, nadie, ni uno -dijo inmediatamente después.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Berto, levantándolo en vilo, esta vez por el pelo.

-Lo que digo -respondió Bilbo jadeando-. Y por favor, ¡no me cocinen, amables señores! Yo mismo cocino bien, y soy mejor cocinero que cocinado, sí entienden lo

Un troll estaba solo sentado en sus
asentaderas de piedra,
y mordisqueaba y roía un viejo hueso
pelado;
mucho, mucho tiempo había estado allí
sentado a solas
sin ver hombre ni mortal...
¡Total! ¡Portal!
Mucho, mucho tiempo había estado allí
sentado a solas
sin ver hombre ni mortal.

Llegó por allí Tom con sus grandes
botas puestas;
«¡Salve! -dice-, ¿qué es eso, si lo tiene a
bien?
Se parece a la pierna de mi tío John
que debería estar enterrada en el
cementerio.
¡Valiente sahumero!
Se parece a la pierna de mi tío John
que debería estar enterrada en el
cementerio».

«Joven -dice el troll-, este hueso lo he
robado;
pero ¿qué son los huesos cuando el alma
quizá
esté en el cielo en lo alto envuelta en
una aureola
grande y brillante como una hoguera?
¡Hoguera! ¡Hoguera!
¿Esté en el cielo en lo alto envuelta en
una aureola
grande y brillante como una hoguera?»

Dice Tom: «Si hoguera hay en verdad,
no es arriba
sino abajo donde está,
porque el viejo John era un ladrón tan
decoroso
como cualquiera que viste de negro en
domingo...
¡Gazmoñero pingo!
Porque el viejo John era un ladrón tan
decoroso
como cualquiera que viste de negro en
domingo.

Pero no veo aún cómo es que lo tienes
tú,
siendo yo mismo su pariente;
vete al infierno pues y déjalo estar
antes de acabar de comértelo.
¡Vaya modo!

4 Antes de *El hobbit*, Tolkien escribió un largo poema sobre un troll titulado «The Root of the Boot» [La raíz de la bota]. Una versión posterior y menos sofisticada de este poema aparece en el capítulo 12 del Libro I de *El Señor de los Anillos*, y se reedita con el título de «The Stone Troll» [El troll de piedra] en *The Adventures of Tom Bombadil* [Las aventuras de Tom Bombadil]. La versión anterior (que se ofrece a continuación) se editó en 1936 en un librito titulado *Songs for the Philologists*. (Para una versión corregida, véase *The Return of the Shadow* [El retorno de la Sombra].)

El poema debía cantarse con la melodía de la canción folklórica *The Fox Went Out* [El zorro salió de paseo]. Es posible escuchar al mismo Tolkien cantar otra versión de este poema en el disco *J. R. R. Tolkien Reads and Sings His «The Hobbit» and «The Fellowship of the Ring»* (Caedmon TC 1477).

Vete al infierno pues y déjalo estar antes de acabar de comértelo».

En el sitio justo de la base
Tom le da con la bota... pero ¡ay! esa
raza
tiene asentaderas más pétreas que la
cara;
lamentó pues ese golpe en el trasero.
¡De estrépito certero!
Tiene asentaderas más pétreas que la
cara;
¡lamentó pues ese golpe en el trasero.

Tom va cojo desde que volvió a casa
y tiene el pie descalzo en lamentable
estado;
Pero las asentaderas del troll no han
cambiado mucho.
¡Y le deshuesó el hueso al propietario,
donante equivocado!
Pero las asentaderas del troll no han
cambiado mucho.
¡Y le deshuesó el hueso al propietario!

que quiero decir. Les prepararé un hermoso desayuno, un desayuno perfecto si no me comen en la cena.

[11] -Pobrecito bribón -dijo Guille. Había comido ya hasta hartarse, y también había bebido mucha cerveza-. Pobrecito bribón. ¡Dejadlo ir!

-No hasta que diga qué quiso decir con muchos y ninguno -replicó Berto-, no quiero que me rebanen el cuello mientras duermo.

-¡Ponedle los pies al fuego hasta que hable!

-No lo haré -dijo Guille-, al fin y al cabo yo lo he atrapado.

-Eres un gordo estúpido, Guille -dijo Berto-, ya te lo dije antes, por la tarde.

-Y tú, un patán.

-Y yo no lo permitiré, Guille Estrujónez -dijo Berto, y descargó el puño contra el ojo de Guille.

[12] La pelea que siguió fue espléndida. Bilbo no perdió del todo el juicio, y cuando Berto lo dejó caer, gateó apartándose antes de que los trolls estuviesen peleando como perros y llamándose a grandes voces con distintos apelativos, verdaderos y perfectamente adecuados. Pronto estuvieron enredados en un abrazo feroz, casi rodando hasta el fuego, dándose puntapiés y aporreándose, mientras Tom los golpeaba con una rama para que recobraran el juicio, y por supuesto enfureciéndolos todavía más.

Bilbo hubiera podido escapar en ese mismo instante. Pero las grandes garras de Berto le habían estrujado los desdichados pies, había perdido el Allento, y la cabeza le daba vueltas; así que allí se quedó resollando, justo fuera del círculo de luz.

De pronto, en plena pelea, apareció Balin. Los enanos habían oído ruidos a lo lejos, y luego de esperar un rato a que Bilbo volviera o que gritara como una lechuza, empezaron a arrastrarse hacia la luz tratando de no hacer ruido.

Tan pronto como Tom vio aparecer a Balin a la luz, dio un horrible aullido. Ocurre que los trolls no soportan la vista de un enano (crudo). Berto y Guille dejaron en seguida de pelear, y -Un saco, rápido, Tom -dijeron.

Antes de que Balin, quien se preguntaba dónde estaría Bilbo en aquella conmoción, se diera cuenta de lo que ocurría, le habían echado un saco sobre la cabeza, y lo habían derribado.

-Aún vendrán más, o me equivoco bastante. Muchos y ninguno, eso es -dijo Tom-. No más saquehobbits, pero muchos enanos. ¡Eso es lo que quería decir!

-Pienso que tienes razón -dijo Berto-, y convendría que saliésemos de la luz.

Y así hicieron. Teniendo en la mano unos sacos que usaban para llevar carneros y otras presas, esperaron en las sombras. Cuando aparecía algún enano, y miraba sorprendido el fuego, las jarras desbordadas y el carnero roído, ¡pop!, un saco maloliente le caía sobre la cabeza, y el enano rodaba por el suelo. Pronto Dwalin yacía al lado de Balin y Fifi y Kili juntos, y Dori y Nori y Ori en un montón, y Oin, Gloin, Bifur, Bofur y Bombur incómodamente apilados cerca del fuego.

-Eso les enseñará-dijo Tom, ya que Bifur y Bombur habían causado muchos problemas y habían peleado como locos, tal como hacen los enanos cuando se ven acorralados.

Thorin llegó último, y no lo tomaron desprevenido. Llegó esperando encontrar algo malo, y no necesitó ver las piernas de sus amigos sobresAllendo de los sacos para darse cuenta de que las cosas no iban del todo bien. Se quedó fuera, algo aparte, en las sombras, y dijo: -¿Qué es todo este jaleo? ¿Quién está aporreando a mi gente?

-Son trolls -respondió Bilbo desde atrás del árbol. Lo habían olvidado por completo-. Están escondidos entre los arbustos, con sacos.

- 5 Casi todos los nombres de los enanos que aparecen en *El hobbit* fueron tomados de una lista de nombres de enanos del poema nórdico «Voluspá» [La profecía de la vidente], parte de una colección de antiguos poemas mitológicos nórdicos conocidos como los *Elder* (o Poetic) *Edda*. Las versiones del poema que sobreviven le proporcionaron a Tolkien los siguientes nombres: Thorin, Thrór, Thráin, Dwalin, Pili, Kili, Dori, Nori, Ori, Oin, Gloin, Bifur, Bofur, Bombur, Fundin, Dain y Nain.

Los nombres de los enanos proviene de la antigua tradición nórdica, pero sacados directamente de cuentos de hadas como *Blanca Nieves*, recopilado por los hermanos Grimm. En el Apéndice F de *El Señor de los Anillos* Tolkien escribió de los enanos: «Constituyen en su mayoría una raza obstinada, grave, reservada, laboriosa, que no olvida las injurias (ni los actos de bondad), amantes de la piedra, de las gemas, de las cosas que cobran forma en sus manos de artesanos, más que de las cosas con vida propia».



La ilustración de Tolkien «The Trolls» (arriba a la derecha) tuvo evidentemente por modelo la de Jenny Harbour «Hansel and Grethel Sat Down by the Fire» [Hansel y Gretel sentados junto al fuego] (arriba) para *My Book of Paveante Fairy Tales* [Mi libro de cuentos de hadas favoritos] (1921), de Edric Vredenburg.

-Oh, ¿son trolls? -dijo Thorin, y saltó hacia el fuego cuando los trolls se precipitaban sobre él. Alzó una rama gruesa que ardía en un extremo y Berto la tuvo en un ojo antes de que pudiera esquivarla. Eso lo puso fuera de combate durante un rato. Bilbo hizo todo lo que pudo. Se aferró de algún modo a una pierna de Tom -era gruesa como el tronco de un árbol joven-, pero lo enviaron dando vueltas hasta la copa de unos arbustos, mientras Tom pateaba las chispas hacia la cara de Thorin. La rama golpeó los dientes de Tom, que perdió un incisivo. Esto lo hizo aullar, os lo aseguro. Pero justo en ese momento, Guille apareció detrás y le echó a Thorin un saco a la cabeza y se lo bajó hasta los pies. Y así acabó la lucha. Un bonito esca-beche eran todos ellos ahora, primorosamente atados en sacos, con tres trolls enfadados (dos con quemaduras y golpes que recordar) sentados cerca, discutiendo si los asarían a fuego lento, si los picarían fino y luego los cocerían, o bien sí se sentarían sobre ellos, haciéndolos papilla; y Bilbo en lo alto de un arbusto, con la piel y las vestiduras rasgadas, no atreviéndose a intentar un movimiento, por miedo de que lo oyeran.

Fue entonces cuando volvió Gandalf, pero nadie lo vio. Los trolls acababan de decidir que meterían a los enanos en el asador y se los comerían más tarde; había sido idea de Berto, y tras una larga discusión todos estuvieron de acuerdo.

-No es buena idea asarlos ahora, nos llevaría toda la noche -dijo una voz. Berto creyó que era la voz de Guille.

-No empecemos de nuevo la discusión, Guille -dijo el otro-, o sí que nos llevaría toda la noche.

-¿Quién está discutiendo? -dijo Guille, creyendo que había sido Berto el que había hablado.

-¡Tú! -dijo Berto.

-Eres un mentiroso -dijo Guille, y así empezó otra vez la discusión. Por fin decidieron picarlos y cocerlos, así que trajeron una gran cacerola negra y sacaron los cuchillos.

-¡No está bien cocerlos! No tenemos agua y hay todo un buen trecho hasta el pozo -dijo una voz. Berto y Guille creyeron que era la de Tom.

-¡Calla o nunca acabaremos! Y tú mismo traerás el agua si dices una palabra más.

-¡Cállate tú! -dijo Tom, quien creyó que era la voz de Guille-. ¿Quién discute, sino tú?

-Eres bobito -dijo Guille.

-¡Bobito tú! -respondió Tom.

Y así comenzó otra vez la discusión, y continuó más enconada que nunca, hasta que por fin decidieron sentarse sobre los sacos uno a uno, aplastarlos y cocerlos más tarde.

-¿Sobre cuál nos sentaremos primero? -dijo la voz.

-Mejor sentarnos primero sobre el último tipo -dijo Berto, cuyo ojo había sido lastimado por Thorin, creyendo que era Tom el que hablaba.

-No hables solo -dijo Tom-, pero si quieres sentarte sobre el último, hazlo. ¿Cuál es?

-El de las medias amarillas -dijo Berto.

-Tonterías, el de las medias grises -dijo una voz que parecía la de Guille.

-Me aseguré de que eran amarillas -dijo Berto.

-Amarillas eran -corroboró Guille.

-Entonces ¿por qué dijiste que eran medias grises? -preguntó Berto.

-Nunca dije eso. Fue Tom.

-Yo no lo dije. Fuiste tú -dijo Tom.

-Apuesto dos contra uno, ¡así que cierra la boca! -dijo Berto.

-¿A quién le estás hablando? -preguntó Guille.

-¡Basta ya! -dijeron Tom y Berto al mismo tiempo-. La noche avanza y amanece temprano. ¡Sigamos!

-¡Que el amanecer caiga sobre todos y que sea piedra para vosotros! -dijo una voz que sonó como la de Guille. Pero no lo era. En ese preciso instante, la aurora apareció sobre la colina y hubo un bullicioso gorjeo en la enramada. Guille ya no dijo nada más, pues se convirtió en piedra mientras se encorvaba, y Berto y Tom se quedaron inmóviles como rocas cuando lo miraron. Y allí están hasta nuestros días, solos, a menos que los pájaros se posen sobre ellos; pues los trolls, como seguramente sabéis, tienen que estar bajo tierra antes del alba, o vuelven a la materia montañosa de la que están hechos, y nunca más se mueven. Esto fue lo que les ocurrió a Berto, Tom y Guille.

-¡Excelente! -dijo Gandalf, mientras aparecía desde atrás de un árbol y ayudaba a Bilbo a descender de un arbusto espinoso. Entonces Bilbo entendió. Había sido la voz del brujo la que había tenido a los ogros discutiendo y peleando por naderías hasta que la luz asomó y acabó con ellos.

Lo siguiente fue desatar los sacos y liberar a los enanos. Estaban casi asfixiados y muy fastidiados; no les había divertido nada estar allí tendidos, oyendo a los ogros que hacían planes para asarlos, picarlos y cocerlos. Tuvieron que escuchar más de dos veces el relato de lo que le había ocurrido a Bilbo antes de quedar satisfechos.

-¡Tiempo tonto para andar practicando el arte de birlar y desvalijar bolsillos! -dijo Bombur-. Todo lo que queríamos era comida y lumbre.

-Y eso es justamente lo que no hubierais conseguido de esa gente sin lucha, en cualquier caso -replicó Gandalf-. De todos modos, ahora estáis perdiendo el tiempo. ¿No os dais cuenta de que los trolls han de tener alguna

6 Es tradición en los cuentos de hadas que la luz del sol es fatal para los trolls. En los cuentos folklóricos nórdicos, recopilados por Peter Christen Asbjornsen y Jergen Moe, los trolls alcanzados por la luz del sol estallan en pedazos.

7 En 1977, Michael, el segundo hijo de Tolkien, comunicó a Tolkien Society de Gran Bretaña que en algún momento cuando eran niños, él, sus dos hermanos y su hermana, pensaron que el capítulo dedicado a los trolls era el mejor del libro. Y añadió: «Pensábamos que había algo bueno en los trolls, y que en verdad era una lástima que hubiesen sido transformados en piedra».



The Three Trolls are turned to Stone

cueva o agujero excavado aquí cerca para esconderse del sol? Tenemos que investigarlo.

Buscaron alrededor y pronto encontraron las marcas de las botas de piedra entre los árboles. Siguieron las huellas colina arriba hasta que descubrieron una puerta de piedra, escondida detrás de unos arbustos y que llevaba a una caverna. Pero no pudieron abrirla, ni aun cuando todos empujaron mientras Gandalf probaba varios encantamientos.

-¿Será esto de alguna utilidad? -preguntó Bilbo cuando ya se estaban cansando y enfadando-. Lo encontré en el suelo donde los trolls tuvieron la discusión. -Y extrajo una llave bastante grande, aunque Guille la hubiese considerado pequeña y secreta. Por fortuna se le había caído del bolsillo antes de quedar convertido en piedra.

-Pero, ¿por qué no lo dijiste antes? -le gritaron. Gandalf arrebató la llave y la introdujo en la cerradura. Entonces la puerta se abrió hacia atrás con un solo empujón, y todos entraron. Había huesos esparcidos por el suelo, y un olor nauseabundo en el aire, pero había también una buena cantidad de comida mezclada al descuido en estantes y sobre el suelo, entre un cúmulo de cosas tiradas en desorden, producto de muchos botines, desde botones de estaño a ollas colmadas de monedas de oro apiladas en un rincón. Había también montones de vestidos que colgaban de las paredes -demasiado pequeños para los trolls; me temo que pertenecían a las víctimas-, y entre ellos muchas espadas de diversa factura, forma y tamaño. Dos les llamaron particularmente la atención, por las hermosas vainas y las empuñaduras enjoyadas. Gandalf y Thorin tomaron una cada uno, y Bilbo un cuchillo con vaina de cuero. Para un troll no hubiera sido más que un pequeño cortaplumas, pero al hobbit le servía como espada corta.

-Las hojas parecen buenas -dijo el mago desenvainando una a medias y observándola con curiosidad-. No han sido forjadas por ningún troll ni herrero humano de estos lugares y días, pero cuando podamos leer las runas que hay en ellas, sabremos más.

-Salgamos de este hedor horrible -dijo Fili. Y así sacaron las ollas de monedas y todos los alimentos que parecían limpios y adecuados para comer, así como un barril de cerveza del país todavía lleno. Sintieron ganas de desayunar, y hambrientos como estaban no hicieron ascos a lo que habían sacado de las despensas de los trolls. De las provisiones que habían traído quedaba ya poco, pero ahora tenían pan, queso, gran cantidad de cerveza y panceta para asar a las brasas.

Luego se durmieron, pues la noche no había sido tranquila, y no hicieron nada hasta la tarde. Entonces trajeron los poneys y se llevaron las ollas del oro y las enterraron con mucho secreto no lejos del sendero que bordea el río, echándoles numerosos encantamientos, por si alguna vez tenían oportunidad de regresar y recobrarlas. En seguida, volvieron a montar, y trotaron otra vez por el camino hacia el Este.

-¿Dónde has ido, si puedo preguntártelo? -dijo Thorin a Gandalf mientras cabalgaban.

-A mirar adelante -respondió Gandalf.

-¿Y qué te hizo volver en el momento preciso?

-Mirar hacia atrás.

-De acuerdo, pero ¿no podrías ser más explícito?

-Me adelanté a explorar el camino. Pronto se hará peligroso y difícil. Deseaba también acrecentar nuestras pequeñas reservas de alimentos. Sin embargo no había ido muy lejos cuando me encontré con un par de amigos de Rivendel.

-¿Dónde queda eso? -preguntó Bilbo.

-No interrumpas -dijo Gandalf-. Llegarás allí en pocos días, si tenemos suerte, y lo sabrás todo. Como estaba diciendo, encontré dos de los hombres de Elrond. Huían asustados de los trolls. Por ellos supe que tres trolls habían bajado de las montañas y se habían asentado en el bosque, no lejos del camino. Habían espantado a toda la gente del distrito y tendían celadas a los extraños. En seguida tuve el presentimiento de que yo hacía falta. Mirando atrás, vi fuego a lo lejos y me vine. Así que ya lo sabes ahora. Por favor, ten más cuidado la próxima vez; ¡o no llegaremos a ninguna parte!

-¡Gracias! -dijo Thorin.

Capítulo III

UN BREVE DESCANSO

No cantaron ni contaron historias aquel día, aunque el tiempo mejoró; ni al día siguiente, ni al otro. Habían empezado a sentir que el peligro estaba bastante cerca y a ambos lados. Acamparon bajo las estrellas, y los caballos comieron mejor que ellos mismos, pues la hierba abundaba, pero no quedaba mucho en los zurrones, aun contando con lo que habían sacado a los trolls. Una mañana vadearon un río por un lugar ancho y poco profundo, resonante de piedras y espuma. La orilla opuesta era escarpada y resbaladiza. Cuando llegaron a la cresta, guiando los poneyes, vieron que las grandes montañas descendían ya muy cerca hacia ellos. Parecían alzarse a sólo un día de cómodo viaje desde la falda más cercana. Tenían un aspecto tenebroso y lóbrego, aunque había manchas de sol en las laderas oscuras, y más allá centelleaban las cumbres nevadas.

-¿Es aquella *la* Montaña? -preguntó Bilbo con voz solemne, mirándola con asombro. Nunca había visto antes algo que pareciese tan enorme.

-¡Desde luego que no! -dijo Balin-. Esto es sólo el principio de las Montañas Nubladas, tenemos que cruzarlas de algún modo, por encima o por debajo, antes de que podamos internarnos en las Tierras Ásperas de más allá. Y aún queda un largo camino desde el otro lado hasta la Montaña Solitaria de Oriente, en la que Smaug yace tendido sobre el tesoro.

-¡Oh! -dijo Bilbo, y en aquel mismo instante se sintió cansado como nunca hasta entonces. Añoraba una vez más la silla confortable delante del fuego y la salita prefe-

1 Tolkien describió la palabra *Wilderland* [Tierras Ásperas] como «una invención (no existe verdaderamente en inglés) basada en *wilderness* (que significa originariamente un país de criaturas salvajes, no habitado por los hombres), pero con una referencia colateral a los verbos *wilder*, "errar extraviado", y *bewilder* [dejar perplejo]».



Yugoslavo (1986)

rida en el agujero-hobbit, y el canto de la marmita. ¡No por última vez!

Gandalf encabezaba ahora la marcha. -No nos salgamos del camino, o ya nada podrá salvarnos -dijo-. Necesitamos comida, en primer lugar, y descanso con una seguridad razonable; además es muy importante internarse en las Montañas Nubladas por el sendero apropiado, o de lo contrario os perderéis y tendréis que volver y empezar de nuevo por el principio (si llegáis a volver).

Le preguntaron hacia dónde estaba conduciéndolos, y él respondió: -Habéis llegado a los límites mismos de las tierras salvajes, como algunos sabéis sin duda. Oculto en algún lugar delante de nosotros está el hermoso valle de Rivendel, donde vive Elrond en la Última Morada. Le envié un mensaje por mis amigos y nos está esperando.

[2] Aquello sonaba agradable y reconfortante pero no habían llegado aún, y no era tan fácil como parecía encontrar la Última Morada al oeste de las Montañas. No había árboles, valles o colinas que quebrasen el terreno delante de ellos: la vasta pendiente ascendía poco a poco hasta el pie de la montaña más próxima, una ancha tierra descolorida de brezo y piedra rota, con manchas de latigazos de verde de hierbas y verde de musgos que señalaban dónde podía haber agua.

[3] Pasó la mañana, llegó la tarde; pero no había señales de que alguien habitara en ese yermo silencioso. La inquietud de todos iba en aumento, pues veían ahora que la casa podía estar oculta casi en cualquier lugar entre ellos y las montañas. Se encontraban de pronto con valles inesperados, estrechos, de paredes escarpadas, que se abrían de súbito, y ellos miraban hacia abajo y se sorprendían, pues había árboles y una corriente de agua en el fondo. Algunos desfiladeros casi hubieran podido cruzarlos de un salto,

pero eran en cambio muy profundos, y el agua corría por ellos en cascadas. Había gargantas oscuras que no podían cruzarse sin trepar. Había ciénagas; algunas eran lugares verdes de aspecto agradable, donde crecían flores altas y luminosas; pero un poney que caminase por allí llevando una carga nunca volvería a salir.

Por cierto, era una tierra que se extendía desde el vado a las montañas, de una vastedad que nunca hubieseis llegado a imaginar. Bilbo estaba asombrado. Unas piedras blancas, algunas pequeñas y otras medio cubiertas de musgo o brezo, señalaban el único sendero. En verdad era una tarea muy lenta la de seguir el rastro, aun guiados por Gandalf, que parecía conocer bastante bien el camino.

La cabeza y la barba de Gandalf se movían de aquí para allá cuando buscaba las piedras, y ellos lo seguían; pero cuando el día empezó a declinar no parecían haberse acercado mucho al término de la busca. La hora del té había pasado hacía tiempo y parecía que la de la cena pronto iría por el mismo camino. Había mariposas nocturnas que revoloteaban alrededor y la luz era ahora muy débil, pues aún no había salido la luna. El poney de Bilbo comenzó a tropezar en raíces y piedras. Llegaron tan de repente al borde mismo de un declive abrupto, que el caballo de Gandalf casi resbaló pendiente abajo. [4]

-¡Aquí está, por fin! -anunció el mago, y los otros se agruparon en torno y miraron por encima del borde. Vieron un valle allá abajo. Podían oír el murmullo del agua que se apresuraba en el fondo, sobre un lecho de piedras; en el aire había un aroma de árboles, y en la vertiente del otro lado brillaba una luz.

Bilbo nunca olvidó cómo rodaron y resbalaron en el crepúsculo, bajando por el sendero empinado y zigzagante hasta entrar en el valle secreto de Rivendel. El aire era más cálido a medida que descendían, y el olor de los pi-



2 Un *faggot* [los leños en la traducción castellana] es un haz de varas o ramas. *Bannock* [tarta], de acuerdo con el *Oxford English Dictionary*, es «el nombre que recibe en Escocia y el norte de Inglaterra un molde con el que se hace pan casero; por lo general sin levadura, de gran tamaño, de forma redonda u ovalada y aplastado».

nos amodorraba a Bilbo, quien de vez en cuando cabeceaba y casi se caía, o daba con la nariz en el pescuezo del poney. Todos parecían cada vez más animados mientras bajaban. Las hayas y los robles sustituyeron a los pinos, y el crepúsculo era como una atmósfera de serenidad y bienestar. El último verde casi había desaparecido de la hierba, cuando llegaron al fin a un claro despejado, no muy por encima de las riberas del arroyo.

«¡Hummm! ¡Huele como a elfos!», pensó Bilbo, y levantó los ojos hacia las estrellas. Ardían brillantes y azules. Justo entonces una canción brotó de pronto, como una risa entre los árboles:

*¿Oh! ¿Qué hacéis,
y a dónde vais?
¡Hay que herrar esos poneys!
¡El río corre!
¡Oh! ¡Tra-la-la-lalle,
aquí abajo en el valle!*

2

*¡Oh! ¿Qué buscáis,
y a dónde vais?
¡Los leños humean,
las tartas se doran!
¡Oh! ¡Tral-lel-lel-lelle,
el valle es alegre! ¡Ja! ¡Ja!*

*¡Oh! ¿Hacia dónde vais
meneando las barbas?
No, no, no sabernos
qué trae a Bolsón
y a Balin y Dwalin
abajo hacia el valle
enjunio. ¡Ja! ¡Ja!*

*¡Oh! ¿Aquí os quedaréis,
o en seguida os iréis?
¡Se extravían los poneyes!
¡La luz del día muere!*

*Sería malo irse;
mucho mejor quedarse,
y escuchar y atender
hasta el fin de la noche
nuestro canto. ¡Ja! ¡Ja!*

De esta manera reían y cantaban entre los árboles, y vaya desatino, pensaréis vosotros, supongo. Pero no les importaría nada si se lo dijeseis; se reirían todavía más. Eran elfos, desde luego. Pronto Bilbo empezó a distinguirlos, a medida que aumentaba la oscuridad. Le gustaban los elfos, aunque rara vez tropezaba con ellos, pero al mismo tiempo lo asustaban un poco. Los enanos no se llevaban bien con aquellas criaturas. Aun enanos bastante simpáticos, como Thorin y sus amigos, pensaban que los elfos eran tontos (un pensamiento muy tonto, por cierto), o se enfadaban con ellos. Pues algunos elfos les tomaban el pelo y se reían de los enanos, y sobre todo de sus barbas.

-¡Bueno, bueno! -dijo una voz-. ¡Miren qué cosa!
¡Bilbo el hobbit en un poney, cielos! ¿No es delicioso?

-¡Maravilla de maravillas!

En seguida se pusieron a corear otra canción, tan ridícula como la que he copiado entera. A! fin uno, un joven alto, salió de los árboles y se inclinó ante Gandalf y Thorin.

-¡Bienvenidos al valle! -dijo.

-¡Gracias! -dijo Thorin con alguna brusquedad, pero Gandalf había bajado ya del caballo y charlaba alegre entre los elfos.

-Te has desviado un poco del camino -dijo el elfo-. Es decir, si quieres ir por el único sendero que cruza el río hacia la casa de más allá. Nosotros te guiaremos, pero sería mejor que fueseis a pie hasta pasar el puente. ¿Te quedarás un rato y cantarás con nosotros, o te marcharás en seguida? Allá se está preparando la cena -dijo-. Puedo oler el fuego de leña de la cocina.

Cansado como estaba, a Bilbo le hubiese gustado quedarse un rato. El canto de los elfos no es para perderselo, en junio bajo las estrellas, si te interesan esas cosas. También le hubiese gustado tener unas pocas palabras aparte con estas gentes, que parecían saber cómo se llamaba y todo acerca de él, aunque nunca los hubiese visto. Pensaba que la opinión de los elfos sobre la aventura podría ser interesante. Los elfos saben mucho y es asombroso cómo están enterados de lo que ocurre entre las gentes de la tierra, pues las noticias corren entre ellos tan rápidas como el agua de un río, o tal vez más.

Pero los enanos estaban todos de acuerdo en cenar cuanto antes y no quedarse mucho tiempo. Siguieron adelante, guiando a los poneyes, hasta que llegaron a una buena senda, y así por fin al borde del mismo río. Corría rápido y ruidoso, como un arroyo de la montaña en un atardecer de verano, cuando el sol ha estado iluminando todo el día la nieve de las cumbres. Sólo había un puente estrecho de piedra, sin parapeto, tan estrecho que apenas si cabía un poney, y tuvieron que cruzarlo despacio y con cuidado, en fila, llevando cada uno un poney por las riendas. Los elfos habían traído faroles brillantes a la orilla y cantaron una animada canción mientras el grupo iba pasando.

-¡No mojes tu barba con la espuma, padre! -le gritaron a Thorin, que de tan encorvado iba casi a gatas-. Ya es bastante larga sin necesidad de que la mojes.

-¡Cuidado con Bilbo, que no se vaya a comer todos los bizcochos! -dijeron-. ¡Todavía está demasiado gordo para colarse por el agujero de la cerradura!

-¡Silencio, silencio, Buena Gente! ¡Y buenas noches! -dijo Gandalf, que había llegado último-. Los valles tienen oídos, y algunos elfos tienen lenguas demasiado sueltas. ¡Buenas noches!

Y así llegaron por fin a la Última Morada, y encontraron las puertas abiertas de par en par.

Ahora bien, parece extraño, pero las cosas que es bueno tener y los días que se pasan de un modo agradable se cuentan muy pronto, y no se les presta demasiada atención; en cambio, las cosas que son incómodas, estremecedoras, y aun horribles, pueden hacer un buen relato, y además lleva tiempo contarlas. Se quedaron muchos días en aquella casa agradable, catorce al menos, y les costó irse. Bilbo se hubiese quedado allí con gusto para siempre, incluso suponiendo que un deseo hubiera podido transportarlo sin problemas directamente de vuelta al agujero-hobbit. No obstante, algo hay que contar sobre esta estancia.

El dueño de casa era amigo de los elfos, una de esas gentes cuyos padres aparecen en cuentos extraños, anteriores al principio de la historia misma, las guerras de los trasgos malvados y los elfos, y los primeros hombres del Norte. En los días de nuestro relato, había aún algunas gentes que descendían de los elfos y los héroes del Norte; y Elrond, el 3
dueño de la casa, era el jefe de todos ellos.

Era tan noble y de facciones tan hermosas como un señor de los elfos, fuerte como un guerrero, sabio como un mago, venerable como un rey de los enanos, y benévolo como el estío. Aparece en muchos relatos, pero la parte que desempeña en la historia de la aventura de Bilbo es

De Elrond y el posterior desarrollo del personaje en *El Señor de los Anillos*, Tolkien escribió en 1964: «El pasaje del capítulo III donde se lo emparenta con los Medio Elfos de la mitología fue un afortunado accidente, consecuencia de la dificultad de estar inventando continuamente buenos nombres para los nuevos personajes. Le di el nombre de Elrond por casualidad, pero como éste provenía de la mitología ... lo hice medio elfo» (*Cartas*, nº 257).

- 4 Los nombres de las espadas son élficos: Orcrist significa «Hendedora de trasgos», y Glamdring significa «Martillo de enemigos». G era una fortaleza élfica cuya caída se cuenta en *El Silmarillion*.

pequeña, aunque importante, como veréis, si alguna vez llegamos a acabarla. La casa era perfecta tanto para comer o dormir como para trabajar, o contar historias, o cantar, o simplemente sentarse y pensar mejor, o una agradable mezcla de todo esto. La perversidad no tenía cabida en aquel valle.

- [5] Desearía tener tiempo para contaros sólo unas pocas de las historias o una o dos de las canciones que se oyeron entonces en aquella casa. Todos los viajeros, incluyendo los poneys, se sintieron refrescados y fortalecidos luego de pasar allí unos pocos días. Les compusieron los vestidos, tanto como las magulladuras, el humor y las esperanzas. Les llenaron las alforjas con comida y provisiones de poco peso, pero fortificantes, buenas para cruzar los desfiladeros. Les aconsejaron bien y corrigieron los planes de la expedición. Así llegó el solsticio de verano y se dispusieron a partir otra vez con los primeros rayos del sol estival.

- [6] Elrond lo sabía todo sobre runas de cualquier tipo. Aquel día observó las espadas que habían tomado en la guarida de los trolls y comentó: -Esto no es obra de los trolls. Son espadas antiguas, muy antiguas, de los Altos Elfos del Oeste, mis parientes. Están hechas en Gondolin para las guerras de los trasgos. Tienen que haber sido, parte del tesoro escondido de un dragón, o de un botín de los trasgos, pues los dragones y los trasgos destruyeron esa ciudad hace muchos siglos. En ésta, Thorin, las runas dicen Orcrist, la Hendedora de trasgos en la ancestral lengua de Gondolin; fue una hoja famosa. Ésta, Gandalf, fue Glamdring, Martillo de enemigos, que una vez llevó el rey de Gondolin. ¡Guardadlas bien!

-¿De dónde las habrán sacado los trolls, me pregunto? -murmuró Thorin mirando su espada con renovado interés.



Arriba: Japonés (1965)



Derecha: Estoniano (1977)

-No sabría decirlo -dijo Elrond-, pero puede suponerse que vuestros trolls habrán saqueado otros botines, o habrán descubierto los restos de viejos robos en alguna [7] cueva de las montañas. He oído que hay quizá todavía tesoros ignotos en las cavernas desiertas de las Minas de Moria, desde la guerra de los enanos y los trasgos.

Thorin meditó estas palabras. -Llevaré esta espada con honor -dijo-. ¡Ojalá pronto hienda trasgos otra vez!

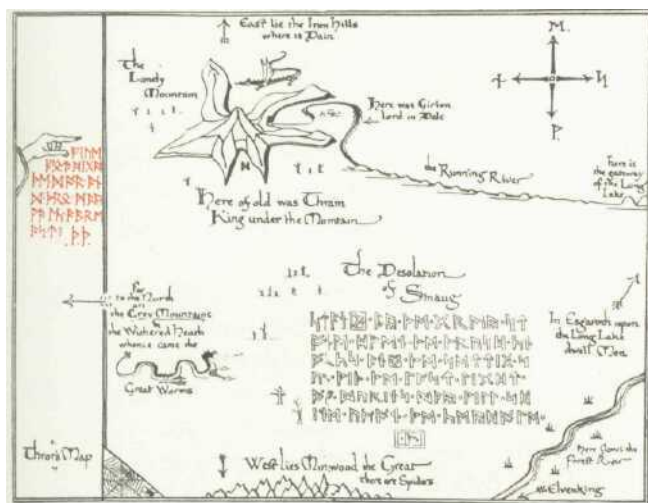
-¡Un deseo que quizá se cumpla muy pronto en los montes! -dijo Elrond-. ¡Pero mostradme ahora vuestro mapa!

Lo tomó y lo miró largo rato, y meneó la cabeza; pues si no aprobaba del todo a los enanos y el amor que le tenían al oro, odiaba a los dragones y la cruel perversidad de estas bestias, y se afligió al recordar la ruina de la ciudad de Valle y aquellas campanas alegres, y las riberas incendiadas del centelleante Río Rápido. La luna resplandecía en un amplió cuarto creciente de plata. Elrond alzó el mapa y la luz blanca lo atravesó.

-¿Qué es esto? -dijo-. Hay letras lunares aquí junto a las runas, y que dicen «cinco pies de altura y tres pasan con holgura».

-¿Qué son las letras lunares? -preguntó el hobbit muy excitado. Le encantaban los mapas, como ya os he dicho antes; y también le gustaban las runas y las letras, y las escrituras ingeniosas, aunque él escribía con letras delgadas y como patas de araña.

-Las letras lunares son letras rúnicas, pero que no se pueden ver -dijo Elrond-, no al menos directamente. Sólo se las ve cuando la luna brilla por detrás, y en los ejemplos más ingeniosos la fase de la luna y la estación tienen que ser las mismas que en el día en que fueron escritas. Los enanos las inventaron y las escribían con plumas de plata, como tus amigos te pueden contar. Éstas tienen que haber



Mapa de Thorin con runas lunares visibles.

5 Durin es el nombre del mayor de los Siete Padres de la raza de los Enanos. Tolkien escribió poco de los otros Seis Padres y sus Casas, pero se nos dice que Bifur, Bofur y Bombur, compañeros de Thorin, pertenecen a un linaje diferente del de Durin.

La distinción entre las Siete Casas es una concepción posterior, mencionada por primera vez en el Apéndice A de *El Señor de las Anillos*. En la edición original de *El hobbit*, el linaje de Durin representa una de sólo dos razas de Enanos. Esta afirmación permaneció inalterada hasta las revisiones que hizo Tolkien en 1966. (Véase Apéndice A, capítulo III, nota 9; véase también *El Silmarillion*.)

Al dar a los enanos el nombre de Barbilungos, Tolkien probablemente recordara a los lombardos («Largas-barbas», *Longbeardan* en inglés antiguo), un pueblo germánico afamado por su ferocidad. (Véase *The Lost Road* [*El camino perdido*].)

sido escritas en una noche del solsticio de verano con luna creciente, hace ya largo tiempo.

-¿Qué es lo que dicen? -preguntaron Gandalf y Thorin a la vez, un poco fastidiados quizá de que Elrond las hubiese descubierto primero, aunque es cierto que hasta entonces no habían tenido la oportunidad, y no volverían a tenerla quién sabe por cuánto tiempo.

[8] -Estad cerca de la piedra gris cuando llame el zorzal -leyó Elrond- y el sol poniente brillará sobre el ojo de la cerradura con las últimas luces del Día de Durin.

[9] -¡Durin, Durin! -exclamó Thorin-. Era el padre de los padres de la más antigua raza de Enanos, los Barbilungos,

5 y mi primer antepasado: yo soy el heredero de Durin.

-Pero ¿cuándo es el Día de Durin? -preguntó Elrond.

[10] -El primer día del Año Nuevo de los enanos -dijo Thorin-. Como todos sabéis sin ninguna duda, el primer día de la última luna del otoño, en los umbrales del invierno. Todavía llamamos Día de Durin a aquel en que el sol y la última luna de otoño están juntos en el cielo. Pero me temo que esto no ayudará, pues nadie sabe hoy cuándo este tiempo se presentará otra vez.

-Eso está por verse -dijo Gandalf-. ¿Hay algo más escrito?

-Nada que se revele con esta luna -dijo Elrond, y le devolvió el mapa a Thorin; y luego bajaron al agua para ver a los elfos que bailaban y cantaban en la noche del solsticio.

La mañana siguiente, la mañana del solsticio, fue tan hermosa y fresca como hubiera podido soñarse; un cielo azul sin nubes, y el sol que brillaba en el agua. Partieron entonces entre cantos de despedida y buen viaje, con los corazones dispuestos a nuevas aventuras, y sabiendo por dónde tenían que ir para cruzar las Montañas Nubladas hacia la tierra de más allá.



«Vista hacia el este desde Rivendel», boceto de J. R. R. Tolkien.

Capítulo IV

SOBRE LA COLINA Y BAJO LA COLINA

Había muchas sendas que subían internándose en aquellas montañas, y sobre ellas muchos desfiladeros. Pero la mayoría de estas sendas eran engañosas y decepcionantes, o no llevaban a ningún lado, o acababan mal; y la mayoría de estos desfiladeros estaba infestada de criaturas malvadas y de peligros horrorosos. Los enanos y el hobbit, ayudados por el sabio consejo de Elrond y los conocimientos y la memoria de Gandalf, tomaron el camino que llegaba al desfiladero apropiado.

Muchos días después de haber remontado el valle y de dejar millas atrás la Última Morada, todavía seguían subiendo y subiendo. Era una senda escabrosa y peligrosa, un camino tortuoso, desierto y largo. Al fin pudieron volver a mirar las tierras que habían dejado, allá abajo en la distancia. Lejos, muy lejos en el poniente, donde las cosas eran azules y tenues, Bilbo sabía que estaba su propio país, con casas seguras y cómodas, y el pequeño agujero-hobbit. Se estremeció. Empezaba a sentirse un frío cortante allí arriba, y el viento silbaba entre las rocas. También, a veces, unos cantos rodados bajaban a saltos por las laderas de la montaña -los había soltado el sol de mediodía sobre la nieve- y pasaban entre ellos (lo que era afortunado) o sobre sus cabezas (lo que era alarmante). Las noches se sucedían incómodas y muy frías, y no se atrevían a cantar ni a hablar demasiado alto, pues los ecos eran extraños y parecía que al silencio le molestaba que lo quebrasen, ex-

1 Tolkien escribió a su hijo Michael en 1967:

El viaje del hobbit (Bilbo) desde Rivendel al otro lado de las Montañas Nubladas, incluyendo el deslizamiento por las rocas resbalosas hasta los bosques de pinos, se basa en mis propias aventuras, [en Suiza] en 1911 ... La secuencia de nuestro recorrido, casi todo él a pie, no resulta muy claro ahora en la memoria, pero ha dejado huellas tan vividas como si hubieran ocurrido ayer ... marchábamos a pie cargando grandes paquetes ... Dormíamos incómodos -los hombres- a menudo en henales o establos, pues seguíamos un mapa, evitábamos las rutas y no hacíamos nunca ninguna reserva, y después de un frugal desayuno, comíamos en descampado. Un día emprendimos una larga marcha de ascenso por el glaciar de Aletsch en compañía de guías ... y estuve a punto de morir. Teníamos guías, pero o bien los efectos del caluroso verano estuvieron fuera de los límites de su experiencia, o no pusieron el suficiente interés, o emprendimos tarde la marcha. De cualquier modo, a mediodía estábamos encordados en fila a lo largo de un estrecho pasaje, con una cuesta nevada a la derecha que se extendía hasta el horizonte, y a 3a izquierda un empinado descenso hacia un profundo desfiladero. El verano de aquel año había derretido mucha nieve y tropezábamos con piedras y cantos rodados que ordinariamente (supongo) habrían estado cubiertos. El calor del día siguió derritiendo la nieve, y con alarma vimos que unas bolas de nieve empezaron a descender por la cuesta a velocidad creciente: algunas tenían el tamaño de una naranja y otras parecían grandes balones de fútbol; sólo unas pocas eran mucho más grandes. Pasaban zumbando por nuestro camino y se despeñaban en el desfiladero. «Un duro bombardeo», señoras y señores. Empezaban a moverse lentamente, y seguían por

lo general una línea de descenso recta, pero la senda era áspera y uno tenía además que vigilar dónde pisaba. Recuerdo que el miembro del grupo que iba delante de mí (una maestra de escuela ya mayor) lanzó un súbito chillido y saltó hacia adelante cuando una roca de regular tamaño pasó entre nosotros. A no más de un pie por delante de mis nada viriles rodillas. (*Cartas*, n.º 306)

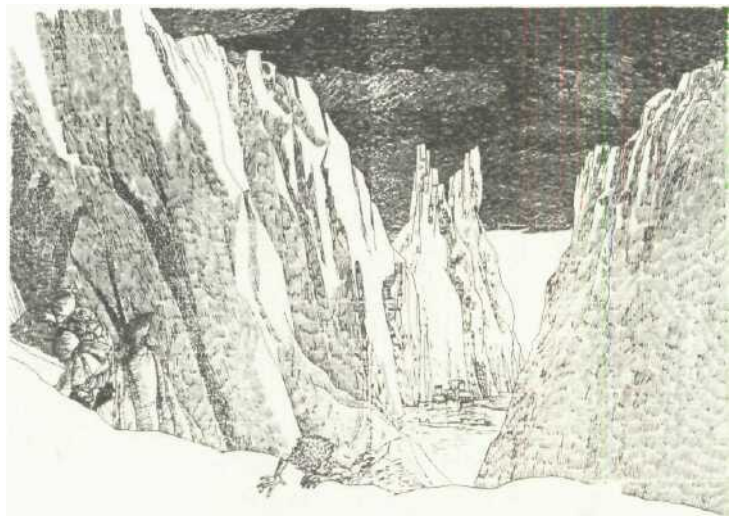
- 2 Tolkien dijo una vez que la batalla de truenos se basaba en una mala noche pasada en su viaje a pie por las montañas de Suiza en 1911, como se describe en la nota 1. Agregó: «Nos perdimos y dormimos en un cobertizo destinado al ganado». (*Cartas*, n.º 232)

cepto con el ruido del agua, el quejido del viento y el crujido de la piedra.

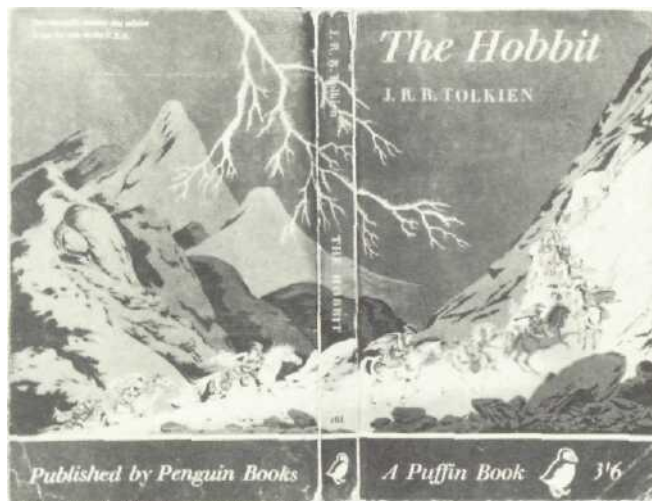
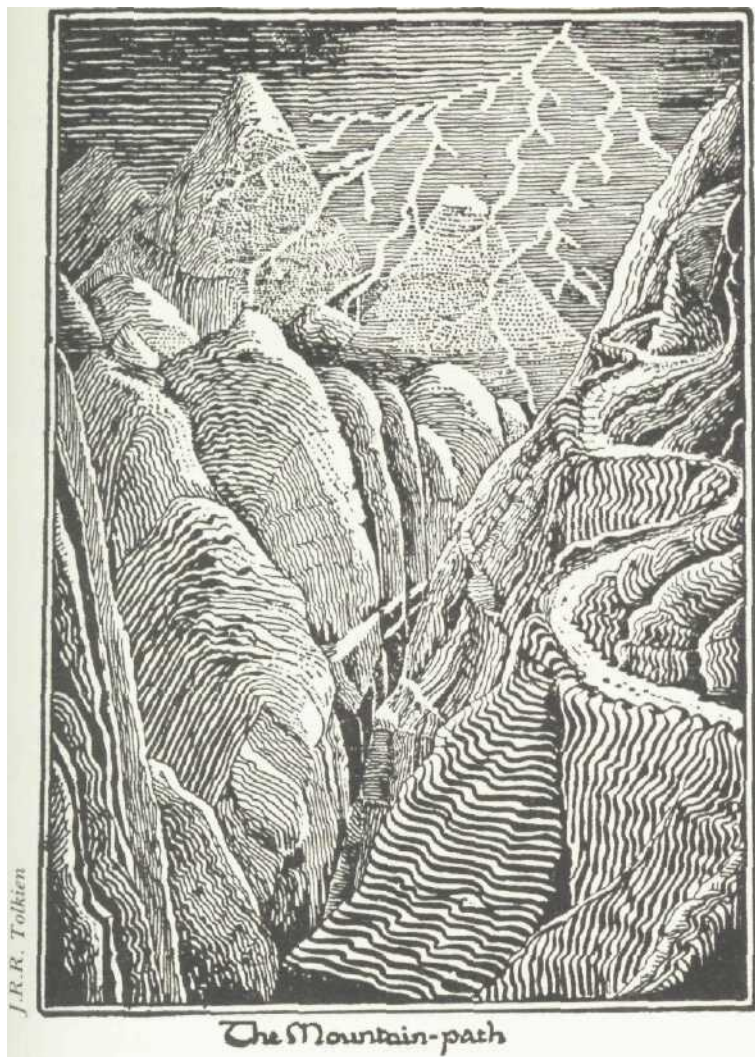
«El verano está llegando allá abajo», pensó Bilbo. «Y ya empiezan la siega del heno y las meriendas. A este paso estarán recolectando y recogiendo moras aun antes de que empecemos a bajar del otro lado.» Y los demás tenían también pensamientos lúgubres de este tipo, aunque cuando se habían despedido de Elrond alentados por la mañana de verano, habían hablado alegremente del cruce de las montañas y de cabalgar al galope por las tierras que se extendían más allá. Habían pensado llegar a la puerta secreta de la Montaña Solitaria tal vez en esa misma primera luna de otoño. -Y quizá sea el Día de Durin -habían dicho. Sólo Gandalf había meneado en silencio la cabeza. Ningún enano había atravesado ese paso desde hacía muchos años, pero Gandalf sí, y conocía el mal y el peligro que habían crecido y aumentado en las tierras salvajes desde, que los dragones habían expulsado de allí a los hombres, y desde

- [1] que los trasgos habían ocupado la región en secreto después de la batalla de las Minas de Moria. Aun los buenos planes de magos sabios como Gandalf, y de buenos amigos como Elrond, se olvidan a veces, cuando uno está lejos en peligrosas aventuras al borde del Yermo; y Gandalf era un mago bastante sabio como para tenerlo en cuenta.

Sabía que algo inesperado podía ocurrir, y apenas se atrevía a desear que no tuvieran alguna aventura horrible en aquellas grandes y altas montañas de picos y valles solitarios, donde no gobernaba ningún rey. Nada ocurrió. Todo marchó bien, hasta que un día se encontraron con una tormenta de truenos; más que una tormenta era una batalla de truenos. Sabéis qué terrible puede llegar a ser una verdadera tormenta de truenos allá abajo en el valle del río; sobre todo cuando dos grandes tormentas se encuentran y se



Yugoslavo (1986)



Pauline Baynes pintó el ascenso de las montañas de la comitiva para la ilustración de la portada (*izquierda*) de la edición de 1961 de Puffin Books. La pintura original se exhibe en el Marión E. Wade Center, Wheaton College, en Wheaton, Illinois. En una carta escrita en 1961, Tolkien dijo de ella: «A mí, personalmente, me gusta mucho».

baten. Más terribles todavía son los truenos y los relámpagos en las montañas por la noche, cuando las tormentas vienen del este y del oeste y luchan entre ellas. El relámpago se hace trizas sobre los picos, y las rocas tiemblan, y unos enormes estruendos parten el aire, y entran rodando a los tumbos en todas las cuevas y agujeros, y un ruido abrumador y una claridad súbita invaden la oscuridad.

Bilbo nunca había visto o imaginado nada semejante. Estaban muy arriba en un lugar estrecho, y a un lado un precipicio espantoso caía sobre un valle sombrío. Allí pasaron la noche, al abrigo de una roca; Bilbo, tendido bajo una manta y temblando de pies a cabeza. Cuando miró fuera, vio a la luz de los relámpagos los gigantes de piedra abajo en el valle; habían salido y ahora estaban jugando, tirándose piedras unos a otros; las recogían y las arrojaban en la oscuridad, y allá abajo se rompían o desmenuzaban entre los árboles. Luego llegaron el viento y la lluvia, y el viento azotaba la lluvia y el granizo en todas direcciones, por lo que el refugio de la roca no los protegía mucho. Al rato estaban todos empapados hasta los huesos y los ponies se encogían, bajaban la cabeza, y metían la cola entre las patas, y algunos relinchaban de miedo. Las risotadas y los gritos de los gigantes podían oírse por encima de todas las laderas.

-¡Esto no irá bien! -dijo Thorin-. Si no salimos despedidos, o nos ahogamos, o nos alcanza un rayo, nos atraparé alguno de esos gigantes y de una patada nos mandará al cielo como una pelota de fútbol.

-Bien, si sabes de un sitio mejor, ¡llévanos allí! -dijo Gandalf, quien se sentía muy malhumorado, y no estaba nada contento con los gigantes.

El final de la discusión fue enviar a Fili y Kili en busca de un refugio mejor. Tenían ojos muy penetrantes, y siendo los enanos más jóvenes (unos cincuenta años me-



nos que los otros), se ocupaban por lo común de este tipo de tareas (cuando todos comprendían que sería inútil enviar a Bilbo). No hay nada como mirar, si queréis encontrar algo (al menos eso decía Thorin a los enanos jóvenes).

Cierto que casi siempre se encuentra algo, si se mira, pero no siempre es lo que uno busca. Así ocurrió en esta ocasión.

Fili y Kili pronto estuvieron de vuelta, arrastrándose, doblados por el viento, aferrándose a las rocas. -Hemos encontrado una cueva seca -dijeron-, doblando el próximo recodo no muy lejos de aquí; y caben poneys y todo.

-¿La habéis explorado *afondo*? -dijo el mago, que sabía que las cuevas de las montañas raras veces están sin ocupar.

-¡Sí, sí! -dijeron Fili y Kili, aunque todos sabían que no podían haber estado allí mucho tiempo; habían regresado casi en seguida-. No es demasiado grande y tampoco muy profunda.

Naturalmente, esto es lo peligroso de las cuevas: a veces uno no sabe lo profundas que son, o a dónde puede llevar un pasadizo, o lo que te espera dentro. Pero en aquel momento las noticias de Fili y Kili parecieron bastante buenas. Así que todos se levantaron y se prepararon para trasladarse. El viento aullaba y el trueno retumbaba aún, y era difícil moverse con los poneys. De todos modos, la cueva no estaba muy lejos. Al poco tiempo llegaron a una gran roca que sobresalía en la senda. Detrás, en la ladera de la montaña, se abría un arco bajo.

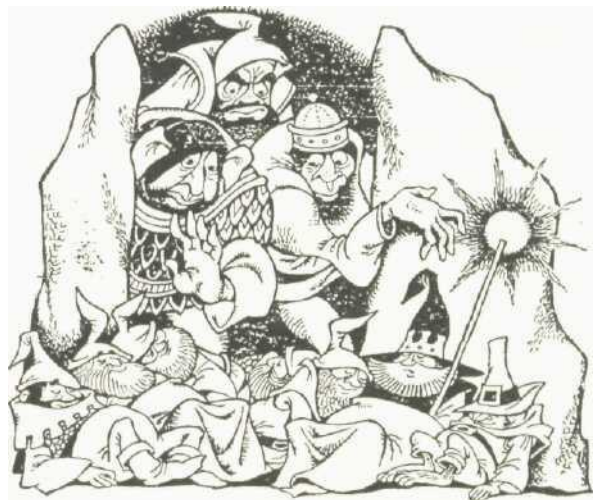
Había espacio suficiente para que pasaran los poneys apretujados, una vez que les quitaran las sillas. Debajo del arco era agradable oír el viento y la lluvia fuera y no cayendo sobre ellos, y sentirse a salvo de los gigantes y sus rocas. Pero el mago no quería correr riesgos. Encendió su vara -como aquel día en el comedor de Bilbo que ahora

parecía tan lejano, si lo recordáis- y con la luz exploraron la cueva de extremo a extremo.

Parecía de buen tamaño, pero no era demasiado grande ni misteriosa. Tenía el suelo seco y algunos rincones cómodos. En uno de ellos había lugar para los poneyes, y allí permanecieron las bestias, muy contentas del cambio, humentando y mascando en los morrales. Oin y Gloin querían encender una hoguera en la entrada para secarse la ropa, pero Gandalf no quiso ni oírlo. Así que tendieron las cosas húmedas en el suelo y sacaron otras secas; luego ahuecaron las mantas, sacaron las pipas e hicieron anillos de humo que Gandalf volvía de diferentes colores y hacía bailar en el techo para entretenerlos. Charlaron y charlaron, y olvidaron la tormenta, y discutieron lo que cada uno haría con su parte del tesoro (cuando lo tuviesen, lo que de momento no parecía tan imposible); y así fueron quedándose dormidos uno tras otro. Y ésa fue la última vez que usaron los poneyes, los paquetes, equipajes, herramientas y todo lo que habían traído con ellos.

No obstante, fue una suerte esa noche que hubiesen traído al pequeño Bilbo. Porque, por alguna razón, Bilbo no pudo dormirse hasta muy tarde; y luego tuvo unos sueños horribles. Soñó que una grieta en la pared del fondo de la cueva se agrandaba y se agrandaba, abriéndose más y más; y él estaba muy asustado pero no podía gritar, ni hacer otra cosa que seguir acostado, mirando. Después soñó que el suelo de la cueva cedía, y que se deslizaba, y que él empezaba a caer, a caer, quién sabe a dónde.

En ese momento despertó con un horrible sobresalto y se encontró con que parte del sueño era verdad. Una grieta se había abierto al fondo de la cueva y era ya un pasadizo ancho. Apenas si tuvo tiempo de ver la última de las colas de los poneyes, que desaparecía en la sombra. Por supuesto, lanzó un chillido estridente, tanto como puede llegar a.



Rumano (1975)

serlo un chillido de hobbit, bastante asombroso si tenemos en cuenta el tamaño de estas criaturas.

Afuera saltaron los trasgos, trasgos grandes, trasgos enormes de cara fea, montones de trasgos, antes que nadie pudiera decir «peñas y breñas». Había por lo menos seis para cada enano, y dos más para Bilbo; y los apresaron a todos y los llevaron por la hendedura, antes que nadie pudiera decir «madera y hoguera». Pero no a Gandalf. Eso fue lo bueno del grito de Bilbo. Lo había despertado por completo en una décima de segundo, y cuando los trasgos iban a ponerle las manos encima, hubo un destello terrorífico, como un relámpago en la cueva, un olor como de pólvora, y varios cayeron muertos.

La grieta se cerró de golpe ¡y Bilbo y los enanos estaban en el lado equivocado! ¿Dónde se encontraba Gandalf? De eso ni ellos ni los trasgos tenían la menor idea, y los trasgos no esperaron a averiguarlo. Tomaron a Bilbo y a los enanos, y los hicieron andar a toda prisa. El sitio era profundo, profundo y oscuro, tanto que sólo los trasgos que habían tenido la ocurrencia de vivir en el corazón de las montañas podían distinguir algo. Los pasadizos se cruzaban y confundían en todas direcciones, pero los trasgos conocían el camino tan bien como vosotros el de la oficina de correos más próxima; y el camino descendía y descendía y la atmósfera era cada vez más enrarecida y horrorosa. Los trasgos eran muy brutos, pellizcaban sin compasión, y reían entre dientes o a carcajadas, con voces horribles y pétreas; y Bilbo se sentía más desgraciado aún que cuando el troll lo había levantado tirándole de los dedos de los pies. Una y otra vez se encontraba añorando el agradable y reluciente agujero-hobbit. No sería ésta la última ocasión.

De pronto apareció ante ellos el resplandor de una luz roja. Los trasgos empezaron a cantar, a croar, golpe-

- 3 Los trasgos de Tolkien se parecen a los de *Princess and the Goblin* (1872), de George Macdonald, con algunas diferencias notables. Los trasgos de Macdonald tienen pies delicados y muy vulnerables («lo cual nunca he creído», dijo Tolkien en 1954), y mientras que los de Macdonald huyen cuando oyen poesía, los de Tolkien cantan la poesía rimada y exclamatoria que los trasgos de Macdonald detestan.

Abajo, una ilustración de Arthur Hughes para la edición original de *Princess and the Goblin* muestra una familia de trasgos.



teando los pies planos sobre la piedra, y sacudiendo también a los prisioneros.

*¡Azota! ¡Volea! ¡La negra abertura!
¡Atrapa, arrebatata! ¡Pellizca., apañusca!
¡Bajando, bajando, al pueblo de trasgos,
vas tú, muchacho!*

*¡Embiste, golpea! ¡Estruja, revienta!
¡Martillo y tenaza! ¡Batintín y maza!
¡Machaca, machaca, a los subterráneos!
¡Jo, jo, muchacho!*

*¡Lacera, apachurra! ¡Chasquea los látigos!
¡Aulla y solloza! ¡Sacude, aporrea!
¡Trabaja, trabaja! ¡A huir no te atrevas,
mientras los trasgos beben y carcajean!
¡Rodando, rodando, por el subterráneo!
¡Abajo, muchacho!*

El canto era realmente terrorífico, las paredes resonaban con el *¡azota, volea!* y con el *¡estruja, revienta!* y con la inquietante carcajada de los *¡jo, jo, muchacho!* El significado de la canción era demasiado evidente; pues ahora los trasgos sacaron los látigos y los azotaron con gritos de *¡lacera, apachurra!* haciéndolos correr delante tan rápido como les era posible; y más de uno de los enanos estaba ya desgañitándose con aullidos incomparables, cuando entraron todos a los trompicones en una enorme caverna.

Estaba iluminada por una gran hoguera roja en el centro y por antorchas a lo largo de las paredes, y había allí muchos trasgos. Todos se reían, pateaban y batían palmas, cuando los enanos (con el pobrecito Bilbo detrás y más al alcance de los látigos) llegaron corriendo, mientras los

trasgos que los arreaban daban gritos y chasqueaban los látigos. Los poneys estaban ya agrupados en un rincón; y allí tirados estaban todos los sacos y paquetes, rotos y abiertos, revueltos por trasgos, y olidos por trasgos, y manoseados por trasgos, y disputados por trasgos.

Me temo que fue lo último que vieron de aquellos excelentes poneys, incluyendo un magnífico ejemplar blanco, pequeño y vigoroso, que Elrond había prestado a Gandalf, ya que el caballo no era apropiado para los senderos de la montaña. Porque los trasgos comen caballos y poneys y burros (y otras cosas mucho más espantosas), y siempre tienen hambre. Sin embargo, los prisioneros sólo pensaban ahora en sí mismos. Los trasgos les encadenaron las manos a la espalda y los unieron a todos en línea, y los arrastraron hasta el rincón más lejano de la caverna con el pequeño Bilbo remolcado al extremo de la hilera.

Allá, entre las sombras, sobre una gran piedra lisa, estaba sentado un trasgo terrible de cabeza enorme, y unos trasgos armados permanecían de pie alrededor blandiendo las hachas y las espadas curvas que ellos usan. Ahora bien, los trasgos son crueles, malvados y de mal corazón. No hacen nada bonito, pero sí muchas cosas ingeniosas. Pueden excavar túneles y minas tan bien como cualquier enano no demasiado diestro, cuando se toman la molestia, aunque comúnmente son desaseados y sucios. Martillos, hachas, espadas, puñales, picos y pinzas, y también instrumentos de tortura, los hacen muy bien, o consiguen que otra gente los haga, prisioneros o esclavos obligados a trabajar hasta que mueren por falta de aire y luz. Es probable que ellos hayan inventado algunas de las máquinas que desde entonces preocupan al mundo, en especial ingeniosos aparatos que matan enormes cantidades de gente de una vez, pues las ruedas y los motores y las explosiones siempre les encantaron, como también no tra-

bajar con sus propias manos más de lo indispensable; pero en aquellos días, y en aquellos parajes agrestes, no habían ido (como se dice) todavía tan lejos. No odiaban especialmente a los enanos, no más de lo que odiaban a todos y todo, y particularmente lo metódico y próspero; en ciertos lugares unos enanos malvados han llegado a pactar con ellos. Pero tenían particular aversión por la gente de Thorin a causa de la guerra que habéis oído mencionar, pero que no viene a cuento en esta historia; y de todos modos a los trasgos no les preocupa a quién capturan, en tanto puedan dar el golpe en secreto y de un modo ingenioso, y los prisioneros no sean capaces de defenderse.

-¿Quiénes son esas miserables personas? -dijo el Gran Trasgo.

-¡Enanos, y esto! -dijo uno de los captores, tirando de la cadena de Bilbo de tal modo que el hobbit cayó delante de rodillas-. Los encontramos refugiados en nuestro Porche Principal.

-¿Qué pretendáis? -dijo el Gran Trasgo volviéndose hacia Thorin-, ¡Nada bueno, podría asegurarlo! ¡Espiar los asuntos privados de mis gentes, supongo! ¡Ladrones, no me sorprendería saber que lo sois! ¡Asesinos y amigos de los elfos, sin duda alguna! ¡Ven! ¿Qué tienes que decir?

-¡Thorin el enano, a vuestro servicio! -replicó Thorin: una mera nadería cortés-. De las cosas que sospechas e imaginas no tenemos la menor idea. Nos resguardamos de una tormenta en lo que parecía una cueva cómoda y no usada; nada más lejos de nuestro pensamiento que molestar de algún modo a los trasgos. -¡Esto era bastante cierto!

-¡Hum! -gruñó el Gran Trasgo-. ¡Eso es lo que dices! ¿Podría preguntarte qué hacíais allá arriba en las montañas, y de dónde venís y adonde vais? En realidad me gustaría saber todo sobre vosotros. No digo que pueda servir de algo, Thorin Escudo de Roble, ya sé demasiado de tu



Estoniano (1977)

gente; pero conozcamos de una vez la verdad. ¡De lo contrario prepararé para vosotros algo particularmente incómodo!

-Íbamos de viaje a visitar a nuestros parientes, nuestros sobrinos y sobrinas, y primeros, segundos y terceros primos, y otros descendientes de nuestros abuelos, que viven del lado oriental de estas realmente hospitalarias montañas -respondió Thorin, no sabiendo muy bien qué decir así de repente, pues era obvio que la verdad exacta no vendría a cuento.

-¡Es un mentiroso, oh tú en verdad el Terrible! -dijo uno de los captores-. Varios de los nuestros fueron fulminados por un rayo en la cueva cuando invitamos a estas criaturas a que bajaran, y están tan muertos como piedras. ¡Tampoco nos ha explicado esto! -Sostuvo en alto la espada que Thorin había llevado, la espada que procedía del cubil de los trolls.

El Gran Trasgo dio un aullido de rabia realmente horrible cuando vio la espada, y todos los soldados crujieron los dientes, batieron los escudos, y patearon. Reconocieron la espada al momento. En otro tiempo había dado muerte a cientos de trasgos, cuando los elfos rubios de Gondolin los cazaron en las colinas o combatieron al pie de las murallas. La habían denominado Orcrist, Hendedura de trasgos, pero los trasgos la llamaban simplemente Mordedora. La odiaban, y odiaban todavía más a cualquiera que la llevase.

-¡Asesinos y amigos de los elfos! -gritó el Gran Trasgo-, ¡Acuchilladlos! ¡Golpeadlos! ¡Mordedlos! ¡Que les rechinen los dientes! ¡Llevadlos a agujeros oscuros repletos de víboras y que nunca vuelvan a ver la luz! -Tenía tanta rabia que saltó del asiento y se lanzó con la boca abierta hacia Thorin.

Justo en ese momento todas las luces de la caverna se

apagaron, y la gran hoguera se convirtió, ¡puf!, en una torre de resplandeciente humo azul que subía hasta el techo, esparciendo penetrantes chispas blancas entre todos los trasgos.

Los gritos y lamentos, gruñidos, farfúlleos y chapúreos, aullidos, alaridos y maldiciones, chillidos y graznidos que siguieron entonces, eran indescriptibles. Varios cientos de gatos salvajes y lobos asados vivos, todos juntos y despacio, no hubieran hecho tanto alboroto. Las chispas ardían abriendo agujeros en los trasgos, y el humo que ahora caía del techo oscurecía tanto el aire, que ni siquiera ellos mismos podían ver. Pronto empezaron a caer unos sobre otros y a rodar en montones por el suelo, mordiendo, pateando y peleando, como si todos se hubieran vuelto locos.

De repente una espada destelló con luz propia. Bilbo vio que atravesaba de lado a lado al Gran Trasgo, mudo de asombro y furioso a la vez. Cayó muerto, y los soldados trasgos, huyendo y gritando delante de la espada, desaparecieron en la oscuridad.

La espada volvió a la vaina. -¡Seguidme a prisa! -dijo una voz fiera y queda. Y antes que Bilbo comprendiese lo que había ocurrido, estaba ya trotando de nuevo, tan rápido como podía, al final de la columna, bajando por más pasadizos oscuros mientras los alaridos del salón de los trasgos quedaban atrás, cada vez más débiles. Una luz pálida los guiaba.

-¡Más rápido, más rápido! -decía la voz-. Pronto volverán a encender las antorchas.

-¡Espera un momento! -dijo Dori, que estaba detrás, al lado de Bilbo, y era un excelente compañero. Como mejor pudo, con las manos atadas, consiguió que el hobbit se le subiera a los hombros, y luego echaron todos a correr, con un tintineo de cadenas y más de un tropezón, ya que no te-



Sueco (1947)

nían manos para sostenerse. No se detuvieron por un largo rato, cuando ya estaban sin duda en el corazón mismo de la montaña.

Entonces Gandalf encendió la vara. Por supuesto, era Gandalf; pero en ese momento todos estaban demasiado ocupados para preguntar cómo había llegado allí. Volvió a sacar la espada, y una vez más la hoja destelló en la oscuridad; ardía con una furia centelleante si había trasgos alrededor, y ahora brillaba como una llama azul por el deleite de haber matado al gran señor de la cueva. No le costó nada cortar las cadenas de los trasgos y liberar lo más rápido posible a todos los prisioneros. El nombre de esta espada, recordaréis, era Glamdring, Martillo de enemigos. Los trasgos la llamaban simplemente Demoledora, y la odiaban, si eso es posible, todavía más que a Mordedora. También Orcrist había sido salvada, pues Gandalf se la había arrebatado a uno de los guardias aterrorizados. Gandalf pensaba en todo; y aunque no podía hacer cualquier cosa, ayudaba siempre a los amigos en aprietos.

-¿Estamos todos aquí? -dijo, entregando la espada a Thorin con una reverencia-. Veamos: uno, Thorin; dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once. ¿Dónde están Fili y Kili? ¡Aquí! Doce, trece... y he ahí al señor Bolsón: ¡catorce! ¡Bien, bien! Podría ser peor, y sin embargo podría ser mucho mejor. Sin poneys, y sin comida, y sin saber muy bien dónde estamos, ¡y unas hordas de trasgos furiosos justo detrás! ¡Sigamos adelante!

Siguieron adelante. Gandalf estaba en lo cierto: se oyeron ruidos de trasgos y unos gritos horribles allá detrás a lo lejos, en los pasadizos que habían atravesado. Se apresuraron entonces todavía más, y como el pobre Bilbo no podía seguirles el paso -pues los enanos son capaces de correr más de prisa, os lo aseguro, cuando tienen que hacerlo- se turnaron llevándolo a hombros.



4 Sin embargo los trasgos corren más que los enanos, y estos trasgos conocían mejor el camino (ellos mismos habían abierto los túneles), y estaban locos de furia; así que hiciesen lo que hiciesen, los enanos oían los gritos y aullidos que se acercaban cada vez más. Muy pronto alcanzaron a oír el ruido de los pies de los trasgos, muchos, muchos pies que parecían estar a la vuelta del último recodo. El destello de las antorchas rojas podía verse detrás de ellos en el túnel; y ya empezaban a sentirse muertos de cansancio.

-¡Por qué, oh por qué habré dejado mi agujero-hobbit! -decía el pobre señor Bolsón, mientras se sacudía hacia arriba y abajo sobre la espalda de Bombur.

-¡Por qué, oh por qué habré traído a este pobrecito hobbit a buscar el tesoro! -decía el desdichado Bombur, que era gordo, y se bamboleaba mientras el sudor le caía en gotas de la nariz a causa del calor y el terror.

En aquel momento Gandalf se retrasó, y Thorin con él. Doblaron un recodo cerrado. -¡Están a la vuelta! -gritó el mago-. ¡Desenvaina tu espada, Thorin!

No había más que hacer, y a los trasgos no les gustó. Venían corriendo a toda prisa y dando gritos, y al llegar al recodo tropezaron atónitos con la Hendedora de trasgos y Martillo de enemigos, que brillaban frías y luminosas. Los que iban delante arrojaron las antorchas y dieron un alarido antes de morir. Los de atrás aullaban siguiéndolos. -¡Mordedura y Demoledora! -chillaron; y pronto todos estuvieron envueltos en una completa confusión, y la mayoría se apresuró a regresar por donde había venido.

Pasó bastante tiempo antes que cualquiera de ellos se atreviese a doblar aquel recodo. Mientras, los enanos se habían puesto otra vez en marcha, siguiendo un largo camino que los llevaba a los túneles oscuros del país de los trasgos. Cuando los trasgos se dieron cuenta, apagaron las

- 4 En sus años de estudiante, Tolkien sostenía una opinión muy diferente acerca de la naturaleza de los trasgos y los sentimientos que despertaba en el corazón el blando sonido de sus pisadas. Los trasgos eran minúsculas criaturas feéricas y sus bailes y canciones eran mágicos. Escribió sobre esas criaturas un poema titulado «Goblin Feet» [Pies de trasgo] que fue su primer trabajo publicado importante y se incluyó en el volumen anual de *Oxford Poetry* de 1915. Cinco años más tarde apareció en el *Book of Fairy Poetry*, de Dora Owen, acompañado de una deliciosa ilustración de Warwick Goble (arriba a la izquierda).

antorchas y se deslizaron pisando con cuidado, y eligieron a los corredores más veloces, aquellos que tenían oídos como comadreja en la oscuridad, y eran casi tan silenciosos como murciélagos.

Así ocurrió que ni Bilbo, ni los enanos, ni siquiera Gandalf, los oyeron llegar, ni tampoco los vieron. Pero los trasgos los vieron a ellos, pues la vara de Gandalf emitía una luz débil que ayudaba a los enanos a encontrar el camino.

De repente Dori, que ahora otra vez corría a la cola llevando a Bilbo, fue aferrado por detrás en la oscuridad. Gritó y cayó; y el hobbit rodó de los hombros de Dori a la negrura, se golpeó la cabeza contra una piedra, y no recordó nada más.

Voy andando por la senda
donde lucen las linternas de las hadas
y vuelan los pequeños y bonitos
murciélagos:
un gris haz de luz
precipitado se aleja arrastrándose,
y los setos y las hierbas suspiran.
El aire está lleno de alas,
y de escarabajos torpes
que te alertan con susurros y suspiros.
¡Oh, oigo los cuerpos pequeños
de los duendes encantados
y las pisadas blandas de los gnomos!

¡Oh, las luces! ¡Oh, los fuegos!
¡Oh, los suaves sonidos cristalinos!
¡Oh, el crujido de los silenciosos
atuendos!
¡Oh, el eco de tus pies..., de los felices
pies pequeños!
¡Oh, las lámparas colgantes encendidas
de estrellas!

He de seguir el cortejo
por el feérico camino serpenteante
que los conejos abandonaron hace
tiempo
y donde cantan con voces de plata,
en una ronda móvil de luz de luna
titilantes de joyas.
Se desvanecen en el giro
donde arden pálidas luciérnagas
y el eco de su pisada ligera ya se muere.
¡Oh, está llamando a mi corazón...!
¡Dejadme marchar! ¡Dejadme ponerme
en camino!
Porque las breves horas de magia ya se
alejan.

¡Oh, el calor! ¡Oh, el zumbido! ¡Oh, los
colores en la oscuridad!
¡Oh, las alas de tul de los moscones
dorados!
¡Oh, la música de los pies..., de los
danzantes pies de trasgo!
¡Oh, la magia! ¡Oh, el dolor cuando
muere!

En 1971 Tolkien escribió acerca de
«Goblin Feet»; «Me gustaría que esa
desdichada pieza, que representa todo lo
que llegué a detestar (muy poco
después) tan profundamente, pudiera
quedar enterrada para siempre».

Capítulo V

ACERTIJOS EN LAS TINIEBLAS

Cuando Bilbo abrió los ojos, se preguntó si en verdad los habría abierto; pues todo estaba tan oscuro como si los tuviese cerrados. No había nadie cerca de él. ¡Imaginaos qué terror! No podía ver nada, ni oír nada, ni sentir nada, excepto la piedra del suelo.

Se incorporó muy lentamente y anduvo a tientas hasta tropezar con la pared del túnel; pero ni hacia arriba ni hacia abajo pudo encontrar nada, nada en absoluto, ni rastro de trasgos o enanos. La cabeza le daba vueltas y ni siquiera podía decir en qué dirección habrían ido los otros cuando cayó de bruces. Trató de orientarse de algún modo, y se arrastró largo trecho hasta que de pronto tocó con la mano algo que parecía un anillo pequeño, frío y metálico, en el suelo del túnel. Este iba a ser un momento decisivo en la carrera de Bilbo, pero él no lo sabía. Casi sin darse cuenta se metió la sortija en el bolsillo. Por cierto, no parecía tener ninguna utilidad por ahora. No avanzó mucho más; se sentó en el suelo helado, abandonándose a un completo abatimiento. Se imaginaba friendo huevos y panceta en la cocina de su propia casa -pues alcanzaba a sentir, dentro de él, que era la hora de alguna comida-, pero esto sólo lo hacía más miserable.

No sabía a dónde ir, ni qué había ocurrido, ni por qué lo habían dejado atrás, o por qué, si lo habían dejado atrás, los trasgos no lo habían capturado; no sabía ni siquiera por qué tenía la cabeza tan dolorida. La verdad es que había es-

tado mucho tiempo tendido y quieto, invisible y olvidado en un rincón muy oscuro.

Al cabo de un rato se palpó las ropas buscando la pipa. No estaba rota, y eso era algo. Buscó luego la petaca, y había algún tabaco, lo que ya era algo más, y luego buscó las cerillas y no encontró ninguna, y esto lo desanimó por completo. Sólo el cielo sabe qué cosa hubiera podido caer sobre él atraída por el roce de las cerillas y el olor del tabaco. Pero por ahora se sentía muy abatido. No obstante, rebuscando en los bolsillos y palpándose de arriba abajo en busca de cerillas, topó con la empuñadura de la pequeña espada, la daga que había obtenido de los trolls y que casi había olvidado; por fortuna, tampoco los trasgos la habían descubierto, pues la llevaba dentro de los calzones.

Entonces la desenvainó. La espada brilló pálida y débil ante los ojos de Bilbo. «Así que es una hoja de los elfos, también», pensó, «y los trasgos no están muy cerca, aunque tampoco bastante lejos».

Pero de alguna manera se sintió reconfortado. Era bastante bueno llevar una hoja forjada en Gondolin para las guerras de los trasgos de las que había cantado tantas canciones; y también había notado que esas armas causaban gran impresión entre los trasgos que tropezaban con ellas de improviso.

«¿Volver?», pensó. «No sirve de nada. ¿Ir por algún camino lateral? ¡Imposible! ¿Ir hacia adelante? ¡No hay alternativa! ¡Adelante pues!» Y se incorporó y trotó llevando la espada alzada frente a él, una mano en la pared y el corazón palpitando.

Era evidente que Bilbo se encontraba en lo que puede llamarse un sitio estrecho. Pero recordad que no era tan estrecho para él como lo habría sido para vosotros o para mí.

- 1 La visión que tiene Tolkien de las raíces de las montañas es muy lóbrega; compáresela con la de George Macdonald en *Princess and Curdie* (1882), secuela de *The Princess and the Goblin*. Empieza con una larga descripción mito-poética de una montaña, exteriormente primero, luego interiormente:

Pero el interior..., ¿quién podrá decirnos lo que hay allí? Cavernas de espantosa soledad, con muros de millas de espesor, resplandecientes de partículas de oro o plata, cobre o hierro, estaño o mercurio, incrustadas de piedras preciosas..., quizá un arroyo con peces ciegos en él, que corre y corre incesante entre orillas revestidas de carbunclos y topacios dorados, o sobre una grava cuyas piedras son quizá rubíes y esmeraldas, quizá brillantes y zafiros..., ¿quién puede decirlo?

Los hobbits no se parecen mucho a la gente ordinaria, y aunque sus agujeros son unas viviendas muy agradables y acogedoras, adecuadamente ventiladas, muy distintas de los túneles de los trasgos, están más acostumbrados que nosotros a andar por galerías, y no pierden fácilmente el sentido de la orientación bajo tierra, no cuando ya se han recobrado de un golpe en el cráneo. También pueden moverse muy en silencio y esconderse con rapidez; se recuperan de un modo maravilloso de caídas y magulladuras, y tienen un fondo de prudencia y unos dichos juiciosos que la mayoría de los hombres no ha oído nunca o ha olvidado hace tiempo.

- De cualquier modo, no me hubiera sentido a gusto en el sitio donde estaba el señor Bilbo. La galena parecía no tener fin. Todo lo que él sabía era que seguía bajando, siempre en la misma dirección, a pesar de un recodo y una o dos vueltas. Había pasadizos que partían de los lados aquí y allá, como podía saber por el brillo de la espada, o podía sentir con la mano en la pared. No les prestó atención, pero apresuraba el paso por temor a los trasgos o a cosas oscuras imaginadas a medias que asomaban en las bocas de los pasadizos. Adelante y adelante siguió, bajando y bajando; y todavía no se oía nada, excepto el zumbido ocasional de un murciélago que se le acercaba, asustándolo en un principio, pero que luego se repitió tanto que él dejó de preocuparse. No sé cuánto tiempo continuó así, odiando seguir adelante, no atreviéndose a parar, adelante y adelante, hasta que estuvo más cansado que cansado. Parecía que el camino continuaría así al día siguiente
- 1 y más allá, perdiéndose en los días que vendrían después.

De pronto, sin ningún motivo, se encontró trotando en un agua fría como hielo. ¡Uf! Esto lo reanimó, rápida y bruscamente. No sabía si el agua era sólo un estanque en medio del camino, la orilla de un arroyo que cruzaba el tú-

nelbajo tierra, o el borde del lago subterráneo, oscuro y profundo. La espada apenas brillaba. Se detuvo, y escuchando con atención alcanzó a oír unas gotas que caían desde un techo invisible en el agua de abajo; pero no parecía haber ningún otro tipo de ruido.

«De modo que es un lago o un pozo, y no un río subterráneo», pensó. Aun así no se atrevió a meterse en el agua a oscuras. No sabía nadar, y además pensaba en las criaturas barrosas y repugnantes, de ojos saltones y ciegos, que culebreaban sin duda en el agua. Hay extraños seres que viven en pozos y lagos en el corazón de los montes; pero cuyos antepasados llegaron nadando, sólo el cielo sabe hace cuánto tiempo, y nunca volvieron a salir, y los ojos les crecían, crecían y crecían mientras trataban de ver en la oscuridad; y allí hay también criaturas mas viscosas que peces. Aun en los túneles y cuevas que los trastos habían excavado para sí mismos, hay otras cosas vivas que ellos desconocen, cosas que han venido arrastrándose desde fuera para descansar en la oscuridad. Además, los Orígenes de algunos de estos túneles se remontan a épocas anteriores a los trastos, quienes sólo los ampliaron y unieron con pasadizos, y los primeros propietarios están todavía allí, en raros rincones, deslizándose y olfateando todo alrededor.

Aquí abajo junto al agua lóbrega vivía el viejo Gollum, [1] 2 una pequeña y viscosa criatura. No sé de dónde había venido, ni quién o qué era. Era Gollum: tan oscuro como la oscuridad, excepto dos grandes ojos redondos y pálidos en [2] la cara flaca. Tenía un pequeño bote y remaba muy en silencio por el lago, pues lago era, ancho, profundo y mortalmente frío. Remaba con los grandes pies colgando sobre la borda, pero nunca agitaba el agua. No él. Los ojos [3] pálidos e inexpresivos buscaban peces ciegos alrededor, y los atrapaba con los dedos largos, rápidos como el pensa-

2 En agosto de 1952 Tolkien visitó a su amigo George Sayer en Malvern, donde grabó una cinta de gran parte de este capítulo, comenzando por el pasaje que empieza «Aquí abajo junto al agua lóbrega ...». En 1975 esta grabación se publicó con el título *J. R. R. Tolkien Reads and Sings His «The Hobbit» and «The Fellowship of the Ring»* (Caedmon TC 1477). El desempeño de Tolkien es maravilloso, y la voz de Gollum, desagradable, alta y sibilante, resulta muy convincente.

3 En los escritos de Tolkien el antecedente de Gollum era una viscosa criatura llamada Glip (que aparece en un poema con el mismo nombre); roía huesos en una pequeña caverna al pie de un acantilado y tenía en los ojos un leve resplandor verde.



- 4 En la primera edición de *El hobbit* (1937), Gollum utiliza la expresión «precioso mío» sólo para referirse a sí mismo. En la segunda edición (1951), en la que el papel desempeñado por Gollum quedó alterado de manera significativa (véase *infra* nota 14), podría interpretarse que la expresión se refiere al anillo, como a menudo sucede en *El Señor de los Anillos*.

Constance B. Heatt ha observado que la palabra *gull/goll* en noruego antiguo, una de cuyas formas declinadas sería *gollum*, significa «oro, tesoro, algo precioso», y puede significar también «anillo», lo que quizá a Tolkien no se le pasara por alto.

miento. Le gustaba también la carne. Los trasgos le parecían buenos, cuando podía echarles mano; pero trataba de que nunca lo encontraran desprevenido. Los estrangulaba por la espalda si alguna vez bajaba uno de ellos hasta la orilla del agua, mientras él rondaba en busca de una presa. Rara vez lo hacían, pues tenían el presentimiento de que algo desagradable acechaba en las profundidades, debajo de la raíz misma de la montaña. Cuando excavaban los túneles, tiempo atrás, habían llegado hasta el lago y descubrieron que no podían ir más lejos. De modo que para ellos el camino terminaba en esa dirección, y de nada les valía merodear por allí, a menos que el Gran Trasgo los enviase. A veces tenían la ocurrencia de buscar peces en el lago, y a veces ni el trasgo ni el pescado volvían.

Gollum vivía en verdad en una isla de roca barrosa en medio del lago. Observaba a Bilbo desde lejos con los ojos pálidos como telescopios. Bilbo no podía verlo, mientras el otro lo miraba, perplejo; parecía evidente que no era un trasgo. Gollum se metió en el bote y se alejó de la isla. Bilbo, sentado a orillas del agua, se sentía desconcertado, como si hubiese perdido el camino y el juicio. De pronto asomó Gollum, que cuchicheó y siseó:

-¡Bendícenos y salpícanos, preciosso mío! Me huelo un banquete selecto; por lo menos nos daría para un sabroso bocado, ¡*gollum!* -Y cuando dijo *gollum* hizo con la garganta un ruido horrible como si engullera. Y así fue como le dieron ese nombre, aunque él siempre se llamaba

- 4 a sí mismo «preciosso mío».

El hobbit dio un brinco cuando oyó el siseo, y de repente vio los ojos pálidos clavados en él.

-¿Quién eres? -preguntó, adelantando la espada.

-¿Qué ess él, preciosso mío? -susurró Gollum (que siempre se hablaba a sí mismo, porque no tenía a ningún otro con quien hablar). Eso era lo que quería descubrir,

pues no tenía mucha hambre, sólo curiosidad; de otro modo hubiese estrangulado primero y susurrado después.

-Soy el señor Bilbo Bolsón. He perdido a los enanos y al mago y no sé dónde estoy, y tampoco quiero saberlo, si pudiera salir.

-¿Qué tiene él en las manoss? -dijo Gollum mirando la espada, que no le gustaba mucho.

-¡Una espada, una hoja nacida en Gondolin!

-Sss -dijo Gollum, y en un tono más cortés-: Quizá se sienta aquí y charle conmigo un rato, precioso mío. ¿Le gustan los acertijos? Quizá sí, ¿no? -Estaba ansioso por parecer amable, al menos por un rato, y hasta que supiese algo más sobre la espada y el hobbit: si realmente estaba solo, si era bueno para comer, y si Gollum mismo tenía mucha hambre.

Acertijos era todo en lo que podía pensar. Proponerlos y alguna vez encontrar la solución había sido el único entretenimiento que había compartido con otras alegres criaturas, sentadas en sus agujeros, hacía muchos, muchos años, antes de quedarse sin amigos y de que lo echasen solo, y se arrastrara descendiendo y descendiendo, a la oscuridad bajo las montañas.

-Muy bien -dijo Bilbo, muy dispuesto a mostrarse de acuerdo hasta descubrir algo más acerca de la criatura: sí había venido sola, si estaba furiosa o hambrienta, y sí era amiga de los trasgos-. Tú preguntas primero -dijo, pues no había tenido tiempo de pensar en un acertijo.

Así que Gollum siseó:

*Las raíces no se ven,
y es más alta que un árbol.
Arriba y arriba sube,
y sin embargo no crece.*

- 5 En 1938 Tolkien escribió de los acertijos utilizados en *El hobbit*: «Habría mucho que investigar acerca de las fuentes y las variantes. No me sorprendería que la pretensión tanto del hobbit como de Gollum de haber inventado alguno de ellos quedara desautorizada» (*Cartas*, n.º 25).



Japonés (1965)

- 6 Tolkien ha hecho uso aquí de un acertijo muy común, el n.º 229 en el *Oxford Dictionary of Nursery Rhymes*, de Iona y Peter Opie:

Treinta caballos blancos
en una colina roja.
Primero patean,
luego mordisquean
y ahora descansan.

- 7 El uso que hace Gollum de la palabra *chestnut* [chiste viejo] pertenece a la jerga popular y se refiere a una vieja broma o cuento muy conocido que este acertijo particular representa.

- 8 No me ha sido posible encontrar un acertijo que se parezca a éste. Aunque en los acertijos tradicionales sobre el viento suelen encontrarse los elementos «vuela sin alas» y «habla sin boca».

-¡Fácil! -dijo Bilbo-. Una montaña, supongo.

- [5] -¿Lo adivinó fácilmente? ¡Tendría que competir con nosotros, preciosso mío! Si preciosso pregunta y él no responde, nos lo comemos, preciosso. Si él pregunta y no contestamos, haremos lo que él quiera, ¿eh? ¡Le enseñaremos el camino de la salida, sí!

-De acuerdo -dijo Bilbo, no atreviéndose a discrepar y con el cerebro casi estallándole mientras pensaba en un acertijo que pudiese salvarlo de la olla.

*Treinta caballos blancos
en una sierra colorada.
Primero mordisquean,
y luego machacan,
y luego descansan.*

6

Eso era todo lo que se le ocurría preguntar; la idea de comer le daba vueltas en la cabeza. Era además un acertijo bastante viejo, y Gollum conocía la respuesta tan bien como vosotros.

- 7 -Chiste viejo, chiste viejo -susurró-. ¡Los dientes, los dientes, preciosso mío! ¡Pero sólo tenemos seis!, preciosso.

Y en seguida propuso una segunda adivinanza.

*Canta sin voz,
vuela sin alas,
sin dientes muerde,
sin boca habla.*

8

-¡Un momento! -gritó Bilbo, incómodo, pensando aún en cosas que se comían. Por fortuna una vez había oído algo semejante, y recobrando el ingenio, pensó en la

respuesta-. El viento, el viento, naturalmente -dijo, y quedó tan complacido que inventó en el acto otro acertijo. «Esto confundirá a esta asquerosa criaturita subterránea», pensó.

*Un ojo en la cara azul
vio un ojo en la cara verde.
«Ese ojo es como este ojo»,
dijo el ojo primero,
«pero en lugares bajos,
y no en lugares altos.»*

9

-Ss, ss, ss -dijo Gollum. Había estado bajo tierra mucho tiempo, y estaba olvidando esa clase de cosas. Pero cuando Bilbo ya esperaba que el desdichado no podría responder, Gollum sacó a relucir recuerdos de tiempos y tiempos y tiempos atrás, cuando todavía vivía con su abuela en un agujero a orillas de un río-. Ss, ss, ss, precioso mío -dijo-. Quiere decir el sol sobre las margaritas, eso quiere decir. [6]

Pero estos acertijos sobre las cosas cotidianas al aire libre lo fatigaban. Le recordaban también los días en que aún no era una criatura tan solitaria y furtiva y repugnante, y lo sacaban de quicio. Más aún, le daban hambre, así que esta vez pensó en algo un poco más desagradable y difícil.

*No puedes verla ni sentirla,
y ocupa todos los huecos;
no puedes olerla ni oírla,
está detrás de los astros,
y está al pie de las colinas,
llega primero, y se queda;
mata risas y acaba vidas.*

9 Este acertijo expresa con habilidad la etimología de la palabra *daisy* [margarita] en forma de adivinanza. El nombre de la flor proviene del anglosajón *daeges éage* («ojo del día»), que alude al hecho de que sus pétalos se abren a la mañana (revelando el centro amarillo) y se cierran al anochecer. De ahí el «ojo del día» o «*day's eye*»: la moderna *daisy*.

10 Tolkien dijo de este acertijo que «era la reducción a un dístico (mío propio) de otro acertijo literario más largo que aparece en algunos libros de *nursery rhymes*» (*Cartas*, n.º 110). La forma literaria más larga del acertijo es la siguiente:

En salas de mármol blancas como la
leche,
tapizadas de piel suave como la seda,
dentro de una fuente límpida como el
cristal,
hay una manzana dorada.
No tiene puertas esta fortaleza,
pero los ladrones irrumpen y roban el
oro.

Tolkien publicó en 1923 una traducción anglosajona de este acertijo.

El hilo de pensamiento que sigue Gollum para resolver este acertijo, recordando que una vez le había enseñado a su abuela a chupar huevos, utiliza de un modo literal y divertido esa vieja frase. Francis Grose, en su *Classical Dictionary of the Vulgar Tongue* (1785), observó bajo la palabra *granny* (abreviatura de *grandmother* [abuela]) que la expresión «ve a enseñar a tu abuela a chupar huevos» se le decía a cualquiera que intentase dar instrucciones a «alguien más versado sobre un tema que él mismo».

11 Este acertijo tiene una ligera variante en la *Saga of King Heidrek the Wise* [La saga del rey Heidrek el Sabio] en noruego antiguo: hay en ella una competición de sabiduría entre el rey Heidrek y Gestumblindi, que es el dios nórdico Odín disfrazado.

¿Qué vive en las altas cumbres?
¿Qué cae en valles profundos?
¿Qué vive sin Allento?
¿Qué es lo que nunca calla?
¡Medita este acertijo,
oh, príncipe Heidrek!

-Tu acertijo es bueno, Gestumblindi
-dijo el rey-. Lo he adivinado.
El cuervo vive siempre en las altas

Para desgracia de Gollum, Bilbo había oído algo parecido en otros tiempos, y de cualquier modo la respuesta fue rotunda. -¡La oscuridad! -dijo, sin ni siquiera rascarse la cabeza o ponerse la gorra de pensar.

*Caja sin llave,
tapa o bisagras,
pero dentro un tesoro
dorado guarda.*

10

Bilbo preguntó para ganar tiempo, hasta que pudiese pensar algo más difícil. Creyó que era un acertijo asombrosamente viejo y fácil, aunque no con estas mismas palabras, pero resultó ser un horrible problema para Gollum. Siseaba entre dientes, sin encontrar la respuesta, murmurando y farfullando.

Al cabo de un rato Bilbo empezó a impacientarse. -Bueno, ¿qué es? -preguntó-. La respuesta no es una marmita hirviendo, como parece creer, por el ruido que haces.

-Una oportunidad, que nos dé una oportunidad, precioso mío... ss... ss...

[7] -¡Bien! -dijo Bilbo tras esperar largo rato-, ¿Qué hay de tu respuesta?

Pero de súbito Gollum se vio robando en los nidos, hacía mucho tiempo, y sentado en el barranco del río enseñando a su abuela, enseñando a su abuela a sorber...

-¡Huevoss! -siseó-. ¡Huevoss, eso es! -y en seguida preguntó:

*Todos viven sin Allento;
y fríos como los muertos,
nunca con sed, siempre bebiendo,
todos en malla, siempre en silencio.*

11

El propio Gollum se dijo que la adivinanza era asombrosamente fácil, pues él pensaba día y noche en la respuesta. Pero por el momento no se le ocurrió nada mejor, tan aturdido estaba aún por la cuestión del huevo. De cualquier modo fue todo un problema para Bilbo, quien nunca había tenido nada que ver con el agua cuando había podido evitarlo. Imagino que ya conocéis la respuesta, no lo dudo, o que podéis adivinarla en un abrir y cerrar de ojos, ya que estáis cómodamente sentados en casa, y el peligro de ser comidos no turba vuestros pensamientos. Bilbo se sentó y carraspeó una o dos veces, pero la respuesta no llegó.

Al cabo Gollum se puso a sisear entre dientes, complacido. -¿Es agradable, precioso mío? ¿Es jugoso? ¿Cruje de rechupete? -Espió a Bilbo en la oscuridad.

-Un momento -dijo Bilbo temblando de miedo-. Yo te he dado una buena oportunidad hace poco.

-¡Tiene que darse prisa, darse prisa! -dijo Gollum, comenzando a pasar del bote a la orilla para acercarse a Bilbo. Pero cuando puso en el agua las patas grandes y membranosas, un pez saltó espantado y cayó sobre los pies de Bilbo.

-¡Uf! -dijo-, ¡que frío y pegajoso! -y así acertó-. ¡Un pez, un pez! -gritó-, ¡Es un pez!

Gollum quedó horriblemente desilusionado; pero Bilbo le propuso otro acertijo tan rápido como le fue posible, y Gollum tuvo que volver al bote y pensar.

*Sin-piernas se apoya en una pierna;
dos-piernas se sienta cerca de tres-piernas,
y cuatro-piernas consiguió algo.*

12

No era realmente el momento apropiado para este acertijo pero Bilbo estaba en un apuro. A Gollum le habría

cumbres, el rocío cae siempre en los valles profundos, el pez está vivo sin Allento y la cascada que se precipita nunca calla.

En el capítulo 2 del Libro IV de *El Señor de los Anillos* se da una variante más larga de este acertijo:

Vive sin respirar;
frío como la muerte;
nunca sediento, siempre bebiendo,
viste de malla y no tintinea.
Se ahoga en el desierto,
y cree que una isla
es una montaña,
y una fuente, una ráfaga.
¡Tan bruñido y tan bello!
¡Qué alegría encontrarlo!
Sólo tenemos un deseo:
¡que atrapemos un pez
jugoso y succulento!

12 Los acertijos referidos a las piernas son tradicionales: remontan al que la Esfinge le propuso a Edipo. (¿Qué animal anda en cuatro patas por la mañana, en dos al mediodía y en tres al atardecer? La respuesta que da Edipo es el hombre: el hombre caminaba sobre manos y rodillas a la mañana de la vida, andaba erecto sobre sus dos piernas en la plenitud y apoyaba su decrepitud en un bastón en el crepúsculo de la vida.) *The Oxford Dictionary of Nursery Rhymes* incluye un acertijo similar al de Tolkien:

Dos patas se sentó sobre tres patas,
con una pata en el regazo;
cuatro patas entró entonces
y se escapó con una pata;
dos patas salta,
coge tres patas
se la arroja a cuatro patas
y lo obliga a devolver una pata.

La solución es un hombre sentado sobre un banquillo con una pata de carnero en el regazo. Entra un perro y roba el carnero; el hombre coge el banquillo, se lo arroja al perro, y lo obliga a devolver el carnero.

13 Hay una variante de ese acertijo en el «Second Dialogue of Solomon and Saturn» [Segundo diálogo de Salomón y Saturno] en inglés antiguo. Se ofrece aquí una traducción de la versión al inglés de T. A. Shippey aparecida en *Poems of Wisdom and Learning in Old English* [Poemas de sabiduría y enseñanza en inglés antiguo].

Dijo Saturno: Pero ¿qué es esa cosa extraña que viaja por el mundo entero, marcha inexorable, bate los cimientos, provoca lágrimas de dolor y viene aquí a menudo? Ni estrella, ni piedra, ni joya que atrapa la mirada, ni agua, ni bestia salvaje puede engañarla nunca, pero en sus manos todo se endurece o ablanda, crece o se reduce...

Dijo Salomón: La vejez tiene poder sobre todo lo que hay en la tierra... Derriba los árboles y les quiebra las ramas, en su avance desarraiga el tronco erguido y lo vuelca por tierra. Después, devora el pájaro silvestre. Pelea mejor que un lobo, espera más que una piedra, es más fuerte que el acero, muerde con herrumbre el hierro; lo mismo hace con nosotros (pp- 91, 93).

costado bastante acertar si Bilbo lo hubiera preguntado en otra ocasión. Tal como ocurrió, hablando de peces, «sin piernas» no parecía muy difícil, y el resto fue obvio. «Un pez sobre una mesa pequeña, un hombre a la mesa, y el gato que consigue las espinas.» Ésa era la respuesta, por supuesto, y Gollum la encontró pronto. Entonces pensó que ya era momento de preguntar algo horrible y difícil. Esto fue lo que dijo:

*Devora todas las cosas:
aves, bestias, plantas y flores;
roe el hierro, muerde el acero,
y pulveriza la peña compacta;
mata reyes, arruina ciudades
y derriba las altas montañas.*

13

El pobre Bilbo sentado en la oscuridad pensó en todos los horribles nombres de gigantes y ogros que alguna vez había oído en los cuentos, pero ninguno hacía todas esas cosas. Tenía el presentimiento de que la respuesta era muy diferente y que la sabía de algún modo, pero no era capaz de ponerse a pensar. Empezó a sentir miedo, y esto es malo para pensar. Gollum salió entonces del bote. Saltó al agua y avanzó hacia la orilla. Bilbo alcanzaba a ver los ojos que se acercaban. La lengua parecía habersele pegado al paladar; quería gritar: ¡Dame tiempo! Pero todo lo que salió en un súbito chillido fue:

-¡Tiempo! ¡Tiempo!

Bilbo se salvó por pura suerte. Pues naturalmente ésta era la respuesta.

Gollum quedó otra vez desilusionado; ahora estaba enojándose y cansándose del juego. Le había dado mucha hambre en verdad, y no volvió al bote. Se sentó en la oscu-

ridad junto a Bilbo. Esto incomodó todavía más al hobbit y le nubló el ingenio.

-Ahora él tiene que hacernos una pregunta, preciosso mío, sí, ssí, ssí. Una pregunta máss para acertar, sí, ssí -dijo Gollum.

Pero Bilbo no podía pensar en ningún acertijo con aquella cosa asquerosamente fría y húmeda al lado, sobándolo y empujándolo. Se rascaba, se pellizcaba; y seguía sin poder pensar.

-¡Pregúntenos! ¡Pregúntenos! -decía Gollum.

Bilbo se pellizcaba y se palmeteaba; aferró la espada con una mano y tanteó el bolsillo con la otra. Allí encontró el anillo que había recogido en el túnel, y que había olvidado.

-¿Qué tengo en el bolsillo? -dijo, en voz alta. Hablaba consigo mismo, pero Gollum creyó que era un acertijo y se sintió terriblemente desconcertado.

-¡No vale! ¡No vale! -siseó-. ¿No es cierto que no vale, preciosso mío, preguntarnos qué tiene en los asquerosos bolsillitos?

Bilbo, viendo lo que había pasado y no teniendo nada mejor que decir, repitió la pregunta en voz más alta: -¿Qué hay en mis bolsillos?

-Sss -siseó Gollum-. Tiene que darnos tres oportunidades, preciosso mío, tress oportunidades.

-¡De acuerdo! ¡Adivina! -dijo Bilbo.

-¡Las manoss! -dijo Gollum.

-Falso -dijo Bilbo, quien por fortuna había retirado la mano otra vez-. ¡Prueba de nuevo!

-Sss -dijo Gollum más desconcertado que nunca.

Pensó en todas las cosas que él llevaba en los bolsillos; espinas de pescado, dientes de tragos, conchas mojadas, un trozo de ala de murciélago, una piedra aguzada para afilarse los colmillos, y otras cosas repugnantes. In-

14 La primera edición de *El hobbit* (1937) contiene una versión significativamente diferente de este capítulo. Cuando Tolkien escribió la secuela de *El Señor de los Anillos*, advirtió que era necesario revisar el primer libro para eliminar incoherencias. El retrato de Gollum quedó sustancialmente alterado; en la primera edición no era una criatura tan miserable. Y lo apostado en el torneo de adivinanzas era ligeramente diferente: era la vida de Bilbo lo que se jugaba si éste perdía, pero si ganaba, Gollum debería darle un regalo. El torneo de adivinanzas era casi el mismo en ambas versiones, pero en la primera, la conclusión tiene casi la mitad de la longitud de las posteriores ediciones. El final de la primera versión se encuentra en las notas 8 y 9 del capítulo 5 en el Apéndice A de este volumen.

15 Los dos grandes torneos de adivinanzas de la vieja literatura escandinava terminan ambos con la misma especie de pregunta, y es discutible que se trate realmente de un acertijo. En el «Vafþrúðnismál» (El cantar de Vafþrúðnir) de los *Elder Edda*, cuando Odín oye hablar de la gran sabiduría del gigante Vafþrúðnir, decide medirse con él. Disfrazado, vence en el torneo haciendo la pregunta: «¿Qué musitó Odín en el oído de su hijo antes de que Balder fuera llevado a la hoguera?». Sólo Odín podía conocer la respuesta, y de ese modo su identidad queda revelada. En *The Saga of King Heidrek the Wise* hay otro torneo de adivinanzas en el que de nuevo aparece Odín disfrazado, y el torneo termina con la misma pregunta, exactamente.

En el prólogo de *El Señor de los Anillos* («Del descubrimiento del Anillo») Tolkien comenta: «Las Autoridades, es cierto, difieren acerca de si esta última [pregunta] era una simple pregunta o un verdadero enigma, de acuerdo con las reglas estrictas del juego; pero todos están de acuerdo en que después de aceptar y tratar de adivinar la respuesta, la promesa ataba a Gollum».

tentó pensar en lo que otra gente podía llevar en los bolsillos.

-¡Un cuchillo! -dijo al fin.

-¡Falso! -dijo Bilbo, que había perdido el suyo hacía tiempo-. ¡Última oportunidad!

Ahora Gollum se sentía mucho peor que cuando Bilbo le había planteado el acertijo del huevo. Siseó, farfulló y se balanceó adelante y atrás, golpeteando el suelo con los pies, y se meneó y retorció; sin embargo no se decidía, no quería echar a perder esa última oportunidad.

-¡Vamos! -dijo Bilbo-. ¡Estoy esperando!

Trató de parecer valiente y jovial, pero no estaba muy seguro de cómo terminaría el juego, ya Gollum acertase o no.

-¡Se acabó el tiempo! -dijo.

-¡Una cuerda o nada! -chilló Gollum, quien no respetaba del todo las reglas, respondiendo dos cosas a la vez.

-¡Las dos mal! -gritó Bilbo, mucho más aliviado; e incorporándose de un salto, se apoyó de espaldas en la pared más próxima y desenvainó la pequeña espada. Naturalmente, sabía que el torneo de las adivinanzas era sagrado y de una antigüedad inmensa, y que aun las criaturas malvadas temían hacer trampas mientras jugaban. Pero sentía también que no podía confiar en que aquella criatura viscosa mantuviera una promesa. Cualquier excusa le parecería apropiada para eludirla. Y al fin y al cabo la última pregunta no había sido un acertijo genuino de acuerdo con las leyes ancestrales.

15 Pero sin embargo Gollum no lo atacó en seguida. Miraba la espada que Bilbo tenía en la mano. Se quedó sentado, susurrando y estremeciéndose. Al fin, Bilbo no pudo esperar más.

-Y bien -dijo-, ¿qué hay de tu promesa? Me quiero ir; tienes que enseñarme el camino.

-¿Dijimos eso, precioso? Mostrarle la salida al pequeño y asqueroso Bolsón, sí, sí. Pero, ¿qué tiene él en los bolsillos? ¡Ni cuerda, precioso, ni nada! ¡Oh, no! ¡Gollum!

-No te importa -dijo Bilbo-; una promesa es una promesa.

-Vaya, ¡qué prisa! ¡Impaciente, precioso! -siseó Gollum-, pero tiene que esperar, sí. No podemos subir por los pasadizos tan de prisa; primero tenemos que recoger cosas, sí, cosas que nos ayuden.

-¡Bien, apresúrate! -dijo Bilbo, aliviado al pensar que Gollum se marchaba. Creía que sólo se estaba excusando, y que no pensaba volver. ¿De qué hablaba Gollum? ¿Qué cosa útil podía guardar en el lago oscuro? Pero se equivocaba. Gollum pensaba volver. Estaba enfadado ahora y hambriento. Y era una miserable y malvada criatura y ya tenía un plan.

No muy lejos estaba su isla, de la que Bilbo nada sabía; y allí, en un escondrijo, guardaba algunas sobras miserables y una cosa muy hermosa, muy maravillosa. Tenía un anillo, un anillo de oro, un anillo precioso.

-¡Mi regalo de cumpleaños! -murmuraba, como había hecho a menudo en los oscuros días interminables-. Eso es lo que ahora queremos, sí, ¡lo queremos!

Lo quería porque era un anillo de poder, y si os lo ponáis en el dedo, erais invisibles. Sólo a la plena luz del sol podrían veros, y sólo por la sombra, temblorosa y tenue.

-¡Mi regalo de cumpleaños! ¡Llegó a mí el día de mi cumpleaños, precioso mío! -Así monologaba Gollum. Pero nadie sabe cómo Gollum había conseguido aquel regalo, hacía siglos, en los viejos días, cuando tales anillos abundaban en el mundo. Quizá ni el propio Amo que los gobernaba a todos podía decirlo. Al principio Gollum solía llevarlo puesto hasta que le cansó, y desde entonces lo

guardó en una bolsa pegada al cuerpo, hasta que le lastimó la piel, y desde entonces lo tuvo escondido en una roca de la isla, y siempre volvía a mirarlo. Y aún a veces se lo ponía, cuando no aguantaba estar lejos de él ni un momento más, o cuando estaba muy, muy hambriento, y harto de pescado. Entonces se arrastraba por pasadizos oscuros, en busca de trasgos extraviados. Se aventuraba incluso en sitios donde había antorchas encendidas que lo hacían parpadear y le irritaban los ojos. Estaba seguro, oh, sí, muy seguro. Nadie lo veía, nadie notaba que estaba allí hasta que les apretaba la garganta con las manos. Lo había llevado puesto, hacía sólo unas pocas horas y había capturado un pequeño trasgo, ¡Cómo había chillado! Aún le quedaban uno o dos huesos por roer, pero deseaba algo más tierno.

-Muy seguro, sí -se decía-. No nos verá, ¿verdad, precioso mío? No, y la asquerosa espadita será inútil, ¡sí, bastante inútil!

Eso es lo que escondía en su pequeña mollera malvada mientras se apartaba bruscamente de Bilbo y chapoteaba hacia el bote, perdiéndose en la oscuridad. Bilbo creyó que nunca lo volvería a oír; aun así, esperó un rato, pues no tenía idea de cómo encontrar solo el camino de salida. De pronto, oyó un chillido. Un escalofrío le bajó por la espalda. Gollum maldecía y se lamentaba en las tinieblas, no muy lejos. Estaba en su isla, revolviendo aquí y allá, buscando y rebuscando en vano.

-¿Dónde está? ¿Dónde está? -sollozaba-. Sse ha perdido, precioso mío, ¡perdido, perdido! ¡Maldíganos y aplástenos, mi precioso, se ha perdido!

-¿Qué pasa? -preguntó Bilbo-. ¿Qué has perdido?

-No tiene que preguntarnos, no es asunto ssuyo, ¡no, gollum! -chilló Gollum-, perdido, perdido, gollum, gollum, gollum.

-Bueno, yo también me he perdido y quiero saber

dónde estoy. Gané la pugna y tú hiciste una promesa. Así que ¡adelante! ¡Ven y condúceme fuera, y luego, sigue buscando! -Aunque Gollum parecía inconsolable, Bilbo no lo compadecía demasiado, tenía la impresión de que una cosa que Gollum quería tanto no podía ser nada bueno. -¡Vamos! -gritó.

-¡No, aún no, precioso! -respondió Gollum-. Tenemos que buscarlo pues se ha perdido, ¡gollum!

-Pero no acertaste mi última pregunta e hiciste una promesa -dijo Bilbo.

-¡Nunca lo imaginé! -dijo Gollum. De repente un agudo siseo brotó de la oscuridad-. ¿Qué tiene en los bolsillos? Que nos lo diga. Primero tiene que decirlo.

Hasta donde Bilbo sabía, no había ninguna razón particular para no decírselo. Más rápida que la suya, la mente de Gollum había cazado en el aire un presentimiento; pues durante siglos había estado preocupada por esa sola cosa, temiendo siempre que se la quitaran. Pero la demora impacientaba a Bilbo. Al fin y al cabo, había ganado el juego, con bastante limpieza, y corriendo un riesgo terrible. -Las preguntas eran para acertar, no para decirlas -dijo.

-Pero no fue juego limpio -dijo Gollum-. No era un acertijo, precioso, no.

-¡Oh, bien!, si se trata de preguntas corrientes yo he hecho una antes -respondió Bilbo-. ¿Qué has perdido, quieres decirme?

-¿Qué tienes en los bolsillos? -El sonido llegó siseando mas agudo y fuerte, y como Gollum estaba mirándolo, Bilbo vio alarmado dos pequeños puntos de luz que lo observaban. A medida que la sospecha crecía en la mente de Gollum, la luz le ardía en los ojos con una llama descolorida.

-¿Qué has perdido? -insistió Bilbo.

Pero la luz en los ojos de Gollum era ahora un fuego

16 La mayor parte de los ilustradores de *El hobbit* fracasan en el intento de dibujar a Gollum. El mismo Tolkien llegó a advertirlo en las ilustraciones de las diferentes traducciones. En una carta dirigida en 1963 a su editor, escribía que «Gollum no ha de ser convertido en un monstruo, como lo hacen prácticamente todos los otros ilustradores, sin tomar el texto en consideración».

¿Qué aspecto debe tener Gollum?

Basándose en las varias fuentes que procura Tolkien, es una criatura pequeña, viscosa, no más alta que Bilbo, delgada, de cabeza demasiado grande para su talla; grandes ojos protuberantes; cuello largo y delgado y cabellos largos y finos. Tiene la piel blanca y lleva vestidos evidentemente negros. (Nunca iba desnudo.) Tiene manos largas y pies de dedos prensiles, unidos por una membrana.

verde y se acercaba con rapidez. **Gollum** estaba de nuevo en el bote, remando como desesperado de vuelta a la orilla; y tal era la rabia por la pérdida y la sospecha que tenía en el corazón, que ya no le atemorizaba ninguna espada.

Bilbo no podía adivinar qué había maquinado la malvada criatura, pero vio que todo estaba descubierto, y que Gollum pretendía terminar con él, sea como fuere. Justo a tiempo se volvió y corrió a ciegas, subiendo el pasadizo que había bajado antes, manteniéndose pegado a la pared y tocándola con la mano izquierda.

-¿Qué tiene en los bolsillos? -Bilbo oyó el siseo fuerte detrás de él, y el chapoteo cuando Gollum saltó del bote. «¿Qué tengo yo, me pregunto», se dijo, mientras avanzaba jadeando y tropezando. Se metió la mano izquierda en el bolsillo. El anillo estaba muy frío cuando se le deslizó de pronto en el dedo Índice, con el que tanteaba buscando.

16 El siseo estaba detrás, muy cerca. Bilbo se volvió y vio los ojos de Gollum como pequeñas lámparas verdes que subían la pendiente. Aterrorizado, intentó correr más rápido y cayó cuando largo era, con la pequeña espada debajo del cuerpo.

En un momento Gollum estuvo sobre él. Pero antes de que Bilbo pudiese hacer algo, recuperar el Allento, levantarse o esgrimir la espada, Gollum pasó de largo sin prestarle atención, maldiciendo y murmurando mientras corría.

¿Qué podía significar esto? Gollum veía en la oscuridad. Bilbo alcanzaba a distinguir la luz pálida de los ojos, aun desde atrás. Se levantó, dolorido, envainó la espada, que ahora brillaba débilmente otra vez, y con mucha cautela siguió andando. Parecía que no se podía hacer otra cosa. No convenía volver arrastrándose a las aguas de Gollum. Quizá si lo seguía, Gollum lo conduciría sin querer hasta alguna vía de escape.

-¡Maldito sea! ¡Maldito sea! ¡Maldito sea! -siseaba Gollum-. ¡Maldito Bolsón! ¡Se ha ido! ¿Qué tiene en los bolsillos? ¡Oh, lo suponemos, lo adivinamos! Precioso mío. Lo ha encontrado, sí, tiene que tenerlo. Mi regalo de cumpleaños.

Bilbo aguzó el oído. Por fin estaba empezando a adivinar. Apresuró el paso, acercándose a Gollum por detrás hasta donde se atrevió. Gollum corría aún de prisa, sin mirar atrás, pero volviendo la cabeza a los lados, como Bilbo podía ver por el pálido reflejo de luz en las paredes.

-¡Mi regalo de cumpleaños! ¡Maldito! ¿Cómo lo perdimos, precioso mío? Sí, eso es. ¡Maldito sea! Cuando vinimos por aquí la última vez, cuando estrujamos a aquel asqueroso jovencito chillón. Eso es. ¡Maldito sea! Se nos cayó, ¡después de tantos siglos y siglos! No está, ¡gollum!

De pronto Gollum se sentó y se puso a sollozar, con un ruido silbante y gorgoteante, horrible al oído. Bilbo se detuvo, pegándose a la pared de la galería. Pasado un rato, Gollum dejó de lloriquear. Parecía tener una discusión consigo mismo.

-No vale la pena volver a buscarlo, no. No recordamos todos los lugares que hemos visitado. Y no serviría de nada. El Bolsón lo tiene en sus bolsillos; el asqueroso fisgón lo ha encontrado, lo decimos nosotros.

»Lo suponemos, precioso, sólo lo suponemos. No podemos estar seguros hasta encontrar a la asquerosa criatura y estrujarla. Pero no conoce las virtudes que tiene, ¿verdad? Sólo lo guarda en los bolsillos. No lo sabe y no puede ir muy lejos. Se ha perdido el puerco fisgón. No conoce la salida. Eso fue lo que dijo.

»Así dijo, sí, pero es un tramposo. ¡No dice lo que piensa! No dirá lo que tiene en los bolsillos. Lo sabe.

Conoce el camino de entrada; tiene que conocer el de salida. Está más allá de la puerta trasera. Hacia la puerta trasera, eso es.

»Los trasgos lo capturarán entonces. No puede salir por ahí, precioso.

»Sss, sss, ¡gollum! ¡Trasgoss! Sí, pero si tiene el regalo, nuestro regalo de cumpleaños, entonces los trasgos lo tomarán, ¡gollum! Descubrirán, descubrirán sus propiedades. ¡Nunca más estaremos seguros, gollum! Uno de los trasgos se lo pondrá y no lo verá nadie. Estará allí, pero nadie podrá verlo. Ni siquiera nuestros más agudos ojoss, y se acercará escurriéndose y engañando y nos capturarán, ¡gollum! ¡gollum!

»¡Dejemos la charla, precioso, y vayamos de prisa! Si el Bolsón se ha ido por ahí, tenemos que apresurarnos y verlo. ¡Vamos! No puede estar muy lejos. ¡De prisa!

Gollum se levantó de un brinco y se alejó bamboleándose, a grandes zancadas. Bilbo corrió tras él, todavía cauteloso, aunque ahora lo que más temía era tropezar de nuevo y caer haciendo ruido. Tenía en la cabeza un torbellino de asombro y esperanza. Parecía que el anillo que llevaba era un anillo mágico: ¡te hacía invisible! Había oído de tales cosas, por supuesto, en antiguos relatos; pero le costaba creer que en realidad él, por accidente, había encontrado uno. Sin embargo, así era: Gollum había pasado de largo sólo a una yarda.

Siguieron adelante, Gollum avanzando a los trompicones, siseando y maldiciendo; Bilbo detrás, tan silenciosamente como puede marchar un hobbit. Pronto llegaron a unos lugares donde, como había notado Bilbo al bajar, se abrían pasadizos a los lados, uno acá, otro allá. Gollum comenzó en seguida a contarlos.

-Uno a la izquierda, sí. Uno a la derecha, sí. Dos a la derecha, sí, sí; dos a la izquierda, eso es. -Y así una vez y otra.

A medida que la cuenta crecía, aflojó el paso sollozando y temblando. Pues cada vez se alejaba más del agua, y tenía miedo. Los trasgos acechaban quizá, y él había perdido el anillo. Por fin se detuvo ante una abertura baja, a la izquierda.

-Siete a la derecha, sí. Seis a la izquierda, ¡bien! -susurró-. Éste es. Éste es el camino de la puerta trasera. ¡Aquí está el pasadizo!

Miró hacia adentro y se retiró, vacilando. -Pero no nos atreveremos a entrar, precioso, no nos atreveremos. Hay trasgos allá abajo. Montones de trasgoss. Los olemos. ¡Sss!

«¿Qué podemos hacer? ¡Malditos y aplastados sean! Tenemos que esperar aquí, precioso, esperar un momento y observar.

Y así se detuvieron. Al fin y al cabo, Gollum había traído a Bilbo hasta la salida, ¡pero Bilbo no podía cruzarla! Allí estaba Gollum, acurrucado justamente en la abertura, y los ojos le brillaban fríos mientras movía la cabeza a un lado y a otro entre las rodillas.

Bilbo se arrastró, apartándose de la pared, más callado que un ratón; pero Gollum se enderezó en seguida y ventó en torno y los ojos se le pusieron verdes. Siseó, en un tono bajo aunque amenazador. No podía ver al hobbit, pero ahora estaba atento, y tenía otros sentidos que la oscuridad había aguzado: olfato y oído. Parecía que se había agachado, con las palmas de las manos extendidas sobre el suelo, la cabeza estirada hacia adelante y la nariz casi tocando la piedra. Aunque era sólo una sombra negra en el brillo de sus propios ojos, Bilbo alcanzaba a verlo o sentirlo: tenso como la cuerda de un arco, dispuesto a saltar.

Bilbo casi dejó de respirar y también se quedó quieto. Estaba desesperado. Tenía que escapar, salir de aquella horrible oscuridad mientras le quedara alguna fuerza. Tenía que luchar. Tenía que apuñalar a la asquerosa criatura,

sacarle los ojos, matarla. Quería matarlo a él. No, no sería una lucha limpia. Él era invisible ahora. Gollum no tenía espada. No había amenazado matarlo, o no lo había intentado aún. Y era un ser miserable, solitario, perdido. Una súbita comprensión, una piedad mezclada con horror asomó en el corazón de Bilbo: un destello de interminables días iguales, sin luz ni esperanza de algo mejor, dura piedra, frío pescado, pasos furtivos, y susurros. Todos estos pensamientos se le cruzaron como un relámpago. Se estremeció. Y entonces, de pronto, en otro relámpago, como animado por una energía y una resolución nuevas, saltó hacia adelante.

No un gran salto para un hombre, pero un salto a ciegas. Saltó directamente sobre la cabeza de Gollum, a una distancia de siete pies y tres de altura; por cierto, y no lo sabía, apenas evitó que se le destrozara el cráneo contra el arco del túnel.

Gollum se lanzó hacia atrás e intentó atrapar al hobbit cuando volaba sobre él, pero demasiado tarde: las manos golpearon el aire tenue, y Bilbo, cayendo limpiamente sobre los pies vigorosos, se precipitó a bajar por el nuevo pasadizo. No se volvió a mirar qué hacía Gollum. Al principio oyó siseos y maldiciones detrás de él, muy cerca; luego cesaron. Casi en seguida sonó un aullido que helaba la sangre, un grito de odio y desesperación. Gollum estaba derrotado. No se atrevía a ir más lejos, había perdido: había perdido su presa, y había perdido también la única cosa que había cuidado alguna vez, su precioso. El aullido dejó a Bilbo con el corazón en la boca. Ya débil como un eco, pero amenazadora, la voz venía desde atrás.

-¡Ladrón, ladrón, ladrón! ¡Bolsón! ¡Lo odiamos, lo odiamos, lo odiamos, lo odiamos para siempre!

No se oyó nada más. Pero el silencio también le parecía amenazador a Bilbo. «Si los trasgos están tan cerca que él

puede olerlos», pensó, «tienen que haber oído las maldiciones y chillidos. Cuidado ahora, o esto te llevará a cosas peores.»

El pasadizo era bajo y de paredes toscas. No parecía muy difícil para el hobbit, excepto cuando, a pesar de andar con mucho cuidado, tropezaba de nuevo, y así muchas veces, golpeándose los dedos de los pies contra las piedras del suelo, molestas y afiladas. «Un poco bajo para los trasgos, al menos para los grandes», pensaba Bilbo, no sabiendo que aun los más grandes, los orcos de las montañas, avanzan encorvados a gran velocidad, con las manos casi en el suelo.

Pronto el pasadizo, que había estado bajando, comenzó a subir otra vez, y de pronto ascendió abruptamente. Bilbo tuvo que aflojar la marcha, pero por fin la cuesta acabó; luego de un recodo, el pasadizo descendió de nuevo, y allá, al pie de una corta pendiente, vio que del costado de otro recodo venía un reflejo de luz. No una luz roja, como de linterna o de fuego, sino una luz pálida de aire libre. Bilbo echó a correr. [9]

Corriendo tanto como le aguantaban las piernas, dobló el último recodo y se encontró en medio de un espacio abierto, donde la luz, luego de todo aquel tiempo a oscuras, parecía deslumbrante. En verdad, era sólo la luz del sol, que se filtraba por el hueco de una puerta grande, una puerta de piedra que habían dejado entornada.

Bilbo parpadeó, y de pronto vio a los trasgos: trasgos armados de pies a cabeza, con las espadas desenvainadas, sentados a la vera de la puerta y observándolo con los ojos abiertos, observando el pasadizo por donde había aparecido. Estaban preparados, atentos, dispuestos a cualquier cosa.

Lo vieron antes que él pudiese verlos. Sí, lo vieron. Fuese un accidente o el último truco del anillo antes de to-

mar nuevo amo, no lo tenía en el dedo. Con aullidos de entusiasmo, los trasgos se abalanzaron sobre él.

Una punzada de miedo y pérdida, como un eco de la miseria de Gollum, hirió a Bilbo, y olvidando desenvainar la espada, metió las manos en los bolsillos. Y allí en el bolsillo izquierdo estaba el anillo, y él mismo se le deslizó en el dedo índice. Los trasgos se detuvieron bruscamente. No podían ver nada del hobbit. Había desaparecido. Chillaron dos veces, tan alto como antes, pero no con tanto entusiasmo.

-¿Dónde está? -gritaron.

-¡Se volvió pasadizo arriba! -dijeron algunos.

-¡Fue por aquí! -aullaron unos-. ¡Fue por allá!
-aullaron otros.

-¡Cuidad la puerta! -ordenó el capitán.

Sonaron silbatos, las armaduras se entrechocaron, las espadas golpetearon, los trasgos maldijeron y juraron, corriendo acá y acullá, cayendo unos sobre otros y enojándose mucho. Hubo un terrible clamoreo, una conmoción y un alboroto.

Bilbo estaba de veras aterrorizado, pero tenía aún bastante juicio para entender qué había ocurrido, y para esconderse detrás de un barril que guardaba la bebida de los trasgos centinelas, y salir así del apuro y evitar que lo golpearan y patearan hasta darle muerte, o que lo capturasen por el tacto.

-¡He de alcanzar la puerta, he de alcanzar la puerta!
-seguía diciéndose, pero pasó largo rato antes de que se atreviera a intentarlo. Lo que siguió entonces fue horrible, como si jugaran a una especie de gallina ciega. El lugar estaba abarrotado de trasgos que corrían de un lado a otro, y el pobrecito hobbit se escurrió aquí y allá, fue derribado por un trasgo que no pudo entender con qué había tropezado, escapó a gatas, se deslizó entre las

piernas del capitán, se puso de pie, y salió corriendo hacia la puerta.

La puerta estaba abierta, pero un trasgo la había entornado todavía más. Bilbo empujó, y no consiguió moverla. Trató de escurrirse por la abertura y quedó atrapado. ¡Era horrible! Los botones se le habían encajado entre el canto y la jamba de la puerta. Allí fuera alcanzaba a ver el aire libre: había unos pocos escalones que descendían a un valle estrecho con montañas altas alrededor: el sol apareció detrás de una nube y resplandeció más allá de la puerta; pero él no podía cruzarla.

De pronto, uno de los trasgos que estaban dentro gritó: -¡Hay una sombra al lado de la puerta! ¡Algo está ahí fuera!

A Bilbo el corazón se le subió a la boca. Se retorció, aterrorizado. Los botones saltaron en todas direcciones. Atravesó la puerta, con la chaqueta y el chaleco rasgados, y brincó escalones abajo como una cabra, mientras los trasgos desconcertados recogían aún los preciosos botones de latón, caídos en el umbral.

Por supuesto, en seguida bajaron tras él, persiguiéndolo, gritando» y ululando por entre los árboles. Pero el sol no les gusta: les afloja las piernas, y la cabeza les da vueltas. No consiguieron encontrar a Bilbo, que llevaba el anillo puesto, y se escabullía entre las sombras de los árboles, corriendo rápido y en silencio y manteniéndose apartado del sol; pronto volvieron gruñendo y maldiciendo a guardar la puerta. Bilbo había escapado.

Capítulo VI

DE LA SARTÉN AL FUEGO

- 1 T. A. Shippey rastrea el empleo del nombre Montañas Nubladas hasta el poema «Skirnismál» (El cantar de Skirnir), perteneciente a los *Eider Edda* en escandinavo antiguo.

Skirnir, que ha sido enviado a raptar a la hija de un gigante, echa un discurso a su caballo; Shippey traduce así una parte: «Las tinieblas están fuera, y es nuestra empresa, según considero, dejar atrás las montañas nubladas y las tribus de los orcos; ambos volveremos o, de lo contrario, a ambos nos atraparé el poderoso gigante» (*The Road to Middle-earth*) [*El Camino a la Tierra Media*].

Bilbo había escapado de los trastos, pero no sabía dónde estaba. Había perdido el capuchón, la capa, la comida, el poney, sus botones y sus amigos. Siguió adelante, hasta que el sol empezó a hundirse en el poniente, *detrás de las montañas*. Las sombras cruzaban el sendero, y Bilbo miró hacia atrás. Luego miró hacia adelante, y no pudo ver más que crestas y vertientes que descendían hacia las tierras bajas, y llanuras que asomaban de vez en cuando entre los árboles.

- 1 -¡Cielos! -exclamó-. ¡Parece que estoy justo al otro lado de las Montañas Nubladas, al borde de las Tierras de Más Allá! ¿Dónde y oh dónde habrán tenido que ir los enanos y Gandalf? ¡Sólo espero que por ventura no estén todavía allá atrás en poder de los trastos!

Continuó caminando, fuera del pequeño y elevado valle, por el borde, y bajando luego las pendientes; mas en todo este tiempo un pensamiento muy incómodo iba creciendo dentro de él. Se preguntaba si no estaba obligado, ahora que tenía el anillo mágico, a regresar a los horribles, horribles túneles y buscar a sus amigos. Acababa de decidir que no podía escapar a ese deber, que tenía que volver atrás -y esto hacía que se sintiera muy desdichado-, cuando oyó voces.

Se detuvo y escuchó. No parecían trastos; de modo que se arrastró con mucho cuidado hacia adelante. Estaba en un sendero pedregoso que serpenteaba hacia abajo, con una pared rocosa a la izquierda; al otro lado el terreno descendía en pendiente, y bajo el nivel del sendero había unas

cañadas donde crecían matorrales y arbustos. En una de estas cañadas, bajo los arbustos, había gente hablando.

Se arrastró todavía más cerca, y de súbito vio, asomado entre dos grandes peñascos, una cabeza con capuchón rojo: era Balin, que oteaba alrededor. Bilbo tenía ganas de palmotear y gritar de alegría, pero no lo hizo. Todavía llevaba puesto el anillo, por miedo de encontrar algo inesperado y desagradable, y vio que Balin estaba mirando directamente hacia él sin verlo.

«Les daré a todos una sorpresa», pensó mientras se metía a gatas entre los arbustos del borde de la cañada. Gandalf estaba deliberando con los enanos. Hablaban de todo lo que había ocurrido en los túneles, preguntándose y discutiendo qué irían a hacer ahora. Los enanos refunfuñaban, y Gandalf decía que de ninguna manera podían continuar el viaje dejando al señor Bolsón en manos de los trasgos, sin tratar de saber si estaba vivo o muerto, y sin tratar de rescatarlo.

-Al fin y al cabo es mi amigo -dijo Gandalf-, y una buena persona. Me siento responsable. Ojalá no lo hubieseis perdido.

Los enanos querían saber ante todo por qué razones lo habían traído con ellos, por qué no había podido mantenerse cerca y venir también, y por qué el mago no había elegido a alguien más sensato. -Hasta ahora ha sido una carga de poco provecho -dijo uno-. Si tenemos que regresar a esos túneles abominables a buscarlo, entonces maldito sea, digo yo.

Gandalf contestó enfadado: -Lo traje, y no traigo cosas que no sean de provecho. O me ayudáis a buscarlo, o me voy y os dejo aquí para que salgáis de este embrollo como mejor podáis. Si al menos lo encontráramos, me lo agradeceríais antes de que haya pasado todo. ¿Por qué tuviste que dejarlo caer, Dori?

-¡Tú mismo lo habrías dejado caer -dijo Dori-, si de pronto un trasgo te hubiese aferrado las piernas por detrás en la oscuridad, te hiciese tropezar, y te patease la espalda!

-En ese caso, ¿por qué no lo recogiste de nuevo?

-¡Cielos! ¡Y aún me lo preguntas! ¡Los trasgos luchando y mordiendo en la oscuridad, todos cayendo sobre otros cuerpos y golpeándose! Tú casi me tronchas la cabeza con Glamdring, y Thorin daba tajos a diestra y siniestra con Orcrist. De pronto echaste una de esas luces que enceguecen y vimos que los trasgos retrocedían aullando. Gritaste: «¡Seguidme todos!», y todos tenían que haberte seguido. Creímos que todos lo hacían. No hubo tiempo para contar, como tú sabes muy bien, hasta que nos abrimos paso entre los centinelas, salimos por la puerta más baja, y descendimos hasta aquí atrepellándonos. Y aquí estamos, sin el saqueador, ¡que el cielo lo confunda!

-¡Y aquí está el saqueador! -dijo Bilbo adelantándose y metiéndose entre ellos, y quitándose el anillo.

¡Señor, cómo saltaron! Luego hubo gritos de sorpresa y alegría. Gandalf estaba tan atónito como cualquiera de ellos, pero quizá más complacido que los demás. Llamó a Balin y le preguntó qué pensaba de un centinela que permitía que la gente llegara así sin previo aviso. Por supuesto, la reputación de Bilbo creció mucho entre los enanos a partir de ese momento. Si, a pesar de las palabras de Gandalf, dudaban aún de que era un saqueador de primera clase, no lo dudaron más. Balin era el más desconcertado; pero todos decían que había sido un trabajo muy bien hecho.

Bilbo estaba en verdad tan complacido con estos elogios, que se rió entre dientes, pero nada dijo acerca del anillo; y cuando le preguntaron cómo se las había arreglado, comentó: -Oh, simplemente me deslicé, ya sabéis..., con mucho cuidado y en silencio.

-Bien, ni siquiera un ratón se ha deslizado nunca con cuidado y en silencio bajo mis mismísimas narices sin que yo lo descubriera -dijo Balin-, y me saco el sombrero ante ti. -Cosa que hizo; y agregó:- Balin, a vuestro servicio.

-Vuestro servidor, el señor Bolsón -dijo Bilbo.

Luego quisieron conocer las aventuras de Bilbo desde el momento en que lo habían perdido, y él se sentó y les contó todo, excepto lo que se refería al hallazgo del anillo («no por ahora», pensó). Se interesaron en particular en la pugna de las adivinanzas y se estremecieron como correspondía cuando les describió el aspecto de Gollum.

-Y luego no se me ocurría ninguna otra pregunta con él sentado junto a mí -concluyó Bilbo-, de modo que dije: «¿Qué hay en mi bolsillo?». Y no pudo adivinarlo por tres veces. De modo que dije: «¿Qué hay de tu promesa? ¡Enséñame el camino de salida!». Pero él saltó sobre mí para matarme, y yo corrí, caí, y me perdí en la oscuridad. Luego lo seguí, pues oí que se hablaba a sí mismo. Pensaba que yo conocía realmente el camino de salida, y estaba yendo hacia él. A! fin se sentó en la entrada y yo no podía pasar. De modo que salté sobre él y escapé corriendo hacia la puerta.

-¿Qué pasó con los centinelas? -preguntaron los enanos-. ¿No había ninguno?

-¡Oh, sí! Muchísimos, pero los esquivé. Me quedé trabado en la puerta, que sólo estaba abierta una rendija, y perdí muchos botones -dijo mirándose con tristeza las ropas desgarradas-. Pero conseguí escabullirme... y aquí estoy.

Los enanos lo miraron con un respeto completamente nuevo, mientras hablaba sobre burlar centinelas, saltar sobre Gollum y abrirse paso, como si no fuese muy difícil o muy inquietante.

-¿Qué os dije? -exclamó Gandalf riendo-. El señor Bolsón esconde cosas que no alcanzabais a imaginar. -Le

2 En el prólogo de *El Señor de los Anillos* («Del descubrimiento del Anillo»), Tolkien vuelve a contar brevemente la historia del encuentro de Bilbo con Gollum y el hallazgo del anillo tal como aparece en la segunda edición de *El hobbit* y en las que siguieron después.

Cosa curiosa, pero ésta no es la historia que Bilbo contó al principio a sus compañeros. Les dijo que Gollum le había prometido un regalo si él, Bilbo, ganaba en el juego; pero cuando Gollum fue a la isla descubrió que el tesoro había desaparecido: era un anillo mágico que le habían regalado en un cumpleaños mucho tiempo atrás. Bilbo sospechaba que ése era el anillo que había encontrado, y como había ganado el juego, le correspondía por derecho. Pero como en aquel momento se encontraba en un apuro, no había dicho nada, y dejó que Gollum le mostrase la salida al exterior más como recompensa que como regalo. Bilbo asentó este informe en sus memorias ...

Lo que Tolkien ha descrito es la trama de la primera edición de *El hobbit*; y la aseveración «ésta no es la historia que Bilbo contó al principio a sus compañeros» contradice lo que se dice aquí: que Bilbo «se sentó y les contó todo, excepto lo que se refería al hallazgo del anillo», y lo que se dice después (en el episodio de las arañas): que los enanos, después de oír acerca del anillo, insisten en «oír otra vez la historia de Gollum con acertijos y todo lo demás, y con el anillo en el lugar que correspondía». La deshonestidad de Bilbo, de gran importancia en *El Señor de los Anillos*, no está explícitamente presente en lugar alguno de *El hobbit*.

echó una mirada rara a Bilbo por deba)O de las cejas pobladas mientras lo decía, y el hobbit se preguntó si el mago no estaría pensando en el episodio que él había omitido.

Tenía sus propias preguntas que hacer ahora, pues si Gandalf ya había explicado todo a los enanos, Bilbo no lo había oído aún. Quería saber cómo Gandalf había vuelto a aparecer, y qué habían convenido hasta ese momento.

El mago, a decir verdad, nunca se molestaba por tener que explicar de nuevo sus habilidades, de modo que ahora le dijo a Bilbo que tanto Elrond como él estaban bien enterados de la presencia de tragos malvados en esa parte de las montañas. Pero la entrada principal miraba antes a un desfiladero distinto, más fácil de cruzar, y a menudo apresaban a gente ignorante cerca de las puertas. Era evidente que los viajeros ya no tomaban ese camino, y los tragos habían abierto hacía poco una nueva entrada en lo alto de la senda que habían tomado los enanos, pues hasta entonces había sido un paso seguro.

-Tendría que salir a buscar un gigante más o menos decente para que bloquee otra vez la puerta -dijo el mago-, o pronto no habrá modo de cruzar las montañas.

Tan pronto como Gandalf había oído el aullido de Bilbo, comprendió lo que había pasado. Luego del relámpago que había fulminado a los tragos que se le echaban encima, se había metido corriendo en la grieta, justo cuando iba a cerrarse. Siguió detrás de los tragos y prisioneros hasta el borde de la gran sala, y allí se sentó, preparando la mejor magia posible entre las sombras.

-Fue un asunto muy delicado -dijo-. Francamente difícil.

Pero Gandalf, por supuesto, había hecho un estudio especial de los encantamientos con fuego y luces (hasta el mismo hobbit, como recordaréis, no había olvidado aquellos mágicos fuegos de artificio en las fiestas del Viejo

Tuk, las noches de San Juan), El resto ya lo sabemos, excepto que Gandalf conocía perfectamente la puerta trasera, como los trasgos denominaban a la entrada inferior, donde Bilbo había perdido sus botones. En realidad, cualquiera que conociese aquella parte de las montañas conocía también la entrada inferior, pero había que ser un mago para no perder la cabeza en los túneles y seguir la dirección correcta. [3]

-Construyeron esa entrada hace siglos -dijo-, en parte como una vía de escape, si necesitaban una, en parte como un camino de salida hacia las tierras de más allá, donde todavía merodean en la noche y causan gran daño. La vigilan siempre, y nadie jamás ha conseguido bloquearla. La vigilarán doblemente a partir de ahora. -Gandalf se rió.

Los demás rieron con él. Al fin y al cabo, habían perdido bastantes cosas, pero habían matado al Gran Trasgo y a otros muchos, y habían escapado todos, y en verdad podía decirse que hasta ahora habían llevado la mejor parte.

Pero el mago hizo que volvieran a la realidad. -Tenemos que marchar en seguida, ahora que hemos descansado un poco -dijo-. Saldrán a centenares detrás de nosotros cuando caiga la noche; y ya las sombras se están alargando. Pueden oler nuestras huellas horas después de que hayamos pasado por algún sitio. Tenemos que estar a muchas millas de aquí antes del anochecer. Habrá algo de luna, si el cielo se mantiene despejado, lo que es una suerte. No es que a ellos les importe demasiado la luna, pero un poco de luz ayudará a que no nos extraviemos.

»¡Oh, sí! -dijo en respuesta a más preguntas del hobbit-. Perdiste la noción del tiempo en los túneles de los trasgos. Hoy es jueves, y fuimos capturados la noche del lunes o la mañana del martes. Hemos recorrido millas y millas, bajamos atravesando el corazón mismo de las

montañas, y ahora estamos al otro lado; todo un atajo. Mas no estamos en el punto al que nos hubiese llevado el desfilaro; estamos demasiado al norte, y tenemos por delante una región algo desagradable. Y nos encontramos aún a bastante altura. ¡De modo que en marcha!

-Estoy tan terriblemente hambriento -gimió Bilbo, quien de pronto advirtió que no había probado bocado desde la noche anterior a la última noche. ¡Quién lo hubiera pensado de un hobbit! Sentía el estómago flojo y vacío, y las piernas muy inseguras, ahora que la excitación había concluido.

-No puedo remediarlo -dijo Gandalf-, a menos que quieras volver y pedir amablemente a los trasgos que te devuelvan el poney y los bultos.

-¡No, gracias! -respondió Bilbo.

-Muy bien entonces, no nos queda más que apretarnos los cinturones y marchar sin descanso... o nos convertiremos en cena, y eso sería mucho peor que no tenerla nosotros.

Mientras marchaban, Bilbo buscaba por todos lados algo para comer; pero las moras estaban todavía en flor, y por supuesto no había nueces, ni tan siquiera bayas de espino. Mordisqueó un poco de acedera, bebió de un pequeño arroyo de la montaña que cruzaba el sendero, y comió tres fresas silvestres que encontró en la orilla, pero no le sirvió de mucho.

Caminaron y caminaron. El accidentado sendero desapareció. Los arbustos y las largas hierbas entre los cantos rodados, las briznas de hierba recortadas por los conejos, el tomillo, la salvia, el orégano y los heliantemos amarillos se desvanecieron por completo, y los viajeros se encontraron en la cima de una pendiente ancha y abrupta, de piedras desprendidas, restos de un deslizamiento de tierras. Empezaron a bajar, y cada vez que apoyaban un pie en el

suelo, escorias y pequeños guijarros rodaban cuesta abajo; pronto trozos más grandes de roca bajaron ruidosamente y provocaron que otras piedras de más abajo se deslizaran y rodaran también; luego se desprendieron unos peñascos que rebotaron, reventando con fragor en pedazos envueltos en polvo. Al rato, por encima y por debajo de ellos, la pendiente entera pareció ponerse en movimiento, y el grupo descendió en montón, en medio de una confusión pavorosa de bloques y piedras que se deslizaban golpeando y rompiéndose.

Fueron los árboles del fondo los que los salvaron. Se deslizaron hacia el bosque de pinos que trepaba desde el más oscuro e impenetrable de los bosques del valle hasta la falda misma de la montaña. Algunos se aferraron a los troncos y se balancearon en las ramas más bajas, otros (como el pequeño hobbit) se escondieron detrás de un árbol para evitar las embestidas furiosas de las rocas. Pronto, el peligro pasó; el deslizamiento se había detenido, y alcanzaron a oír los últimos estruendos mientras los peñascos más voluminosos rebotaban y daban vueltas entre los heléchos y las raíces de pino allá abajo.

-¡Bueno! Nos ha costado un poco -dijo Gandalf-, y aun a los trasgos que nos rastreen les costará bastante descender hasta aquí en silencio.

-Quizá -gruñó Bombur-, pero no les será difícil tirar-nos piedras a la cabeza. -Los enanos (y Bilbo) estaban lejos de sentirse contentos, y se restregaban las piernas y los pies lastimados y magullados.

-¡Tonterías! Aquí dejaremos el sendero de la pendiente. ¡De prisa, tenemos que apresurarnos! ¡Mirad la luz!

Hacía largo rato que el sol se había ocultado tras la montaña. Ya las sombras eran más negras alrededor, aunque allá lejos, entre los árboles y sobre las copas negras de

3 Véase nota 1 del capítulo 4.

3

los que crecían más abajo, podían ver todavía las luces de la tarde en las llanuras distantes. Bajaban cojeando ahora, tan rápido como podían, por la pendiente menos abrupta de un pinar, por un inclinado sendero que los conducía directamente hacia el sur. En ocasiones se abrían paso entre un mar de heléchos de altas frondas que se levantaban por encima de la cabeza del hobbit; otras veces marchaban con la quietud del silencio, sobre un suelo de agujas de pino; y durante todo ese tiempo la lobreguez se iba haciendo más pesada y la calma del bosque más profunda. No había viento aquel atardecer que moviera al menos con un susurro de mar las ramas de los árboles.

-¿Tenemos que seguir todavía más? -preguntó Bilbo cuando en la oscuridad del bosque apenas alcanzaba a distinguir la barba de Thorin que ondeaba junto a él y la respiración de los enanos sonaba en el silencio como un fuerte ruido-. Tengo los dedos de los pies torcidos y magullados, me duelen las piernas, y mi estómago se balancea como una bolsa vacía.

-Un poco más -dijo Gandalf.

Luego de lo que pareció siglos más, salieron de pronto a un espacio abierto sin árboles. La luna estaba alta y brillaba en el claro. De algún modo todos tuvieron la impresión de que no era precisamente un lugar agradable, aunque no se veía nada sospechoso.

De súbito oyeron un aullido, lejos, colina abajo, un aullido largo y estremecedor. Le contestó otro, lejos, a la derecha, y muchos más, más cerca de ellos; luego otro, no muy lejano, a la izquierda. ¡Eran lobos que aullaban a la luna, lobos que llamaban a la manada!

No había lobos que vivieran cerca del agujero del señor Bolsón, pero conocía el sonido. Se lo habían descrito a menudo en cuentos y relatos. Uno de sus primos mayores

(por la rama Tuk), que había sido un gran viajero, los imitaba a menudo para aterrorizarlo. Oírlos ahora en el bosque bajo la luna era demasiado para Bilbo. Ni siquiera los anillos mágicos son muy útiles contra los lobos, en especial contra las manadas diabólicas que vivían a la sombra de las montañas infestadas de trasgos, más allá de los límites de las tierras salvajes, en las fronteras de lo desconocido. ¡Los lobos de esta clase tienen un olfato más fino que los trasgos! ¡Y no necesitan verte para atraparte!

-¡Qué haremos, qué haremos! -gritó-. ¡Salir de trasgos para caer en lobos! -dijo, y esto llegó a ser un proverbio, aunque ahora decimos «de la sartén al fuego» en las situaciones incómodas de este tipo.

-¡A los árboles, rápido! -gritó Gandalf; y corrieron hacia los árboles del borde del claro, buscando aquellos de ramas bajas o bastante delgados para escapar trepando por los troncos. Los encontraron con una rapidez insólita, como podéis imaginar; y subieron muy alto confiando como nunca en la firmeza de las ramas. Habríais reído (desde una distancia segura) si hubieseis visto a los enanos sentados arriba, en los árboles, las barbas colgando, como viejos caballeros chiflados que jugaban a ser niños. Fili y Kili habían subido a la copa de un alerce alto que parecía un enorme árbol de Navidad. Dori, Nori, Ori, Oin y Gloin estaban más cómodos en un pino elevado con ramas regulares que crecían a intervalos, como los rayos de una rueda. Bifur, Bofur, Bombur y Thorin estaban en otro pino próximo. Dwalin y Balin habían trepado con rapidez a un abeto delgado, escaso de ramas, y estaban intentando encontrar un lugar para sentarse entre el follaje de la copa. Gandalf, que era bastante más alto que el resto, había encontrado un árbol inaccesible para los otros, un pino grande que se levantaba en el mismísimo borde del claro. Estaba bastante oculto entre las ra-

4 Tolkien rechazó siempre cualquier asociación entre la palabra *hobbit*, de su propia invención, y *rabbit* [conejo]. Pero las pruebas internas sugieren lo contrario. Uno de los trolls llama a Bilbo «pequeño conejo asqueroso» (p. 47). Aquí se lo compara con «un conejo que no encuentra su madriguera mientras un perro lo persigue». En el nido de las águilas temía «que lo abrirían en dos como a un conejo para la cena» (p. 126). Una de las águilas le dice: «No tienes por qué asustarte como un conejo, aunque te parezcas bastante a uno» (p. 128). Beorn lo reprende: «El conejito se está poniendo otra vez de lo más relleno y saludable» (p. 148), y Thorin en su furia sacude al «pobre Bilbo como si fuera un conejo» (p. 301).

5 Tolkien describe cómo utilizó la palabra *warg* [wargo] en una carta dirigida en 1966 a Gene Wolfe:

Es una antigua palabra que significa lobo y también forajido o criminal perseguido por la justicia. Este es el sentido que habitualmente tiene en los textos en que sobrevive. Adopté la palabra porque el sonido es adecuado como nombre de esta particular raza de lobos demoníacos.

Tolkien derivó la palabra del inglés antiguo *wearg-*, en antiguo alto alemán *warg-* y en escandinavo antiguo *varg-r* (también equivalente a «lobo», especialmente de la clase legendaria).

mas pero, cuando asomaba la luna, se le podía ver el brillo de los ojos.

¿Y Bilbo? No pudo subir a ningún árbol, y corría de un tronco a otro, como un conejo que no encuentra su madriguera mientras un perro lo persigue mordiéndole los ta-

4 Iones.

-¡Otra vez has dejado atrás al saqueador! -dijo Nori a Dori mirando abajo.

-No me puedo pasar la vida cargando saqueadores -dijo Dori-, ¡túneles abajo y árboles arriba! ¿Qué te crees que soy? ¿Un mozo de cuerda?

-Se lo comerán si no hacemos algo -dijo Thorin, pues ahora había aullidos todo alrededor, acercándose más y más-. ¡Dori! -llamó, pues Dori era el que estaba más abajo, en el árbol más fácil de escalar-. ¡Ve rápido, y dale una mano al señor Bolsón!

Dori era en realidad un buen muchacho a pesar de que protestara gruñendo. El pobre Bilbo no consiguió alcanzar la mano que le tendían aunque el enano descendió a la rama más baja y estiró el brazo todo lo que pudo. De modo que Dori bajó realmente del árbol y ayudó a que Bilbo se le trepase a la espalda.

En ese preciso momento los lobos irrumpieron aullando en el claro. De pronto hubo cientos de ojos observándolos desde las sombras. Pero Dori no soltó a Bilbo. Esperó a que trepara de los hombros a las ramas, y luego saltó. ¡Justo a tiempo! Un lobo le echó una dentellada a la capa cuando aún se columpiaba en la rama de abajo y casi lo alcanzó. Un minuto después una manada entera gruñía alrededor del árbol y saltaba hacia el tronco, los ojos encendidos y las lenguas fuera.

5 Pero ni siquiera los salvajes wargos (pues así se llamaban los lobos malvados de más allá del Yermo) pueden trepar a los árboles. Por el momento los expedicionarios esta-

ban a salvo. Afortunadamente hacía calor y no había viento. Los árboles no son muy cómodos para estar sentados en ellos un largo rato, cualquiera que sea la circunstancia, pero al frío y al viento, con lobos que te esperan abajo y alrededor, pueden ser sitios harto desagradables.

Este claro en el anillo de árboles era evidentemente un lugar de reunión de los lobos. Más y más continuaban llegando. Unos pocos se quedaron al pie del árbol en que estaban Dori y Bilbo, y los otros fueron venteando alrededor hasta descubrir todos los árboles en los que había alguien. Vigilaron éstos también, mientras el resto (parecían cientos y cientos) fue a sentarse en un gran círculo en el claro; y en el centro del círculo había un enorme lobo gris. Les habló en la espantosa lengua de los wargos. Gandalf la entendía. Bilbo no, pero el sonido era terrible, y parecía que sólo hablara de cosas malvadas y crueles, como así era. De vez en cuando todos los wargos del círculo respondían en coro al jefe gris, y el espantoso clamor sacudía al hobbit, que casi se caía del pino.

Os diré lo que Gandalf oyó, aunque Bilbo no lo comprendiese. Los wargos y los trasgos colaboraban a menudo en acciones perversas. Por lo común, los trasgos no se alejan de las montañas, a menos que se los persiga y estén buscando nuevos lugares, o marchen a la guerra (y me alegra decir que esto no ha sucedido desde hace largo tiempo). Pero en aquellos días, a veces hacían incursiones, en especial para conseguir comida o esclavos que trabajasen para ellos. En esos casos, conseguían a menudo que los wargos los ayudasen, y se repartían el botín. A veces cabalgaban en lobos, así como los hombres montan en caballos. Ahora parecía que una gran incursión de trasgos había sido planeada para aquella misma noche. Los wargos habían acudido para reunirse con los trasgos, y los trasgos llegaban tarde. La razón, sin duda, era la muerte del Gran

Trasgo y toda la agitación causada por los enanos, Bilbo y Gandalf, a quienes quizá todavía buscaban.

A pesar de los peligros de estas tierras lejanas, unos hombres audaces habían venido allí desde el Sur, derribando árboles, y levantando moradas entre los bosques más placenteros de los valles y a lo largo de las riberas de los ríos. Eran muchos, y bravos y bien armados, y ni siquiera los wargos se atrevían a atacarlos cuando los veían juntos, o a la luz del día. Pero ahora habían planeado caer de noche con la ayuda de los trasgos sobre algunas de las aldeas más próximas a las montañas. Si este plan se hubiese llevado a cabo, no habría quedado nadie allí al día siguiente; todos hubiesen sido asesinados, excepto los pocos que los trasgos preservasen de los lobos y llevasen de vuelta a las cavernas, como prisioneros.

Era espantoso escuchar esa conversación, no sólo por los bravos leñadores, las mujeres y los niños, sino también por el peligro que ahora amenazaba a Gandalf y a sus compañeros. Los wargos estaban furiosos y se preguntaban desconcertados qué hacía esa gente en el mismísimo lugar de reunión. Pensaban que eran amigos de los leñadores y habían venido a espiarlos, y advertirían a los valles, con lo cual trasgos y lobos tendrían que librar una terrible batalla en vez de capturar prisioneros y devorar gentes arrancadas bruscamente del sueño. De modo que los wargos no tenían intención de alejarse y permitir que la gente de los árboles escapase; de ninguna manera, no hasta la mañana. Y mucho antes, dijeron, los soldados trasgos vendrán, bajando de las montañas; y los trasgos pueden trepar a los árboles, o derribarlos.

Ahora podéis comprender por qué Gandalf, escuchando esos gruñidos y aullidos, empezó a tener un miedo espantoso, mago como era, y a sentir que estaban en un pésimo lugar y todavía no habían escapado del todo. Sin em-

bargo, no les dejaría el camino libre, aunque mucho no podía hacer aferrado a un gran árbol con lobos por doquier allá en el suelo. Arrancó unas pinas enormes de las ramas y en seguida prendió fuego a una de ellas con una brillante llama azul, y la arrojó zumbando hacia el círculo de lobos. Alcanzó a uno en el lomo, y la piel velluda empezó a arder, con lo cual la bestia saltó de un lado a otro aullando horriblemente. Luego cayó otra pina y otra, con llamas azules, rojas o verdes. Estallaban en el suelo, en medio del círculo, y se esparcían alrededor en chispas coloreadas y humo. Una especialmente grande golpeó el hocico del lobo jefe, que saltó diez pies en el aire, y se lanzó dando vueltas y vueltas alrededor del círculo, con tanta cólera y tanto miedo que mordía y lanzaba dentelladas aun a los otros lobos.

Los enanos y Bilbo gritaron y vitorearon. Era terrible ver la rabia de los lobos, y el tumulto que hacían llenaba toda la floresta. Los lobos tienen miedo del fuego en cualquier circunstancia, pero éste era un fuego muy extraño y horroroso. Si una chispa les tocaba la piel, se pegaba y les quemaba los pelos, y a menos que se revolcasen rápido, pronto estaban envueltos en llamas. Muy pronto los lobos estaban revolcándose por todo el claro una y otra vez para quitarse las chispas de los lomos, mientras aquellos que ya ardían, corrían aullando y pegando fuego a los demás, hasta que eran ahuyentados por sus propios compañeros, y huían pendiente abajo, chillando y gimoteando y buscando agua.

-¿Qué es todo ese tumulto en el bosque? -dijo el Señor de las Águilas. Estaba posado, negro a la luz de la luna, en la cima de una solitaria cumbre rocosa del borde oriental de las montañas-. ¡Oigo voces de lobos! ¿Andarán los trasgos de fechorías en los bosques?

6 Tolkien le dijo a su hijo Michael que «el episodio de los "wargos" ... deriva en parte de un pasaje en *The Black Douglas*, de S. R. Crockett, probablemente una de sus mejores novelas y de todos modos una de las que más me impresionaron durante mis días escolares, aunque nunca volví a echarle una mirada» (*Cartas*, n.º 306).

La escena es sin duda «La Batalla de los Licántropes» (capítulo 49), en la que tres hombres (James Douglas, Sholto MacKim y su padre, Malise), después de haber escapado de la casa de la bruja La Meffraye, son acosados por una manada de licántropes en el claro de un pinar:

El viento del oeste traía alaridos y aullidos de demonios triunfantes. Los sonidos iban aproximándose, y en seguida unas formas sombrías se deslizaron desde la negrura del bosque. Unos ojos centelleantes se clavaron en ellos mientras los lobos salían de entre los árboles e iban sentándose en un amplio círculo a su alrededor, esperando a que la manada fuera más numerosa antes de lanzarse sobre la presa ... Sholto notó en especial una loba gigantesca, que se mostraba en uno y otro punto del círculo y parecía animar a la manada al ataque.

Los fuegos fatuos llameaban tras las siluetas de los árboles, apretados, negros como el azabache, de modo que las copas se alzaban en el cielo pálido como si fueran de marfil. Luego cayó la noche, más negra que nunca. Cuando el rayo silencioso se estremeció en el cielo, iluminándolo todo, las sombras de los lobos aparecieron simultáneamente, avanzando y retrocediendo, mientras los aullidos sonaban como diabólicas y discordantes voces humanas.

-¡La Meffraye! ¡La Meffraye! ¡La Meffraye! ...

-Sería mejor encontrar un árbol al que pudiéramos trepar -dijo con un gruñido Malise, pero este práctico consejo llegó demasiado tarde. Pues no se atrevían a abandonar el espacio abierto, y el gran tronco del pino

dañado se alzaba detrás de ellos desprovisto de ramas casi hasta la copa.

Los licántropes finalmente los atacan y al cabo de una larga batalla, iluminados en la noche por el ocasional resplandor de los fuegos fatuos, los licántropes retroceden dejando una línea de cadáveres, y los tres hombres resultan victoriosos. El final de la escena (y del capítulo) se parece al final del capítulo «El sitio de Gondor» de *El Señor de los Anillos*, con la aparición de un símbolo de esperanza al romper el día, después de una noche larga y oscura:

Los aullidos cesaron y se hizo el silencio. Lord James iba a hablar:

-¡Calle! -dijo Malise, solemne.

Y a lo lejos, como el eco de otro mundo, llegó el canto de un gallo, de una dulce claridad penetrante, como de plata.

Las llamas azuladas de los fuegos fatuos se apagaron de pronto. El amanecer se mostraba rojo y amplio en el este. Las pilas negras de los animales muertos se alzaban sobre la superficie gris del claro, y en la rama más alta de un pino cantó un zorzal.

Se elevó en el aire, e inmediatamente dos de los guardianes del Señor lo siguieron saltando desde las rocas de los lados. Volaron en círculos arriba en el cielo, y observaron el anillo de los wargos, un minúsculo punto muy, muy abajo. Pero las águilas tienen ojos penetrantes y pueden ver cosas pequeñas desde una gran distancia. El Señor de las Águilas de las Montañas Nubladas tenía ojos capaces de mirar al sol sin un parpadeo y de ver un conejo que se movía allá abajo a una milla a la luz pálida de la luna. De modo que aunque no alcanzaba a ver a la gente en los árboles, podía distinguir los movimientos de los lobos y los minúsculos destellos de fuego, y oía los aullidos y gañidos que se elevaban tenues desde allá abajo. También pudo ver el destello de la luna en las lanzas y yelmos de los trasgos, cuando unas largas hileras de esta gente malvada se arrastraron con cautela, bajando las laderas de la colina desde la entrada a los túneles, y serpenteando en el bosque.

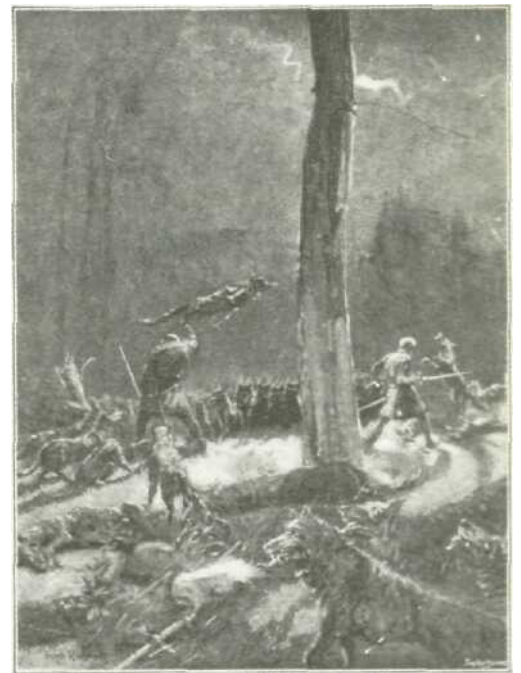
Las águilas no son aves bondadosas. Algunas son cobardes y crueles. Pero la raza ancestral de las montañas del norte era la más grande entre todas. Altivas y fuertes, y de noble corazón, no querían a los trasgos, ni los temían. Cuando les prestaban alguna atención (lo que era raro, pues no se alimentaban de tales criaturas), se precipitaban sobre ellos y los obligaban a retirarse chillando a las cuevas, y detenían cualquier maldad en que estuviesen empeñados. Los trasgos odiaban a las águilas y les tenían miedo, pero no podían alcanzar aquellos encumbrados sitios, ni sacarlas de las montañas.

Esa noche el Señor de las Águilas tenía mucha curiosidad por saber qué se estaba tramando; de modo que convocó a otras águilas, y juntas volaron desde las cimas, y trazando círculos lentamente, siempre girando y girando, bajaron y bajaron y bajaron hacia el anillo de los lobos y el sitio en que se reunían los trasgos.

¡Algo muy bueno, por cierto! Cosas espantosas habían estado sucediendo allí abajo. Los lobos alcanzados por las llamas habían huido al bosque, y habían prendido fuego en varios sitios. Era pleno verano, y en este lado oriental de las montañas había llovido poco en los últimos tiempos. Heléchos amarillentos, ramas caídas, espesas capas de agujas de pino, y aquí y allá árboles secos, pronto empezaron a arder. Todo alrededor del claro de los wargos el fuego se elevaba en llamaradas. Pero los lobos guardianes no abandonaban los árboles. Enloquecidos y coléricos saltaban y aullaban al pie de los troncos, y maldecían a los enanos en aquel horrible lenguaje, con las lenguas fuera y los ojos brillantes tan rojos y fieros como las llamas.

Entonces, de súbito, los trasgos llegaron corriendo y aullando. Pensaban que se estaba librando una batalla contra los hombres de los bosques, pero pronto advirtieron lo que ocurría. Unos pocos llegaron a sentarse y rieron. Otros blandieron las lanzas y golpearon los mangos contra los escudos. Los trasgos no temen al fuego, y pronto tuvieron un plan que les pareció de lo más divertido.

Algunos reunieron a todos los lobos en una manada. Otros apilaron heléchos y brezos alrededor de los troncos, y se precipitaron en torno, y pisotearon y golpearon, golpearon y pisotearon, hasta que apagaron casi todos los fuegos, pero no los más próximos a los árboles donde estaban los enanos. Estos fuegos los alimentaron con hojas, ramas secas y heléchos. Pronto un arillo de humo y llamas rodeó a los enanos, un anillo que no crecía hacia fuera, pero que se iba cerrando lentamente, hasta que el fuego lamizó la leña apilada bajo los árboles. El humo llegaba a los ojos de Bilbo, podía sentir el calor de las llamas; y a través de la humareda alcanzaba a ver a los trasgos que danzaban, girando y girando, en un círculo, como gente que cele-



«La Batalla de los Licántropes»,
de *The Black Douglas*,

7 Tolkien escribió a Allen & Unwin poco después de la publicación de *El hobbit* y les dijo que a Arthur Ransome, cuyos escritos agradaban sobremanera a los hijos de Tolkien, no parecía gustarle que Gandalf utilizara la palabra *boys* [chiquillos] como insulto dirigido a trasgos carentes de humanidad. Tolkien estaba de acuerdo con que el insulto era «más bien tonto y no del todo adecuado a las circunstancias» y se preguntaba si *oaves* [papanatas] no sería mejor. Pero después de las sucesivas revisiones del texto, *chiquillos* siguió siendo el insulto empleado.

braba alrededor de una hoguera la llegada del verano. Fuera del círculo de guerreros danzantes, armados con lanzas y hachas, los lobos se mantenían apartados, observando y aguardando.

Bilbo pudo oír a los trasgos que entonaban ahora una horrible canción:

*¡Quince pájaros en cinco abetos,
las plumas aventadas por una brisa ardiente!
Pero, qué extraños pájaros, ¡ninguno tiene alas!
¡Oh! ¿Qué haremos con estas raras gentes?
¿Asarlas vivas, o hervirlas en la olla;
o freirías, cocerlas y comerlas cAllentes:*

Luego se detuvieron y gritaron: -¡Volad, pajaritos! ¡Volad si podéis! ¡Bajad, pajaritos; os asaréis en vuestros nidos! ¡Cantad, cantad, pajaritos! ¿Por qué no cantáis?

-¡Alejaos, chiquillos! -gritó Gandalf por respuesta-

7 No es época de buscar nidos. Y los chiquillos traviesos que juegan con fuego reciben lo que se merecen. -Lo dijo para enfadarlos, y para mostrarles que no tenía miedo, aunque en verdad lo tenía, mago y todo como era. Pero los trasgos no le prestaron atención, y siguieron cantando.

*¡Que ardan, que ardan, árboles y heléchos!
¡Marchitos y abrasados! Que la antorcha siseante
ilumine la noche para nuestro contento.
¡Ea ya!*

*¡Que los cuezan, los frían y achicharren,
hasta que ardan las barbas, y los ojos se nublen;
y hiedan los cabellos y estallen los pellejos,
se disuelvan las grasas, y los huesos renegros
descansen en cenizas bajo el cielo!*



Sueco (1962)

*Así los enanos morirán,
la noche iluminando para nuestro contento.
¡Ea ya!
¡Ea pronto ya!
¡Ea que va!*

Y con ese *¡ea que va!* las llamas llegaron bajo el árbol de Gandalf. En un momento se extendieron a los otros. La corteza ardió, las ramas más bajas crujieron.

Entonces Gandalf trepó a la copa del árbol. El súbito resplandor estalló en su vara como un relámpago cuando se aprestaba a saltar y a caer, justo entre las lanzas enemigas. Aquello hubiese sido el fin de Gandalf, aunque probablemente hubiese matado a muchos, al precipitarse entre ellos como un rayo. Pero no llegó a saltar.

En aquel preciso momento el Señor de las Águilas se abalanzó desde lo alto, abrió las garras, se apoderó de Gandalf, y desapareció.

Hubo un clamor de cólera y sorpresa entre los trasgos. Fuerte chilló el Señor de las Águilas, a quien Gandalf había ahora hablado. De vuelta se abalanzaron las grandes aves que estaban con él, y descendieron como enormes sombras negras. Los lobos gimotearon rechinando los dientes; los trasgos aullaron y patearon el suelo con rabia, y arrojaron sus pesadas lanzas al aire. Sobre ellos se lanzaron las águilas; la acometida oscura de las alas que batían los golpeó contra el suelo o los arrojó lejos; las garras les laceraron las caras. Otras veces volaron a las copas de los árboles y se llevaron a los enanos, que ahora trepaban a unas alturas a las que nunca se habían atrevido a llegar.

¡El pobre pequeño Bilbo estuvo muy cerca de que lo dejaran de nuevo atrás! Alcanzó justo a aferrarse de las piernas de Dori cuando ya se lo llevaban, el último de to-

dos; y arriba fueron juntos, sobre el tumulto y el incendio, Bilbo columpiándose en el aire, sintiendo que se le romperían los brazos en cualquier momento.

Mientras, allá abajo, los trasgos y los lobos se habían dispersado en los bosques. Unas cuantas águilas estaban todavía trazando círculos y cerniéndose sobre el campo de batalla. De pronto las llamas de los árboles se alzaron por encima de las ramas más altas. Subieron con un fuego crepitante, y hubo un estallido de chispas y humo. ¡Bilbo había escapado justo a tiempo!

Pronto las luces del incendio fueron tenues allá abajo; un parpadeo rojo en el suelo negro; y las águilas volaban muy alto, elevándose todo el tiempo en círculos amplios y majestuosos. Bilbo nunca olvidó aquel vuelo, abrazado a los tobillos de Dori.

-¡Mis brazos, mis brazos! -gemía Bilbo, y mientras tanto Dori plañía:

-¡Mis pobres piernas, mis pobres piernas!

En el mejor de los casos las alturas le daban vértigo a Bilbo. Bastaba que mirase desde el borde de un risco pequeño para que se sintiera mareado. Nunca le habían gustado las escaleras, y mucho menos los árboles (antes nunca había tenido que escapar de los lobos). De manera que podéis imaginar cómo le daba vueltas ahora la cabeza, cuando miraba hacia abajo entre los colgantes dedos de los pies y veía las tierras oscuras que se ensanchaban debajo, tocadas aquí y allá por la luz de la luna en la roca de una ladera o en un arroyo de los llanos.

Los picos de las montañas se estaban acercando; puntas rocosas iluminadas por la luna asomaban entre las sombras negras. Verano o no, el aire parecía muy frío. Cerró los ojos y se preguntó si sería capaz de seguir sosteniéndose así mucho más. Luego imaginó qué sucedería si no aguantaba. Se sintió enfermo.



Inglés (edición de la Folio Society, 1979)

El vuelo terminó justo a tiempo para Bilbo, justo antes de que aflojara las manos. Se soltó de los tobillos de Dori con un grito sofocado y cayó sobre la tosca plataforma de un aguilero. Allí quedó un rato tendido sin decir una palabra, con pensamientos que eran una mezcla de sorpresa por haberse salvado del fuego y de miedo a caer de aquel sitio estrecho a las espesas sombras de ambos lados. Sentía la cabeza verdaderamente muy rara en aquel momento, después de las espantosas aventuras de los tres últimos días, casi sin nada para comer, y de pronto se encontró diciendo en voz alta: -¡Ahora sé cómo se siente un trozo de panceta cuando la sacan de pronto de la sartén con un tenedor y la ponen de vuelta en la alacena!

-¡No, no lo sabes! -oyó que Dori respondía-, pues la panceta sabe que volverá, tarde o temprano, a la sartén; y es de esperar que nosotros no. ¡Además las águilas no son tenedores!

-¡Oh, no! No se parecen nada a pájaros ponedores, tenedores, quiero decir -contestó Bilbo incorporándose y observando con ansiedad al águila que estaba posada cerca. Se preguntó qué otras tonterías habría estado diciendo, y si el águila lo consideraría ofensivo. ¡Uno no ha de ser grosero con un águila si sólo tiene el tamaño de un hobbit y está de noche en el aguilero!

El águila se afiló el pico en una roca y se alisó las plumas, sin prestar atención.

Pronto llegó volando otra águila. -El Señor de las Águilas te ordena traer a tus prisioneros a la Gran Repisa -chilló y se fue. La otra tomó a Dori en sus garras y partió volando con él hacia la noche, dejando a Bilbo completamente solo. Las pocas fuerzas que le quedaban le alcanzaban apenas para preguntarse qué habría querido decir el águila con «prisioneros», y ya empezaba a pensar

que lo abrirían en dos como un conejo para la cena, cuando le llegó el turno.

El águila regresó, lo agarró por el dorso de la chaqueta, y se lanzó fuera. Esta vez el vuelo fue corto. Muy pronto Bilbo estuvo tumbado, temblando de miedo, en una amplia repisa en la ladera de la montaña. No había manera de descender hasta allí, sino volando; y no había sendero para bajar excepto saltando a un precipicio. Allí encontró a todos los otros, sentados de espaldas a la pared montañosa. El Señor de las Águilas estaba también allí y hablaba con Gandalf.

Quizá a Bilbo no se lo iban a comer, después de todo. El mago y el águila parecían conocerse de alguna manera, y aun estar en buenas relaciones. En realidad Gandalf, que había visitado a menudo las montañas, había ayudado una vez a las águilas y había curado al Señor de una herida de flecha. Así que como veis, «prisioneros» quería decir «prisioneros rescatados de los trasgos» solamente, y no cautivos de las águilas. Cuando Bilbo escuchó la conversación de Gandalf comprendió que por fin iban a escapar real y verdaderamente de aquellas cimas espantosas. Estaba discutiendo planes con el Gran Águila para transportar lejos a los enanos, a él y a Bilbo, y dejarlos justo en el camino que cruzaba los llanos de abajo.

El Señor de las Águilas no los llevaría a ningún lugar próximo a las moradas de los hombres. -Nos dispararían con esos grandes arcos de tejo -dijo-, pensando que vamos a robarles las ovejas. Y en otras ocasiones estarían en lo cierto. ¡No! Nos satisface burlar a los trasgos, y pagarte así nuestra deuda de gratitud, pero no nos arriesgaremos por los enanos en los llanos de! sur.

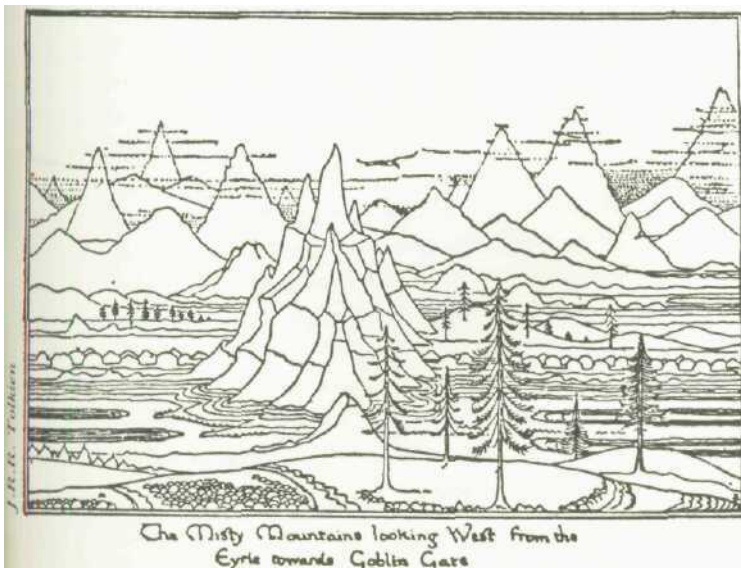
-Muy bien -dijo Gandalf-. ¡Llevadnos a cualquier sitio y tan lejos como queráis! Ya habéis hecho mucho por nosotros. Pero mientras tanto, estamos famélicos.

-Yo casi estoy muerto de hambre -dijo Bilbo con una débil vocecita que nadie oyó.

-Eso tal vez pueda tener remedio -dijo el Señor de las Águilas.

Más tarde podríais haber visto un brillante fuego en la repisa de piedra, y las figuras de los enanos alrededor, cocinando y envueltos en un exquisito olor a asado. Las águilas habían traído unos arbustos secos para el fuego, y conejos, liebres y una pequeña oveja. Los enanos se encargaron de todos los preparativos. Bilbo se sentía demasiado débil para ayudar, y de cualquier modo no era muy bueno desollando conejos o picando carne, pues estaba acostumbrado a que el carnicero se la entregase lista ya para cocinar. Gandalf estaba echado también, luego de haberse ocupado de encender el fuego, ya que Oin y Gloin habían perdido sus yescas, (Los enanos nunca fueron aficionados a las cerillas, ni siquiera entonces.)

Así concluyeron las aventuras de las Montañas Nubladas. Pronto el estómago de Bilbo estuvo lleno y confortado de nuevo, y sintió que podía dormir sin preocupaciones, aunque en realidad le habría gustado más una hogaza con mantequilla que aquellos trozos de carne tostada en varas. Durmió hecho un ovillo en la piedra dura, más profundamente de lo que había dormido nunca en el lecho de plumas de su propio pequeño agujero. Pero soñó toda la noche con su casa, y recorrió en sueños todas las habitaciones buscando algo que no podía encontrar, y que no sabía qué era.



Capítulo VII

EXTRAÑOS APOSENTOS

A la mañana siguiente Bilbo despertó con el sol temprano en los ojos. Se levantó de un salto para mirar la hora y poner la marmita al fuego... y descubrió que no estaba en casa, de ningún modo. Así que se sentó, deseando en vano un baño y un cepillo. No los consiguió, ni té, ni tostadas, ni panceta para el desayuno, sólo cordero frío y conejo. Y en seguida tuvo que prepararse para la inminente partida.

Esta vez se le permitió montar en el lomo de un águila y sostenerse entre las alas. El aire golpeaba y Bilbo cerraba los ojos. Los enanos gritaban despidiéndose y prometiéndolo [1] devolver el favor al Señor de las Águilas si alguna vez era posible, mientras quince grandes aves partían de la ladera de la montaña. El sol estaba todavía cerca de los lindes orientales. La mañana era fría, y había nieblas en los valles y hondonadas, y sobre los picos y crestas de las colinas. Bilbo abrió un ojo y vio que las aves estaban ya muy arriba y el mundo muy lejos, y que las montañas se empequeñecían atrás. Cerró otra vez los ojos y se aferró con más fuerza.

-¡No pellizques! -le dijo el águila-. No tienes por qué asustarte como un conejo, aunque te parezcas bastante a uno. Hace una bonita mañana y el viento sopla apenas. ¿Hay acaso algo más agradable que volar?

A Bilbo le hubiese gustado decir: «Un baño cAllente y después, más tarde, un desayuno sobre la hierba»; pero le pareció mejor no decir nada y aflojó un poquito las manos.



La ilustración de Tolkien (*arriba*) del águila en «Bilbo despertó con el sol temprano en los ojos» tuvo como modelo la pintura (*derecha*) de un águila dorada (joven) por Archibald Thorburn, publicada en *Birds of the British Isles and Their Eggs*, de T. A. Coward (1919).



Al cabo de un buen rato, las águilas divisaron sin duda el punto al que se dirigían, aun desde aquellas alturas, pues empezaron a volar en círculos, descendiendo en amplias espirales. Bajaron así un tiempo, y al final el hobbit abrió de nuevo los ojos. La tierra estaba mucho más cercana, y debajo había árboles que parecían olmos y robles, y amplias praderas, y un río que lo atravesaba todo. Pero sobresaliente del terreno, justo en el curso del río que allí serpenteaba, había una gran roca, casi una colina de piedra, como una última avanzada de las montañas distantes, o un enorme peñasco arrojado millas adentro en la llanura por algún gigante entre gigantes.

Las águilas descendían ahora con rapidez una a una sobre la cima de la roca, y dejaban allí a los pasajeros,

-¡Buen viaje! -gritaron-. ¡Dondequiera que vayáis, hasta que los nidos os reciban al final de la jornada! -una fórmula de cortesía común entre estas aves.

-Que el viento bajo las alas os sostenga allá donde el sol navega y la luna camina -respondió Gandalf, que conocía la respuesta correcta.

Y de este modo partieron. Y aunque el Señor de las Águilas llegó a ser Rey de Todos los Pájaros, y tuvo una corona de oro, y los quince lugartenientes llevaron collares de oro (fabricados con el oro de los enanos), Bilbo nunca volvió a verlos, excepto en la batalla de los Cinco Ejércitos, lejos y arriba. Pero como esto ocurre al final de la historia, por ahora no diremos más. [2]

Había un espacio liso en la cima de la colina de piedra y un sendero de gastados escalones que descendían hasta el río; y un vado de piedras grandes y chatas llevaba a la pradera del otro lado. Allí había una cueva pequeña (acogedora y con suelo de guijarros), al pie de los escalones, casi al final del vado pedregoso. El grupo se reunió en la cueva y discutió lo que se iba a hacer.

1 Muchos comentaristas de Tolkien han tenido la tentación de comparar el Señor de las Águilas en *El hobbit* al Señor de los Vientos, el águila que rescata a Gandalf en *El Señor de los Anillos*. Es lícito pensar que si las dos hubieran sido una misma águila para Tolkien, él mismo lo habría señalado en algún sitio.

-Siempre quise veros a todos a salvo (si era posible) del otro lado de las montañas -dijo el mago-, y ahora, gracias al buen gobierno y a la buena suerte, lo he conseguido. En realidad hemos avanzado hacia el este más de lo que yo deseaba, pues al fin y al cabo ésta no es mi aventura. Puedo venir a veros antes que todo concluya, pero mientras tanto he de atender otro asunto urgente.

Los enanos gemían y parecían desolados, y Bilbo lloraba. Habían empezado a creer que Gandalf los acompañaría durante todo el trayecto y estaría siempre allí para sacarlos de cualquier dificultad.

-No desapareceré en este mismo instante -dijo el mago-. Puedo daros un día o dos más. Quizá llegue a echaros una mano en este apuro, y yo también necesito una pequeña ayuda. No tenemos comida, ni equipaje, ni poneys que montar; y no sabéis dónde estáis ahora. Yo puedo decíroslo. Estáis todavía algunas millas al norte del sendero que tendríamos que haber tomado, si no hubiésemos cruzado la montaña con tanta prisa. Muy poca gente vive en estos parajes, a menos que hayan venido desde la última vez que estuve aquí abajo, hace ya varios años. Pero conozco a *alguien* que vive no muy lejos. Ese Alguien talló los escalones en la gran roca, la Carroca creo que la llama. No viene a menudo por aquí, desde luego no durante el día, y no vale la pena esperarlo. A decir verdad, sería muy peligroso hacerlo. Ahora tenemos que salir y encontrarlo; y si todo va bien en dicho encuentro, creo que partiré y os desearé como las águilas «buen viaje adondequiera que vayáis».

Le pidieron que no los dejase. Le ofrecieron oro del dragón y plata y joyas, pero el mago no se inmutó.

-¡Nos veremos, nos veremos! -dijo-, y creo que ya me he ganado algo de ese oro del dragón, cuando le echéis mano.

Los enanos dejaron entonces de suplicar. Se sacaron la ropa y se bañaron en el río, que en el vado era poco profundo, claro y pedregoso. Luego de secarse al sol, que ahora caía con fuerza, se sintieron refrescados, aunque todavía doloridos y un poco hambrientos. Pronto cruzaron el vado (cargando con el hobbit), y luego marcharon entre la abundante hierba verde y bajo la hilera de robles anchos de brazos y los olmos altos.

-¿Y por qué se le llama la Carroca? -preguntó Bilbo cuando caminaba junto al mago.

-La llamó la Carroca, porque Carroca es la palabra para ella. Llama carrocas a cosas así, y ésta es *la* Carroca, pues es ¡a única cerca de su casa y la conoce bien.

-¿Quién la llama? ¿Quién la conoce?

-Ese Alguien de quien hablé..., una gran persona. Tenéis que ser todos muy corteses cuando os presente. Os presentaré muy poco a poco, de dos en dos, creo; y cuidaréis de no molestarlo, o sólo los cielos saben lo que ocurriría. Cuando se enfada puede resultar desagradable, aunque es muy amable si está de buen humor. Sin embargo, os advierto que se enfada con bastante facilidad.

Todos los enanos se juntaron alrededor cuando oyeron que el mago hablaba así con Bilbo. -¿Es a él a quien nos llevas ahora? -inquirieron-. ¿No podrías encontrar a alguien de mejor carácter? ¿No sería mejor que lo explicases un poco más? -y así una pregunta tras otra.

-¡Sí, sí, por supuesto! ¡No, no podría! Y lo he explicado muy bien -respondió el mago, enojado-. Si necesitáis saber algo más, se llama Beorn. Es muy fuerte, y un cambia 3 pieles además.

-¡Qué! ¿Un peletero? ¿Un hombre que llama a los conejos roedores, cuando no puede hacer pasar las pieles de conejo por pieles de ardilla? -preguntó Bilbo.

-¡Cielos, no, no, no, no! -dijo Gandalf-. No seas estú-

2 Tolkien describe la Carroca [*Carrock*] como «una roca grande, casi una colina de piedra». La palabra *carrock* parece tener elementos del inglés antiguo, *carr*, «piedra, roca», y *roce*, que también significa roca. No está claro lo que pretendía Tolkien con esta combinación.

T. A. Shippey ha observado también que *carrecc* es una antigua palabra galesa que significa roca.

3 El nombre Beorn es en realidad una vieja palabra inglesa que significa «hombre, guerrero», pero que originalmente significaba «bear» [oso]. Beorn está también relacionado con una antigua palabra nórdica *björn* [oso].

- 4 T. A. Shippey ha observado que Beorn tiene «ciertas similitudes con Bothvarr Bjarki ("pequeño oso"), un héroe de la saga nórdica de *Hrólfr Kraki*, y con Beowulf mismo, cuyo nombre es comúnmente explicado como *bees' wolf* ["que come miel, oso"], y que quiebra espadas, arranca brazos y rompe costillas con la fuerza y la torpeza de un oso» [*El camino a la Tierra Media*].

pidido, señor Bolsón, si puedes evitarlo, y en nombre de toda maravilla haz el favor de no mencionar la palabra peletero mientras te encuentras en un área de cien millas a la redonda de su casa, ¡ni alfombra, ni capa, ni estola, ni manguito, ni cualquier otra palabra tan funesta! El es un cambia pieles, cambia de piel: unas veces es un enorme oso negro, otras un hombre vigoroso y corpulento de pelo oscuro, con grandes brazos y lengua barba. No puedo decirlos mucho más, aunque eso tendría que bastaros. Algunos dicen que es un oso descendiente de los grandes y antiguos osos de las montañas, que vivían allí antes que llegasen los gigantes. Otros dicen que desciende de los primeros hombres que vivieron antes que Smaug o los otros dragones dominasen esta parte del mundo, y antes que los trasgos del Norte viniesen a las colinas. No puedo asegurarlo, pero creo que la última versión es la verdadera. A él no le gustan los interrogatorios.

»De todos modos no está bajo ningún encantamiento que no sea el propio. Vive en un robleal y tiene una gran casa de madera, y como hombre cría ganado y caballos casi tan maravillosos como él mismo. Trabajan para él y le hablan. No se los come; no caza ni come animales salvajes. Cría también colmenas, colmenas de abejas enormes y fieras, y se alimenta principalmente de crema y miel. Como

4 oso viaja a todo lo largo y ancho. Una vez, de noche, lo vi sentado solo sobre la Carroca mirando cómo la luna se hundía detrás de las Montañas Nubladas, y lo oí gruñir en la lengua de los osos: " ¡Llegará el día en que perecerán, y entonces volveré!". Por eso se me ocurre que vino de las montañas.

Bilbo y los enanos tenían ahora bastante en qué pensar y no hicieron más preguntas. Todavía les quedaba mucho camino por delante. Ladera arriba, valle abajo, avanzaban

afanosamente. Hacía cada vez más calor. Algunas veces descansaban bajo los árboles, y entonces Bilbo se sentía tan hambriento que no habría desdeñado las bellotas si estuviesen bastante maduras como para haber caído al suelo.

Ya mediaba la tarde cuando entraron en unas extensas zonas de flores, todas de la misma especie, y que crecían juntas, como plantadas. Sobre todo abundaba el trébol, unas ondulantes parcelas de tréboles rosados y purpúreos, y amplias extensiones de trébol dulce, blanco y pequeño, con olor a miel. Había un zumbido, y un murmullo y un runrún en el aire. Las abejas andaban atareadas de un lado para otro. ¡Y vaya abejas! Bilbo nunca había visto nada parecido.

«Si una llegase a picarme -se dijo- me hincharía hasta el doble de mi tamaño.»

Eran más corpulentas que avispones. Los zánganos, bastante más grandes que vuestros pulgares, llevaban bandas amarillas que brillaban como oro ardiente en el negro intenso de los cuerpos.

-Nos acercamos -dijo Gandalf-. Estamos en los lindes de los campos de abejas.

Al cabo de un rato llegaron a un terreno poblado de robles, altos y muy viejos, y luego a un crecido seto de espinos, que no dejaba ver nada, ni era posible atravesar.

-Es mejor que esperéis aquí -dijo el mago a los enanos-, y cuando grite o silbe, seguidme, pues ya veréis el camino que tomo, pero venid sólo en parejas, tenedlo en cuenta, unos cinco minutos entre cada pareja. Bombur es más grueso y valdrá por dos, mejor que venga solo y último. ¡Vamos, señor Bolsón! Hay una cancela por aquí cerca en alguna parte. -Y con eso se fue caminando a lo largo del seto, llevando consigo al hobbit aterrorizado.

Pronto llegaron a una cancela de madera, alta y ancha, y desde allí, a lo lejos, podían ver jardines y un grupo de edificios de madera, algunos con techo de paja y paredes de leños informes: graneros, establos y una casa grande y de techo bajo, todo de madera. Dentro, al fondo del gran seto, había hileras e hileras de colmenas con cubiertas acampanadas de paja. El ruido de las abejas gigantes que volaban de un lado a otro y pululaban dentro y fuera, colmaba el aire.

El mago y el hobbit empujaron la cancela pesada y crujiente, y descendieron por un sendero ancho hacia la casa. Algunos caballos muy lustrosos y bien almohazados trotaban pradera arriba y los observaban con expresión inteligente; después fueron al galope hacia los edificios.

-Han ido a comunicarle la llegada de forasteros -dijo Gandalf.

Pronto entraron en un patio, tres de cuyas paredes estaban formadas por la casa de madera y las dos largas alas. En medio había un grueso tronco de roble, con muchas ramas desmochadas al lado. Cerca, de pie, los esperaba un hombre enorme de barba espesa y pelinegro, con brazos y piernas desnudos, de músculos abultados. Vestía una túnica de lana que le caía hasta las rodillas, y se apoyaba en una gran hacha. Los caballos pegaban los morros al hombro del gigante.

-¡Uf! ¡Aquí están! -dijo a los caballos-. No parecen peligrosos. ¡Podéis iros! -Rió con una risa atronadora, bajó el hacha, y se adelantó.- ¿Quiénes sois y qué queréis? -preguntó malhumorado, de pie delante de ellos y encumbrándose por encima de Gandalf. En cuanto a Bilbo, bien podía haber trotado por entre las piernas del hombre sin necesitar agachar la cabeza para no rozar el borde de la túnica marrón.

-Soy Gandalf -dijo el mago.

-Nunca he oído hablar de él -gruñó el hombre-. Y ¿qué es este pequeñajo? -dijo, y se inclinó y miró al hobbit frunciendo las cejas negras y espesas.

-Éste es el señor Bolsón, un hobbit de buena familia y reputación impecable -dijo Gandalf. Bilbo hizo una reverencia. No tenía sombrero que quitarse y se sentía molesto pensando que le faltaban algunos botones-. Yo soy un mago -continuó Gandalf-. He oído hablar de ti, aunque tú no de mí; pero quizá algo sepas de mi buen primo Radagast, que vive cerca de la frontera meridional del Bosque Negro.

-Sí; no es un mal hombre, tal como andan hoy los magos, creo. Solía verlo con bastante frecuencia -dijo Beorn-. Bien, ahora sé quién eres, o quién dices que eres. ¿Qué deseas?

-Para serte sincero, hemos perdido el equipaje y casi el camino, y necesitamos ayuda, o al menos consejo. Diría que hemos pasado un rato bastante malo con los trasgos, allá en las montañas.

-¿Trasgos? -dijo el hombrón menos malhumorado-. Aja, ¿así que habéis tenido problemas con ellos? ¿Para qué os acercasteis a esos trasgos?

-No pretendíamos hacerlo. Nos sorprendieron de noche en un paso por el que teníamos que cruzar. Estábamos saliendo de los territorios del Oeste, y llegando aquí... Es una larga historia.

-Entonces será mejor que entréis y me contéis algo de eso, si no os lleva todo el día -dijo el hombre, volviéndose hacia una puerta oscura que daba al patio y al interior de la casa.

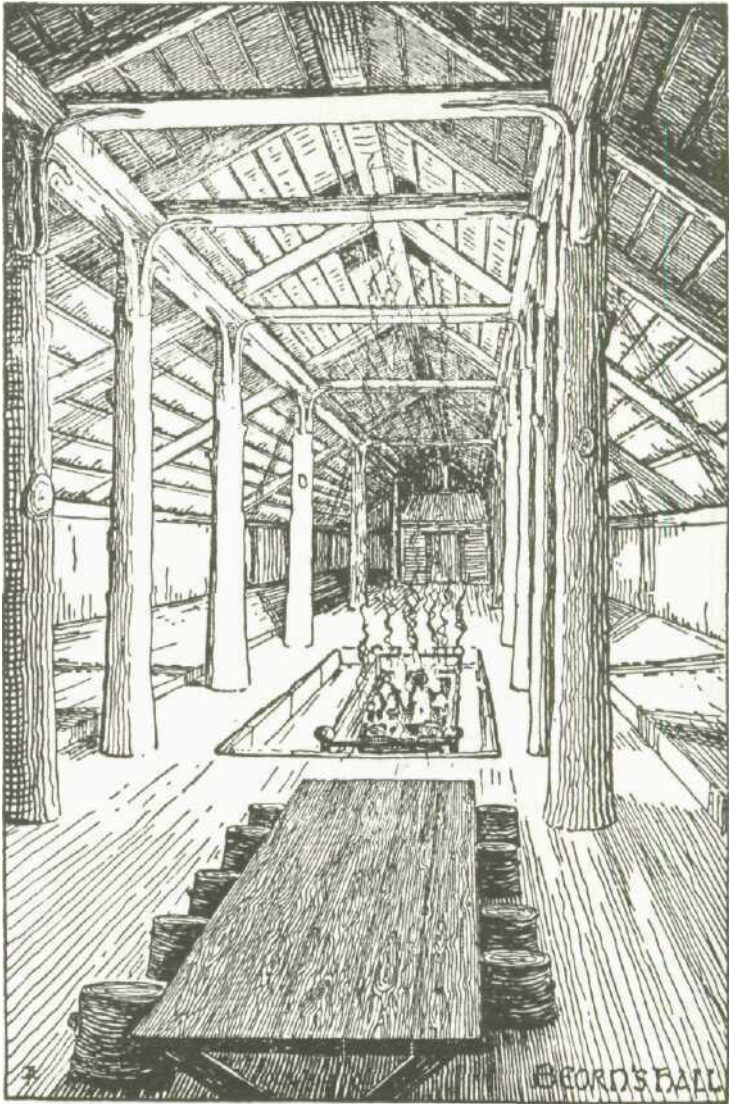
Siguiéndolo, se encontraron en una sala espaciosa con una chimenea en el medio. Aunque era verano había troncos quemándose, y el humo se elevaba hasta las vigas ennegrecidas y salía a través de una abertura en el techo. Cruza-

5 La sala de Beorn es un ejemplo típico de una sala anglosajona.



Estoniano (1977)

«La Sala de Beorn», por J. R. R. Tolkien.



ron esta sala mortecina, sólo iluminada por el fuego y el orificio de arriba, y entraron por otra puerta más pequeña en una especie de veranda sostenida por unos postes de madera que eran simples troncos de árbol. Estaba orientada al sur, y todavía se sentía el calor y la luz del sol poniente que se deslizaba dentro y caía en destellos dorados sobre el jardín florecido, que llegaba al pie de los escalones.

Allí se sentaron en bancos de madera mientras Gandalf comenzaba la historia. Bilbo balanceaba las piernas colgantes y contemplaba las flores del jardín, preguntándose qué nombres tendrían; nunca había visto antes ni la mitad de ellas,

-Venía yo por las montañas con un amigo o dos... -dijo el mago.

-¿O dos? Sólo puedo ver uno, y en verdad bastante pequeño -dijo Beorn.

-Bien, para ser sincero, no quería molestarte con todos nosotros hasta averiguar si estabas ocupado. Haré una llamada, si me permites.

-¡Vamos, llama!

De modo que Gandalf dio un largo y penetrante silbido, y al momento aparecieron Thorin y Dori rodeando la casa por el sendero del jardín. Al llegar saludaron con una reverencia.

-¡Uno o tres querías decir, ya veo! -dijo Beorn-, pero éstos no son hobbits, ¡son enanos!

-¡Thorin Escudo de Roble, a vuestro servicio! ¡Dori, a vuestro servicio! -dijeron los dos enanos volviendo a hacer grandes reverencias.

-No necesito vuestro servicio, gracias -dijo Beorn-, pero espero que vosotros necesitéis el mío. No soy muy aficionado a los enanos; pero si es verdad que eres Thorin (hijo de Thrain, hijo de Thrór, creo), y que tu compañero

es respetable, y que sois enemigos de los tragos y que no habéis venido a mis tierras con fines malvados..., por cierto, ¿a qué habéis venido?

-Están en camino para visitar la tierra de sus padres, allá al Este, cruzando el Bosque Negro -explicó Gandalf-, y sólo por mero accidente nos encontramos aquí, en tus tierras. Atravesábamos el Desfiladero Alto que podría haber-nos llevado al camino del sur, cuando fuimos atacados por unos tragos malvados... como estaba a punto de decirte.

-¡Sigue contando, entonces! -dijo Beorn, que nunca era muy cortés.

-Hubo una terrible tormenta; los gigantes de piedra estaban fuera lanzando rocas, y al final del desfiladero nos refugiamos en una cueva, el hobbit, yo y varios de nuestros compañeros...

-¿Llamas varios a dos?

-Bien, no. En realidad había más de dos.

-¿Dónde están? ¿Muertos, devorados, de vuelta en casa?

-Bien, no. Parece que no vinieron todos cuando silbé. Tímidos, supongo. ¿Ves?, me temo que seamos demasiados para hacerte perder el tiempo.

-Vamos, ¡silba otra vez! Parece que reuniré aquí todo un grupo, y uno o dos no hacen mucha diferencia -refun-fuñó Beorn.

Gandalf silbó de nuevo; pero Nori y Ori estaban allí antes de que hubiese dejado de llamar, porque, si lo recordáis, Gandalf les había dicho que viniesen por parejas de cinco en cinco minutos.

-Hola -dijo Beorn-. Habéis venido muy rápido. ¿Dónde estabais escondidos? Acercaos, muñecos de resorte.

-Nori, a vuestro servicio. Ori, a... -empezaron a decir los enanos, pero Beorn los interrumpió.

-¡Gracias! Cuando necesite vuestra ayuda, os la pediré. Sentaos, y sigamos con la historia o será hora de cenar antes que acabe.

-Tan pronto como estuvimos dormidos -continuó Gandalf-, una grieta se abrió en el fondo de la caverna; unos trasgos saltaron y capturaron al hobbit, a los enanos y nuestra recua de poneys...

-¿Recua de poneys? ¿Qué erais..., un circo ambulante? ¿O transportabais montones de mercancías? ¿O siempre llamáis recua a seis?

-¡Oh, no! En realidad había más de seis poneys, pues éramos más de seis... y bien ¡aquí hay dos más! -Justo en este momento aparecieron Balin, y Dwalin, y se inclinaron tanto que barrieron con las barbas el piso de piedra. El hombrón frunció el entrecejo al principio, pero los enanos se esforzaron en parecer terriblemente corteses, y siguieron moviendo la cabeza, inclinándose, haciendo reverencias y agitando los capuchones delante de las rodillas (al auténtico estilo enano) hasta que Beorn no pudo más y estalló en una risa sofocada: ¡parecían tan cómicos!

-Recua, era lo correcto -dijo-. Una fabulosa recua de cómicos. Entrad, mis alegres hombrecitos, ¿y cuáles son *vuestros* nombres? No necesito que me sirváis ahora mismo, sólo vuestros nombres. ¡Sentaos de una vez y dejad de menearos!

-Balin y Dwalin -dijeron, no atreviéndose a mostrarse ofendidos, y se sentaron dejándose caer pesadamente al suelo, un tanto estupefactos.

-¡Ahora continuemos! -dijo Beorn a Gandalf.

-¿Dónde estaba? Ah sí... A mí *no* me atraparon. Maté un trasgo o dos con un relámpago...

-¡Bien! -gruñó Beorn-. De algo vale ser mago entonces.

-... y me deslicé por la grieta antes que se cerrase. Seguí

bajando hasta la sala principal, que estaba atestada de trasgos. El Gran Trasgo se encontraba allí con treinta o cuarenta guardias. Pensé para mí que aunque no estuviesen encadenados todos juntos, ¿qué podía hacer una docena contra toda una multitud?

-¡Una docena! Nunca había oído que ocho es una docena. ¿O es que todavía tienes más muñecos de resorte que no han salido de sus cajas?

-Bien, sí, me parece que hay una pareja más por aquí cerca... Fili y Kili, creo -dijo Gandalf cuando éstos aparecieron sonriendo y haciendo reverencias.

-¡Es suficiente! -dijo Beorn-. ¡Sentaos y estaos quietos! ¡Prosigue, Gandalf!

Gandalf siguió con su historia, hasta que llegó a la pelea en la oscuridad, el descubrimiento de la puerta más baja y el pánico que sintieron todos al advertir que el señor Bilbo Bolsón no estaba con ellos. -Nos contamos y vimos que no había allí ningún hobbit. ¡Sólo quedábamos catorce!

-¡Catorce! Ésta es la primera vez que si a diez le quitas uno quedan catorce. Quieres decir nueve, o aún no me has dicho todos los nombres de tu grupo.

-Bien, desde luego todavía no has visto a Oin y a Gloin. ¡Y mira! Aquí están. Espero que los perdonarás por molestarte.

-¡Oh, deja que vengan todos! ¡Daos prisa! Acercaos vosotros dos y sentaos. Pero mira, Gandalf, aun ahora estáis sólo tú y los enanos y el hobbit que se había perdido. Eso suma sólo once (más uno perdido), no catorce, a menos que los magos no cuenten como los demás. Pero ahora, por favor, sigue con la historia. -Beorn trató de disimularlo, pero en verdad la historia había empezado a interesarle, pues en otros tiempos había conocido esa parte de las montañas que Gandalf describía ahora. Movi6 la ca-

beza y gruñó cuando oyó hablar de la reaparición del hobbit, de cómo tuvieron que gatear por el sendero de piedra y del círculo de lobos entre los árboles.

Cuando Gandalf contó cómo treparon a los árboles con todos los lobos debajo, Beorn se levantó, dio unas zancadas y murmuró: -¡Ojalá hubiese estado allí! ¡Les hubiese dado algo más que fuegos artificiales!

-Bien -dijo Gandalf, muy contento al ver que su historia estaba causando buena impresión-, hice todo lo que pude. Allí estábamos, con los lobos volviéndose locos debajo de nosotros, y el bosque empezando a arder por todas partes, cuando bajaron los trasgos de las colinas y nos descubrieron. Daban alaridos de placer y cantaban canciones burlándose de nosotros. *Quince pájaros en cinco abetos...*

-¡Cielos! -gruñó Beorn-. No me vengáis ahora con que los trasgos no pueden contar. Pueden. Doce no son quince, y ellos lo saben.

-Y yo también. Estaban además Bifur y Bofur. No me he aventurado a presentarlos antes, pero aquí los tienes.

Adentro pasaron Bifur y Bofur. -¡Y yo! -gritó el gordo Bombur jadeando detrás, enfadado por haber quedado último. Se negó a esperar cinco minutos, y había venido detrás de los otros dos.

-Bien, ahora aquí *están*, los quince; y ya que los trasgos saben contar, imagino que eso es todo lo que había allí arriba en los árboles. Ahora quizá podamos acabar la historia sin más interrupciones. -El señor Bolsón comprendió entonces qué astuto había sido Gandalf. Las interrupciones habían conseguido que Beorn se interesase más en la historia, y esto había impedido que expulsase en seguida a los enanos como mendigos sospechosos. Nunca invitaba 6 gente a su casa, si podía evitarlo. Tenía muy pocos amigos y vivían bastante lejos; y nunca invitaba a más de dos a la vez. ¡Y ahora tenía quince extraños sentados en el porche!

6 Esto es el reverso de la estratagema que Gandalf empleó eficazmente con Bilbo en el capítulo primero. Allí Gandalf anunció que iría a tomar el té y envió antes a los enanos, y llegó con los últimos de ellos, sólo para pedir un poco de vino tinto, huevos, pollo frío y encurtidos.

Cuando el mago concluía su relato, y mientras contaba el rescate de las águilas y de cómo los habían llevado a la Carroca, el sol ya se ocultaba detrás de las Montañas Nubladas y las sombras se alargaban en el jardín de Beorn.

-Un relato muy bueno -dijo-. El mejor que he oído desde hace mucho tiempo. Si todos los pordioseros pudiesen contar uno tan bueno, llegaría a parecerles más amable. Es posible, claro, que lo hayáis inventado todo, pero aun así merecéis una cena por la historia. ¡Vamos a comer algo!

-¡Sí, por favor! -exclamaron todos juntos-. ¡Muchas gracias!

La sala era (ahora) bastante oscura. Beorn batió las manos, y entraron trotando cuatro hermosos poneyes blancos y varios perros grandes de cuerpo largo y pelambre gris. Beorn les dijo algo en una lengua extraña, que parecía sonidos de animales transformados en conversación. Volvieron a salir y pronto regresaron con antorchas en la boca, y en seguida las encendieron en el fuego y las colgaron en los soportes de los pilares, cerca de la chimenea central. Los perros podían sostenerse a voluntad sobre los cuartos traseros, y transportaban cosas con las patas delanteras. Con gran diligencia sacaban tablas y caballetes de las paredes laterales y las amontonaban cerca del fuego.

Luego se oyó un ¡bee!, y entraron unas ovejas blancas como la nieve precedidas por un carnero negro como el carbón. Una llevaba un paño bordado en los bordes con figuras de animales; otras sostenían sobre los lomos bandejas con cuencos, fuentes, cuchillos y cucharas de madera, que los perros cogían y dejaban rápidamente sobre las mesas de caballete. Éstas eran muy bajas, tanto que Bilbo podía sentarse con comodidad. Junto a él, un poney empujaba dos bancos de asientos bajos y corredizos, con patas



Alemán (1957)

pequeñas, gruesas y cortas, para Gandalf y Thorin, mientras que al otro extremo ponían la gran silla negra de Beorn, del mismo estilo (en la que se sentaba con las enormes piernas estiradas bajo la mesa). Éstas eran todas las sillas que tenía en la sala, y quizá tan bajas como las mesas para conveniencia de los maravillosos animales que le servían. ¿En dónde se sentaban los demás? No los había olvidado. Los otros poneyes entraron haciendo rodar unas secciones cónicas de troncos alisadas y pulidas, y bajas aun para Bilbo; y muy pronto todos estuvieron sentados a la mesa de Beorn. La sala no había visto una reunión semejante desde hacía muchos años.

Allí merendaron, o cenaron, como no lo habían hecho desde que dejaron la Última Morada en el Oeste y dijeron adiós a Elrond. La luz de las antorchas y el fuego titilaban alrededor, y sobre la mesa había dos velas altas de cera roja de abeja. Todo el tiempo mientras comían, Beorn, con una voz profunda y atronadora, contaba historias de las tierras salvajes de aquel lado de la montaña, y especialmente del oscuro y peligroso bosque que se extendía ante ellos de norte a sur, a un día de cabalgata. Por no hablar del Este, el terrible bosque denominado el Bosque Negro.

Los enanos escuchaban y se mesaban las barbas, pues pronto tendrían que aventurarse en ese bosque, y después de las montañas el bosque era el peor de los peligros, antes de llegar a la fortaleza del dragón. Cuando la cena terminó, se pusieron a contar historias de su propia cosecha, pero Beorn parecía bastante amodorrado y no ponía mucha atención. Hablaban sobre todo de oro, plata y joyas, y de trabajos de orfebrería, y a Beorn no le interesaban esas cosas: no había nada ni de oro ni de plata en la sala, y pocos objetos, excepto los cuchillos, eran de metal.

Estuvieron largo rato de sobremesa bebiendo hidromiel en cuencos de madera. Fuera se extendía la noche os-

7 Hidromiel es una bebida alcohólica hecha con miel fermentada y agua. La bebida era muy popular entre los antiguos anglosajones.



Japonés (1965)

cura. Los fuegos en medio de la sala eran alimentados con nuevos leños; las antorchas se apagaron, y se sentaron tranquilos a la luz de las llamas danzantes, con los pilares de la casa altos a sus espaldas, y oscuros, como copas de árboles, en la parte superior. Fuese magia o no, a Bilbo le pareció oír un sonido como de viento sobre las ramas, que golpeaban el techo, y el ulular de unos tubos. Al poco rato empezó a cabecear, y las voces parecían venir de muy lejos, hasta que despertó con un sobresalto. La gran puerta había rechinado y en seguida se cerró de golpe. Beorn había salido. Los enanos estaban aún sentados en el suelo, alrededor del fuego, con las piernas cruzadas. De pronto se pusieron a cantar. Algunos de los versos eran como éstos, aunque hubo muchos y el canto siguió durante largo rato:

*El viento soplaba en el brezal agostado,
pero no se movía una hoja en el bosque;
criaturas oscuras reptaban en silencio,
y allí estaban las sombras día y noche.*

*El viento bajaba de las montañas frías,
y como una marea rugía, y rodaba,
la rama crujía, el bosque gemía
y allí se amontonaba la hojarasca.*

*El viento resoplaba viniendo del oeste,
y todo movimiento terminó en la floresta,
pero ásperas y roncadas cruzando los pantanos,
las voces sibilantes al fin se liberaron.*

*Las hierbas sisearon con las flores dobladas;
los juncos golpetearon. Los vientos avanzaban
sobre un estanque trémulo bajo cielos helados,
rasgando y dispersando las nubes rápidas.*

*Pasando por encima del cubil del Dragón,
dejó atrás la Montaña solitaria y desnuda;
había allí unas piedras oscuras y compactas,
y en el aire flotaba una bruma.*

*El mundo abandonó, y se elevó volando
sobre una noche amplia de mareas.
La luna navegó sobre los vientos
y avivó el resplandor de las estrellas.*

Bilbo cabeceó de nuevo. De pronto, Gandalf se puso de pie.

-Es hora de dormir -dijo-, para nosotros, aunque no creo que para Beorn. En esta sala podemos descansar seguros, pero os aconsejo que no olvidéis lo que Beorn dijo antes de irse: no os paseéis por afuera hasta que el sol esté alto, pues sería peligroso.

Bilbo descubrió que habían puesto unas camas a un lado de la sala, sobre una especie de plataforma entre los pilares y la pared exterior. Para él había un pequeño edredón de paja y unas mantas de lana. Se metió entre las mantas muy complacido, como si se tratara de un día de verano.

El fuego ardía bajo cuando al fin se durmió. Sin embargo, despertó por la noche: el fuego era ahora sólo unas pocas ascuas; los enanos y Gandalf respiraban tranquilos, y parecía que dormían; la luna alta proyectaba en el suelo una luz blanquecina, que entraba por el agujero del tejado. Se oyó un gruñido fuera, y el ruido de un animal que se restregaba contra la puerta. Bilbo se preguntaba qué sería, y si podría ser Beorn en forma encantada, y si entraría como un oso para matarlos. Se hundió bajo las mantas y escondió la cabeza, y de nuevo se quedó dormido, aun a pesar de todos sus miedos.

Era ya avanzada la mañana cuando despertó. Uno de los enanos se había caído encima de él en las sombras, y había rodado desde la plataforma al suelo con un fuerte tope-tazo. Era Bofur, quien se quejaba cuando Bilbo abrió los ojos.

-Levántate, gandul -le dijo Bofur-, o no habrá ningún desayuno para ti.

Bilbo se puso en pie de un salto. -¡Desayuno! -gritó-. ¿Dónde está el desayuno?

-La mayor parte dentro de nosotros -respondieron los otros enanos que se paseaban por la sala-, y el resto en la veranda. Hemos estado buscando a Beorn desde que amaneció, pero no hay señales de él por ninguna parte, aunque encontramos el desayuno servido tan pronto como salimos.

-¿Dónde está Gandalf? -preguntó Bilbo partiendo a toda prisa en busca de algo que comer.

-Bien -le dijeron-, fuera quizá, por algún lado. -Pero Bilbo no vio rastro del mago en todo el día hasta entrada la tarde. Poco antes de la puesta del sol, Gandalf entró en la sala, donde el hobbit y los enanos, bien atendidos por los magníficos animales de Beorn, se encontraban cenando, como habían estado haciendo a lo largo del día. De Beorn no habían visto ni sabido nada desde la noche anterior, y empezaban a inquietarse.

-¿Dónde está nuestro anfitrión, y dónde has pasado el día? -gritaron todos.

-¡Una pregunta por vez, y no hasta después de haber comido! No he probado bocado desde el desayuno.

Al fin Gandalf apartó el plato y la jarra (se había comido dos hogazas de pan enteras, con abundancia de mantequilla, miel y crema cuajada, y había bebido por lo menos un cuarto de galón de hidromiel) y sacó la pipa.

-Primero responderé a la segunda pregunta -dijo-;

pero ¡caramba! ¡Éste es un sitio estupendo para echar anillos de humo!

Y durante un buen rato no pudieron sacarle nada más, ocupado como estaba en lanzar anillos de humo, que desaparecían entre los pilares de la sala, cambiando las formas y los colores, y haciéndolos salir por el agujero del tejado. Desde fuera estos anillos tenían que parecer muy extraños, deslizándose en el aire uno tras otro, verdes, azules, rojos, plateados, amarillos, blancos, grandes, pequeños, los pequeños metiéndose entre los grandes y formando así figuras en forma de ocho, y perdiéndose en la distancia como bandadas de pájaros.

-Estuve siguiendo huellas de oso -dijo por fin-. Una reunión regular de osos tiene que haberse celebrado ahí fuera durante la noche. Pronto me di cuenta de que las huellas no podían ser todas de Beorn; había demasiadas, y de diferentes tamaños. Me atrevería a decir que eran osos pequeños, osos grandes, osos normales y enormes osos gigantes, todos danzando fuera, desde el anochecer hasta casi el amanecer. Vinieron de todas direcciones, excepto del lado oeste, más allá del río, de las Montañas. Hacia allí sólo iba un rastro de pisadas..., ninguna venía, todas se alejaban desde aquí. Las seguí hasta la Carroca. Luego desaparecieron en el río, que era demasiado profundo y caudaloso para intentar cruzarlo. Es bastante fácil, como recordaréis, ir desde esta orilla hasta la Carroca por el vado, pero al otro lado hay un precipicio donde el agua descende en remolinos. Tuve que andar millas antes de encontrar un lugar donde el río fuese bastante ancho y poco profundo como para poder vadearlo y nadar, y después millas atrás, otra vez buscando las huellas. Para cuando llegué, era ya demasiado tarde para seguir las. Iban directamente hacia los pinares al este de las Montañas Nubladas, donde anteanoche tuvimos un grato encuentro con

los wargos. Y ahora creo que he respondido además a vuestra primera pregunta -concluyó Gandalf, y se sentó largo rato en silencio.

Bilbo pensó que sabía lo que el mago quería decir. -¿Qué haremos -gritó- si atrae hasta aquí a todos los wargos y trasgos? ¡Nos atraparán a todos y nos matarán! Creí que habías dicho que no era amigo de ellos.

-Sí, lo dije. ¡Y no seas estúpido! Sería mejor que te fueses a la cama. Se te ha embotado el juicio.

El hobbit se quedó bastante aplastado, y como no parecía haber otra cosa que hacer, se fue realmente a la cama; mientras los enanos seguían cantando se durmió otra vez, devanándose todavía la cabecita a propósito de Beorn, hasta que soñó con cientos de osos negros que danzaban en círculos lentos y graves, fuera en el patio a la luz de la luna. Entonces despertó, cuando todo el mundo estaba dormido, y oyó los mismos rasguños, gangueos, pisadas y gruñidos de antes.

A la mañana siguiente, el propio Beorn los despertó a todos. -Así que todavía seguís aquí -dijo. Alzó al hobbit y se rió-. Por lo que veo aún no te han devorado los wargos y los trasgos o los malvados osos -y apretó el dedo contra el chaleco del señor Bolsón sin ninguna cortesía-. El conejito se está poniendo otra vez de lo más relleno y saludable con la ayuda de pan y miel. -Rió entre dientes.- ¡Ven y toma algo más!

Así que todos se fueron a desayunar. Beorn parecía cambiado y bien dispuesto; y en verdad estaba de muy buen humor e hizo que todos se rieran con sus divertidas historias; no tuvieron que preguntarse por mucho tiempo dónde había estado o por qué era tan amable con ellos, pues él mismo lo explicó. Había ido al otro lado del río adentrándose en las montañas -de lo cual podéis deducir que podía trasladarse a gran velocidad, en forma de oso,

desde luego-. Al fin llegó al claro quemado de los lobos, y así descubrió que esa parte de la historia era cierta; pero aún encontró algo más: había capturado a un wargo y a un trasgo que vagaban por el bosque, y íes había sacado algunas noticias: las patrullas de los wargos buscaban aún a los enanos junto con los trasgos horriblemente enfadados a causa de la muerte del Gran Trasgo, y porque le habían quemado la nariz al jefe lobo y el fuego del mago había dado muerte a muchos de los principales sirvientes. Todo esto se lo dijeron cuando los obligó a hablar, pero adivinó que se tramaba algo todavía peor, y que el grueso del ejército de los trasgos y los lobos podía irrumpir pronto en las tierras ensombrecidas por las montañas, en busca de los enanos, o tomar venganza sobre los hombres y criaturas que allí vivían y que quizá estaban encubriéndolos.

-Era una buena historia la vuestra -dijo Beorn-, pero ahora que sé que es cierta, me gusta todavía más. Tenéis que perdonarme por no haberos creído. Si vivieseis cerca de los lindes del Bosque Negro, no creeríais a nadie que no conocieseis tan bien como a vuestro propio hermano, o mejor. Como veis, únicamente puedo deciros que me he dado prisa en regresar para ver si estabais a salvo y ofreceros mi ayuda. Tendré en mejor opinión a los enanos después de este asunto. ¡Dieron muerte al Gran Trasgo, dieron muerte ai Gran Trasgo! -se rió ferozmente entre dientes.

-¿Qué habéis hecho con el trasgo y con el wargo?
-preguntó Bilbo de repente.

-¡Venid y lo veréis! -dijo Beorn y dieron la vuelta a la casa. Una cabeza de trasgo asomaba empalada detrás de la cancela, y un poco más allá se veía una piel de wargo clavada en un árbol. Beorn era un enemigo feroz. Pero ahora era amigo de ellos, y Gandalf creyó conveniente

8 En 1966 Tolkien le escribió a su nieto:

Bosque Negro [Mirkwood] no es una invención mía, sino un nombre muy antiguo, cargado de asociaciones legendarias. Fue probablemente el nombre germánico primitivo de las extensas regiones montañosas cubiertas de bosques que antiguamente cerraban el sur de las tierras de la expansión germánica. En algunas tradiciones se empleó especialmente para designar los límites entre los godos y los hunos. Hablo ahora recurriendo a la memoria: su antigüedad parece señalarse por su temprana aparición en alemán (¿c. siglo XI?) como *mirkiwidu*, aunque la raíz **merkw-* («oscuro») no se encuentra en alemán bajo ninguna forma (sólo en I[nglés] A[ntiguo], S[ajón] A[ntiguo] y Escandinavo] A[ntiguo]), y la raíz **widu-* > *widu* se limitaba en alemán (pienso) al sentido de «leño», no muy común, y no sobrevivió en A[lemán] M[oderno], En LA. *mirce* sólo sobrevive en poesía, y con el significado de «oscuro» o más bien «lóbrego», únicamente en *Beowulf* [verso] 1405 *ofer myrcan mor*; en cualquier otra parte lo encontramos sólo con el significado de «*murky*» > maligno, infernal. No fue nunca, pienso, una mera designación del color negro, estando siempre cargada desde el principio en el sentido de «lobreguez» ... Me pareció demasiada buena fortuna que Mirkwood siguiera siendo inteligible en inglés moderno (con el tono exacto), ya sea *mirk* un préstamo escandinavo o una renovación de la anticuada palabra en I.A. (*Cartas*, n.º 289).

El nombre Mirkwood, como un gran bosque con asociaciones similares, se empleó ya antes en una novela que Tolkien conocía bien: *The House of the Wolfings* [*La casa de los Wolfings*] (1888), de William Morris.

contarle la historia completa y la razón del viaje, para obtener así toda la ayuda posible.

Esto fue lo que Beorn les prometió. Les conseguiría poneyes, para cada uno, y a Gandalf un caballo, para el viaje hasta el bosque, y les daría comida suficiente para varias semanas si la administraban con cuidado; y luego puso todo en paquetes fáciles de llevar: nueces, harina, tarros de frutos secos herméticamente cerrados y potes de barro rojo llenos de miel, y bizcochos horneados dos veces para que se conservasen bien mucho tiempo; un poco de estos bizcochos bastaba para una larga jornada. La receta era uno de sus secretos, pero tenían miel, como casi todas las comidas de Beorn, y un sabor agradable, aunque dejaban la boca bastante seca. Dijo que no necesitarían llevar agua por aquel lado del bosque, pues había arroyos y manantiales a todo lo largo del camino. -Pero el camino que cruza el Bosque Negro es oscuro, peligroso y arduo -dijo-. No es fácil encontrar agua allá, ni comida. No es todavía tiempo de nueces (aunque en realidad quizá ya haya pasado cuando lleguéis al otro extremo), y las nueces son lo único que se puede comer en esos sitios; las cosas silvestres son allí oscuras, extrañas y salvajes. Os daré odres para el agua, y algunos arcos y flechas. Pero no creo que haya nada en el Bosque Negro que sea bueno para comer o beber. Sé que hay un arroyo, negro y caudaloso, que cruza el sendero. No bebáis ni os bañéis en él, pues he oído decir que produce encantamientos, somnolencia y pérdida de la memoria. Y entre las tenebrosas sombras del lugar no me parece que podáis cazar algo que sea comestible o no comestible, sin extraviaros. Esto tenéis que evitarlo en cualquier circunstancia.

»No tengo otro consejo para vosotros. Más allá del linde del bosque, no puedo ayudaros mucho; tendréis que depender de la suerte, de vuestro valor y de la comida

que os doy. He de pedir os que en la cancela del bosque me mandéis de vuelta al caballo y los poneys. Pero os deseo que podáis marchar de prisa, y mi casa estará abierta siempre para vosotros si alguna vez volvéis por este camino.

Le dieron las gracias, por supuesto, con muchas reverencias y movimientos de los capuchones, y con muchos: -A vuestro servicio, ¡oh amo de los amplios salones de madera! -Pero las graves palabras de Beorn los habían desanimado, y todos sintieron que la aventura era mucho más peligrosa de lo que habían pensado antes, ya que de cualquier modo, aunque pasasen todos los peligros del camino, el dragón estaría esperando al final.

Toda la mañana estuvieron ocupados con los preparativos. Poco antes del mediodía comieron con Beorn por última vez, y después del almuerzo montaron en los caballos que él les prestó, y despidiéndose una y mil veces, cabalgaron a buen trote dejando atrás la cancela.

Tan pronto como se alejaron de los setos altos al este de las tierras cercadas, se encaminaron al norte y luego al noroeste. Siguiendo el consejo de Beorn no marcharon hacia el camino principal del bosque, al sur de aquellas tierras. Si hubiesen ido por el desfiladero, una senda los habría llevado hasta un arroyo que bajaba de las montañas y se unía al Río Grande, algunas millas al sur de la Carroca. En ese lugar había un vado profundo que podrían haber cruzado, si hubiesen tenido los poneys, y más allá otra senda llevaba a los bordes del bosque y a la entrada del antiguo camino de la floresta. Pero Beorn les había advertido que aquel camino era ahora frecuentado por los trasgos, mientras que el verdadero camino del bosque, según había oído decir, estaba cubierto de maleza, y abandonado por el extremo oriental, y llevaba además a pantanos impenetrables, donde los senderos se habían perdido hacía mucho

tiempo. El paso por el este siempre había quedado demasiado al sur de la Montaña Solitaria, y desde allí, cuando alcanzaran al otro lado, les hubiera esperado aún una marcha larga y dificultosa hacia el norte. Al norte de la Carroca, los lindes del Bosque Negro estaban más cerca de las orillas del Río Grande, y aunque las montañas se alzaban también no muy lejos, Beorn les aconsejó que tomaran este camino, pues a unos pocos días de cabalgata al norte de la Carroca había un sendero poco conocido que atravesaba el Bosque Negro y llevaba casi directamente a la Montaña Solitaria.

-Los trasgos -había dicho Beorn- no se atreverán a cruzar el Río Grande en unas cien millas al norte de la Carroca, ni tampoco a acercarse a mi casa; ¡está bien protegida por las noches! Pero yo cabalgaría de prisa, porque si ellos emprenden esa aventura, pronto cruzarán el río por el sur y recorrerán todo el linde del bosque con el fin de cortaros el paso, y los wargos corren más que los poneys. En verdad estaríais a salvo yendo hacia el norte, aunque parezca que así volvéis a las fortalezas; pues eso sería lo que ellos menos esperarían, y tendrían que cabalgar mucho más para alcanzaros. ¡Partid ahora tan rápido como podáis!

Eso era por lo que cabalgaban en silencio, galopando por donde el terreno estaba cubierto de hierba y era llano, con las tenebrosas montañas a la izquierda, y a lo lejos la línea del río con árboles cada vez más próximos. El sol acababa de girar hacia el oeste cuando partieron, y hasta el atardecer cayó en rayos dorados sobre la tierra de alrededor. Era difícil pensar que unos trasgos los perseguían, y cuando hubo muchas millas entre ellos y la casa de Beorn, se pusieron a charlar y a cantar otra vez, y así olvidaron el oscuro sendero del bosque que tenían delante. Pero al atardecer, cuando cayeron las sombras y los picos de las

montañas resplandecieron a la luz del sol poniente, acamparon y montaron guardia, y la mayoría durmió inquieta, con sueños en los que se oían aullidos de lobos que cazaban y alaridos de trasgos.

Con todo, la mañana siguiente amaneció otra vez clara y hermosa. Había una neblina blanca y otoñal sobre el suelo, y el aire era helado, pero pronto el sol rojizo se levantó por el este y las neblinas desaparecieron, y cuando las sombras eran todavía largas, reemprendieron la marcha. Así que cabalgaron durante dos días más, y en todo este tiempo no vieron nada excepto hierba, flores, pájaros y árboles diseminados, y de vez en cuando pequeñas manadas de venados rojos que pacían o estaban echados a la sombra. Alguna vez Bilbo vio cuernos de ciervos que asomaban por entre la larga hierba, y al principio creyó que eran ramas de árboles muertos. En la tercera tarde estaban decididos a marchar durante horas, pues Beorn les había dicho que tenían que alcanzar la entrada del bosque temprano al cuarto día, y cabalgaron bastante tiempo después del anochecer, bajo la luna. Cuando la luz iba desvaneciéndose, Bilbo pensó que a lo lejos, a la derecha o a la izquierda, veía la ensombrecida figura de un gran oso que marchaba en la misma dirección. Pero si se atrevía a mencionárselo a Gandalf, el mago sólo decía: -¡Silencio! Haz como si no lo vieses.

Al día siguiente partieron antes del amanecer, aunque la noche había sido corta. Tan pronto como se hizo de día pudieron ver el bosque, y parecía que viniese a reunirse con ellos, o que los esperara como un muro negro y amenazador. El terreno empezó a ascender, y el hobbit se dijo que un silencio distinto pesaba ahora sobre ellos. Los pájaros apenas cantaban. No había venados, ni siquiera los conejos se dejaban ver. Por la tarde habían alcanzado los límites del Bosque Negro, y descansaron casi bajo las ramas



enormes que colgaban de los primeros árboles. Los troncos eran nudosos, las ramas retorcidas, las hojas oscuras y largas. La hiedra crecía sobre ellos y se arrastraba por el suelo.

-¡Bien, aquí tenemos el Bosque Negro! -dijo Gandalf-. El bosque más grande del mundo septentrional. Espero que os agrade. Ahora tenéis que enviar de vuelta estos poneyes excelentes que os han prestado.

Los enanos quisieron quejarse, pero el mago les dijo que eran unos tontos. -Beorn no está tan lejos como vosotros pensáis, y de cualquier modo será mucho mejor que mantengáis vuestras promesas, pues él es un mal enemigo. Los ojos del señor Bolsón son más penetrantes que los vuestros, si no habéis visto de noche en la oscuridad un gran oso que caminaba a la par con nosotros, o se sentaba lejos a la luz de la luna, observando nuestro campamento. No sólo para guiarnos y protegeros, sino también para vigilar los poneyes. Beorn puede ser amigo vuestro, pero ama a sus animales como si fueran sus propios hijos. No tenéis idea de la amabilidad que ha demostrado permitiendo que unos enanos los monten, sobre todo en un trayecto tan largo y fatigoso, ni de lo que sucedería si intentaseis meterlos en el bosque.

-¿Y qué hay del caballo? -dijo Thorin-. No dices nada sobre devolverlo.

-No digo nada porque no voy a devolverlo.

-¿Y qué pasa con *tu* promesa?

-Déjala de mi cuenta. No devolveré el caballo, cabalgaré en él. -Entonces supieron que Gandalf iba a dejarlos en los mismísimos lindes del Bosque Negro, y se sintieron desesperados. Pero nada de lo que dijese lo haría cambiar de idea.

-Todo esto lo hemos tratado ya antes, cuando hicimos un alto en la Carroca -dijo-. No vale la pena discutir.

Como ya he dicho, tengo un asunto que resolver, lejos al sur; y no puedo perder tiempo con todos vosotros. Quizá volvamos a encontrarnos antes de que esto se acabe, y puede que no. Eso sólo depende de vuestra suerte, coraje, y buen juicio; envío al señor Bolsón con vosotros, ya os he dicho que vale más de lo que creéis y pronto tendréis la prueba. De modo que alegra esa cara, Bilbo, y no te muestres tan taciturno. ¡Alegraos, Thorin y Compañía! Al fin y al cabo, es vuestra expedición. ¡Pensad en el tesoro que os espera al final, y olvédaos del bosque y del dragón, por lo menos hasta mañana por la mañana!

Cuando el mañana por la mañana llegó, Gandalf seguía diciendo lo mismo. Así que ahora nada quedaba por hacer excepto llenar los odres en un arroyo claro que encontraron a la entrada del bosque, y descargar los poneys. Distribuyeron los bultos con la mayor equidad posible, aunque Bilbo pensó que su lote era demasiado pesado, y no le hacía ninguna gracia la idea de recorrer a pie millas y millas con todo aquello a sus espaldas.

-¡No te preocupes! -le dijo Thorin-. Todo se aligerará muy pronto. Antes de que nos demos cuenta, estaremos deseando que nuestros fardos sean más pesados, cuando la comida empiece a escasear.

Entonces por fin dijeron adiós a los poneys y les pusieron las cabezas apuntando a la casa de Beorn. Los animales se marcharon trotando, y parecían muy contentos de volver las colas hacia las sombras del Bosque Negro. Mientras se alejaban, Bilbo hubiera jurado haber visto algo parecido a un oso que salía de entre las sombras de los árboles e iba tras ellos arrastrando los pies.

Gandalf se despidió también. Bilbo se sentó en el suelo sintiéndose muy desgraciado y deseando quedarse con el mago, montado a la grupa de la alta cabalgadura. Acababa de adentrarse en el bosque justo después del desayuno (por

- 9 Ésta es la única aparición de la palabra orco [orc] (salvo en el nombre de la espada Orcrist) en la primera edición de *El hobbit* (1937). (Hay un segundo caso en el presente texto, en un fragmento del capítulo 3 que fue reescrito para la segunda edición de 1951; véase p. 103).

En 1966 Tolkien escribió:

«Originalmente tomé la palabra del inglés antiguo *orc* (*Beowulf* [verso] 112: *orc-neas*) y la glosa *orc* ("ogro"), *heldeofol* ("infierno-díablo")». En *El Señor de los Anillos* Tolkien virtualmente abandonó el empleo de la palabra *trasgo* [*goblin*], y utilizó a lo largo de todo el libro orco [orc].

- 10 Esta reaparición del Nigromante fue en principio del todo casual; su función era «sólo proporcionar un motivo para que Gandalf se marchara, dejando a Bilbo y a los Enanos librados a su propia suerte, lo que era una necesidad en la historia» (*Canas*, n.º 257).

Un *nigromante* es (por lo general) un mago o conjurador que se comunica con los muertos y tiene trato con ellos.

cierto bastante frugal), y todo estaba allí tan oscuro en plena mañana como durante la noche, y muy en secreto se dijo a sí mismo: «Parece como si algo esperara y vigilara».

-Adiós -dijo Gandalf a Thorin-. ¡Y adiós a todos vosotros, adiós! Ahora seguid todo recto a través del bosque. ¡No abandonéis el sendero! Si lo hacéis, hay una posibilidad entre mil de que volváis a encontrarlo, y nunca saldréis del Bosque Negro, y entonces os aseguro que ni yo ni nadie volverá a veros jamás.

-¿Pero es realmente necesario que lo atravesemos? -gimoteó el hobbit.

-¡Sí, así es! -dijo el mago-. Si queréis llegar al otro lado. Tenéis que cruzarlo o abandonar toda búsqueda. Y no permitiré que retrocedas ahora, señor Bolsón. Me avergüenza que se te haya ocurrido. Eres tú quien desde ahora tendrá que cuidara estos enanos en mi lugar. -Gandalf rió.

-¡No! ¡No! -dijo Bilbo-. Yo no quería decir eso. Pregunto si no hay algún otro camino bordeándolo.

-Hay, si lo que deseas es desviarte doscientas millas o más al norte, y cuatrocientas al sur. Pero ni siquiera entonces encontrarías un sendero seguro. No hay senderos seguros en esta parte del mundo. Recuerda que estás ahora en ¡as fronteras de las tierras salvajes, expuesto a todo, dondequiera que vayas. Antes de que pudieras bordear el Bosque Negro por el norte, te encontrarías justo entre las laderas de las Montañas Grises, plagadas de trasgos, hobotrasgos y orcos de la peor especie. Antes de que pudieras bordearlo por el sur, te encontrarías en el país del Nigromante; y ni siquiera tú, Bilbo, necesitas que te cuente historias del hechicero negro. ¡No os aconsejo que os acerquéis a los lugares dominados por esa torre sombría! Manteneos en el sendero del bosque, conservad vuestro ánimo, esperad siempre lo mejor y con una tremenda porción de suerte puede que un día salgáis y encontréis los

- 9
- 10

Pantanos Largos justo debajo; y más allá, elevándose en el este, la Montaña Solitaria donde habita el querido viejo Smaug, aunque confío en que no os esté esperando.

-Muy consolador de tu parte, puedes estar seguro -gruñó Thorin-. ¡Adiós! ¡Si no vienes con nosotros es mejor que te largues sin una palabra más!

-¡Adiós entonces, esta vez de verdad adiós! -dijo Gandalf, y dando media vuelta, cabalgó hacia el oeste. Pero no pudo resistir la tentación de ser el último en decir algo, y cuando aún podían oírlo, se volvió y llamó poniendo las manos a los lados de la boca. Oyeron la voz débilmente: -¡Adiós! Sed buenos, cuidaos, *y no abandonéis el sendero!*

Luego se alejó al galope y pronto se perdió en la distancia. -¡Oh, adiós y vete de una vez! -farfullaron los enanos, todos de lo más enfadados, realmente abrumados de consternación. Ahora empezaba la parte más peligrosa del viaje. Cada uno cabalgaba con un fardo pesado y el odre de agua que le correspondía, y dejando detrás la luz que se extendía sobre los campos, penetraron en la floresta.

11 La conducta de Gandalf en *El hobbit* recuerda a la de un espíritu de la montaña de las Riesengebirge alemanas llamado Rubezahl. En los cuentos este Rubezahl aparece en varias formas: la de un guía, un mensajero o un granjero. Hacer que los viajeros se extravíen le procura gran placer. En las ilustraciones a menudo se lo muestra como hombre barbudo con un cayado (véase la p. 154). Podría considerarse que el cuadro *Der Berggeist* de Josef Madlener (véase p. 12) representa el Rubezahl y, por tanto, ser el origen de algunas de las conductas de Gandalf, y también la base de su aspecto extenor.

Casi a lo largo de todo *El hobbit* la misión de Gandalf consiste en servir de guía. Desaparece antes de que la partida sea atrapada por los Trolls; desaparece cuando es atrapada por los trasgos; y después de haberlos conducido hasta las márgenes del Bosque Negro, los vuelve a abandonar. Pero en todos los casos reaparece cuando su ayuda es más necesaria.

MOSCAS Y ARAÑAS

Caminaban en fila. La entrada del sendero era una suerte de arco que llevaba a un túnel lóbrego formado por dos árboles inclinados, demasiado viejos y ahogados por la hiedra y los líquenes colgantes para tener más que unas pocas hojas ennegrecidas. El sendero mismo era estrecho y serpenteaba por entre los troncos. Pronto la luz de la entrada fue un pequeño agujero brillante allá atrás, y en el silencio profundo los pies parecían golpear pesadamente mientras todos los árboles se doblaban sobre ellos y escuchaban.

Cuando se acostumbraron a la oscuridad, pudieron ver un poco, a los lados, una trémula luz de color verde oscuro. En ocasiones, un rayo de sol que alcanzaba a deslizarse por una abertura entre las hojas de allá arriba, y escapar a los enmarañados arbustos y ramas entretejidas de abajo, caía tenue y brillante ante ellos. Pero esto ocurría raras veces, y cesó pronto.

Había ardillas negras en el bosque. Los ojos penetrantes e inquisitivos de Bilbo empezaron a vislumbrarlas fugazmente mientras cruzaban rápidas el sendero y se escabullían escondiéndose detrás de los árboles. Había también extraños ruidos, gruñidos, susurros, correteos en la maleza y entre las hojas que se amontonaban en algunos sitios del bosque; pero no conseguían ver qué causaba estos ruidos. Entre las cosas visibles lo más horrible eran las telarañas: espesas telarañas oscuras, con hilos extraordinariamente gruesos; tendidas casi siempre de árbol a árbol, o enmarañadas en las ramas más bajas, a los lados.

No había ninguna que cruzara el sendero, y no pudieron adivinar si esto era por encantamiento o por alguna otra razón.

No transcurrió mucho tiempo antes que empezaran a odiar el bosque tanto como habían odiado los túneles de los trasgos, e incluso tenían menos esperanza de llegar a la salida. Pero no había otro remedio que seguir y seguir, aun después de sentir que no podrían dar un paso más si no veían el sol y el cielo, y de desear que el viento les soplara en las caras. El aire no se movía bajo el techo del bosque, eternamente quieto, sofocante y oscuro. Hasta los mismos enanos lo sentían así, ellos que estaban acostumbrados a excavar túneles y a pasar largas temporadas apartados de la luz del sol; pero el hobbit, a quien le gustaban los agujeros para hacer casas, y no para pasar los días de verano, sentía que se asfixiaba poco a poco.

Las noches eran lo peor: entonces se ponía oscuro como el carbón, no lo que vosotros llamáis negro carbón, sino realmente oscuro, tan negro que de verdad no se podía ver nada. Bilbo movía la mano delante de la nariz, intentando en vano distinguir algo. Bueno, quizá no es totalmente cierto decir que no veían nada: veían ojos. Dormían todos muy juntos, y se turnaban en la vigilia; cuando le tocaba a Bilbo, veía destellos alrededor, y a veces, pares de ojos verdes, rojos o amarillos se clavaban en él desde muy cerca, y luego se desvanecían y desaparecían lentamente, y empezaban a brillar en otra parte. De vez en cuando destellaban en las ramas bajas que estaban justamente sobre él, y eso era lo más terrorífico. Pero los ojos que menos le agradaban eran unos que parecían pálidos y bulbosos. «Ojos de insecto», pensaba, «no ojos de animales, pero demasiado grandes».

Aunque no hacía aún mucho frío, trataron de encender unos fuegos pero desistieron pronto. Parecían atraer

cientos y cientos de ojos alrededor; pero esas criaturas, fuesen las que fueren, tenían cuidado de no mostrar su cuerpo a la luz trémula de las brasas. Peor aún, atraían a miles y miles de falenas grises oscuras y negras, algunas casi tan grandes como vuestras manos, que revoloteaban y les zumbaban en los oídos. No fueron capaces de soportarlo, ni a los grandes murciélagos, negros como sombreros de copa; así que pronto dejaron de encender fuegos y dormitaban envueltos en una enorme y extraña oscuridad.

Todo esto duró lo que al hobbit le parecieron siglos y siglos; siempre tenía hambre, pues cuidaban sobremanera las provisiones. Aun así, a medida que los días seguían a los días y el bosque parecía siempre el mismo, empezaron a sentirse ansiosos. La comida no duraría siempre: de hecho, empezaba a escasear. Intentaron cazar alguna ardilla, y desperdiciaron muchas flechas antes de derribar una en el sendero. Cuando la asaron, tenía un gusto horrible, y no cazaron más.

Estaban sedientos también; ninguno llevaba mucha agua, y en todo el trayecto no habían visto manantiales ni arroyos. Así estaban cuando un día descubrieron que una corriente de agua interrumpía el sendero. Rápida y alborotada, pero no demasiado ancha, fluía cruzando el camino; y era negra, o así parecía en la oscuridad. Fue bueno que Beorn les hubiese prevenido contra ella, o hubieran bebido y llenado alguno de los odres vacíos en la orilla, sin preocuparse por el color. Así que sólo pensaron en cómo atravesarla sin mojarse. Allí había habido un puente de madera, pero se había podrido con el tiempo y había caído al agua dejando sólo los postes quebrados cerca de la orilla.

Bilbo, arrodillándose en la ribera, miró adelante con atención y gritó: -¡Hay un bote en la otra orilla! ¿Por qué no pudo haber estado aquí?

-¿A qué distancia crees que está? -preguntó Thorin, pues por entonces ya sabían que entre todos ellos Silbo tenía la vista más penetrante.

-No muy lejos. No me parece que mucho más de doce yardas.

-¡Doce yardas! Yo hubiera pensado que eran treinta por lo menos, pero mis ojos ya no ven tan bien como hace cien años. Aun así, doce yardas es tanto como una milla. No podemos saltar por encima del río y no nos atrevemos a vadearlo o nadar.

-¿Alguno de vosotros puede lanzar una cuerda?

-¿Y de qué serviría? Seguro que el bote está atado, aun contando con que pudiéramos engancharlo, cosa que dudo.

-No creo que esté atado -dijo Bilbo-. Aunque, naturalmente, con esta luz no puedo estar seguro; pero me parece como si sólo estuviese varado en la orilla, que es bastante baja ahí donde el sendero se mete en el río.

-Dori es el más fuerte, pero Fili es el más joven y tiene mejor vista -dijo Thorin-. Ven acá, Fili, y mira si puedes ver el bote de que habla el señor Bolsón.

Fili creyó verlo; así que luego de mirar un largo rato para tener una idea de la dirección, los otros le trajeron una cuerda. Llevaban muchas con ellos, y en el extremo de la más larga ataron uno de los ganchos de hierro que usaban para sujetar las mochilas a las correas de los hombros. Fili lo tomó, lo balanceó un momento, y lo arrojó por encima de la corriente.

Cayó salpicando en el agua. -¡No lo bastante lejos! -dijo Bilbo, que observaba la otra orilla-. Un par de pies más y hubieras alcanzado el bote. Inténtalo otra vez. No creo que el encantamiento sea tan poderoso para hacerte daño si tocas un trozo de cuerda mojada.

Recogieron el gancho y Fili lo alzó en el aire, aunque dudando aún. Esta vez tiró con más fuerza.



La ilustración que hizo Tolkien del Bosque Negro estaba destinada originalmente a servir de guarda para la edición de *El hobbit*. Tuvo como modelo muy cercano la ilustración que hizo el mismo Tolkien del bosque maligno Taur-nu-Fuin en *El Silmarillion*. Tolkien permitió luego que la primera pintura fuera utilizada como ilustración del Bosque de Fangorn en *El Señor de los Anillos*. (Véase *Pictures by J. R. R. Tolkien*, número 37.)

-¡Calma! -dijo Bilbo-. Lo has metido entre los árboles del otro lado. Retíralo lentamente. -Fili retiró la cuerda poco a poco, y un momento después Bilbo dijo:- ¡Cuidado!, ahora estás sobre el bote; esperemos que el hierro se enganche.

Y se enganchó. La cuerda se puso tensa y Fili tiró en vano. Kili fue en su ayuda, y después Oin y Gloin. Tiraron, y de pronto cayeron todos de espaldas. Bilbo, que estaba atento, alcanzó a tomar la cuerda y con un trozo de palo retuvo el pequeño bote negro que se acercaba arrastrado por la corriente. -¡Socorro! -gritó, y Balin aferró el bote antes de que se deslizase aguas abajo.

-Estaba atado, después de todo -dijo, mirando la amarra rota que aún colgaba del bote-. Fue un buen tirón, muchachos; y suerte que nuestra cuerda era la más resistente.

-¿Quién cruzará primero? -preguntó Bilbo.

-Yo -dijo Thorin-, y tú vendrás conmigo, y Fili y Balin. No cabemos más en el bote. Luego, Kili, Oin, Gloin y Dori. Seguirán Ori y Nori, Bifur y Bofur, y por último Dwalin y Bombur.

-Soy siempre el último, y no me gusta -dijo Bombur-. Hoy le toca a otro.

-No tendrías que estar tan gordo. Tal como eres, tienes que cruzar el último y con la carga más ligera. No empieces a quejarte de las órdenes, o lo pasarás mal.

-No hay remos. ¿Cómo impulsaremos el bote hasta la otra orilla? -preguntó Bilbo.

-Dadme otro trozo de cuerda y otro gancho -dijo Fili, y cuando se los trajeron, arrojó el gancho hacia la oscuridad, tan alto como pudo. Como no cayó, supusieron que se había enganchado en las ramas-. Ahora subid -dijo Fili-. Que uno de vosotros tire de la cuerda sujeta al árbol. Otro tendrá que sujetar el gancho que utilizamos

al principio, y cuando estemos seguros en la otra orilla, puede engancharlo y traer el bote de vuelta.

De este modo pronto estuvieron todos a salvo en la orilla opuesta, al borde del arroyo encantado. Dwalin acababa de salir aprisa, con la cuerda enrollada en el brazo, y Bombur (refunfuñando aún) se aprestaba a seguirlo cuando algo malo ocurrió. Sendero adelante hubo un ruido como de pezuñas raudas. De repente, de la lóbreguez, salió un ciervo volador. Cargó sobre los enanos y los derribó, y en seguida se encogió para saltar. Pasó por encima del agua con un poderoso brinco, pero no llegó indemne a la orilla. Thorin había sido el único que aún se mantenía en pie y alerta. Tan pronto como llegaron a tierra había preparado el arco y había puesto una flecha, por si de pronto aparecía el guardián del bote. Disparó rápido contra la bestia, que se derrumbó al llegar a la otra orilla. Las sombras la devoraron, pero oyeron un sonido entrecortado de pezuñas que al fin se extinguió.

Antes que pudieran alabar este tiro certero, un horrible gemido de Bilbo hizo que todos olvidaran la carne de venado. -¡Bombur ha caído! ¡Bombur se ahoga! -gritó. No era más que la verdad. Bombur sólo tenía un pie en tierra cuando el ciervo se adelantó y saltó sobre él. Había tropezado, impulsando el bote hacia atrás y perdiendo el equilibrio, y las manos le resbalaron por las raíces limosas de la orilla, mientras el bote desaparecía girando lentamente.

Aún alcanzaron a ver el capuchón de Bombur sobre el agua, cuando llegaron corriendo a la orilla. Le echaron rápidamente una cuerda con un gancho. La mano de Bombur aferró la cuerda y los otros tiraron. Por supuesto, el enano estaba empapado de pies a cabeza, pero eso no era lo peor. Cuando lo depositaron en tierra seca ya estaba profundamente dormido, la mano tan apretada



Estoniano (1977)

1 Un río encantado es un tema familiar en las leyendas celtas. En las crónicas irlandesas de la vida de san Brendan, éste y sus hermanos desembarcan en una isla y encuentran un río del que beben todos, salvo Brendan. Los que han bebido se quedan dormidos o entran en estado de sopor, tanto más profundo cuanto más agua han tomado.

Algo antes de 1945, Tolkien escribió un poema sobre san Brendan, que en el momento de morir contempla los acontecimientos más memorables de sus muchos viajes. Tolkien llamó a este poema «Imram», que en inglés antiguo quiere decir «viaje». Fue publicado en el *Time and Tide* del 3 de diciembre de 1955.

2 Las partidas de caza de las hadas es otro tema tradicional. (Los deportes de las hadas eran tradicionalmente populares en las cortes de la Edad Media.) No hay dudas, parece, de que cuando Tolkien estaba escribiendo este pasaje, tenía en mente una escena de la novela en verso *Sir Orfeo* en inglés medio (una versión de la leyenda de Orfeo y Eurídice de la mitología griega). La traducción del mismo Tolkien se publicó postumamente en 1975, pero había sido acabada muchos años antes. Esta escena se desarrolla después de que Orfeo ha ido de un lado a otro disfrazado de mendigo durante diez años en busca de su señora Heurodis, que ha sido raptada por las hadas:

Allí a menudo junto a él veía pasar,
cuando el calor del mediodía
abrumaba los árboles,
al rey de las hadas con su cortejo
que iba de caza por los bosques de
alrededor
con lejanas trompetas y un clamor
apagado,
y el ladrido de los perros de la jauría;
pero nunca cobraban una presa ni
mataban ningún animal,
y a qué destino iban, él nunca lo
supo.

(Versos 281-288.)

a la cuerda que no la pudieron soltar; y profundamente dormido quedó, a pesar de todo lo que le hicieron.

1 Aún estaban de pie y mirándolo, maldiciendo el desgraciado incidente y la torpeza de Bombur, lamentando la pérdida del bote, que les impedía volver y buscar el ciervo, cuando advirtieron un débil sonido: como de trompas y de perros que ladrasen lejos en el bosque. Todos se quedaron en silencio, y cuando se sentaron les pareció que oían el estrépito de una gran cacería al norte del sendero, aunque no vieron nada.

2 Estuvieron sentados durante largo rato, no atreviéndose a moverse, Bombur seguía durmiendo con una sonrisa en la cara redonda, como si todos aquellos problemas ya no le preocuparan. De repente, sendero adelante, aparecieron unos ciervos blancos, un cervato y unas ciervas, tan niveos como oscuro había sido el ciervo anterior. Refulgían en las sombras. Antes de que Thorin pudiera decir nada, tres de los enanos se habían puesto en pie de un brinco y habían disparado las flechas. Ninguna pareció daren el blanco. Los ciervos se volvieron y desaparecieron entre los árboles tan en silencio como habían venido y los enanos dispararon en vano otras flechas.

-¡Deteneos! ¡Deteneos! -gritó Thorin, pero demasiado tarde; los excitados enanos habían desperdiciado las últimas flechas, y ahora los arcos que Beorn les había dado eran inútiles.

Esa noche fue una triste partida, y esa tristeza pesó aún más sobre ellos en los días siguientes. Habían cruzado el arroyo encantado, pero más allá el sendero parecía serpear igual que antes, y en el bosque no advirtieron cambio alguno. Si sólo hubiesen sabido un poco más de él, y hubiesen considerado el significado de la cacería y del ciervo blanco que se les había aparecido en el camino, habrían podido reconocer que iban al fin hacia el linde este, y que

si hubiesen conservado el valor y las esperanzas, pronto habrían llegado a sitios donde la luz del sol brillaba de nuevo y los árboles eran más ralos.

Pero no lo sabían, y estaban cargados con el pesado cuerpo de Bombur, al que transportaban como mejor podían, turnándose de cuatro en cuatro en la fatigosa tarea, mientras los demás se repartían los bultos. Si éstos no se hubieran aligerado en las últimas jornadas, nunca lo habrían conseguido, pero el sonriente y soñador Bombur era un pobre sustituto de las mochilas cargadas de comida, pesasen lo que pesasen. Pocos días más y no íes quedó prácticamente nada que comer o beber. Nada apetitoso parecía crecer en el bosque; sólo hongos y hierbas de hojas pálidas y olor desagradable.

Cuatro días después del arroyo encantado, llegaron a un sitio del bosque poblado de hayas. En un primer momento les alegró el cambio, pues aquí no crecían malezas y las sombras no eran tan profundas. Había una luz verdosa a ambos lados del sendero, pero el resplandor sólo revelaba unas hileras interminables de troncos rectos y grises, como pilares de un vasto salón crepuscular. Había un soplo de aire y se oía un viento, pero el sonido era triste. Unas hojas secas cayeron recordándoles que fuera llegaba el otoño. Arrastraban los pies por entre las hojas muertas de otros otoños incontables, que en montones llegaban al sendero desde la alfombra granate del bosque.

Bombur dormía aún, y ellos estaban muy cansados. A veces oían una risa inquietante, y a veces también un canto a lo lejos. La risa era risa de voces armoniosas, no de trasgos, y el canto era hermoso, pero sonaba misterioso y extraño, y en vez de sentirse reconfortados, se dieron prisa por dejar aquellos parajes con las fuerzas que les restaban.

Dos días más tarde descubrieron que el sendero des-

- 3 En la tradición celta, el encuentro con animales blancos (especialmente ciervos) prefigura por lo general el encuentro con seres del Otro Mundo (el País de las Hadas). La cacería y el ciervo blanco significan (en este caso) que Bilbo y los enanos se estaban acercando a la vivienda de los Elfos, que vivían junto al borde oriental del bosque.

cendía, y antes de mucho tiempo salieron a un valle en el que crecían unos grandes robles.

-¿Es que nunca ha de terminar este bosque maldito? -dijo Thorin-. Alguien tiene que trepar a un árbol y ver si puede sacar la cabeza por el tejado y echar un vistazo alrededor. Hay que escoger el árbol más alto que se incline sobre el sendero.

Por supuesto, «alguien» quería decir Bilbo. Lo eligieron porque para que el intento sirviera de algo, quien trepase necesitaría sacar la cabeza por entre las hojas más altas, y por tanto tenía que ser liviano para que las ramas delgadas pudieran sostenerlo. El pobre señor Bolsón nunca había tenido mucha práctica en trepar a los árboles, pero los otros lo alzaron hasta las ramas más bajas de un roble enorme que crecía justo al lado del sendero y allá tuvo que subir, lo mejor que pudo; se abrió camino por entre las pequeñas ramas enmarañadas, con más de un golpe en los ojos. Se manchó de verde y se ensució con la corteza vieja de las ramas más grandes; más de una vez resbaló y consiguió sostenerse en el último momento; por fin, tras un terrible esfuerzo en un sitio difícil, donde no parecía haber ninguna rama adecuada, llegó cerca de la cima. Todo el tiempo se estuvo preguntando si habría arañas en el árbol, y cómo iba a bajar (excepto cayendo).

Al fin sacó la cabeza por encima del techo de hojas, y en efecto, encontró arañas. Pero eran pequeñas, de tamaño corriente, y sólo les interesaban las mariposas. Los ojos de Bilbo casi se ennegecieron con la luz. Oía a los enanos que le gritaban desde abajo, pero no podía responderles, sólo aferrarse a las ramas y parpadear. El sol brillaba resplandeciente y pasó largo rato antes de que pudiera soporarlo. Cuando lo consiguió, vio a su alrededor un mar verde oscuro, rizado aquí y allá por la brisa; y por todas partes, cientos de mariposas. Supongo que eran una espe-



Joe, Sylvia y Gorbo entre los Arboles Retorcidos, dibujo de George Morrow, en *The Marvellous Land of Snergs*.

ció de «emperador púrpura», una mariposa aficionada a las alturas de las robledas, pero no eran nada purpúreas, sino muy oscuras, de un negro aterciopelado, sin que se les pudiese ver ninguna marca.

Observó a la «emperador negra» durante largo rato, y disfrutó sintiendo la brisa en el cabello y la cara, pero los gritos de los enanos, que ahora estaban impacientes y pateaban el suelo allá abajo, le recordaron al fin a qué había venido. De nada le sirvió. Miró con atención alrededor, tanto como pudo, y no vio que los árboles o las hojas terminasen en alguna parte. El corazón, que se le había aligerado viendo el sol y sintiendo el soplo del viento, le pesaba en el pecho: no había comida que llevar allá abajo.

Realmente, como os he dicho, no estaban muy lejos del linde del bosque; y si Bilbo hubiera sido más perspicaz habría entendido que el árbol al que había trepado, aunque alto, estaba casi en lo más hondo de un valle extenso; mirando desde la copa, los otros árboles parecían crecer todo alrededor, como los bordes de un gran tazón, y Bilbo no podía ver hasta dónde se extendía el bosque. Sin embargo, no se dio cuenta de esto, y descendió al fin desesperado, cubierto de arañazos, sofocado, y miserable, y no vio nada en la oscuridad de abajo, cuando llegó allí. Las malas nuevas pronto pusieron a los otros tan tristes como él.

-¡El bosque sigue, sigue y sigue para siempre, en todas direcciones! ¿Qué haremos? ¿Y qué sentido tiene enviar a un hobbit? -gritaban como si Bilbo fuese el culpable. Les importaban un rábano las mariposas, y cuando les habló de la hermosa brisa se enfadaron todavía más, pues eran demasiado pesados para trepar y sentirla.

Aquella noche tomaron las últimas sobras y migajas de comida, y cuando a la mañana siguiente despertaron, advirtieron ante todo que estaban rabiosamente hambrientos, y

4 Los primeros viajes de Bilbo por el Bosque Negro tienen un pasaje ligeramente paralelo en *Marvellous Land of Snergs* [*La maravillosa tierra de los snergs*], de E. A. Wyke-Smith, en el que Joe, Sylvia y Gorbo se pierden entre los Árboles Retorcidos:

Estaba oscureciendo: un techo de hojas enmarañadas ocultaba ahora el cielo, y en todas direcciones y por encima de ellos las ramas ligeras se retorcían y se entrecruzaban y se unían unas con otras. El aire estaba húmedo, y olía a moho y a musgo, y el silencio era horrible. Un gran murciélago de piel rugosa pasó volando junto a ellos, casi rozando el pelo de Sylvia, que se agachó y gritó.

Gorbo trepó por fin a uno de los árboles más corpulentos, y al cabo de muchos esfuerzos logró abrirse camino a través de las hojas, perturbando a un montón de murciélagos que escaparon revoloteando y girando por todas partes ... Un minuto o dos más tarde, Gorbo bajó deslizándose por el tronco.

-Todo está bien -dijo-. No pude ver mucho más que hojas, pero vislumbré el sol, de modo que ahora sé adonde tenemos que ir. El sol está justo arriba... -Aquí se interrumpió, pensó y se rascó la cabeza.- Sí, *creo* que es por ahí. Ya veis, tuve que dar algunas vueltas mientras bajaba.

Lo siguieron abriéndose paso por encima y por debajo de las ramas. Al cabo de un rato, Gorbo se detuvo y volvió a pensar, y luego empezó a trepar y a arrastrarse en otra dirección: ahora, ya no hacían otra cosa que trepar y arrastrarse. Entonces se detuvo y los miró con desaliento. Los horribles troncos grises retorcidos los rodeaban por todas partes como una fea red gigantesca, en una tan profunda lobreguez que ya no podían verse a una docena de yardas. Esto era lo que había conseguido Gorbo, el listo, el hombre acostumbrado a los bosques. Se habían perdido, (pp. 51-52)

luego que llovía, y que las gotas caían pesadamente aquí y allá sobre el suelo del bosque. Eso sólo les recordó que también estaban muertos de sed, y que la lluvia no los aliviaba: no se puede apagar una sed terrible sólo quedándose al pie de unos robles gigantes, esperando a que una gota ocasional te caiga en la lengua. La única pizca de consuelo llegó, inesperadamente, de Bombur.

Bombur despertó de súbito y se sentó rascándose la cabeza. No había modo de que pudiera entender dónde estaba ni por qué tenía tanta hambre. Había olvidado todo lo que ocurriera desde el principio del viaje, aquella mañana de mayo, hacía tanto tiempo. Lo último que recordaba era la tertulia en la casa del hobbit, y fue difícil convencerlo de la verdad de las muchas aventuras que habían tenido desde entonces.

Cuando oyó que no había nada que comer, se sentó y se echó a llorar; se sentía muy débil y le temblaban las piernas.

-¿Por qué habré despertado? -sollozaba-. Tenía unos sueños tan maravillosos. Soñé que caminaba por un bosque bastante parecido a éste, alumbrado sólo por antorchas en los árboles, lámparas que se balanceaban en las ramas, y hogueras en el suelo; y se celebraba una gran fiesta, que no terminaría nunca. Un rey del bosque estaba allí coronado de hojas; y se oían alegres canciones, y no podría contar o describir todo lo que había para comer y beber.

-Y no tienes por qué intentarlo -dijo Thorin-. En verdad, si no puedes hablar de otra cosa, mejor te callas. Ya estamos bastante molestos contigo por lo que pasó. Si no hubieras despertado, te habríamos dejado en el bosque con tus sueños idiotas; no es ninguna broma andar cargando contigo ni aun después de semanas de escasez.

No podían hacer otra cosa que apretarse los cinturones sobre los estómagos vacíos, cargar con los sacos y mochis-



Japonés (1965)

las también vacíos, y marchar sin descanso camino adelante, sin muchas esperanzas de llegar al final antes de caer y morir de inanición. Esto fue lo que hicieron todo ese día, avanzando cansada y lentamente, mientras Bombur seguía quejándose de que las piernas no podían sostenerlo y que quería echarse y dormir.

-No, no lo harás -decían-. Que tus piernas cumplan la parte que les toca; nosotros ya te hemos cargado bastante tiempo.

A pesar de todo, Bombur se negó de pronto a dar un paso más y se dejó caer en el suelo. -Seguid si es vuestro deber -dijo-, yo me echaré aquí a dormir y a soñar con comida, ya que no puedo tenerla de otro modo. Espero no despertar nunca más.

En ese momento, Balin, que iba un poco más adelante, gritó: -¿Qué es eso? Creí ver un destello de luz entre los árboles.

Todos miraron, y parecía que allá a lo lejos se veía un parpadeo rojizo en la oscuridad, y después otro y otro a un lado. Hasta Bombur mismo se puso de pie, y luego todos caminaron de prisa, sin detenerse a pensar si las luces serían de ogros o de trasgos. La luz brillaba delante de ellos y a la izquierda, y al fin fue evidente que unas antorchas y hogueras ardían bajo los árboles, pero a buena distancia del sendero.

-Parece como si mis sueños se hiciesen realidad -dijo Bombur desde atrás con voz entrecortada, y quiso correr directamente bosque adentro hacia las luces. Pero los otros recordaban demasiado bien las advertencias de Beorn y el mago.

-Un banquete no servirá de nada si no salimos vivos -dijo Thorin.

-Pero de cualquier modo, sin un banquete no seguiremos vivos mucho tiempo -dijo Bombur, y Bilbo asintió de

- 5 Esta escena contiene un eco distante de la primera parte del poema «Sister Songs» [Canciones de la hermana] (1893), de Francis Thompson, en el que el poeta ve primero a un único elfo en un claro, y luego a «un enjambre de ellos» que cantan y bailan, pero cuando el poeta se mueve y hace ruido, todos huyen del claro.

Tolkien sentía gran admiración por la poesía de Thompson durante sus días de estudiante en Oxford. El 4 de marzo de 1914, presentó un ensayo, «Francis Thompson», ante el Exeter College Essay Club. En él sostenía que Thompson debía ser considerado entre los más grandes de los poetas, por su capacidad métrica, la grandeza de su lenguaje y la inmensa riqueza de sus imágenes, junto con la fe que lo subyace todo. Thompson (como Tolkien) era un devoto católico apostólico romano, y abundan en su poesía las visiones místicas de carácter católico.

Tolkien concluyó el ensayo (de acuerdo con la versión del secretario del club) con la observación: «Uno debe empezar con lo feérico y delicado y avanzar hacia lo profundo: escuchad primero el violín y la flauta, y aprended luego a oír el órgano de la armonía del ser».

todo corazón. Lo discutieron largo rato del derecho y del revés, hasta que por fin convinieron en mandar un par de espías, para que se acercaran arrastrándose a las luces y averiguaran más sobre ellas. Pero luego, cuando se preguntaron a quién enviarían, no pudieron ponerse de acuerdo: nadie parecía tener ganas de extraviarse y no volver a encontrar a sus amigos. Por último, y a pesar de las advertencias, el hambre terminó por decidirlos, ya que Bombur continuó describiendo todas las buenas cosas que se estaban comiendo en el banquete del bosque, de acuerdo con lo que él había soñado, de modo que dejaron la senda y juntos se precipitaron bosque adentro.

Luego de mucho arrastrarse y gatear miraron escondidos detrás de unos troncos y vieron un claro con algunos árboles caídos y un terreno llano. Había mucha gente allí, de aspecto élfico, vestidos todos de castaño y verde y sentados en círculo sobre cepos de árboles talados. Una hoguera ardía en el centro y había antorchas encendidas sujetas a los árboles de alrededor; pero la visión más espléndida era la gente que comía, bebía y reía alborozada.

- El olor de las carnes asadas era tan atractivo que sin consultarse entre ellos todos se pusieron de pie y corrieron hacia el círculo con la única idea de pedir un poco de comida. Tan pronto como el primero dio un paso dentro del claro, todas las luces se apagaron como por arte de magia.
- 5 Alguien pisoteó la hoguera, que desapareció en cohetes de chispas rutilantes. Estaban perdidos ahora en la oscuridad más negra, y ni siquiera consiguieron agruparse, al menos durante un buen rato. Por fin, luego de haber corrido frenéticamente a ciegas, golpeando con estrépito los árboles, tropezando en los troncos caídos, gritando y llamando hasta haber despertado sin duda a todo el bosque en millas a la redonda, consiguieron juntarse en montón y se conta-

ron unos a otros. Por supuesto, en ese entonces habían olvidado por completo en qué dirección quedaba el sendero, y estaban irremisiblemente extraviados, por lo menos hasta la mañana.

No podían hacer otra cosa que instalarse para pasar la noche allí donde estaban; ni siquiera se atrevieron a buscar en el suelo unos restos de comida por temor a separarse otra vez. Pero no llevaban mucho tiempo echados, y Bilbo sólo estaba adormecido, cuando Dori, a quien le había tocado el primer turno de guardia, dijo con un fuerte susurro:

-Las luces aparecen de nuevo allá, y ahora son más numerosas.

Todos se incorporaron de un salto. Allá, sin ninguna duda, parpadeaban no muy lejos unas luces y se oían claramente voces y risas. Se arrastraron hacía ellas, en fila, cada uno tocando la espalda del que iba delante. Cuando se acercaron, Thorin dijo: -¡Que nadie se apresure ahora! ¡Que ninguno se deje ver hasta que yo lo diga! Enviaré primero al señor Bolsón para que les hable. No los asustará. -«¿Y qué me pasará a mí?», pensó Bilbo.- Y de todos modos, no creo que le hagan nada malo.

Cuando llegaron al borde del círculo de luz, empujaron de repente a Bilbo por detrás. Antes que tuviera tiempo de ponerse el anillo, Bilbo avanzó tambaleándose a la luz del fuego y las antorchas. De nada sirvió. Otra vez se apagaron las luces y cayó la oscuridad.

Si había sido difícil reunirse antes, ahora fue mucho peor. Y no podían dar con el hobbit. Todas las veces que contaron, eran siempre trece. Gritaron y llamaron: -¡Bilbo Bolsón! ¡Hobbit! ¡Tú, maldito hobbit! ¡Eh, hobbit malhadado! ¿Dónde estás? -y otras cosas por el estilo, pero no hubo respuesta.

Iban a abandonar toda esperanza cuando Dori dio



Eslovaco (1973)

con él por casualidad. Cayó sobre lo que creyó un tronco y se encontró con que era el hobbit acurrucado y profundamente dormido. Después de mucho zarandearlo, consiguieron que despertase, y Bilbo no pareció muy contento.

-Tenía un sueño tan maravilloso -gruñó-, todos participando de la más espléndida cena.

-¡Cielos!, está como Bombur -dijeron-. No nos hables de cenas. Las cenas soñadas de nada sirven y no podemos compartirlas.

-No hay nada mejor a mi alcance en este desagradable lugar -murmuró Bilbo, mientras se echaba otra vez al lado de los enanos e intentaba volver a dormir y tener de nuevo aquel sueño.

Pero no fue la última vez que vieron luces en el bosque. Más tarde, cuando ya la noche tenía que haber envejecido, Kili, que estaba entonces de guardia, vino y los despertó a todos.

-Ha aparecido un gran resplandor, no muy lejos -dijo-. Cientos de antorchas y muchas hogueras han sido encendidas de repente y por arte de magia. ¡Escuchad el canto y las arpas!

Luego de quedarse un rato echados y escuchando, descubrieron que no podían resistir el deseo de acercarse y tratar, una vez más, de conseguir ayuda. Todos se incorporaron, y esta vez el resultado fue desastroso. El banquete que vieron entonces era más grande y magnífico que antes: a la cabecera de una larga hilera de comensales estaba sentado un rey del bosque, con una corona de hojas sobre los cabellos dorados, muy parecido a la figura que Bombur había visto en sueños. La gente élfica se pasaba cuencos de mano en mano por encima de las hogueras; algunos tocaban el arpa y muchos estaban cantando. Las cabelleras resplandecían ceñidas con flores; gemas verdes y blancas

destellaban en cinturones y collares, y las caras y las canciones eran de regocijo. Altas, claras y hermosas sonaban 6 las canciones, y fuera salió Thorin, apareciendo entre ellos.

Un silencio mortal cayó a mitad de una frase. Todas las luces se extinguieron. Las hogueras se transformaron en humaredas negras. Brasas y cenizas cayeron sobre los ojos de los enanos, y en el bosque se oyeron otra vez clamores y gritos.

Bilbo se encontró corriendo en círculos (así lo creía) y llamando y llamando: -Dori, Nori, Ori, Oin, Gloin, Fili, Kili, Bombur, Bifur, Balin, Dwalin, Thorin Escudo de Roble. -Mientras gentes que ni podía ver ni sentir hacían lo mismo alrededor, lanzando algún ocasional:- ¡Bilbo! -Pero los gritos de los otros fueron haciéndose más lejanos y débiles, y aunque al cabo de un rato le pareció que se habían transformado en aullidos y distantes llamadas de socorro, todos los sonidos murieron al fin, y Bilbo se quedó sólo en una oscuridad y un silencio completos.

Aquél fue uno de los momentos más tristes de la vida de Bilbo. Pero pronto decidió que era inútil intentar nada hasta que el día trajese alguna luz y que de nada servía andar ciegas cansándose, sin esperanzas de desayuno que lo reviviese. Así que se sentó con la espalda contra un árbol, y no por última vez se encontró pensando en el distante agujero-hobbit y las hermosas despensas. Estaba sumido en pensamientos de pancetas, huevos, tostadas y mantequilla, cuando sintió que algo lo tocaba. Algo como una cuerda pegajosa y fuerte se le había pegado a la mano izquierda; trató de moverse y descubrió que tenía las piernas ya sujetas por aquella misma especie de cuerda, y cuando trató de levantarse, cayó al suelo.

Entonces la gran araña, que había estado ocupada en

6 Ni en *El hobbit* ni en *El Señor de los Anillos* de Tolkien hay indicio alguno que permita responder a la cuestión que ha sido tan calurosamente discutida entre sus lectores: ¿Tenían los Elfos orejas puntiagudas?

Lo más cercano a una posible respuesta se funda en los elementos lingüísticos de las lenguas inventadas por Tolkien. En sus notas sobre la raíz LAS¹, de **lassē* = «hoja», y la raíz LAS², «escuchar» (**lasse* = «oreja»), Tolkien ha observado una posible relación entre las dos: «las orejas de los Elfos eran más puntiagudas y lanciformes» que las de los humanos.

¡Qué típico de Tolkien hacer que semejante minucia de detalle dependa de sus lenguas inventadas!

atarlo mientras dormitaba, apareció por detrás y se precipitó sobre él. Bilbo sólo veía los ojos de la criatura, pero podía sentir el contacto de las patas peludas mientras la araña trataba de paralizarlo con vueltas y más vueltas de aquel hilo abominable. Fue una suerte que volviese en sí a tiempo. Pronto no hubiera podido moverse. Pero antes de liberarse, tuvo que sostener una lucha desesperada. Rechazó a la criatura con las manos -estaba intentando envenenarlo para mantenerlo quieto, como las arañas pequeñas hacen con las moscas- hasta que recordó la espada y la desenvainó. La araña dio un salto atrás y Bilbo tuvo tiempo para cortar las ataduras de las piernas. Ahora le tocaba a él atacar. Era evidente que la araña no estaba acostumbrada a cosas que tuviesen a los lados tales aguijones, o hubiese escapado mucho más aprisa. Bilbo se precipitó sobre ella antes que desapareciese y blandiendo la espada la golpeó en los ojos. Entonces la araña enloqueció y saltó y danzó y estiró las patas en horribles espasmos, hasta que dando otro golpe Bilbo acabó con ella. Luego se dejó caer, y durante largo rato no recordó nada más.

Cuando volvió en sí, vio alrededor la habitual luz gris y mortecina de los días del bosque. La araña yacía muerta a un lado y la espada estaba manchada de negro. Por alguna razón, matar a la araña gigante, él, totalmente solo, en la oscuridad, sin la ayuda del mago o de los enanos o de cualquier otra criatura, fue muy importante para el señor Bolsón. Se sentía una persona diferente, mucho más audaz y fiera a pesar del estómago vacío, mientras limpiaba la espada en la hierba y la devolvía a la vaina.

-Te daré un nombre -le dijo a la espada-. ¡Te llamaré Aguijón!

Luego se dispuso a explorar. El bosque estaba oscuro y silencioso, pero antes que nada tenía que buscar a sus amigos, como era obvio. Quizá no estuviesen lejos, a menos

que unos trasgos (o algo peor) los hubieran capturado. A Bilbo no le parecía sensato ponerse a gritar, y durante un rato estuvo preguntándose de qué lado correría el sendero y en qué dirección tendría que ir a buscar a los enanos.

-¡Oh!, ¿por qué no habremos tenido en cuenta los consejos de Beorn y Gandalf? -se lamentaba-. ¡En qué enredo nos hemos metido todos nosotros! ¡Nosotros! Lo único que deseo es que fuésemos *nosotros*: es horrible estar completamente solo.

Por último trató de recordar la dirección de donde habían venido los gritos de auxilio la noche anterior, y por suerte (había nacido con una buena provisión de suerte) lo recordó bastante bien, como veréis en seguida. Habiéndose decidido, avanzó muy despacio, tan hábilmente como pudo. Los hobbits saben moverse en silencio, especialmente en los bosques, como ya os he dicho; además Bilbo se había puesto el anillo antes de ponerse en marcha, y fue por eso que las arañas no lo vieron ni oyeron cómo se acercaba. Se abrió paso sigilosamente durante un trecho, cuando vio delante una espesa sombra negra, negra aun para aquel bosque, como la sombra de una medianoche inmutable. Cuando se acercó, vio que la sombra era en realidad una confusión de telarañas superpuestas. Vio también, de repente, que unas arañas grandes y horribles estaban sentadas por encima de él en las ramas, y con anillo o sin anillo, tembló de miedo al pensar que quizá lo descubrieran. Se quedó detrás de un árbol, observó a un grupo de arañas durante un tiempo, y al fin comprendió que aquellas repugnantes criaturas se hablaban unas a otras en la quietud y el silencio del bosque. Las voces eran como leves crujidos y siseos, pero Bilbo pudo entender muchas de las palabras. ¡Estaban hablando de los enanos!

7 Tolkien dijo en una entrevista que se le hizo en 1957:

Incluí las arañas en gran medida porque esto fue escrito, como se sabe, fundamentalmente para mis hijos (al menos pensaba entonces en ellos), y a uno en particular siempre le repugnaban intensamente las arañas. ¡Lo hice para asustarlo y por cierto que lo conseguí!

Durante toda la vida uno de los hijos de Tolkien, Michael, sintió lo que él mismo llamaba «un aborrecimiento por las arañas profundamente arraigado».

-Fue una lucha dura, pero valió la pena -dijo una-. Sí, en efecto, qué pieles asquerosas y gruesas tienen, pero apuesto a que dentro hay buenos jugos.

-Sí, serán un buen bocado cuando hayan colgado un poco en la tela -dijo otra.

-No los colguéis demasiado tiempo -dijo una tercera-. No están muy gordos. Yo diría que no se alimentaron muy bien últimamente.

-Matadlos, os digo yo -siseó una cuarta-. Matadlos ahora y colgadlos muertos durante un rato.

-Apostaría a que ya están muertos -dijo la primera.

-No, no lo están. Acabo de ver a uno forcejeando. Justo despertando de un hermoso sueño, diría yo. Os lo mostraré.

Una de las arañas gordas corrió luego a lo largo de una cuerda, hasta llegar a una docena de bultos que colgaban en hilera de las ramas altas. Bilbo los vio entonces por primera vez suspendidos en las sombras, y descubrió horrorizado que el pie de un enano sobresalía del fondo de algunos de los bultos, y aquí y allá la punta de una nariz, o un tronco de barba o de capuchón.

La araña se acercó ai más gordo de los bultos. «Es el pobre viejo Bombur, apostarí», pensó Bilbo; y la araña pellizcó la nariz que asomaba. Dentro sonó un débil gañido, y un pie salió disparado y golpeó fuerte y directamente a la araña. Aún quedaba vida en Bombur. Se oyó un ruido, como si hubieran pateado una pelota desinflada, y la araña enfurecida cayó del árbol, aferrándose a su propia cuerda en el último instante.

Las otras rieron.

-Tenías bastante razón. ¡La carne aún está viva y coleando!

7 -¡Pronto acabaré con eso! -siseó la araña colérica, volviendo a trepar a la rama.

Bilbo vio que había llegado el momento de hacer algo. No podía llegar hasta donde estaban las bestias, ni tenía nada que tirarles; pero mirando alrededor vio que en lo que parecía el lecho de un arroyo, seco ahora, había muchas piedras. Bilbo era un tirador de piedras bastante bueno y no tardó mucho en encontrar una lisa y de forma de huevo que le cabía perfectamente en la mano. De niño había tirado piedras a todo, hasta que las ardillas, los conejos y aun los pájaros se apartaban rápidos como el rayo en cuanto lo veían aparecer; y de mayor se había pasado también bastante tiempo arrojando tejos, dardos, bochas, boliches, bolos y practicando otros juegos tranquilos de puntería y tiro; aunque también podía hacer muchas otras cosas -aparte de anillos de humo, proponer acertijos y cocinar- que no he tenido tiempo de contarlos. Tampoco lo hay ahora. Mientras recogía piedras, la araña había llegado hasta Bombur, que pronto estaría muerto. En ese mismo momento Bilbo disparó. La piedra dio en la cabeza de la araña con un golpe seco y la bestia se desprendió del árbol y cayó pesadamente al suelo con todas las patas encogidas.

La piedra siguiente atravesó zumbando una telaraña, y rompiendo las cuerdas, derribó a la araña que estaba allí sentada. A esto siguió una gran conmoción en la colonia, y por un momento olvidaron a los enanos, os lo aseguro. No podían ver a Bilbo, pero no les costó mucho descubrir de qué dirección venían las piedras. Rápidas como el rayo, se acercaron corriendo y balanceándose hacia el hobbit, tendiendo largas cuerdas alrededor, hasta que el aire pareció todo ocupado por trampas flotantes.

Bilbo, de cualquier modo, se deslizó pronto hasta otro sitio. Se le ocurrió la idea de alejar más y más a las arañas de los enanos, si podía, y hacer que se sintieran perplejas, excitadas y enojadas, todo a la vez. Cuando medio centenar de arañas llegó al lugar donde él había estado antes, les

- 8 *Attercop* [venenosa] proviene del inglés medio *alter-cop(pe)*, que deriva a su vez del inglés antiguo *at(t)or-coppa*, «araña»: significativamente «cabeza venenosa»
- 9 El *Oxford English Dictionary* define *Tomnoddy* [Tontuna] como «una persona tonta o estúpida».

tiró unas cuantas piedras más, y también a las otras que habían quedado a retaguardía; luego, danzando por entre los árboles, se puso a cantar una canción, para enfurecerlas y atraerlas, y también para que lo oyeran los enanos.

Esto fue lo que cantó:

- 8 *¡Araña gorda y vieja que hilas en un árbol!*
¡Araña gorda y vieja que no alcanzas a verme!
¡Venenosa! ¡Venenosa!
¿No pararás?
¿No pararás tu hilado y vendrás a buscarme?
- 8 *Vieja Tontona, toda cuerpo grande,*
¡Vieja Tontona, no puedes espiarme!
¡Venenosa! ¡Venenosa!
¡Déjate caer!
¡Nunca me atraparás en los árboles!

No muy buena quizá, pero no olvidéis que había tenido que componerla él mismo, en el apuro de un difícil momento. De todos modos tuvo el efecto que él había esperado. Mientras cantaba, tiró algunas piedras más y pateó el suelo. Prácticamente todas las arañas del lugar fueron tras él: unas saltaban abajo, otras corrían por las ramas, pasando de árbol en árbol o tendían nuevos hilos en sitios oscuros. Estaban terriblemente enojadas. Aun olvidando las piedras, ninguna araña había sido llamada Venenosa, y desde luego, Tontona es para cualquiera un insulto inadmisibile.

Bilbo se escabulló a otro sitio, pero por entonces muchas de las arañas habían corrido a diferentes puntos del claro donde vivían, y estaban tejiendo telarañas entre los troncos de todos los árboles. Muy pronto Bilbo estaría rodeado de una espesa barrera de cuerdas, al menos ésa era la

idea de las arañas. En medio de todos aquellos insectos que cazaban y tejían, Bilbo hizo de tripas corazón y cantó otra vez:

*La Lob perezosa y la loca Cob
tejen telas para cazarme;
más dulce soy que muchas carnes,
¡pero no pueden encontrarme!*

*Aquí estoy yo, mosca traviesa;
y ahí vosotras, gordas y hurañas.
Jamás podréis atraparme
en vuestras locas telarañas.*

Con eso se volvió y descubrió que el último espacio entre dos grandes árboles había sido cerrado con una telaraña, pero por fortuna no una verdadera telaraña, sin grandes hebras de cuerdas de doble ancho, tendidas rápidamente de acá para allá de tronco a tronco. Desenvainó la pequeña espada, hizo pedazos las hebras, y se fue cantando.

Las arañas vieron la espada, aunque no creo que supieran lo que era, y todas se pusieron a correr persiguiendo al hobbit, por el suelo y por las ramas, agitando las piernas peludas, chasqueando las pinzas, los ojos desorbitados, rabiosas, echando espuma. Lo siguieron bosque adentro, hasta que Bilbo no se atrevió a alejarse más. Luego se escaulló de vuelta, más callado que un ratón.

Tenía un tiempo corto y precioso, lo sabía, antes que las arañas perdieran la paciencia y volviesen a los árboles, donde colgaban los enanos. Mientras tanto, tenía que rescatarlos. Lo más difícil era subir hasta la rama larga donde pendían los bultos. No me imagino cómo se las habría arreglado si, por fortuna, una araña no hubiera dejado un

10 Tanto *Lob* como *Cob* quieren decir «araña». *Lob* proviene del inglés medio *loppe*, *lop(p)*, *lob* (inglés antiguo *loppe*, *lobbe*). *Cob* resulta rara como palabra separada y probablemente proviene de *cobweb* [telaraña] (inglés medio *coppe-web*). En *The Princess and the Goblin*, sin embargo, George Macdonald utilizó *cob* como sinónimo de *goblin* [trasgo].

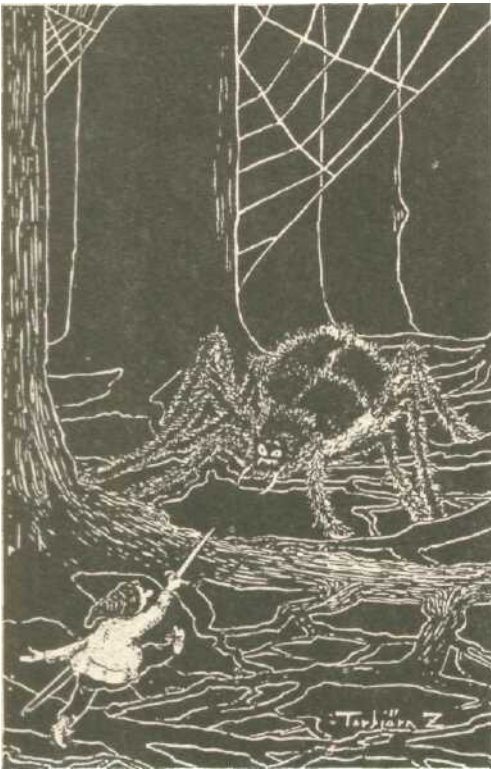
10

cabo colgando; con ayuda de la cuerda, aunque se le pegaba a las manos y le lastimaba la piel, trepó y allá arriba se encontró con una araña malvada, vieja, lenta y gruesa, que había quedado atrás y guardaba a los prisioneros, y que había estado entretenida pinchándolos, para averiguar cuál era el más jugoso. Había pensado comenzar el banquete mientras las otras estaban fuera, pero el señor Bolsón tenía prisa, y antes que la araña supiera lo que estaba sucediendo, sintió el aguijón de la espada y rodó muerta cayendo de la rama.

El siguiente trabajo de Bilbo era soltar un enano. ¿Cómo lo haría? Si cortaba la cuerda, el enano maltrecho caería golpeándose contra el suelo, que estaba bien abajo. Serpenteando rama adelante (lo que hizo que los pobres enanos se balancearan y danzaran como fruta madura), llegó al primer bulto.

«Fili o Kili», se dijo viendo la punta de un capuchón azul que sobresalía de un extremo. «Más posiblemente Fili», pensó al descubrir la punta de una nariz larga que asomaba entre las cuerdas enmarañadas. Inclinandose, consiguió cortar la mayor parte de las cuerdas pegajosas y fuertes, y entonces, en efecto, con un puntapié y algunas sacudidas, apareció la mayor parte de Fili. Me temo que Bilbo se rió viendo cómo agitaba las piernas y los brazos rígidos mientras danzaba con la cuerda de la telaraña en las axilas, como uno de esos juguetes divertidos que se meanean en un alambre.

De algún modo, Fili se encaramó en la rama, y ahí ayudó todo lo posible al hobbit, aunque se sentía mareado y enfermo a causa del veneno de las arañas, y por haber estado colgado la mayor parte de la noche y el día siguiente, envuelto y envuelto en cuerdas, sólo con la nariz fuera para respirar. Tardó mucho tiempo en quitarse aquellas hebras bestiales de los ojos y las cejas, y en cuanto a la



Sueco (1947)

barba, tuvo que cortarse la mayor parte. Bien, Bilbo y Fili, juntos, alzaron primero a un enano y luego a otro y cortaron las ataduras. Ninguno se encontraba mejor que Fili y algunos bastante peor, pues apenas habían podido respirar (ya veis, a veces las narices largas son útiles), y algunos parecían más envenenados.

De este modo rescataron a Kili, Bifur, Bofur, Dori y Nori. El pobre viejo Bombur estaba tan exhausto -era el más gordo y lo habían pinchado y pellizcado constantemente- que rodó de la rama y, ¡plaf!, cayó al suelo, por fortuna sobre unas hojas, y quedó allí tendido. Pero aún había cinco enanos que colgaban del extremo de la rama, cuando las arañas comenzaron a volver, más rabiosas que nunca.

Bilbo fue inmediatamente hasta el sitio en que la rama nacía del tronco, y mantuvo a raya a las arañas que subían trepando. Se había quitado el anillo cuando rescató a Fili y había olvidado ponérselo de nuevo, y ahora todas ellas farfullaban y siseaban:

-¡Ya te vemos, asquerosa criatura! ¡Te comeremos y sólo te dejaremos la piel y los huesos colgando de un árbol! ¡Ah! Tiene un agujijón, ¿verdad? Bueno, de todas maneras lo atraparemos y colgaremos cabeza abajo durante un día o dos.

Mientras, los enanos trabajaban en el resto de los cautivos y cortaban los hilos. Pronto liberarían a todos, aunque no estaba claro qué ocurriría después. Las arañas los habían capturado sin muchas dificultades la noche anterior, pero sorprendiéndolos en la oscuridad. Esta vez, parecía que iba a librarse una terrible batalla.

De repente Bilbo cayó en la cuenta de que algunas arañas se habían reunido alrededor del viejo Bombur, sobre el suelo, lo habían atado otra vez y se lo estaban llevando a la rastra. Dio un grito y acuchilló a las bestias que tenía de-



Ruso (1976)

lante. Las arañas retrocedieron en seguida, y Bilbo trepó y saltó desde el árbol, justo en medio de las que estaban en el suelo. La pequeña espada era un tipo de aguijón que no conocían. ¡Cómo se movía de acá para allá! La hoja brillaba triunfante cuando traspasaba a las arañas. Seis de ellas murieron antes que el resto huyese y dejase a Bombur en manos de Bilbo.

-¡Bajad! ¡Bajad! -gritó a los enanos que estaban en la rama-. No os quedéis ahí; os echarán las redes encima -pues veía que unas pocas arañas trepaban a los árboles vecinos, arrastrándose por las ramas sobre la cabeza de los enanos.

Los enanos bajaron gateando, o saltaron o se dejaron caer, los once en montón, la mayoría muy temblorosos y torpes de piernas. Allí se encontraron al fin los doce, contando al pobre Bombur, a quien sostenían por ambos lados el primo Bifur y el hermano Bofur; y Bilbo se movía alrededor y blandía el Aguijón; y cientos de arañas los miraban con los ojos desorbitados, desde arriba, desde un lado, desde otro. La situación parecía bastante desesperada.

Entonces comenzó la batalla. Algunos enanos tenían cuchillos; otros, palos, y había piedras para todos; y Bilbo blandía la daga élfica. Una y otra vez las arañas fueron rechazadas, y muchas murieron. Pero esto no podía prolongarse. Bilbo estaba casi exhausto; sólo cuatro de los enanos se mantenían aún en pie, y pronto las arañas caerían sobre ellos como sobre moscas cansadas. Ya tejían de nuevo alrededor, de árbol en árbol.

Bilbo al fin no pudo pensar en otro plan que comunicar a los enanos el secreto del anillo. Lo lamentaba bastante, pero no había otro remedio.

-Voy a desaparecer -dijo-. Alejaré a las arañas de aquí, si puedo; vosotros tenéis que manteneros juntos y escapar

en la dirección opuesta. Por allí a la izquierda quizá se podría llegar al sitio donde vimos por última vez el fuego de los elfos.

Tardaron en entender lo que se les decía, pues las cabezas les daban vueltas en medio de una confusión de gritos, palos y piedras que golpeaban, pero al fin Bilbo sintió que no podía esperar más: las arañas estaban cerrando el círculo. De súbito se deslizó el anillo en el dedo, y desapareció dejando estupefactos a los enanos.

Pronto se oyeron gritos: -¡Perezosa Lob! ¡Venenosa! -entre los árboles de la derecha. Esto enfureció mucho a las arañas. Dejaron de acercarse a los enanos y unas cuantas se volvieron hacia la voz. «Venenosa» las enojó tanto que perdieron el juicio. Entonces Balin, quien había entendido el plan de Bilbo mejor que los demás, se lanzó al ataque. Los enanos se unieron en un pelotón y descargando una lluvia de piedras corrieron hacia la izquierda y atravesaron el círculo. Lejos, detrás de ellos, los cantos y gritos cesaron de pronto.

Esperando contra toda esperanza que no hubiesen capturado a Bilbo, los enanos siguieron adelante. No bastante de prisa, sin embargo. Se sentían enfermos y débiles y arrastraban las piernas y cojeaban, perseguidos por arañas que les pisaban los talones. Una y otra vez tenían que volverse y enfrentar a las criaturas que estaban casi encima de ellos; y ya algunas de las arañas corrían por los árboles y dejaban caer unos largos hilos pegajosos.

Las cosas parecían haber empeorado otra vez, cuando de pronto Bilbo reapareció e inesperadamente inició un ataque desde un lado, sobre las asombradas arañas.

-¡Seguid! ¡Seguid! -gritó-. ¡Yo seré quien clave el aguijón!

Y así ocurrió. Se movía adelante y atrás, rasgando los hilos de las arañas, cortándoles las patas y acuchillándoles

11 Véase nota 2 del capítulo 6, página 109.

los cuerpos gordos si se acercaban demasiado. Las arañas se hinchaban de rabia y farfullaban y espumajeaban y si seaban horribles maldiciones; pero ahora tenían un miedo mortal al Aguijón y no se atrevían a acercarse. Así, mientras maldecían, la presa se les escapaba lenta e inexorablemente. Era una situación horrible y parecía durar horas. Pero al fin, cuando Bilbo sentía que ya no tenía fuerzas para levantar la mano y asestar otro golpe, de pronto abandonaron la persecución, y no los siguieron más y volvieron decepcionadas a la tenebrosa colonia.

Entonces los enanos se dieron cuenta de que habían llegado al círculo en que habían ardido los fuegos de los elfos. No podían saber si era uno de los fuegos que habían visto la noche anterior; pero parecía que algún encantamiento bienhechor persistía en estos sitios, que a las arañas no les gustaban. De cualquier modo, la luz era más verde, los arbustos menos espesos y amenazadores, y ahora podían descansar y recobrar el Allento.

Allí se quedaron un rato resollando y jadeando. Pero muy pronto los enanos empezaron a hacer preguntas. Querían que Bilbo les explicase bien el asunto de las desapariciones; tanto les interesó la historia del anillo que por un momento olvidaron sus propios problemas. Balin en particular insistió en oír otra vez la historia de Gollum con acertijos y todo lo demás, y con el anillo en el lugar que correspondía. Pero al cabo de un tiempo la luz comenzó a declinar, y se hicieron otras preguntas. ¿Dónde estaban y por dónde corría el camino? ¿Dónde habría comida y qué harían ahora? Estas preguntas fueron hechas una y otra vez, y esperaban que el pequeño Bilbo conociese las respuestas. Por lo que podéis ver, habían cambiado mucho de opinión con respecto al señor Bolsón, y ahora lo respetaban de veras (tal y como había dicho Gandalf). Ya no refunfuñaban, y esperaban realmente que a Bilbo se le ocu-

rriría algún plan maravilloso. Sabían demasiado bien que si no hubiese sido por el hobbit todos estarían ya muertos; y se lo agradecieron muchas veces. Algunos de ellos incluso se pusieron en pie y lo saludaron inclinándose hasta el suelo, aunque el esfuerzo los hizo caer, y durante un rato no pudieron incorporarse. Saber la verdad sobre las desapariciones no disminuyó de ningún modo la opinión que Bilbo les merecía, pues entendieron que tenía ingenio, y también suerte y un anillo mágico, y las tres cosas eran bienes muy útiles. En verdad lo elogiaron tanto que Bilbo llegó a sentir que había algo en él de aventurero audaz, al fin y al cabo, aunque se habría sentido aún mucho más audaz si hubiera tenido algo que comer.

Pero no había nada, nada de nada, y ninguno estaba en disposición de ir a buscar algo o encontrar el sendero perdido. ¡El sendero perdido! En la fatigada cabeza de Bilbo no había otra cosa. Se sentó y clavó los ojos en los árboles que se sucedían en interminables hueras, y al cabo de un rato todos callaron otra vez.

Todos excepto Balin. Mucho tiempo después que los otros hubieran dejado de hablar y cuando ya habían cerrado los ojos, Balin seguía aún murmurando y riendo entredientes.

-¡Gollum! ¡Caramba! Así fue como llegó a escabullirse delante de mí, ¿no? ¡Ahora me lo explico! Arrastrándose en silencio, nada más, ¿no, señor Bolsón? ¡Los botones todos sobre el umbral! El bueno de Bilbo... Bilbo... Bilbo... bo... bo... bo... -Y poco después se quedó dormido, y durante un largo rato no se oyó nada.

De pronto, Dwalin abrió un ojo y miró alrededor.

-¿Dónde está Thorin? -preguntó.

Fue un golpe terrible. Desde luego, sólo eran trece, doce enanos y el hobbit. ¿Dónde, pues, estaba Thorin? Se

- 12 T. A. Shippey considera el anillo mágico de Bilbo como un elemento jerarquizador, que lo eleva al nivel de los Enanos. Bilbo empieza el viaje como si fuera meramente parte del equipaje que es necesario llevar, pero con el anillo puede tener una parte activa en la aventura. (Véase *The Road to Middle-earth [El camino a la Tierra Media]*.)

13 Los Elfos de la Luz, los Elfos del Abismo y los Elfos del Mar constituyen los Tres Clanes de los Altos Elfos. En *El Silmarillion* reciben el nombre respectivamente de Vanyar, Noldor y Telen. (Los Vanyar habían sido llamados los Lindar; véase *The Lost Road [El camino perdido]*.) Tolkien en otras ocasiones utilizó Elfos de la Luz para referirse a los Tres Clanes, los que fueron desde la Tierra Media por mar a Valinor y vieron la luz de los Dos Árboles. Se distinguían así de los Elfos Oscuros, que (como el Rey de los Elfos y su pueblo) nunca abandonaron la Tierra Media.

preguntaron qué desgracia habría caído sobre él: un encantamiento, o quizá unos monstruos oscuros, y todos se estremecieron mientras yacían perdidos allí en el bosque. Y así, cuando la tarde se hizo noche negra, cayeron uno tras otro en un sueño incómodo, de horribles pesadillas; y ahí tenemos que dejarlos por ahora, demasiado enfermos y débiles como para ponerse a vigilar o turnarse como centinelas.

Thorin había sido capturado mucho antes que ellos. ¿Recordáis que Bilbo cayó dormido como un tronco cuando entró en el círculo de luz? La vez siguiente fue Thorin quien dio un paso adelante, y cuando la luz desapareció, cayó al suelo como una piedra encantada. Las voces de los enanos perdidos en la noche, los gritos cuando las arañas se precipitaron sobre ellos y los atacaron, y todos los ruidos de la batalla del día siguiente, habían pasado inadvertidos para Thorin. Luego los Elfos del Bosque se le echaron encima, y lo ataron, y se lo llevaron.

Por supuesto, las gentes de los banquetes eran Elfos del Bosque. Los elfos no son malos, pero desconfían de los desconocidos; esto puede ser un defecto. Aunque dominaban la magia, andaban siempre con cuidado, aun en aquellos días. Distintos de los Altos Elfos del Poniente, eran más peligrosos y menos cautos, pues muchos de ellos (así como los parientes dispersos de las colinas y montañas) descendían de las tribus antiguas que nunca habían ido a la Tierra Occidental de las Hadas. Allí los Elfos de la Luz,

- 13 [1] los Elfos del Abismo y los Elfos del Mar vivieron durante siglos y se hicieron más justos, prudentes y sabios, y desarrollaron artes mágicas, y la habilidad de crear objetos hermosos y maravillosos, antes que algunos volvieran al
- [2] Ancho Mundo. En el Ancho Mundo los Elfos del Bosque disfrutaban de los crepúsculos del Sol y la Luna, pero preferían las estrellas; e iban de un lado a otro por los bosques

enormes que crecían en tierras ahora perdidas. Habitaban la mayor parte del tiempo en los límites de las florestas, de donde salían a veces para cazar o cabalgar y correr por los espacios abiertos a la luz de la luna o de los astros; y luego de la llegada de los Hombres, se aficionaron más y más al crepúsculo y a la noche. Sin embargo, eran y siguen siendo elfos, y esto significa Buena Gente.

En una gran cueva, algunas millas dentro del Bosque Negro, en el lado este, vivía en este tiempo el más grande rey de los elfos. Por delante de unas puertas de piedra corría un río que venía de las cimas de los bosques y desembocaba dentro y fuera de los pantanos, al pie de las altas tierras boscosas. Esta gran cueva, en la que se abrían a un lado y a otro otras cuevas más reducidas, se hundía mucho bajo tierra y tenía numerosos pasadizos y amplios salones; pero era más luminosa y saludable que cualquier morada de trasgos, y no tan profunda ni tan peligrosa. De hecho, los subditos del rey vivían y cazaban en su mayor parte en los bosques abiertos y tenían casas o cabanas en el suelo o sobre las ramas. Las hayas eran sus árboles favoritos. La cueva del rey era el palacio, un sitio seguro para guardar los tesoros y una fortaleza contra el enemigo.

Era también la mazmorra de los prisioneros. Así que a la cueva arrastraron a Thorin, no con excesiva gentileza, pues no querían a los enanos y pensaban que Thorin era un enemigo. En otros tiempos habían librado guerras con algunos enanos, a quienes acusaban de haberles robado un tesoro. Sería al menos justo decir que los enanos dieron otra versión y explicaban que sólo habían tomado lo que era de ellos, pues el rey elfo les había encargado que le tallasen la plata y el oro en bruto, y más tarde había rehusado pagarles. Si el rey elfo tenía una debilidad, ésa eran los tesoros, en especial la plata y las gemas blancas; y aunque guardaba muchas riquezas, siempre quería más, pensando

- 14 La versión anterior de este pasaje (véase Apéndice A, capítulo 8, nota 2), que no fue alterada hasta 1966, está de pleno acuerdo tanto con la historia de los Elfos como con la de la creación del Sol y de la Luna a partir de los últimos frutos de los Dos Árboles de los Valar, como se cuenta en la versión publicada de *El Silmarillion* (capítulo 11). El presente texto parece reflejar la decisión que adoptó Tolkien tardíamente de abandonar esta idea y aceptar que la Tierra Media había estado iluminada por el Sol y la Luna desde un principio. Sin duda, si Tolkien hubiera terminado de reescribir *El Silmarillion* a su entera satisfacción, la historia publicada habría sido distinta.
- 15 Esta historia de un rey elfo de los «días antiguos» (que no debe confundirse con el Rey de los Elfos) es la del Rey Thingol de Doriath, que fue asesinado por los Enanos después de rehusarles la paga convenida. (Véase *El Silmarillion*, especialmente el capítulo 22.)

que aún no eran tantas como las de otros señores elfos de antaño. La gente élfica nunca cavaba túneles ni trabajaba los metales o las joyas; ni tampoco se preocupaba mucho por comerciar o cultivar la tierra. Todo esto era bien conocido por los enanos, aunque la familia de Thorin no había tenido nada que ver con la disputa de la que hablamos antes. En consecuencia, Thorin se enojó por el trato que había recibido cuando le quitaron el hechizo y recobró el conocimiento, y estaba decidido también a que no le arrancasen ni una palabra sobre oro o joyas.

El rey miró severamente a Thorin cuando lo llevaron al palacio y le hizo muchas preguntas. Pero Thorin sólo dijo que se estaba muriendo de hambre.

-¿Por qué tú y los tuyos intentasteis atacarnos tres veces durante la fiesta? -preguntó el rey.

-Nosotros no los atacamos -respondió Thorin-, nos acercamos a pedir porque nos moríamos de hambre.

-¿Dónde están tus amigos y qué hacen ahora?

-No lo sé, pero supongo que muñéndose de hambre en el bosque.

-¿Qué hacíais en el bosque?

-Buscábamos comida y bebida, pues nos moríamos de hambre.

-Pero, en definitiva, ¿qué asunto os trajo al bosque? -preguntó el rey, enojado.

Thorin cerró entonces la boca y no dijo nada más.

-¡Muy bien! -exclamó el rey-. Que se lo lleven y lo pongan a buen recaudo hasta que tenga ganas de decir la verdad, aunque tarde cien años.

Entonces los elfos lo ataron con correas y lo encerraron en una de las cuevas más interiores, de sólidas puertas de madera, y lo dejaron allí. Le dieron buena comida y bebida en abundancia, pues los elfos no eran tragos, y se comportaban de modo razonable con los enemigos que



Capturaban, aun con los peores. Las arañas gigantes eran las únicas cosas vivientes con las que no tenían misericordia.

Allí, en la mazmorra del rey, quedó el pobre Thorin, y luego de haber dado gracias por el pan, la carne y el agua, empezó a preguntarse qué habría sido de sus infortunados amigos. No tardó mucho en saberlo; pero esto es parte del capítulo siguiente y el comienzo de una nueva aventura en la que el hobbit muestra otra vez su utilidad.

1 Elfos y flechas están fuertemente vinculados en el folklore. *Elf-shot* [disparo de elfo] era el nombre de la punta de flecha de piedra que atravesaba la piel sin dejar ninguna señal y enfermaba a los seres humanos.

Capítulo IX

BARRILES DE CONTRABANDO

El día que siguió a la batalla con las arañas, Bilbo y los enanos hicieron un último y desesperado esfuerzo por encontrar un camino de salida antes de morir de hambre y sed. Se incorporaron y fueron tambaleándose hacia el sitio en que corría el sendero, según decían ocho de los trece; pero nunca descubrieron si habían acertado. Un día como todos los del bosque se desvanecía una vez más en una noche negra, cuando las luces de muchas antorchas aparecieron de súbito todo alrededor, como cientos de estrellas rojas. Los Elfos del Bosque se acercaron cantando, armados con arcos y lanzas, y dieron el alto a los enanos.

Nadie pensó en luchar. Aun si los enanos no se hubiesen encontrado en una situación tal que les alegraba realmente ser capturados, los pequeños cuchillos, las únicas armas que tenían, hubieran sido inútiles contra las flechas de los elfos, que podían golpear el ojo de un pájaro en la oscuridad. De modo que se contentaron con detenerse, y se sentaron, y aguardaron, todos excepto Bilbo, que se puso rápido el anillo y se deslizó a un lado. Así se explica que cuando los elfos ataron a los enanos en una larga hilera, uno tras otro, y los contaron, nunca encontraron ni contaron al hobbit.

No lo oyeron ni lo sintieron mientras corría al trote bastante atrás de la luz de las antorchas, mientras ellos llevaban a los prisioneros por el bosque. Les habían vendado los ojos a todos, pero esto no cambiaba mucho las cosas,

pues aun Bilbo, que podía utilizar bien los ojos, no podía ver a dónde iban, y de todos modos ni él ni los otros sabían de dónde habían partido.

Bilbo trataba por todos los medios de no quedarse demasiado atrás, pues los elfos hacían marchar a los enanos con una rapidez que nunca habían conocido, sobre todo enfermos y fatigados como estaban. El rey había ordenado que se dieran prisa. De pronto, las antorchas se detuvieron, y el hobbit tuvo el tiempo justo para alcanzarlos antes que comenzasen a cruzar el puente. Este era el puente que cruzaba el río y llevaba a las puertas del rey. El agua se precipitaba oscura y violenta por debajo; y en el otro extremo había portones que cerraban una enorme caverna en la ladera de una pendiente abrupta cubierta de árboles. Allí las grandes hayas descendían hasta la misma ribera, y hundían los pies en el río.

Los elfos empujaron a los prisioneros a través del puente, pero Bilbo vaciló en la retaguardia. No le gustaba nada el aspecto de la caverna, y sólo a último momento se decidió a no abandonar a sus amigos, y se deslizó casi pisándole los talones al último de los elfos, antes de que los grandes portones del rey se cerrasen detrás con un golpe sordo.

Dentro los pasadizos estaban iluminados con antorchas de luz roja, y los guardias elfos cantaban marchando por los corredores retorcidos, entrecruzados y resonantes. No se parecían a los túneles de los trasgos: eran más pequeños, menos profundos, y de un aire más puro. En un gran salón con pilares tallados en la roca viva, estaba sentado el rey elfo en una silla de madera labrada. Llevaba en la cabeza una corona de bayas y hojas rojizas, pues el otoño había llegado de nuevo. En la primavera se ceñía una corona de flores de los bosques. Sostenía en la mano un cetro de roble tallado.

- 2 El rey de los elfos no recibe nombre alguno en *El hobbit*. En *El Señor de los Anillos* nos enteramos de que se llama Thranduil.
- 3 El roble es tradicionalmente un árbol sagrado. (Se lo asociaba con los druidas y sus venerables bosques.) En el folklore común las asociaciones mágicas son más fuertes cuando crecen cerca fresnos y espinos, otros dos árboles sagrados del folklore.



Tolkien tomó prestados elementos de su propia obra, tanto en el sentido visual como en el conceptual. Las «Puertas de las Estancias del Rey de los Elfos» (*derecha*) son muy semejantes a los bocetos que hizo del reino subterráneo de *El Silmarillion* llamado Nargothrond. (Véase *Pictures of J.R. R. Tolkien*, n.ºs 33 y 34.) En la página de enfrente se reproduce otro boceto.



Los prisioneros fueron llevados al rey, y aunque él los miró con severidad, ordenó que los desataran, pues estaban andrajosos y fatigados. -Además, no necesitan cuerdas -dijo-. No hay escapatoria de mis puertas mágicas para aquellos que alguna vez son traídos aquí.

Larga e inquisitivamente preguntó a los enanos sobre lo que hacían, y a dónde iban, y de dónde venían; pero no consiguió sacarles más noticias que a Thorin. Se sentían desanimados y enfadados, y ni siquiera intentaron parecer corteses.

-¿Qué hemos hecho, oh rey? -dijo Balin, el más viejo de los que quedaban-. ¿Es un crimen perderse en el bosque, tener hambre y sed, ser atrapado por las arañas? ¿Son acaso las arañas vuestras bestias domesticadas o vuestros animales falderos, y por eso os enojáis si las matamos?

Esta pregunta, desde luego, enojó aún más al rey, quien contestó: -Es un crimen andar por mi país sin mi permiso. ¿Olvidas que estabas en mi reino, utilizando el camino que mi pueblo abrió una vez? ¿Acaso por tres veces no acosasteis e importunasteis a mi gente en el bosque, y desperdastéis a las arañas con vuestros gritos y tumultos? ¡Después de todo el disturbio que habéis provocado tengo derecho a saber qué os trae por aquí, y si no me lo contáis ahora, os encerraré a todos hasta que hayáis aprendido a ser sensatos y a tener buenas maneras!

Luego ordenó que pusieran a cada uno de los enanos en celdas separadas y les dieran comida y bebida, pero que no se les permitiese dejar el calabozo, hasta que al menos uno de ellos se decidiera a decir todo lo que él quería saber. Pero no les dijo que Thorin había sido hecho prisionero. Bilbo mismo lo descubrió.

¡Pobre señor Bolsón!... Fue una larga y aburrida temporada la que pasó en aquel sitio, a solas, y siempre oculto,



Arriba: Alemán (1957)

nunca atreviéndose a sacarse el anillo, y apenas atreviéndose a dormir, aun escondido en los rincones más oscuros y remotos que podía encontrar. Por hacer algo se dedicó a recorrer el palacio del rey elfo. Unas puertas mágicas cerraban la entrada, pero a veces podía salir, si era rápido. Compañías de los Elfos del Bosque, algunas veces con el rey a la cabeza, salían de cuando en cuando de cacería, o a otros asuntos, a los bosques y a las tierras del Este. Entonces, si Bilbo se apresuraba, podía deslizarse fuera detrás de ellos; aunque era un riesgo muy peligroso. Más de una vez estuvo a punto de ser alcanzado por las puertas, cuando batían juntas al pasar el último elfo; todavía no se atrevía a marchar entre ellos a causa de la sombra que echaba (tenue y vacilante a la luz de las antorchas), o por miedo a que tropezasen con él y lo descubriesen. Y cuando salía, lo que no era muy frecuente, no servía de mucho. No deseaba abandonar a los enanos, y en verdad sin ellos no hubiera sabido a dónde ir. No podía marchar al paso de los elfos cazadores durante el tiempo que estaban fuera, así que nunca descubría los caminos de salida del bosque y se quedaba errando tristemente por la floresta, aterrorizado de perderse, hasta que aparecía una oportunidad de regresar. Además pasaba hambre fuera, pues no era cazador, mientras que en el interior de las cavernas podía ganarse la vida de alguna forma, robando comida del almacén o la mesa cuando no había nadie a la vista.

«Soy como un saqueador que no puede escapar, y ha de seguir saqueando miserablemente la misma casa, día tras día», pensaba. «¡Esta es la parte más monótona y gris de una desdichada, fatigosa e incómoda aventura! ¡Desearía estar de vuelta en mi agujero-hobbit junto a mi propio fuego, y a la luz de la lámpara!» A menudo deseaba también enviar un mensaje de socorro al mago, pero aquello, desde luego, era de todo imposible; y pronto comprendió

que si algo podía hacerse, tendría que hacerlo él mismo, solo y sin ayuda.

Por fin, luego de una o dos semanas de esta vida furtiva, observando y siguiendo a los guardias y aprovechando todas las oportunidades, se las arregló para descubrir dónde estaban encerrados los enanos. Encontró las doce celdas en sitios distintos del palacio, y al cabo de un tiempo consiguió conocer el camino bastante bien. Cuál no sería su sorpresa cuando oyó por casualidad una conversación de los guardianes y se enteró que había otro enano en prisión, en un lugar especialmente profundo y oscuro. Adivinó en seguida, por supuesto, que se trataba de Thorin; y descubrió al poco tiempo que la suposición era correcta. Por último, después de muchas dificultades consiguió encontrar el lugar cuando nadie rondaba y tener unas pocas palabras con el jefe de los enanos.

Thorin se sentía demasiado desdichado para que sus propios infortunios continuaran enfadándolo mucho tiempo, y ya estaba pensando en contarle al rey todo lo del tesoro y la búsqueda (lo que prueba qué deprimido se sentía), cuando oyó la vocecita de Bilbo en el agujero de la cerradura. No podía creerlo. Pronto, sin embargo, entendió que no podía estar equivocado y se acercó a la puerta; y sostuvo una larga y susurrante charla con el hobbit al otro lado.

Así fue como Bilbo fue capaz de llevar en secreto un mensaje de Thorin a cada uno de los otros enanos prisioneros, diciéndoles que Thorin, el jefe, estaba también en prisión, muy cerca, y que nadie revelara al rey el objeto de la misión, no todavía, no antes que Thorin lo ordenase. Pues Thorin se sintió otra vez animado al oír cómo el hobbit había salvado a los enanos de las arañas, y resolvió de nuevo no pagar un rescate (prometiéndole al rey una parte del tesoro) hasta que toda otra esperanza de salir de allí se



hubiese desvanecido; en realidad hasta que el extraordinario señor Bolsón Invisible (de quien empezaba a tener en verdad una opinión muy alta) hubiese fracasado por completo en encontrar una solución más ingeniosa.

Los otros enanos estuvieron por completo de acuerdo cuando recibieron el mensaje. Todos pensaron que las partes del tesoro que les tocaban (y de las que se consideraban los verdaderos dueños, a pesar de la situación en que se encontraban ahora y del todavía invicto dragón) se verían seriamente disminuidas si los Elfos del Bosque reclamaban una porción; y todos confiaban en Bilbo. Exactamente lo que Gandalf había anunciado, como veis. Tal vez ésa era parte de la razón por la que se marchó y los dejó.

Bilbo, sin embargo, no se sentía tan optimista. No le gustaba que alguien dependiera de él, y deseaba que el mago estuviese al alcance. Pero era inútil; quizá estaban separados por toda la oscura extensión del Bosque Negro. Se sentó y pensó y pensó, hasta que casi le estalló la cabeza, pero no se le ocurrió ninguna idea brillante. Un anillo invisible era algo de veras valioso, aunque no de mucha utilidad entre catorce. Pero desde luego, como habréis adivinado, al final rescató a sus amigos, y así es como sucedió:

Un día, mientras curioseaba y deambulaba, Bilbo descubrió algo muy interesante: los grandes portones *no* eran la única entrada a las cavernas. Un arroyo corría por debajo del palacio, y se unía al Río del Bosque un poco al este, más allá de la cuesta empinada en la que se abría la boca principal. En la ladera de la colina donde nacía este curso subterráneo había una compuerta. La bóveda rocosa descendía a la superficie del agua, y desde allí podía dejarse caer un portalón hasta el mismo lecho del río, para impedir que alguien entrase o saliese. Pero el portalón estaba abierto a menudo, pues mucha gente iba y venía por la

compuerta. Si alguien hubiese llegado por ese camino, se habría encontrado en un túnel oscuro y tosco que se adentraba en el corazón de la colina; pero debajo de las cavernas, en cierto sitio, el techo había sido horadado y tapado con grandes escotillas de roble, que comunicaban con las bodegas del rey. Allí se amontonaban barriles y barriles y barriles; pues los Elfos del Bosque, y sobre todo el rey, eran muy aficionados al vino, aunque no había viñas en aquellos parajes. El vino y otras mercancías eran traídos desde lejos, de las tierras que habitaban los parientes del Sur, o de los viñedos de los Hombres en tierras distantes.

Escondido detrás de uno de los barriles más grandes, Bilbo descubrió las escotillas y para qué servían, y escuchando la charla de los sirvientes del rey, se enteró de cómo el vino y otras mercancías remontaban los ríos, o cruzaban la tierra, hasta el Lago Largo. Parecía que una ciudad de Hombres aún prosperaba allí, construida sobre puentes, lejos, aguas adentro, como una protección contra enemigos de toda suerte, y especialmente contra el dragón de la Montaña. Traían los barriles desde la Ciudad del Lago, remontando el Río del Bosque. A menudo los ataban juntos con grandes almadías y los empujaban aguas arriba con pértigas o remos; algunas veces los cargaban en botes planos.

Cuando los barriles estaban vacíos, los elfos los arrojaban a través de las escotillas, abrían la compuerta, y los barriles flotaban fuera en el arroyo, bamboleándose, hasta que al fin eran arrastrados por la corriente a un sitio distante, aguas abajo, donde la ribera sobresalía, de pronto, cerca de los lindes orientales del Bosque Negro. Allí eran recogidos y atados juntos, y flotaban de vuelta a la ciudad, que se alzaba cerca del punto donde el Río del Bosque desembocaba en el Lago Largo.

- 4 El nombre Dorwinion es claramente de origen élfico y aparece en los primeros escritos de Tolkien. En «The Lay of the Children of Húrin» se dice que el vino de Dor-Winion [*sic*] se trae del *sur ardiente* (véase *Lays of Beleriand*). Sin embargo, en el Mapa de la Tierra Media (1970), de Pauline Baynes, que se llevó a cabo con ayuda de Tolkien, Dorwinion se sitúa muy abajo a las orillas del Río Rápido en el Este. Dado el significado que tenía en las primeras leyendas de Tolkien sobre la Tierra Media, es sorprendente que se la situara allí.

Bilbo estuvo sentado un tiempo meditando sobre esta compuerta, y preguntándose si los enanos podrían escapar por allí, y al fin tuvo el desesperado esbozo de un plan.

Habían servido la comida de la noche a los prisioneros. Los guardias se alejaron con pasos pesados bajando los pasadizos, llevando la luz de las antorchas con ellos y dejando todo a oscuras. Entonces Bilbo oyó la voz del mayordomo del rey que daba las buenas noches al jefe de los guardias.

-Ahora ven conmigo -dijo-, y prueba el nuevo vino que acaba de llegar. Estaré trabajando duro esta noche, limpiando las bodegas de barriles vacíos, de modo que tomemos primero un trago, para que me ayude a trabajar.

-Muy bien -rió el jefe de los guardias-. Lo probaré contigo, y veré si es digno de la mesa del rey. ¡Hay un banquete esta noche y no habría que mandar nada malo!

Cuando Bilbo oyó esto, se excitó sobremanera, pues entendió que la suerte lo acompañaba, y que pronto tendría ocasión de intentar aquel plan desesperado. Siguió a los dos elfos, hasta que entraron en una pequeña bodega y se sentaron a una mesa en la que había dos jarros grandes. Los elfos empezaron a beber y a reír alegremente. Una suerte desusada acompañó entonces a Bilbo. Tiene que ser un vino muy poderoso el que ponga somnoliento a un elfo del bosque; pero este vino, parecía, era la embriagadora cosecha de los grandes jardines de Dorwinion, no destinado a soldados o sirvientes, sino sólo a los banquetes del rey, y para ser servido en cuencos más pequeños, no en los grandes jarros del mayordomo.

4

Muy pronto el guardia jefe inclinó la cabeza; luego la apoyó sobre la mesa y se quedó profundamente dormido. El mayordomo continuó riendo y charlando consigo mismo durante un rato, distraído al parecer, pero luego él

también inclinó la cabeza, y cayó dormido y roncando al lado del guardia. El hobbit se escurrió entonces en la bodega, y un momento después el guardia jefe ya no tenía las llaves, mientras Bilbo trotaba tan rápido como le era posible, a lo largo de los pasadizos, hacia las celdas. El manojO de llaves le parecía muy pesado, y a veces se le encogía el corazón, a pesar del anillo, pues no podía evitar que las llaves tintineasen de cuando en cuando, estremeciéndolo de pies a cabeza.

Primero abrió la puerta de Balin, y la cerró de nuevo con cuidado tan pronto como el enano estuvo fuera. Balin parecía muy sorprendido, como podéis imaginar; pero en cuanto dejó aquella habitación de piedra agobiante y minúscula, se sintió muy contento y quiso detenerse y hacer preguntas, y conocer los planes de Bilbo, y todo lo demás.

-¡No hay tiempo ahora! -dijo el hobbit-. Simplemente sigúeme. Tenemos que mantenernos juntos y no arriesgarlos a que nos separen. Tenemos que escapar todos o ninguno, y ésta es nuestra última oportunidad. Si se descubre, quién sabe dónde os pondrá el rey entonces, con cadenas en las manos y también en los pies, supongo. ¡No discutas, sé un buen muchacho!

Luego fueron de puerta en puerta, hasta que los siguieron los otros doce, ninguno de ellos demasiado ágil, a causa de la oscuridad y el largo encierro. El corazón de Bilbo latía con violencia cada vez que uno de ellos tropezaba, gruñía o susurraba en las tinieblas. -¡Maldita sea este jaleo de enanos! -se dijo. Pero no ocurrió nada desagradable, y no tropezaron con ningún guardia. En realidad, había un gran banquete otoñal aquella noche en los bosques y en los salones de arriba. Casi toda la gente del rey estaba de fiesta.

Al fin, luego de extraviarse varias veces, llegaron a la mazmorra de Thorin, bien abajo, en un sitio profundo, y por fortuna no lejos de las bodegas.

-¡Qué te parece! -dijo Thorin, cuando Bilbo le susurró que saliera y se uniera a los otros-. ¡Gandalf dijo la verdad, como de costumbre! Eres un buen saqueador, parece, cuando llega el momento. Estoy seguro de que estaremos siempre a tu servicio, ocurra lo que ocurra. Pero, ¿qué viene ahora?

Bilbo entendió que había llegado el momento de explicar el plan, dentro de lo posible; aunque no sabía muy bien cómo reaccionarían los enanos. Estos temores estaban bastante justificados, pues lo que él les dijo no les gustó y se pusieron a refunfuñar y a gritar a pesar del peligro.

-¡Nos magullaremos y nos haremos pedazos, y nos ahogaremos también, seguro! -dijeron-. Creímos que habías ideado algo sensato cuando te apoderaste de las llaves. ¡Esto es una locura!

-¡Muy bien! -dijo Bilbo desanimado, y también bastante molesto-. Regresad a vuestras agradables celdas, os encerraré otra vez, y allí podréis sentaros cómodamente y pensar en un plan mejor... aunque supongo que no conseguiré de nuevo las llaves, aun cuando me sintiese con ganas de intentarlo.

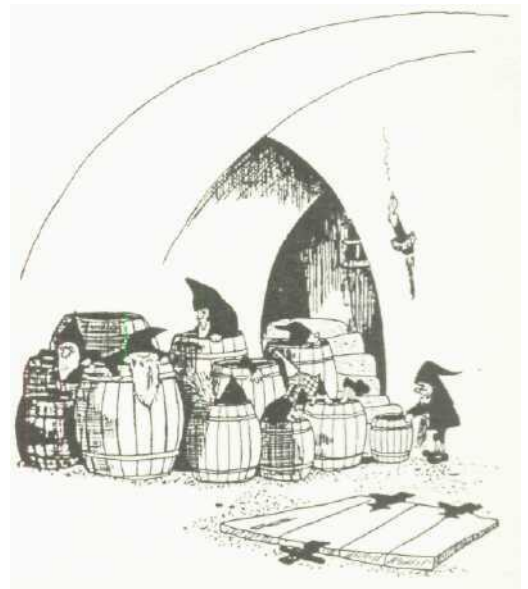
Aquello fue demasiado para ellos, y se calmaron. Al final, desde luego, tuvieron que hacer exactamente lo que Bilbo había sugerido, pues era obviamente imposible buscar y encontrar el camino en los salones de arriba, o luchar y salir cruzando unas puertas que se cerraban por arte de magia; y no era bueno refunfuñar en los pasadizos y esperar a que los capturasen otra vez. De modo que siguiendo con cautela al hobbit, fueron a las bodegas de abajo. Pasaron ante la puerta de la bodega donde el jefe de los guardias y el mayordomo todavía roncaban felices con rostros sonrientes. El vino de Dorwinion produce sueños profundos y agradables. Habría una expresión diferente en la cara del jefe de los guardias al otro día, aun cuando Bilbo,

antes de continuar, se deslizó sigiloso y amablemente le puso las llaves de vuelta en el cinturón.

-Eso le ahorrará alguno de los problemas en que está metido -se dijo-. No era un mal muchacho, y trató con decencia a los prisioneros. Quedarán muy desconcertados. Pensarán que teníamos una magia muy poderosa para traspasar las puertas cerradas y desaparecer. ¡Desaparecer! ¡Tenemos que darnos prisa, si queremos que así sea!

Se encargó a Balin que vigilase al guardia y al mayordomo, y que avisara si hacían algún movimiento. El resto entró en la bodega aledaña, donde estaban las escotillas. Había poco tiempo que perder. En breve, como sabía Bilbo, algunos elfos bajarían a ayudar al mayordomo en la tarea de pasar los barriles vacíos por las puertas y echarlos a la corriente. Los barriles estaban ya dispuestos en hileras en medio del suelo, aguardando a que los empujasen. Algunos eran barriles de vino, y no muy útiles, pues no podían abrirse por el fondo sin hacer ruido, ni cerrarse de nuevo con facilidad. Pero había algunos que habían servido para traer otras mercancías, mantequilla, manzanas y toda suerte de cosas, al palacio del rey.

Pronto encontraron trece cubas con espacio suficiente para un enano en cada una. En verdad, algunas eran demasiado grandes, y los enanos pensaron con angustia en las sacudidas y topetazos que soportarían dentro, aunque Bilbo buscó paja y otros materiales para empacarlos lo mejor que pudo, en tan corto tiempo. Por último, doce enanos estuvieron dentro de los barriles. Thorin había causado muchas dificultades, y daba vueltas y se retorció en la cuba, y gruñía como perro grande en perrera pequeña; mientras que Balin, que fue el último, levantó un gran alboroto a propósito de los agujeros para respirar, y dijo que se estaba ahogando aun antes de que taparan el



Alemán (1957)

- 5 La conducta del mayordomo del Rey de los Elfos es semejante a la del mayordomo del rey en *Princess and Curdie*, de George Macdonald: ¡A los dos les gustaba beberse los mejores vinos del rey en su misma bodega!

barril. Bilbo había tratado de cerrar los agujeros en los costados de los barriles y sujetar bien todas las tapaderas, y ahora se encontraba de nuevo solo, corriendo alrededor, dando los últimos toques al embalaje, y aguardando contra toda esperanza que el plan no fracasara.

Había concluido con el tiempo justo. Sólo uno o dos minutos después de encajar la tapadera de Balin, llegó un sonido de voces y un parpadeo de luces. Algunos elfos venían riendo y charlando y cantando a las bodegas. Habían dejado un alegre festín en uno de los salones y estaban resueltos a retornar tan pronto como les fuese posible.

-¿Dónde está el viejo Galion, el mayordomo? -dijo uno-. No le he visto a la mesa esta noche. Tendría que encontrarse aquí ahora, para mostrarnos lo que hay que hacer.

-Me enfadaré si el viejo perezoso se retrasa -dijo otro-, ¡No tengo ganas de perder el tiempo aquí abajo mientras se canta allá arriba!

- Ja, ja! -llegó una carcajada-. ¡Aquí está el viejo tunteante con la cabeza metida en un jarro! Ha estado montando un pequeño banquete para él y su amigo el capitán.

5 -¡Sacúdelo! ¡Despiértalo! -gritaron los otros, impacientes.

A Galion no le gustó nada que lo sacudieran y despertaran, y mucho menos que se rieran de él. -Estáis retrasados -gruñó-. Aquí estoy yo, esperando y esperando, mientras vosotros bebéis y festejáis y olvidáis vuestras tareas. ¡No os maraville que caiga dormido de aburrimiento!

-No nos maravilla -dijeron ellos-, ¡cuando la explicación está tan cerca en un jarro! ¡Vamos, déjanos probar tu soporífero antes de que comencemos la tarea! No es necesario despertar al joven de las llaves. Por lo que parece, ha tenido su ración.

Bebieron entonces una ronda, y de repente todos se pusieron muy contentos. Pero no perdieron por completo la cabeza, -¡Sálvanos, Galion! -gritó de pronto alguien-, ¡Empezaste la fiesta temprano y se te embotó el juicio! Has apilado aquí algunos toneles llenos en lugar de los vacíos, a juzgar por lo que pesan.

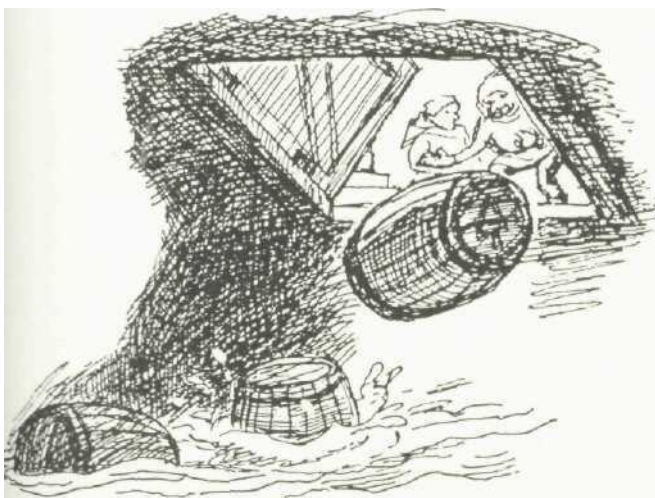
-¡Continuad con el trabajo! -gruñó el mayordomo-, Los brazos ociosos de un levantacopas nada saben de pesos. Éstos son los que hay que llevar y no otros. ¡Haced lo que digo!

-¡Está bien, está bien! -le respondieron haciendo rodar los barriles hasta la abertura-. ¡Tú serás el responsable si las cubas de mantequilla del rey y el vino mejor son empujados al río para que los hombres del lago se regalen gratis!

*¡Rueda-rueda- rueda-rueda,
rueda-rueda-rueda bajando a la cueva!
¡Levantad, arriba, que caigan a plomo!
Allá abajo van, chocando en el fondo.*

Así cantaban, mientras primero uno, y luego otro, los barriles bajaban retumbando a la oscura abertura y eran empujados hacia las aguas frías que corrían unos pies más abajo. Algunos eran barriles realmente vacíos; algunos eran cubas bien cerradas con un enano dentro; todos cayeron, uno tras otro, golpeando y entrechocándose, precipitándose en el agua, sacudiéndose contra las paredes del túnel, y flotando lejos corriente abajo.

Fue entonces precisamente cuando Bilbo descubrió de pronto el punto débil del pian. Seguro que ya os disteis cuenta hace tiempo, y os habéis reído de él; pero no creo que hubierais conseguido ni la mitad de lo que él consiguió. ¡Por supuesto, él no estaba en ningún barril, ni había nadie allí para empacarlo, aun si se hubiera presentado la



Japonés (1965)

oportunidad! Parecía como si esta vez fuese a perder de veras a sus amigos (ya habían desaparecido casi todos a través de la escotilla oscura), que lo dejarían atrás para siempre, de modo que él tendría que quedarse allí escondido, como un saqueador sempiterno de las cuevas de los elfos. Pues aun si hubiera podido escapar en seguida por los portones superiores, no tenía muchas posibilidades de reencontrarse con los enanos. No sabía cómo llegar al sitio donde recogían los barriles. Se preguntó qué demonios les ocurriría sin él; pues no había tenido tiempo de contara los enanos todo lo que había averiguado, o lo que se había propuesto hacer, una vez fuera del bosque.

Mientras todos estos pensamientos le cruzaban por la mente, los elfos, que parecían ahora muy animados, comenzaron a entonar una canción junto a la puerta del río. Algunos habían ido ya a tirar de las cuerdas que alzaban la compuerta para dejar salir los barriles tan pronto como todos flotaran abajo.

*¡Bajas la rápida corriente oscura
de vuelta a tierras que antaño conociste!
Deja las salas y cavernas profundas,
las escarpadas montañas del norte,
en donde el bosque tenebroso y ancho
en sombras grises y hoscas se inclina.
Más allá de este mundo de árboles
flota sAllendo hacia la brisa,
más allá de las cañadas y los juncos,
más allá de las hierbas del pantano,
en la neblina blanca que asciende
del lago nocturno y de los charcos.
¡Sigue, sigue a las estrellas que asoman
arriba en cielos fríos y empinados,
gira con el alba sobre la tierra,*

sobre la arena, sobre los rápidos!
¡Lejos al Sur, y más lejos al Sur!
¡Busca la luz del sol y la del día,
de vuelta a los pastos, y a los prados,
que vacas y bueyes apacientan!
¡De vuelta a los jardines de las lomas
donde las bayas crecen y maduran
bajo la luz del sol y bajo el día!
¡Lejos al Sur, más lejos al Sur!
¡Bajas la rápida corriente oscura
de vuelta a tierras que antaño conociste!

¡Ya el último de los barriles iba rodando hacia las puertas! Desesperado, y no sabiendo qué hacer, el pobre pequeño Bilbo se aferró al barril y fue empujado con él sobre el borde. Cayó abajo en el agua fría y oscura, con el barril encima y subió otra vez balbuceando y arañando la madera como una rata, pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudo repar. Cada vez que lo intentaba, el barril daba una media vuelta y lo sumergía otra vez. El barril estaba realmente vacío, y flotaba como un corcho. Aunque Bilbo tenía las orejas llenas de agua, aún podía oír a los elfos, cantando arriba en la bodega. Entonces, de súbito, las escotillas cayeron y las voces se desvanecieron a lo lejos. Bilbo estaba ahora en un túnel oscuro, flotando en el agua helada, completamente solo..., pues no puedes contar con amigos que flotan encerrados en barriles.

Muy pronto una mancha gris apareció delante, en la oscuridad. Oyó el chirrido de la compuerta que se levantó y se encontró en medio de una fluctuante y entrechocante masa de toneles y cubas, todos empujando juntos para pasar por debajo del arco y salir a las aguas del río. Trató por todos los medios de impedir que lo golpearan y machacaran; pero al fin, los barriles apiñados comenzaron

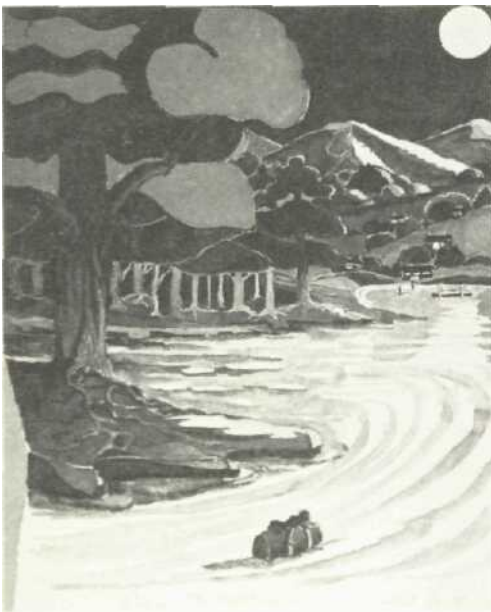
a dispersarse y a balancearse, uno por uno, bajo la arcada de piedra y más allá. Entonces Bilbo vio que no le habría servido de mucho si hubiese subido a horcajadas sobre el barril, pues apenas había espacio, ni siquiera para un hobbit, entre el barril y el techo ahora inclinado de la compuerta.

Fuera salieron, bajo las ramas que colgaban desde las dos orillas. Bilbo se preguntaba qué sentirían en ese momento los enanos, y sí no estaría entrando mucha agua en las cubas. Algunas de las que pasaban flotando en la oscuridad, junto a él, parecían bastante hundidas en el agua, y supuso que llevarían enanos dentro.

«¡Espero haber ajustado bastante las tapas!», pensó, pero en seguida estuvo demasiado preocupado por sí mismo para acordarse de los enanos. Conseguía mantener la cabeza sobre el agua de algún modo, pero temblaba de frío, y se preguntó sí moriría congelado antes que la suerte cambiase, cuánto tiempo sería capaz de resistir, y sí podía correr el riesgo de soltarse e intentar nadar hasta la orilla.

La suerte cambió de pronto: la corriente arremolinada arrastró varios barriles a un punto de la ribera, y allí se quedaron un rato, varados contra alguna raíz oculta. Bilbo aprovechó entonces la ocasión para trepar por el costado del barril apoyado firmemente contra otro. Subió arrastrándose como una rata ahogada, y se tendió arriba, tratando de mantener el equilibrio. La brisa era fría, pero mejor que el agua, y esperaba no caer rodando de repente.

Los barriles pronto quedaron libres otra vez y giraron y dieron vueltas río abajo, sAllendo a la corriente principal. Bilbo descubrió entonces que era muy difícil mantenerse sobre el barril, tal como había temido, y además se sentía bastante incómodo. Por fortuna, Bilbo era muy liviano, y



De acuerdo con el texto, Bilbo y los barriles que llevaban a los enanos dentro llegan a las cabañas mientras es todavía de noche. La versión que hace Tolkien de esta escena en la figura de arriba es, pues, correcta, pero no así la ilustración que aparece en la página de enfrente, y la más utilizada en las distintas ediciones, pues en ella es pleno día.

el barril grande, y bastante deteriorado, de modo que había embarcado una pequeña cantidad de agua. Aun así, era como cabalgar sin brida ni estribos un poney panzudo que no pensara en otra cosa que en revolcarse sobre la hierba.

De este modo el señor Bolsón llegó por fin a un lugar donde los árboles raleaban a ambos lados. Alcanzaba a ver el cielo pálido entre ellos. El río oscuro se ensanchó de pronto, y se unió al curso principal del Río del Bosque, que fluía precipitadamente desde los grandes portones del rey. En la móvil superficie de una extensión de agua que las sombras ya no cubrían, se reflejaban las nubes y las estrellas en luces danzantes y rotas. Las rápidas aguas del Río del Bosque llevaron toda la compañía de toneles y cubas a la ribera norte, donde habían abierto una ancha bahía. Ésta tenía una playa de guijarros al pie del barranco, y estaba cerrada en el extremo oriental por un pequeño cabo sobresaliente de roca dura. Muchos de los barriles encallaron en los bajíos arenosos, aunque unos pocos fueron a golpear contra el dique de roca.

Había gente vigilando las riberas. Empujaron rápidamente y movieron con pértigas todos los barriles hacia los bajíos, y los contaron y ataron juntos y los dejaron allí hasta mañana. ¡Pobres enanos! Bilbo no estaba tan mal ahora. Bajó deslizándose del barril, y vadeó el río hasta la orilla, y luego se escurrió hacia algunas cabañas que alcanzaba a ver cerca del río. Si tenía la oportunidad de tomar una cena sin invitación, esta vez no lo pensaría mucho; se había visto obligado a hacerlo durante mucho tiempo, y ahora sabía demasiado bien lo que era tener verdadera hambre, y no sólo un amable interés por las delicadezas de una despensa bien provista. Había llegado a ver la luz de un fuego entre los árboles, y era una luz atractiva; las ropas caladas y andrajosas se le pegaban frías y húmedas al cuerpo.



No es necesario contaros mucho de las aventuras de Bilbo aquella noche, pues nos estamos acercando ya al término del viaje hacia el este, llegando a la última y mayor aventura, de modo que hemos de darnos prisa. Ayudado, como es natural, por el anillo mágico, a Bilbo le fue muy bien al principio, pero al cabo fue traicionado por sus pisadas húmedas y el rastro de gotas que iba dejando dondequiera que fuese o se sentase; y luego se puso a lagrimear, y cuando intentaba ocultarse era descubierto por las terribles explosiones de unos estornudos contenidos. Muy pronto hubo una gran conmoción en la villa ribereña; mas Bilbo escapó hacia los bosques llevando una hogaza y un pellejo de vino y un pastel que no le pertenecían. El resto de la noche tuvo que pasaría mojado como estaba y sin fuego, pero el pellejo de vino lo ayudó, y hasta alcanzó a dormirar un rato sobre unas hojas secas, aunque el año estaba avanzado y el aire era cortante.

Despertó de nuevo con un estornudo especialmente ruidoso. La mañana era gris, y había un alegre alboroto río abajo. Estaban construyendo una almadía de barriles, y los elfos de la almadía la llevarían pronto aguas abajo hacia la Ciudad del Lago. Bilbo estornudó otra vez. Las ropas ya no le chorreaban, pero tenía el cuerpo helado. Descendió gateando tan rápido como se lo permitían las piernas entumecidas, y logró alcanzar justo a tiempo el grupo de toneles sin que nadie lo advirtiera en la confusión general. Por suerte, no había sol entonces que proyectase una sombra reveladora, y por misericordia no estornudó otra vez durante un buen rato.

Hubo un poderoso movimiento de pértigas. Los elfos que estaban en los bajíos impelían y empujaban. Los barriles, ahora amarrados entre sí, se rozaban y crujían.

-¡Es una carga pesada! -gruñían algunos-. Flotan muy bajos..., algunos no están del todo vacíos. Si hubiesen lle-

gado a la luz del día podríamos haberles echado una ojeada -dijeron.

-¡Ya no hay tiempo! -gritó el elfo de la almadía-. ¡Empujad!

Y allá fueron por fin, lentamente al principio, hasta que dejaron atrás el cabo rocoso, donde otros elfos esperaban para apartarlos con pértigas, y luego más y más rápido cuando entraron en la corriente principal, y navegaron y fueron alejándose, aguas abajo, hacia el Lago.

Habían escapado de las mazmorras del rey y habían atravesado el bosque, pero si vivos o muertos, todavía estaba por verse.

UNA CÁLIDA BIENVENIDA

El día crecía más claro y caluroso a medida que avanzaban flotando. Luego de un corto trecho, el río rodeaba a la izquierda un repecho de tierra escarpada. Al pie de la pared rocosa que se alzaba como un risco en una llanura, la corriente más profunda fluía lamiendo y borboteando. De repente el risco se estrechó. Las orillas se hundieron. Los árboles desaparecieron. Bilbo miró.

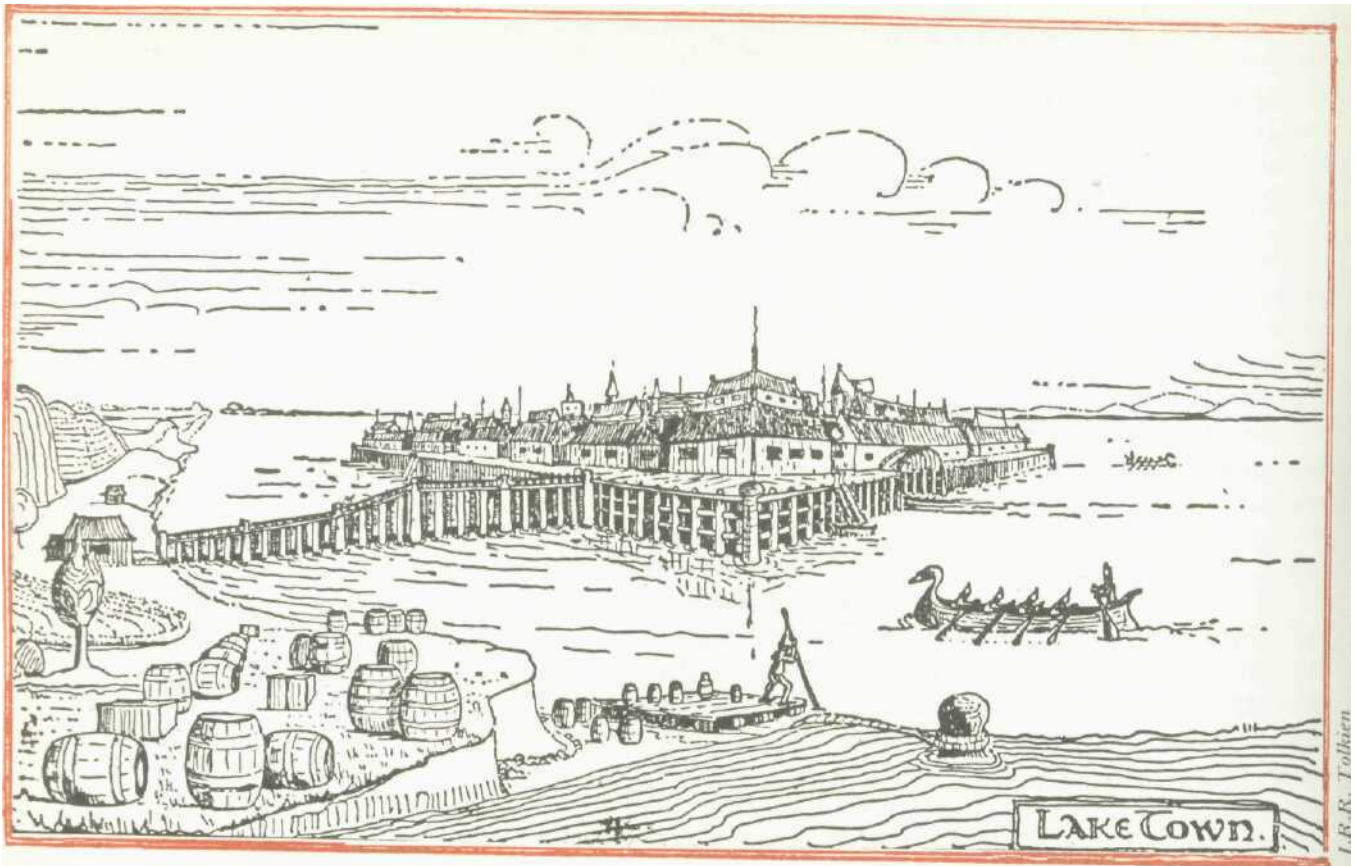
Las tierras se abrían amplias alrededor, cubiertas por las aguas del río que se perdía y se bifurcaba en un centenar de cursos zigzagueantes, o se estancaba en remansos y pantanos con islotes a los lados; pero aun así, una fuerte corriente seguía su curso regular.

¡Y allá, a lo lejos, mostrando la cima oscura entre retazos de nubes, allá amenazadora, asomaba la Montaña! Los picos más próximos de la zona noroeste y el hundido valle que los unía no alcanzaban a distinguirse. Sola y adusta, la Montaña contemplaba el bosque por encima de los pantanos. ¡La Montaña Solitaria! Bilbo había viajado mucho y había pasado muchas aventuras para verla, y ahora no le gustaba nada.

Mientras escuchaba la conversación de los elfos en la almadía, e hilaba los pedazos de información que dejaban caer, pronto comprendió que era muy afortunado por haberla visto, aun desde lejos. Había sufrido mucho cuando cayó prisionero, y ahora no encontraba una postura cómoda (por no mencionar a los pobres enanos debajo de él), y sin embargo no se había dado cuenta de la suerte que había tenido. La conversación se refería sólo al comercio que

iba y venía por los canales y al incremento del tráfico en el río, pues las carreteras del este que conducían al Bosque Negro habían desaparecido o dejaron de utilizarse; y además los Hombres del Lago y los Elfos del Bosque se habían disputado el dominio del Río del Bosque y el cuidado de las riberas. Estos territorios habían cambiado mucho desde los días en que los enanos moraran en la Montaña, días que para la mayoría de la gente sólo eran ahora una vaga tradición. Habían cambiado aun en años recientes y desde las últimas noticias que Gandalf tenía de ellos. Inundaciones y lluvias habían aumentado el caudal de las aguas en el Este; y había habido uno o dos terremotos (que algunos se inclinaron a atribuir al dragón, mientras señalaban la Montaña con una maldición y un ominoso movimiento de cabeza). Los pantanos y ciénagas se habían extendido más y más a ambos lados. Los senderos habían desaparecido, y los jinetes o caminantes hubieran tenido un destino similar si hubiesen intentado encontrar los viejos caminos. El sendero elfo que cruzaba el bosque y que los enanos habían tomado siguiendo el consejo de Beorn, ahora llegaba a un dudoso e insólito final en el borde oriental del bosque; sólo el río era aún un trayecto seguro desde el linde norte del Bosque Negro hasta las lejanas planicies sombradas por la Montaña; y el río estaba vigilado por el rey de los Elfos del Bosque.

Así que, como veis, Bilbo había tomado al final el camino que era en realidad bueno. El señor Bolsón habría podido sentirse reconfortado, mientras temblaba £ los barriles, si hubiese sabido que noticias de todo habían llegado a Gandalf allá lejos, preocupándolo de veras, y que estaba a punto de acabar otro asunto (que no viene a cuento mencionar en este relato) y se disponía a regresar en busca de la gente de Thorin. Pero Bilbo no lo



Todo cuanto sabía era que el río parecía seguir y seguir y seguir, y que él tenía hambre, y un horroroso resfriado de nariz, y que no le gustaba cómo la Montaña parecía fruncir el entrecejo y amenazarlo a medida que se acercaban. Sin embargo, al cabo de un rato, el río tomó un curso más meridional y la Montaña retrocedió de nuevo, y al fin, ya caída la tarde, entre orillas ahora de rocas, el río reunió todas sus aguas errantes en un profundo y rápido flujo, y descendió precipitadamente.

El sol ya se había puesto cuando luego de un recodo y de bajar otra vez hacia el este, el Río del Bosque se precipitó en el Lago Largo. Las puertas del río se alzaban como altos acantilados, a un lado y a otro, con guijarros apilados en las orillas. ¡El Lago Largo! Bilbo nunca había imaginado que pudiera haber una extensión de agua tan enorme, excepto el mar. Era tan ancho que las márgenes opuestas asomaban apenas a lo lejos, y tan largo que no se veía el extremo norte, que apuntaba a la Montaña. Sólo por el mapa supo Bilbo que allá arriba, donde ¡as estrellas del Carro ya titilaban, el Río Rápido descendía desde el valle desembocando en el Lago, y junto con el Río del Bosque colmaba con aguas profundas lo que una vez tenía que haber sido un valle de piedra grande y hondo. En el extremo meridional las dobles aguas se vertían de nuevo en altas cascadas y corrían de prisa hacia tierras desconocidas. En el aire tranquilo del anochecer el ruido de las cascadas resonaba como un bramido distante.

No lejos de la boca del Río del Bosque se alzaba la extraña dudad de la que hablaran los elfos, en las bodegas del rey. No estaba emplazada en la orilla, aunque había allí unas cuantas cabanas y construcciones, sino sobre la superficie misma del Lago, en una apacible bahía protegida de los remolinos del río por un promontorio de roca.

1 El Carro es el nombre de las siete principales estrellas de la constelación de la Osa Mayor. Estas estrellas se conocen más comúnmente en Inglaterra como *the Plough* [el Arado], y en América como *the Big Dipper* [la Gran Caldera].

2 El grado en el que William Morris influyó en Tolkien se subestima a menudo. Morris era un poeta que tradujo parte de la gran literatura del Norte medieval. También escribió novelas en prosa de sabor medieval en las que los paisajes imaginados están escritos con gran precisión de detalles. Tolkien siguió el ejemplo de Morris en sus intentos literarios.

Además, como Richard Mathews lo expresó con justicia:

1 La sensibilidad de Morris para el paisaje y la geografía -bosques, montañas, baldíos- tuvo una clara influencia en Tolkien, y también el evidente placer con que Morris ponía nombres a las cosas. Tolkien fue más lejos, y desarrolló la lingüística del juego hasta un estado considerablemente avanzado, pero las semillas de todo esto han de buscarse en Morris.

Por ejemplo, en *Roots of the Mountains* [Las raíces de las montañas] (1889), de Morris, encontramos un río llamado Aguas Cenagosas, que atraviesa el Valle, y otro llamado Lago Tumultuoso, que se dirige a la Comarca del Llano. La similitud con el Río Rápido, el Valle y el Río del Bosque de Tolkien es evidente.

Un gran puente de madera se extendía hasta unos enormes troncos que sostenían una bulliciosa ciudad también de madera, no una ciudad de Elfos sino de Hombres, que aún se atrevían a vivir a la sombra de la distante Montaña del dragón. Sacaban aún algún provecho del tráfico que venía desde el Sur, río arriba, y que en el trayecto de las cascadas era transportado por tierra hasta la ciudad; pero en los grandes días de antaño, cuando el Valle Norte era rico y próspero, ellos habían sido poderosos hombres de fortuna; vastas flotas de barcos habían poblado aquellas aguas, y algunos llevaban oro y otros, guerreros con armaduras, y allí se habían conocido guerras y hazañas que ahora eran sólo una leyenda. A lo largo de las orillas podían verse aún los pilotes carcomidos de una ciudad más grande, cuando bajaban las aguas, durante las sequías.

Pero los hombres poco recordaban de todo aquello, aunque algunos todavía cantaban viejas canciones sobre los reyes enanos de la Montaña, Thror y Thrain de la raza de Durin, y sobre la llegada del Dragón y la caída de los Señores de Valle. Algunos cantaban también que Thror y Thrain volverían un día, y que el oro correría en ríos por las compuertas de la Montaña, y que en todo aquel país se oirían canciones nuevas y risas nuevas. Pero esta agradable leyenda no afectaba mucho los asuntos cotidianos de los hombres.

Tan pronto como la almadía de barriles apareció a la vista, unos botes salieron remando desde los pilotes de la ciudad, y unas voces saludaron a los timoneles. Los elfos arrojaron cuerdas y retiraron los remos, y pronto la balsa fue arrastrada fuera de la corriente del Río del Bosque, y luego remolcada, bajo el alto repecho rocoso, hasta la pequeña bahía de la Ciudad del Lago. Allí la amarraron no lejos de la cabecera del puente. Pronto vendrían hombres

del Sur y se llevarían algunos de los barriles, y otros los cargarían con mercancías que habían traído consigo para devolverlas río arriba a la morada de los Elfos del Bosque. Mientras tanto los barriles quedaron en el agua, y los elfos de la almadía y los barqueros fueron a celebrarlo en la Ciudad del Lago.

Se habrían sorprendido si hubiesen visto lo que ocurrió allá abajo en la orilla después de que se fueran, ya caída la noche. Bilbo soltó ante todo un barril y lo empujó hasta la orilla, donde lo abrió. Se oyeron unos quejidos y un enano de aspecto lastimoso salió arrastrándose. Unas pajas húmedas se le habían enredado en la barba enmarañada; estaba tan dolorido y entumecido, con tantas magulladuras y cardenales, que apenas pudo sostenerse en pie y atravesar a tumbos el agua poco profunda; y siguió lamentándose tendido en la orilla. Tenía una mirada famélica y salvaje, como la de un perro encadenado y olvidado en la perrera toda una semana. Era Thorin, aunque sólo podríais reconocerlo por la cadena de oro y por el color del capuchón celeste, ahora sucio y andrajoso, con la borla de plata deslustrada. Tuvo que pasar algún tiempo antes de que volviese a ser amable con el hobbit.

-Bien, ¿estás vivo o muerto? -preguntó Bilbo un tanto malhumorado. Quizá había olvidado que él por lo menos había tenido una buena comida más que los enanos, y también los brazos y piernas libres, y no hablemos de la mayor ración de aire-. ¿Estás todavía preso, o libre? Si quieres comida, y si quieres continuar con esta estúpida aventura (es tuya al fin y al cabo, y no mía), mejor será que sacudas los brazos, te frotes las piernas e intentes ayudarme a sacar a los demás, mientras sea posible.

Por supuesto, Thorin entendió la sensatez de estas palabras, y luego de unos cuantos quejidos más, se incorporó y ayudó al hobbit lo mejor que pudo. En la oscuridad, cha-

poteando en el agua fría, tuvieron una difícil y muy desagradable tarea tratando de dar con los barriles de los enanos. Dando golpes fuera y llamándolos, sólo descubrieron a unos seis enanos capaces de contestar. A éstos los desembalaron y ayudaron a alcanzar la orilla, y allí los dejaron, sentados o tumbados, quejándose y gruñendo. Estaban tan doloridos, entumecidos y empapados que apenas si alcanzaban a darse cuenta de que los habían liberado o de que había razones para que se mostraran agradecidos.

Dwalin y Balin eran dos de los más desafortunados, y no valía la pena pedirles ayuda. Bifur y Bofur estaban menos magullados y más secos, pero permanecían tumbados y no hacían nada. Fili y Kili, sin embargo, que eran jóvenes (para un enano) y que además habían sido mejor embalados, con paja abundante y en toneles más pequeños, emergieron casi sonrientes, con alguna que otra magulladura y un entumecimiento que pronto les desapareció.

-¡Espero no oler nunca más una manzana! -dijo Fili-. Mi cuba estaba toda impregnada de ese aroma. No oler ninguna otra cosa que manzanas cuando apenas puedes moverte y estás helado y enfermo de hambre, es enloquecedor. Me comería hoy cualquier cosa de todo el ancho mundo durante horas y horas... ¡pero nunca una manzana!

Con la voluntariosa ayuda de Fili y Kili, Thorin y Bilbo descubrieron al fin al resto de la compañía y los sacaron de los barriles. El pobre gordo Bombur parecía dormido o inconsciente; Dori, Nori, Ori, Oin y Gloin habían tragado mucha agua y estaban medio muertos. Tuvarion tuvo que transportarlos uno a uno y depositarlos en la orilla.

-¡Bien! ¡Aquí estamos! -dijo Thorin-. Y supongo que tenemos que agradecerlo a nuestras estrellas y al señor Bolsón. Estoy seguro de que tiene derecho a esperararlo, aunque desearía que hubiese organizado un viaje más cómodo. No obstante... todos a vuestro servicio una vez más,



Francés (1976)

señor Bolsón. Sin duda alguna nos sentiremos debidamente agradecidos cuando hayamos comido y nos recuperemos. ¿Qué hacemos mientras tanto?

-Yo propondría la Ciudad del Lago -dijo Bilbo. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

Nadie, desde luego, pudo proponer algo distinto; así que dejando a los otros, Thorin y Fili y Kili y el hobbit siguieron la orilla hasta el puente. A la cabecera había guardias, aunque la vigilancia no parecía muy estricta, y no era realmente necesaria desde hacía mucho tiempo. Excepto por ocasionales riñas a causa de los peajes del río, eran amigos de los Elfos del Bosque. Otros pueblos estaban muy lejos, y algunos de los más jóvenes de la ciudad ponían abiertamente en duda la existencia de cualquier dragón en la Montaña, y se burlaban de los barbigrises y vejetes que decían haberlo visto volar por el cielo en sus años mozos. Por todo esto, no es de extrañar que los guardias estuviesen bebiendo y riendo junto al fuego dentro de la cabana, y no oyesen el ruido de los enanos que eran desembalados, o los pasos de los cuatro exploradores. El asombro de los guardias fue enorme cuando Thorin Escudo de Roble cruzó la puerta.

-¿Quién eres y qué quieres? -gritaron poniéndose en pie de un salto y buscando a tientas las armas.

-¡Thorin hijo de Thrain hijo de Thror, Rey bajo la Montaña! -dijo el enano con voz recia, y realmente parecía un rey, aun con aquellas rasgadas vestiduras y el mugriento capuchón. El oro le brillaba en el cuello y en la cintura; y tenía ojos oscuros y profundos-. He regresado. ¡Deseo ver al gobernador de la ciudad!

Hubo entonces un tremendo alboroto. Algunos de los más necios salieron corriendo como si esperasen que la Montaña se convirtiese en oro por la noche y todas



Sueco (1947)

las aguas del Lago se pusiesen amarillas de un momento a otro. El capitán de la guardia se adelantó.

-¿Y quiénes son éstos? -preguntó señalando a Fili, Kili y Bilbo.

-Los hijos de la hija de mi padre -respondió Thorin-. Fili y Kili de la raza de Durin, y el señor Bolsón, que ha viajado con nosotros desde el Oeste.

-¡Si venís en paz arrojad las armas! -dijo el capitán.

-No tenemos armas -dijo Thorin, y era bastante cierto: los cuchillos se los habían sacado los Elfos del Bosque, y también la gran espada Orcrist. Bilbo tenía su daga, oculta como siempre, pero no habló-. No necesitamos armas, volvemos por fin a nuestros dominios, como se decía en otro tiempo. No podríamos luchar contra tantos. ¡Llévanos al gobernador!

-Está en una fiesta -dijo el capitán.

-Más motivo entonces para que nos llesves a él -estalló Fili, ya impaciente con tanta solemnidad-. Estamos agotados y hambrientos después de un largo viaje y tenemos camaradas enfermos. Ahora date prisa y no charlemos más, o tu señor tendrá algo que decirte.

-Seguidme entonces-dijo el capitán, y rodeándolos con seis de sus hombres los condujo por el puente, a través de las puertas, hasta el mercado de la ciudad. Éste era un amplio círculo de agua tranquila rodeada por altos pilotes sobre los que se levantaban las casas más grandes, y por largos muelles de madera con escalones y escalerillas que descendían a la superficie del lago. De una de las casas llegaba el resplandor de muchas luces y el sonido de muchas voces. Cruzaron las puertas y se quedaron parpadeando a la luz, mirando las largas mesas en las que se apretaba la gente.

-¡Soy Thorin hijo de Thrain hijo de Thrór, Rey bajo la Montaña! ¡He regresado! -gritó Thorin con voz recia desde la puerta, antes de que el capitán pudiese hablar.

Todos se pusieron en pie de un salto. El gobernador de la ciudad se movió nervioso en la gran silla. Pero nadie se levantó con mayor sorpresa que los elfos, sentados al fondo de la sala. Precipitándose hacia la mesa del gobernador gritaron juntos:

-¡Éstos son prisioneros de nuestro rey que han escapado, enanos errantes y vagabundos que ni siquiera pudieron decir nada bueno de sí mismos y que merodean por los bosques y molestan a nuestra gente!

-¿Es eso cierto? -preguntó el gobernador. En realidad esto le parecía más probable que el regreso del Rey bajo la Montaña, si semejante persona había existido alguna vez.

-Es cierto que el Rey Elfo nos hizo prisioneros por error y nos encarceló sin causa alguna, cuando regresábamos a nuestro país -respondió Thorin-. Mas ni candados ni barrotes pueden impedir el retorno anunciado antaño, y no estamos en los dominios de los Elfos del Bosque. Hablo al gobernador de la ciudad de los Hombres del Lago, no a los almadieros del rey.

El gobernador titubeó entonces, mirando a unos y a otros. El Rey Elfo era muy poderoso en aquellas tierras y el gobernador no deseaba enemistarse con él; además no prestaba mucha atención a canciones antiguas, entregado como estaba al comercio y a los peajes, a los cargamentos y al oro, hábitos a los que debía su posición. Otros, sin embargo, pensaban de un modo muy distinto, y el asunto se solucionó rápidamente sin que el gobernador interviniera. Las noticias se habían difundido desde las puertas del palacio por toda la ciudad, como si se tratase de un incendio. La gente gritaba dentro y fuera de la sala. Unos pasos apresurados recorrían los muelles. Alguien empezó a cantar trozos de viejas canciones que hablaban del regreso del Rey bajo la Montaña; que fuese el nieto de Thror y no Thror en persona quien estaba allí, no parecía molestarles.

Otros entonaron la canción que rodó alta y fuerte sobre el lago.

*¡El Rey bajo la Montaña,
el Rey de piedra tallada,
el señor de fuentes de plata,
regresará a sus tierras!*

*Sostendrán alta la corona,
tañerán otra vez el arpa,
cantarán otra vez las canciones,
habrá ecos de oro en las salas.*

*Los bosques ondularán en montañas,
y las hierbas a la luz del sol;
y las riquezas manarán en fuentes,
y los ríos en corrientes doradas.*

*¡Alborozados correrán los ríos,
los lagos brillarán como llamas,
cesarán los dolores y las penas,
cuando regrese el Rey de la Montaña!*

Así cantaban, o algo parecido, aunque la canción era mucho más larga, y fue acompañada con gritos y música de arpas y violines. Y en verdad, ni el más viejo de los abuelos recordaba semejante algarabía en la Ciudad del Lago. Los propios Elfos del Bosque empezaron a titubear y aun a tener miedo. No sabían, por supuesto, cómo Thorin había escapado, y se decían quizá que el Rey había cometido un grave error. En cuanto al gobernador de la ciudad, comprendió que no podía hacer otra cosa que sumarse a aquel clamor tumultuoso, al menos por el momento, y fingir que aceptaba lo que Thorin decía que era.

De modo que lo invitó a sentarse en la silla grande, y puso a Fili y a Kili junto a él en sitios de honor. Aun a Bilbo se le dio un lugar en la mesa alta, y nadie explicó de dónde venía (ninguna canción se refería a él, ni siquiera de un modo oscuro), ni nadie lo preguntó en el bullicio general.

Poco después trajeron a los demás enanos a la ciudad entre escenas de asombroso entusiasmo. Todos fueron curados y alimentados, alojados y agasajados del modo más amable y satisfactorio. Una casa enorme fue cedida a Thorin y a los suyos; y luego les proporcionaron barcos y remeros, y una multitud se sentó a las puertas de la casa y cantaba canciones durante todo el día, o daba burras si cualquier enano asomaba la punta de la nariz.

Algunas de las canciones eran antiguas; pero otras eran muy nuevas y hablaban con confianza de la repentina muerte del dragón y de los cargamentos de fastuosos presentes que bajaban por el río a la Ciudad del Lago. Estos últimos cantos estaban inspirados en su mayor parte por el gobernador, y no agradaban mucho a los enanos; pero entretanto los trataban muy bien, y pronto se pusieron de nuevo fuertes y gordos. En una semana estaban ya casi repuestos, con ropa fina de color apropiado, las barbas peinadas y recortadas, y el paso orgulloso. Thorin caminaba y miraba a todo el mundo como si el reino estuviese ya reconquistado y Smaug cortado en trozos pequeños.

Por entonces, como Thorin había dicho, los buenos sentimientos de los enanos hacia el pequeño hobbit se acrecentaban día a día. No hubo más gruñidos o lamentos. Bebían a la salud de Bilbo, le daban golpéenos en la espalda, y alborotaban alrededor, lo que no estaba mal, pues el hobbit no se sentía demasiado feliz. No había olvidado el aspecto de la Montaña, ni lo que pensaba del

3 Puede que el gobernador y sus consejeros se hayan inspirado en el alcalde y los miembros del ayuntamiento que regían la ciudad de Hamelin en el poema «The Pied Piper of Hamelin» (1842), de Robert Browning. Tanto el gobernador de la Ciudad del Lago como el alcalde de Hamelin son tacaños, egoístas y conscientes de los intereses de los ciudadanos sólo en la medida que les convenga.

Tolkien conocía bien el poema de Browning: de hecho, lo detestaba, calificándolo un «terrible presagio de los más vulgares elementos de Disney ... Conmigo fracasó aun de niño, cuando no podía distinguir todavía la hueca vulgaridad de Browning de la general adultez de las obras que debían gustarme de acuerdo con lo que de mí se esperaba» (*Cartas*, n.º 234). Que lo tenía en mente en el momento en que estaba escribiendo *El hobbit* lo confirma el poema satírico «Viaje a Bimble Town», publicado en la *Oxford Magazine* el 15 de octubre de 1931, y que se reproduce en la página de enfrente. El poema, dedicado al alcalde y al ayuntamiento, se publicó con el pseudónimo de K. Bagpuize, que era la abreviatura de Kingston Bagpuize, una aldea a algunas millas al oeste de Oxford. Puede que parte de la sátira tenga como móvil la política de los funcionarios locales.

El poema en sí no es en absoluto típico de Tolkien, pero constituye una curiosidad muy interesante, con algunas pocas imágenes vigorosas (como la tarjeta posta! de las «mujeres gordas en el mar»).

La situación del pueblo en una playa quizá se haya inspirado en las vacaciones de la familia pasadas en Filey, en North Yorkshire, sitio al que Tolkien llamó «un pequeño pueblo balneario suburbano sumamente desagradable».

dragón, y tenía además un fastidioso resfriado. Durante tres días estornudó y tosió, y no pudo salir, y aun días después, cuando hablaba en los banquetes, se limitaba a decir:
-Buchísimas bracias.

Mientras tanto los elfos habían regresado al Río del Bosque con los cargamentos, y hubo gran excitación en el palacio del rey. Nunca he sabido qué les ocurrió al jefe de la guardia y al mayordomo. Por supuesto, nada se dijo sobre llaves o barriles mientras los enanos permanecieron en la Ciudad del Lago, y Bilbo cuidó de no volverse nunca invisible. No obstante, me atrevería a decir que se suponía más de lo que se sabía, y sin duda el señor Bolsón era uno de los puntos misteriosos. De todos modos el rey conocía ahora la misión de los enanos o creía conocerla, y se dijo a sí mismo:

«¡Muy bien! ¡Ya veremos! Ningún tesoro saldrá por el Bosque Negro sin que yo haya dicho la última palabra. Pero espero que todos tengan un mal fin, ¡y les estará bien empleado!» De todos modos él no creía en enanos que lucharan y mataran dragones como Smaug, y sospechaba un intento de saqueo o algo parecido, lo que demuestra que era un elfo sabio y más sabio que los hombres de la ciudad, aunque no acertaba del todo, como veremos más adelante. Envió espías a las orillas del Lago y a la Montaña, lejos hacia el norte, hasta donde pudieran llegar, y después aguardó.

A los quince días, Thorin empezó a pensar en la partida. Mientras durase el entusiasmo en la ciudad, sería tiempo de pedir ayuda. No convenía dejar enfriarlas cosas con dilaciones. Así que habló con el gobernador y los consejeros de la ciudad, y les dijo que pronto él y su compañía marcharían otra vez a la Montaña.

3 Entonces, por vez primera, el gobernador se sorprendió.

dio y aun llegó a asustarse, y se preguntó si Thorin no sería en verdad descendiente de los reyes antiguos. Nunca había pensado que los enanos se atreverían a acercarse a Smaug, y para él no eran más que un fraude que tarde o temprano saldría a la luz. Estaba equivocado. Thorin, por supuesto, era el verdadero nieto del Rey bajo la Montaña, y nadie sabe de lo que es capaz un enano, por venganza o por recordar lo que le pertenece.

Pero el gobernador no sintió pena alguna cuando los dejó partir. La manutención de los enanos estaba arruinándolo, y desde que habían llegado la vida en la ciudad era como unas largas vacaciones, con los negocios en punto muerto. «Dejemos que se vayan y que le den la lata a Smaug. ¡Ya veremos cómo los recibe!», pensó. -¡Ciertamente, oh Thorin hijo de Thrain hijo de Thrór! -fue lo que dijo-. Tenéis que reclamar lo que es vuestro. Ha llegado la hora que se anunció tiempo atrás. Tendréis toda la ayuda que podamos daros, y confiamos en vuestra gratitud cuando reconquistéis el remo.

De modo que un buen día, aunque el otoño estaba ya bastante avanzado, y los vientos eran fríos y las hojas caían rápidas, tres grandes embarcaciones dejaron la Ciudad del Lago, cargadas con remeros, enanos, el señor Bolsón, y muchas provisiones. Habían enviado caballos y poneys que llegarían al apeadero señalado dando un rodeo por senderos tortuosos. El gobernador y los consejeros de la ciudad los despidieron desde los grandes escalones del ayuntamiento, que bajaban hasta el Lago. La gente cantaba en las ventanas y en los muelles. Los remos blancos golpearon y se hundieron en el agua; y la compañía partió hacía el norte, río arriba, en la última etapa de un largo viaje. La única persona completamente desdichada era Bilbo.

VIAJE A BIMBLE TOWN

Bimble-Bay tiene una calle empinada:
 va bajando con muchas casas,
 altas, bajas; tiendas de carne,
 tiendas de coles, tiendas de blusas,
 de faldas, de jerseys, de paraguas;
 una oficina de correos (sórdida y nueva);
 una librería colmada de best-sellers
 de sobrecubierta amarilla; una vieja
 y sólida taberna,
 de múltiples ventanas, donde las motos
 sueltan fuertes olores, y no hay caballos
 en patios empedrados; un lugar donde
 arenques ahumados
 en cajas de madera yacen en fila
 (traídos por tren al aire marino);
 una farmacia con loción bronceadura
 y tarjetas postales (de Diossabedonde,
 y mujeres gordas en el mar);
 una juguetería con objetos de estaño,
 y baratijas y todos los diarios;
 escaparates, escaparates con bombones,
 cigarrillos y goma de mascar
 (envuelta en papel, guardada en cajas
 para que las tiren en la hierba y la playa);
 ruidosos garajes donde trabajando duro
 gente sucia golpea y brama,
 y zumban los motores y las luces ciegan,
 toda la noche... ¡Vaya qué ruido alegre!
 A veces, por detrás (esto es raro),
 se oyen gritos de muchachos;
 a veces, tarde, cuando no pasan
 las motos bramando,
 se oye débilmente (si uno pone atención)
 el mar todavía empeñado en la playa.
 ¿Empeñado en qué? En batir pellejos de
 naranja,
 en apilar cascaras de plátano,
 en roer papel, intentar hacer
 un caldo de botellas, paquetes, latas,
 antes que un nuevo día llegue con una
 nueva provisión,
 antes de los nuevos charabanes,
 deteniéndose a la puerta de la taberna
 con hedores y retumbos, bocinazos y
 clamores
 traigan más gente a Diossabedonde
 y a Ellosnolesimporta, a Bimble-Bay
 donde la calle empinada, hermosa en
 otro tiempo,
 con muchas casas baja vacilando.

¡Ved Bretaña primero!

K. BAGPUIZE

Capítulo XI

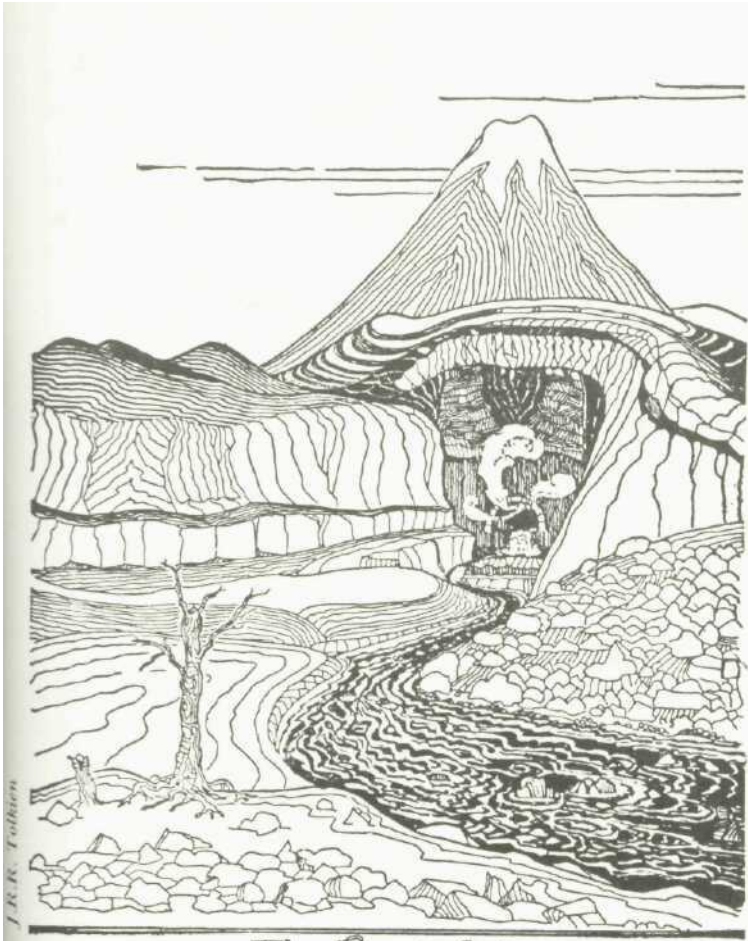
EN EL UMBRAL

Durante dos días enteros remaron aguas arriba, y se metieron en el Río Rápido, y todos pudieron ver entonces la Montaña Solitaria, que se alzaba imponente y amenazadora ante ellos. La corriente era turbulenta e iban despacio. Al término del día tercero, unas millas río arriba, se acercaron a la orilla oeste o izquierda y desembarcaron. Aquí se les unieron los caballos con otras provisiones y útiles, y los poneys y el resto fue almacenado en una tienda, pero ninguno de los hombres de la ciudad se quedaría con ellos tan cerca de la sombra de la Montaña, ni siquiera por esa noche.

-No al menos hasta que las canciones sean ciertas-dijeron. Era más fácil creer en el dragón y menos fácil creer en Thorin en marcha por esas tierras salvajes. En verdad los almacenes no necesitaban guardias, pues aquellas tierras eran desoladas y desiertas. Así, aunque ya caía la noche, la escolta los abandonó, escapando rápidamente río abajo y por los caminos de la orilla.

Pasaron una noche fría y solitaria, y se sintieron desanimados. Al día siguiente partieron de nuevo. Balin y Bilbo cabalgaban detrás, cada uno llevando un poney con una carga pesada; los otros iban delante, marchando lentamente pues no había ninguna senda. Fueron hacia el noroeste, desviándose del Río Rápido y acercándose más y más a la gran estribación de la Montaña que avanzaba sobre ellos desde el sur.

Fue una jornada agotadora, silenciosa y furtiva. No hubo risas, ni canciones, ni sonidos de arpa, y el orgullo y



J. K. K. Tolson

. The Front Gate .

las esperanzas que habían reavivado los corazones mientras entonaban los viejos cantos junto al lago, murieron pronto en un fatigado abatimiento. Sabían que estaban aproximándose al final del viaje, y que podía ser un final muy espantoso. La tierra alrededor era pelada y árida, aunque en otra época, decía Thorin, había sido hermosa y verde. Había poca hierba, y al cabo de un rato desaparecieron los árboles y los arbustos, y de los que habían muerto mucho tiempo atrás sólo quedaban unos tocones rotos y ennegrecidos. Habían llegado a la Desolación del Dragón y a los últimos días del año.

A pesar de todo, alcanzaron la falda de la Montaña sin tropezar con ningún peligro ni con otro rastro del dragón que aquel desierto alrededor de la guarida. La Montaña se alzaba oscura y silenciosa ante ellos, y siempre más alta. Acamparon por primera vez en el lado oeste de la gran estribación sur, que terminaba en la llamada Colina del Cuervo. La colina había sido un antiguo puesto de observación; pero no se atrevieron a escalarla aún; estaba demasiado expuesta.

Antes de partir hacia las estribaciones del oeste en busca de la puerta oculta, en la que habían puesto todas sus esperanzas, Thorin envió una partida de exploración para reconocer las tierras del sur, donde estaba la Puerta Principal. Para este propósito escogió a Balin, Fili y Kili, y con ellos fue Bilbo. Marcharon bajo los riscos grises y silenciosos hacia el pie de la Colina del Cuervo. El río, luego de un amplio recodo sobre Valle, se apartaba de la Montaña e iba hacia el Lago, fluyendo rápida y ruidosamente. Las orillas eran allí desnudas y rocosas, altas y escarpadas sobre la corriente; y mirando con atención por encima del estrecho curso de agua, que saltaba espumosa entre los peñascos, alcanzaron a ver en el amplio valle, ensombrecidas por los

brazos de la Montaña, las ruinas grises de casas, torreones y muros antiguos.

-Ahí yace todo lo que queda de Valle -dijo Balin-, Las laderas de la montaña estaban verdes de bosques y los terrenos resguardados eran ricos y agradables en el tiempo en que las campanas repicaban en la ciudad. -Parecía triste y furioso a la vez cuando lo dijo; él mismo había sido compañero de Thorin el día que llegó el dragón.

No se atrevieron a seguir el río mucho más lejos hacia la Puerta; pero dejaron atrás el extremo de la estribación sur, y ocultándose detrás de una roca, buscaron y vieron la sombría abertura cavernosa en la pared de un risco elevado, entre los brazos de la Montaña. Las aguas del Río Rápido se precipitaban fuera, junto con un vapor y un humo negro. Nada se movía en el yermo aparte del vapor y el agua, y de cuando en cuando un grajo negro y ominoso. El único sonido era el del agua entre las rocas, y a veces el áspero graznido de un pájaro. Balin se estremeció.

-¡Volvamos! -dijo-. ¡Aquí no hacemos nada bueno! Y no me gustan esos pájaros negros, parecen espías del mal.

-El dragón vive todavía, y está ahora en los salones bajo la Montaña, o eso supongo por el humo -dijo el hobbit.

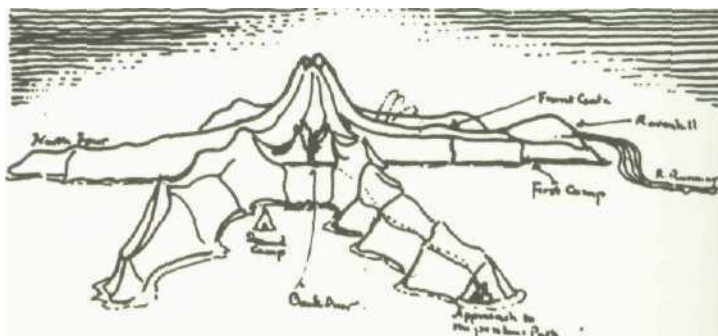
-No es una prueba -dijo Balin-, aunque no dudo que estés en lo cierto. Pero pudo haber salido por un rato, o encontrarse de guardia en la ladera de la montaña, y aun así no me sorprendería que humos y vapores salieran por las puertas; ese vaho fétido llena sin duda todas las salas interiores.

Con estos pensamientos tenebrosos, seguidos siempre por grajos que graznaban encima de ellos, volvieron fatigados al campamento. En el mes de junio habían sido huéspedes de la hermosa casa de Elrond, y aunque el otoño ya cami-

naba hacia el invierno, parecía que habían pasado años desde aquellos días agradables. Estaban solos en el yermo peligroso, sin esperanza de más ayuda. Habían llegado al término del viaje, pero se encontraban más lejos que nunca, o así parecía, del final de la misión. A ninguno de ellos le quedaba mucho ánimo.

Quizá os sorprenda, pero el señor Bolsón parecía más animado que los otros. Muy a menudo le pedía a Thorin el mapa y lo miraba con atención, meditando sobre las runas y el mensaje de letras lunares que Elrond había leído. Fue Bilbo quien incitó a los enanos a que buscaran la puerta secreta de la vertiente oeste. Trasladaron entonces el campamento a un valle largo, más estrecho que el valle del sur donde se levantaban las Puertas del Río, y protegido por las estribaciones más bajas de la Montaña. Dos de las estribaciones se adelantaban aquí desde el macizo principal hacia el oeste, en largas crestas de faldas abruptas, que sin interrupción caían hacia el llano. En este lado se veían menos señales de los merodeantes pies del dragón, y había alguna hierba para los poneys. Desde el campamento oeste, siempre ensombrecido por el risco y el muro, hasta que el sol empezaba a hundirse en el bosque, salieron día tras día a buscar unos senderos que subiesen por la ladera de la montaña. Si el mapa decía la verdad, en alguna parte de la cima del risco, en la cabeza del valle, tenía que estar la puerta secreta. Día tras día volvían sin éxito al campamento.

Pero por fin, de modo inesperado, encontraron lo que buscaban. Fili, Kili y el hobbit volvieron un día valle abajo y gatearon entre las rocas caídas del extremo sur. Cerca del mediodía, arrastrándose detrás de una piedra solitaria que se alzaba como un pilar, Bilbo descubrió unos toscos escalones. Él y los enanos treparon excitados, y encontraron el



Dibujo esquemático de la Montaña Solitaria vista desde el oeste, hecho por Tolkien.

rastros de una senda estrecha, a veces oculta, a veces visible, que llevaba a la cresta sur, y luego hasta una sAllente todavía más estrecha, que bordeaba hacía el norte la cara de la Montaña. Mirando hacia abajo, vieron que estaban en la punta del risco a la entrada del valle, y contemplaron su propio campamento allá abajo. En silencio, pegándose a la pared rocosa de la derecha, fueron en fila por el repecho hasta que la pared se abrió, y entraron entonces en una pequeña nave de paredes abruptas y suelo cubierto de hierbas, tranquila y callada. La entrada no podía ser vista desde abajo pues el risco sobresalía, ni desde lejos, pues era tan pequeña que parecía sólo una grieta oscura. No era una cueva y se abría hacia el cielo; pero en el extremo más interior se elevaba una pared desnuda, y la parte inferior, cerca del suelo, era tan lisa y vertical como obra de albañil, pero no se vetan ensambladuras ni rendijas. Ni rastros había allí de postes, dinteles o umbrales, ni seña alguna de tranca, pestillo o cerradura; y sin embargo no dudaron de que al fin habían encontrado la puerta. [1]

La golpearon, la empujaron de mil modos, le imploraron que se moviese, recitaron trozos de encantamientos que abrían entradas secretas, y nada se movió. Por último, se tendieron exhaustos a descansar sobre la hierba, y luego, por la tarde, emprendieron el largo descenso.

Esa noche hubo excitación en el campamento del valle. Por la mañana se prepararon a marchar otra vez. Sólo Bofur y Bombur quedaron atrás para que guardaran los poneys y las provisiones que habían traído desde el río. Los otros descendieron al valle y subieron por el sendero descubierto el día anterior, y llegaron así hasta el estrecho borde. Allí no llevaron bultos ni paquetes, pues la sAllente era angosta y peligrosa, con una caída al lado de ciento cincuenta pies sobre las rocas afiladas del fondo; pero to-

dos llevaban un buen rollo de cuerda bien atado a la cintura y así, sin ningún accidente, llegaron a la pequeña nave de hierbas.

Allí acamparon por tercera vez, subiendo con las cuerdas lo que necesitaban. Algunos de los enanos más vigorosos, como Kili, descendieron a veces del mismo modo, para intercambiar noticias o para relevar a la guardia de abajo, mientras Bofur era izado al campamento. Bombur no subiría ni por la cuerda ni por el sendero.

-Soy demasiado gordo para esos paseos de mosca -dijo-. Me marearía, me pisaría la barba, y seríais trece otra vez. Y las cuerdas son demasiado delgadas y no aguantarían mi peso. -Por fortuna para él, esto no era cierto, como veréis.

Mientras tanto, algunos de los enanos exploraron el antepecho más allá de la abertura, y descubrieron un sendero que conducía montaña arriba; pero no se atrevieron a aventurarse muy lejos por ese camino, ni tampoco servía de mucho. Fuera, allá arriba, reinaba el silencio, interrumpido sólo por el ruido del viento entre las grietas rocosas. Hablaban bajo y nunca gritaban o cantaban, pues el peligro acechaba en cada piedra. Los otros, que trataban de descubrir el secreto de la puerta, no tuvieron más éxito. Estaban demasiado ansiosos como para romperse la cabeza con las runas o las letras lunares, pero trabajaron sin descanso buscando la puerta escondida en la superficie lisa de la roca. Habían traído de la Ciudad del Lago picos y herramientas de muchas clases y al principio trataron de utilizarlos. Pero cuando golpearon la piedra, los mangos se hicieron astillas, y les sacudieron cruelmente los brazos, y las cabezas de acero se rompieron o doblaron como plomo. La minería, como vieron claramente, no era útil

contra el encantamiento que había cerrado la puerta; y *el* ruido resonante los aterrorizó.

Bilbo se encontró sentado en el umbral, solo y aburrido. Por supuesto, en realidad no había umbral, pero llamaban así en broma al espacio con hierba entre el muro y la abertura, recordando las palabras de Bilbo en el agujero-hobbit durante la tertulia inesperada, hacía tanto tiempo, cuando dijo que él podría sentarse en el umbral hasta que ellos pensasen algo. Y sentarse y pensar fue lo que hicieron, o divagar más y más a la buenaventura, y ponerse cada vez más huraños.

Los ánimos se habían levantado un poco con el descubrimiento del sendero, pero ahora los tenían ya por los pies; pero ni aun así iban a rendirse y marcharse. El hobbit no estaba mucho más contento que los enanos. No hacía nada, y sentado de espaldas a la pared de piedra, miraba fijamente por la abertura hacia el poniente, por encima del risco y las amplias llanuras, hacia la pared del Bosque Negro y las tierras de más allá, en las que a veces creía ver reflejos de las Montañas Nubladas, lejanas y pequeñas. Si los enanos le preguntaban qué estaba haciendo, contestaba:

-Dijisteis que sentarme en el umbral y pensar sería mi trabajo, aparte de entrar; así que estoy sentado y pensando. -Pero me temo que no pensaba mucho en su tarea, sino en lo que había más allá de la lejanía azul, la tranquila Tierra de Poniente, y el agujero-hobbit bajo la Colina.

Una piedra gris yacía en medio de la hierba y él la observaba melancólico o miraba los grandes caracoles. Parecía que les gustaba la nave cerrada con muros de piedra fría, y había muchos de gran tamaño que se arrastraban lenta y obstinadamente por los lados.

-Mañana empieza la última semana de otoño -dijo un día Thorin.

-Y el invierno viene detrás -dijo Bifur.

-Y luego otro año -dijo Dwalin-, y nos crecerán las barbas y colgarán riscos abajo hasta el valle antes que aquí haya novedades. ¿Qué hace por nosotros el saqueador? Como tiene el anillo, y ya tendría que saber manejarlo muy bien, estoy empezando a pensar que podría cruzar la Puerta Principal y reconocer un poco el terreno.

Bilbo oyó esto (los enanos estaban en las rocas justo sobre el recinto donde él se sentaba) y «¡Vaya!», se dijo. «De modo que eso es lo que están pensando, ¿no? Siempre soy yo el pobrecito que tiene que sacarlos de dificultades, al menos desde que el mago nos dejó. ¿Qué voy a hacer? ¡Podía haber adivinado que algo espantoso me pasaría al final! No creo que soporte ver otra vez el desgraciado país de Valle y menos esa puerta que echa vapor.»

Esa noche se sintió muy triste y apenas durmió. Al día siguiente los enanos se dispersaron en varias direcciones; algunos estaban entrenando a los poneys allá abajo, otros erraban por la ladera de la montaña. Bilbo pasó todo el día abatido, sentado en la nave de hierba, clavando los ojos en la piedra gris, o mirando hacia afuera al oeste, a través de la estrecha abertura. Tenía la rara impresión de que estaba esperando algo. «Quizá el mago aparezca hoy de repente», pensaba.

Si levantaba la cabeza alcanzaba a ver el bosque lejano. Cuando el sol se inclinó hacia el oeste, hubo un destello amarillo sobre las copas de los árboles, como si la luz se hubiese enredado en las últimas hojas claras. Pronto vio el disco anaranjado del sol que bajaba a la altura de sus Ojos. Fue hacia la abertura y allí, sobre el borde de la Tierra, había una delgada luna nueva, pálida y tenue.

En ese mismo momento oyó el graznido áspero. Detrás, sobre la piedra gris en la hierba, había un zorzal enorme, negro casi como el carbón, el pecho amarillo



claro, salpicado de manchas oscuras. ¡Crac! Había capturado un caracol y lo golpeaba contra la piedra. ¡Crac! ¡Crac!

De repente Bilbo entendió. Olvidando todo peligro, se incorporó y llamó a los enanos, gritando y moviéndose. Aquellos que estaban más próximos se acercaron tropezando sobre las rocas y tan rápido como podían a lo largo del antepecho, preguntándose qué demonios pasaba; los otros gritaron que los izaran con las cuerdas (excepto Bombur, que por supuesto estaba dormido).

Bilbo se explicó rápidamente. Todos guardaron silencio: el hobbit de pie junto a la piedra gris, y los enanos observando impacientes, meneando las barbas. El sol bajó y bajó, y las esperanzas menguaron. El sol se hundió en un anillo de nubes enrojecidas y desapareció. Los enanos gruñeron, pero Bilbo siguió allí de pie, casi sin moverse. La pequeña luna estaba tocando el horizonte. Llegaba el anochecer.

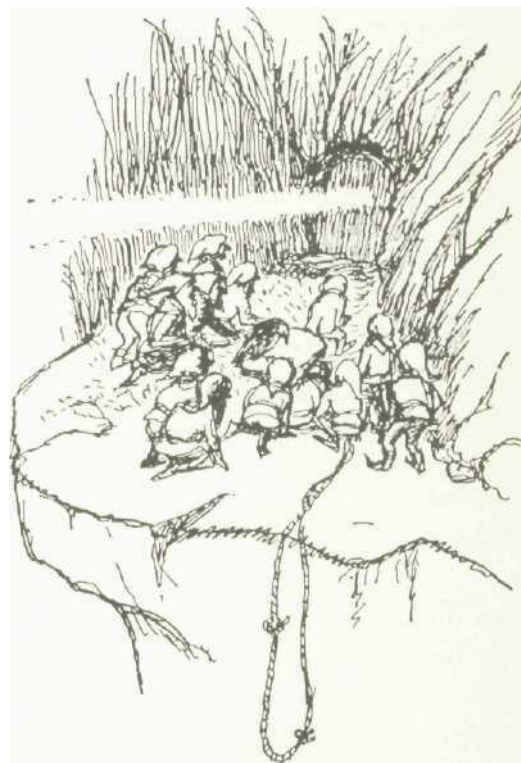
Entonces, de modo inesperado, cuando ya casi no les quedaban esperanzas, un rayo rojo de sol escapó como un dedo por el rasgón de una nube. El destello de luz llegó directamente a la nave atravesando la abertura y cayó sobre la lisa superficie de roca. El viejo zorzal, que había estado mirando desde lo alto con ojos pequeños y brillantes, inclinando la cabeza, soltó un sonoro gorjeo. Se oyó un crujido. Un trozo de roca se desprendió de la pared y cayó. De repente apareció un orificio, a unos tres pies del suelo.

En seguida, temiendo que la oportunidad se esfumase, los enanos corrieron hacia la roca y la empujaron, en vano.

-¡La llave! ¡La llave! -gritó Bilbo entonces-. ¿Dónde está Thorin?

Thorin se acercó de prisa.

-¡La llave! -gritó Bilbo-. ¡La llave que estaba con el mapa! ¡Pruébala ahora, mientras todavía hay tiempo!



Japonés (1965)

Entonces Thorin se adelantó, quitó la llave de la cadena que le colgaba del cuello, y la metió en el orificio. ¡Entraba y giraba! ¡Zas! El rayo desapareció, el sol se ocultó, la luna se fue, y el anochecer se extendió por el cielo.

Entonces todos empujaron a la vez, y una parte de la pared rocosa cedió lentamente. Unas grietas largas y rectas aparecieron y se ensancharon. Una puerta de tres pies de ancho y cinco de alto asomó poco a poco, y sin un sonido se movió hacia adentro. Parecía como si la oscuridad fluyese como un vapor del agujero de la montaña, y una densa negrura, en la que nada podía verse, se extendió ante la compañía: una boca que bostezaba y llevaba adentro y abajo.

Capítulo XII

INFORMACIÓN SECRETA

Durante un largo rato los enanos permanecieron inmóviles en la oscuridad ante la puerta, y discutieron, hasta que al final Thorin habló:

-Ha llegado el momento de que nuestro estimado señor Bolsón, que ha probado ser un buen compañero en nuestro largo camino, y un hobbit de coraje y recursos muy superiores a su talla, y si se me permite decirlo, con una buena suerte que excede en mucho la ración común, ha llegado el momento, digo, de que lleve a cabo el servicio para el que fue incluido en la compañía; ha llegado el momento de que el señor Bolsón gane su recompensa.

Estáis familiarizados con el estilo de Thorin en las ocasiones importantes, de modo que no os daré otras muestras, aunque continuó así durante un tiempo. Por cierto, la ocasión era importante, pero Bilbo se impacientó. Por entonces ya conocía bastante bien a Thorin, y sabía a dónde iba a parar.

-Si quieres decir que mi trabajo es introducirme primero en el pasadizo secreto, oh Thorin Escudo de Roble, hijo de Thrain, que tu barba sea todavía más larga -dijo malhumorado-. ¡Dilo así de una vez y se acabó! Podría rehusarme. Ya os he sacado de dos aprietos que no creo que estuviesen en el convenio original, y me parece que ya me he ganado alguna recompensa. Pero «a la tercera va la vencida», como mi padre solía decir, y en cierto modo no pienso rehusarme. Tal vez esté aprendiendo a confiar en mi buena suerte, más que en los viejos tiempos. -Quería decir en la última primavera, antes de dejar la casa de la co-

lina, pero parecía que hubiesen pasado siglos.- Sin embargo creo que iré y echaré un vistazo en seguida, para terminar de una vez. Bien, ¿quién viene conmigo?

No esperaba un coro de voluntarios, de modo que no se decepcionó. Fili y Kili parecían incómodos y vacilaban con un pie en el aire, pero los otros no se inmutaron, excepto el viejo Balin, el vigía, quien había llegado a encariñarse con el hobbit. Dijo que al menos entraría, y tal vez recorriera también un trecho, dispuesto a gritar socorro si era necesario.

Lo mejor que se puede decir de los enanos es lo siguiente: se proponían pagar con generosidad los servicios de Bilbo; lo habían traído para hacer un trabajo que les desagradaba, y no les importaba cómo se las arreglaría aquel pobre y pequeño compañero, siempre que llevara a cabo la tarea. Hubieran hecho todo lo posible por sacarlo de apuros, si se metía en ellos, como en el caso de los ogros, al principio de la aventura, antes de que tuviesen una verdadera razón para sentirse agradecidos. Así es: los enanos no son héroes, sino gente calculadora, con una idea precisa del valor del dinero; algunos son ladinos y falsos; y bastante malos tipos; y otros en cambio son bastante decentes, como Thorin y compañía, si no se les pide demasiado.

Las estrellas aparecían detrás de él en un cielo pálido cruzado por nubes negras, cuando el hobbit se deslizó por el portón encantado y entró sigiloso en la Montaña. Avanzaba con una facilidad que no había esperado. Ésta no era una entrada de trastos, ni una tosca cueva de elfos. Era un pasadizo construido por enanos, en el tiempo en que habían sido muy ricos y hábiles: recto como una regla, de suelo y paredes pulidos, descendía poco a poco y llevaba directamente a algún destino distante en la oscuridad de abajo.

Al cabo de un rato Balin deseó -¡Buena suerte! -y Bilbo se detuvo donde todavía podía ver el tenue contorno de la puerta, y por alguna peculiaridad acústica del túnel, oír el sonido de las voces que murmuraban *afuera*, *Entonces e!* hobbit se puso el anillo, y enterado por los ecos de que necesitaría ser más precavido que un hobbit, si no quería hacer ruido, se arrastró en silencio hacia abajo, abajo, abajo en la oscuridad. Iba temblando de miedo, pero con una expresión firme y ceñuda en la cara menuda. Ya era un hobbit muy distinto del que había escapado corriendo de Bolsón Cerrado sin un pañuelo de bolsillo. No tenía un pañuelo de bolsillo desde hacía siglos. Aflojó la daga en la vaina, se apretó el cinturón y prosiguió.

«Ahora ya estás dentro y allá vas, Bilbo Bolsón», se dijo. «Tú mismo metiste la pata justo a tiempo aquella noche, ¡y ahora tienes que sacarla y pagar! ¡Cielos, qué tonto fui y qué tonto soy!», añadió la parte menos Tuk del hobbit. «¡No tengo ningún interés en tesoros guardados por dragones, y no me molestaría que todo el montón se quedara aquí para siempre, si yo pudiese despertar y descubrir que este túnel condenado es el zaguán de mi propia casa!»

Desde luego no despertó, sino que continuó adelante, hasta que toda señal de la puerta se hubo desvanecido detrás y a lo lejos. Estaba completamente solo. Pronto pensó que empezaba a hacer calor. «¿Es alguna especie de luz lo que creo ver acercándose justo enfrente, allá abajo?», se dijo,

Lo era. A medida que avanzaba crecía y crecía, hasta que no hubo ninguna duda. Era una luz rojiza de color cada vez más vivo. Ahora era también indudable que hacía calor en el túnel. Jirones de vapor flotaron y pasaron por encima del hobbit, que empezó a sudar. Algo, además, comenzó a resonarle en los oídos, una especie de burbujeo,



como el ruido de una gran olla que galopa sobre las llamas, mezclado con un retumbo como el ronroneo de un gato gigantesco. El ruido creció hasta convertirse en el inconfundible gorgoteo de algún animal enorme que roncaba en sueños allá abajo en la tenue luz rojiza frente a él.

En ese mismo momento Bilbo se detuvo. Seguir adelante fue la mayor de sus hazañas. Las cosas tremendas que después ocurrieron no pueden compararse. Libró la verdadera batalla en el túnel, a solas, antes de llegar a ver el enorme y acechante peligro. De todos modos, luego de una breve pausa, se adelantó otra vez; y podéis imaginaros cómo llegó al final del túnel, una abertura muy parecida a la puerta de arriba, por la forma y el tamaño: el hobbit asoma la cabecita. Ante él yace el inmenso y más profundo sótano o mazmorra de los antiguos enanos, en la raíz misma de la Montaña. La vastedad del sótano en penumbras sólo puede ser una vaga suposición, pero un gran resplandor se alza en la parte cercana del piso de piedra. ¡El resplandor de Smaug!

Allí yacía un enorme dragón aureorrojizo, que dormía profundamente; de las fauces y nances le salía un ronquido, e hilachas de humo, pero los fuegos eran apenas unas brasas llameantes. Debajo del cuerpo y las patas y la larga cola enroscada, y todo alrededor, extendiéndose lejos por los suelos invisibles, había incontables pilas de preciosos objetos, oro labrado y sin labrar, gemas y joyas, y plata que la luz teñía de rojo,

Smaug yacía, con las alas plegadas como un inmenso murciélago, medio vuelto de costado, de modo que el hobbit alcanzaba a verle la parte inferior, y el vientre largo y pálido incrustado con gemas y fragmentos de oro de tanto estar acostado en ese lecho valioso. Detrás, en las paredes

más próximas, podían verse confusamente cotas de malla, y hachas, espadas, lanzas y yelmos colgados; y allí, en hileras, había grandes jarrones y vasijas, rebosantes de una riqueza inestimable.

Decir que Bilbo se quedó sin Allento no es suficiente. No hay palabras que alcancen a expresar ese asombro abrumador desde que los Hombres cambiaron el lenguaje que aprendieran de los Elfos, en los días en que el mundo entero era maravilloso. Bilbo había oído antes relatos y cantos sobre tesoros ocultos de dragones, pero el esplendor, la magnificencia, la gloria de un tesoro semejante, no había llegado nunca a imaginarlos. El encantamiento lo traspasó y le colmó el corazón, y entendió el deseo de los enanos; y absorto e inmóvil, casi olvidando al espantoso guardián, se quedó mirando el oro, que sobrepasaba toda cuenta y medida.

Contempló el oro durante un largo tiempo, hasta que arrastrado casi contra su voluntad avanzó sigiloso desde las sombras del umbral, cruzando el salón hasta el borde más cercano de los montículos del tesoro. El dragón dormía encima, una horrenda amenaza aun ahora. Bilbo tomó un copón de doble asa, de los más pesados que podía cargar, y echó una temerosa mirada hacia arriba. Smaug sacudió un ala, desplegó una garra, y el retumbo de los ronquidos cambió de tono.

Entonces Bilbo escapó corriendo. Aunque el dragón no despertó -no todavía-, pero tumbado allí, en el salón robado, tuvo sueños de avaricia y violencia, mientras el pequeño hobbit regresaba penosamente por el largo túnel. El corazón le saltaba en el pecho, y un temblor más febril que el del descenso le atacaba las piernas, pero no soltaba el copón, y su principal pensamiento era: «¡Lo hice!, y esto les demostraré quién soy. ¡Un tendero más que un saquea-

1 Tolkien escribió una vez que estas dos oraciones contienen la única observación filológica en *El hobbit*, siendo «una extraña manera mitológica de referirse a la filosofía lingüística y un punto que (felizmente) sera echado de menos por cualquiera que no haya leído a Barfield (pocos lo han hecho) y probablemente por los que sí lo leyeron» (*Cartas*, n.º 15).

Verlyn Flieger sugiere que Tolkien se estaba refiriendo a la tesis de Owen Barfield, según la cual el lenguaje era originalmente premetafórico. Había una antigua unidad semántica entre la palabra y la cosa, y las palabras, por tanto, se referían a las realidades. Pero el lenguaje ya no es ahora concreto y literal. De ahí que, en este caso, Tolkien quería decir que Bilbo se había quedado realmente sin Allento en un sentido literal, no metafórico.

- 2 Cuando se le preguntó a Tolkien si el hecho de que el hobbit le robara el copón al dragón se basaba en el episodio del robo del copón en el *Beowulf*, respondió:

El *Beowulf* se cuenta entre mis más preciadas fuentes; aunque no lo recordaba conscientemente cuando lo escribía; el episodio del robo surgió naturalmente (casi de manera inevitable) de las circunstancias. Es difícil encontrar otro modo de proseguir la historia. Supongo que el autor del *Beowulf* diría lo mismo (*Cartas*, n.º 25).

- 2 dor, que se creen ellos eso! Bien, no volverán a mencionarlo».

Y tampoco lo mencionó él. Balin estaba encamado de volver a ver al hobbit, y sentía una alegría que era también asombro. Abrazó a Bilbo y lo llevó fuera, al aire libre. Era medianoche y las nubes habían cubierto las estrellas, pero Bilbo continuaba con los ojos cerrados, boqueando y reanimándose con el aire fresco, casi sin darse cuenta de la excitación de los enanos, y de cómo lo alababan y le palmeaban la espalda, y se ponían a su servicio, ellos y todas las familias de los enanos y las generaciones venideras.

Los enanos aún se pasaban el copón de mano en mano y charlaban animados de la recuperación del tesoro, cuando de repente algo retumbó en el interior de la montaña, como si un antiguo volcán se hubiese decidido a entrar otra vez en erupción. Detrás de ellos la puerta se movió acercándose, y una piedra la bloqueó impidiendo que se cerrara, pero desde las lejanas profundidades y por el largo túnel subían unos horribles ecos de bramidos y de un andar pesado, que estremecía el suelo.

Ante eso los enanos olvidaron su dicha y las seguras jactancias de momentos antes, y se encogieron aterrorizados. Smaug era todavía alguien que convenía recordar. No es nada bueno no tener en cuenta a un dragón vivo, sobre todo si habita cerca. Es posible que los dragones no saquen provecho a todas las riquezas que guardan, pero en general las conocen hasta la última onza, sobre todo después de una larga posesión; y Smaug no era diferente. Había pasado de un sueño intranquilo (en el que un guerrero, insignificante del todo en tamaño, pero provisto de una afilada espada y de gran valor, actuaba de un modo muy poco agradable) a uno ligero, y al fin se espabiló por completo.

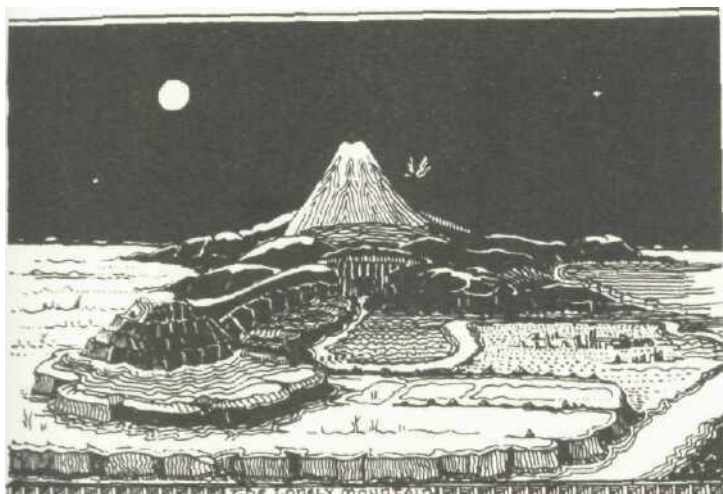
Había un hálito extraño en la cueva. ¿Podría ser una corriente que venía del pequeño agujero? Nunca se había sentido muy contento con él, aunque era tan reducido, y ahora lo miraba feroz y receloso, preguntándose por qué no lo habría tapado. En los últimos días creía haber oído los ecos indistintos de unos golpes allá arriba. Se movió y estiró el cuello hacia adelante, husmeando.

¡Entonces notó que faltaba el copón!

¡Ladrones! ¡Fuego! ¡Muerte! ¡Nada semejante le había ocurrido desde que llegara por primera vez a la Montaña! La ira del dragón era indescriptible, esa ira que sólo se ve en la gente rica que no alcanza a disfrutar de todo lo que tiene, y que de pronto pierde algo que ha guardado durante mucho tiempo, pero que nunca ha utilizado o necesitado. Smaug vomitaba fuego, el salón humeaba, las raíces de la Montaña se estremecían. Golpeó en vano la cabeza contra el pequeño agujero, y enroscando el cuerpo, rugiendo como un trueno subterráneo, se precipitó fuera de la guarida profunda, cruzó las grandes puertas, y entró en los vastos pasadizos de la montaña-palacio, y fue arriba, hacia la Puerta Principal.

Buscar por toda la montaña hasta atrapar al ladrón y despedazarlo y pisotearlo era el único pensamiento de Smaug. Salió por la Puerta, las aguas se alzaron en un vapor siseante y fiero, y él se elevó ardiendo en el aire, y se posó en la cima de la montaña envuelto en un fuego rojo y verde. Los enanos oyeron el sonido terrible de las alas del dragón, y se acurrucaron contra los muros de la terraza cubierta de hierba, ocultándose detrás de los peñascos, esperando de alguna manera escapar a aquellos ojos **terroríficos**.

Habrían muerto todos sí no fuese por Bilbo, una vez más. -¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! -jadeó-. ¡La puerta! ¡El túnel! Aquí no estamos seguros.



«La Montaña Solitaria», por J. R. R. Tolkien.

Los enanos reaccionaron, y ya estaban a punto de arrastrarse al interior del túnel, cuando Bifur dio un grito: -¡Mis primos! Bombur y Bofur. Los hemos olvidado. ¡Están allá abajo en el valle!

-Los matará, y también a nuestros poneyes, y lo perderemos todo -se lamentaron los demás-. Nada podemos hacer.

-¡Tonterías! -dijo Thorin, recobrando su dignidad-. No podemos abandonarlos. Entrad, señor Bolsón y Balin, y vosotros dos, Fili y Kili; el dragón no nos atrapará a todos. Ahora vosotros, los demás, ¿dónde están las cuerdas? ¡De prisa!

Estos fueron tal vez los momentos más difíciles por los que habían tenido que pasar. Los horribles estruendos de la cólera de Smaug resonaban arriba en las distantes cavidades de piedra; en cualquier momento podría bajar envuelto en llamas o volar girando en círculo y descubrirlos allí, al borde del despeñadero, tirando desafortunados de las cuerdas. Arriba llegó Bofur, y todo estaba en calma. Arriba llegó Bombur resoplando y sin Allentomientras las cuerdas crujían, y aún todo continuaba en calma. Arriba llegaron herramientas y fardos con provisiones, y entonces una amenaza se cernió sobre ellos.

Se oyó un zumbido chirriante. Una luz rojiza tocó las crestas de las rocas. El dragón se acercaba.

Apenas tuvieron tiempo para correr de regreso al túnel, arrastrando y tirando de los fardos, cuando Smaug apareció como un rayo desde el norte, lamiendo con fuego las laderas de la montaña, batiendo las grandes alas en el aire que rugía como un huracán. El Allentom arrasó la hierba ante la puerta y alcanzó la grieta por donde habían entrado a esconderse, y los chamuscó. Unos fuegos crepitantes se elevaban saltando, y las sombras de las piedras negras danzaban en torno. Entonces, mientras el dragón pasaba

otra vez volando, cayó la oscuridad. Los poneys chillaron de terror, rompieron las cuerdas y escaparon al galope. El dragón dio media vuelta, corrió tras ellos, y desapareció.

-¡Este será el final de nuestras pobres bestias! -dijo Thorin-. Nada que Smaug haya visto puede escapársele. ¡Aquí estamos y aquí tendremos que estar, a menos que a alguien se le ocurra volver a pie hasta el río, y con Smaug al acecho!

¡No era un pensamiento agradable! Se arrastraron túnel abajo estremeciéndose, aunque hacía calor y el aire era pesado, y allí esperaron hasta que el alba pálida se coló por la rendija de la puerta. Durante toda la noche pudieron oír una y otra vez el creciente fragor del dragón, que volaba y pasaba junto a ellos, y se perdía dando vueltas y vueltas a la montaña, buscándolos en las laderas.

Los poneys y los restos del campamento le hicieron suponer que unos hombres habían venido del río y el lago, escalando la ladera de la montaña desde el valle. Pero la puerta resistió la inquisitiva mirada, y la pequeña nave de paredes altas contuvo las llamas más feroces. Largo tiempo llevaba ya al acecho sin ningún resultado cuando el alba enfrió la cólera de Smaug, que regresó al lecho dorado para dormir y reponer fuerzas. No olvidaría ni perdonaría el robo, ni aunque mil años lo convirtiesen en una piedra humeante; él seguiría esperando. Despacio y en silencio se arrastró de vuelta a la guarida, y cerró a medias^ los ojos.

Cuando llegó la mañana, el terror de los enanos disminuyó. Entendieron que peligros de esta índole eran inevitables con semejante guardián, y que por ahora no servía de nada abandonar la búsqueda. Pero tampoco podían escapar, como Thorin había apuntado. Los poneys estaban muertos o perdidos, y Bilbo y los enanos tendrían que es-

perar a que Smaug dejara de vigilarlos, antes de que se atrevieran a recorrer a pie el largo camino. Por fortuna conservaban buena parte de las provisiones, que aún podían durarles un tiempo. Discutieron largamente sobre el próximo paso, pero no encontraron modo de deshacerse de Smaug, que siempre había sido el punto débil de todos los planes, como Bilbo se adelantó a señalar. Luego, como ocurre con las gentes que no saben qué hacer ni qué decir, empezaron a quejarse del hobbit, culpándolo por lo que en un principio tanto les había agradado: apoderarse de una copa y despertar tan pronto la cólera de Smaug.

-¿Qué otra cosa se supone que ha de hacer un saqueador? -les preguntó Bilbo enfadado-. A mí no me encomendaron matar dragones, lo que es trabajo de guerreros, sino robar el tesoro. Hice hasta ahora lo que creía mejor. ¿Acaso pensabais que regresaría trotando, con todo el botín de Thrór a mis espaldas? Si vais a quejaros, creo que tengo derecho a dar mi opinión. Tendrías que haber traído quinientos saqueadores y no uno. Estoy seguro de que esto honra a vuestro abuelo, pero recordad que nunca me hablasteis con claridad de las dimensiones del tesoro. Necesitaría centenares de años para subirlo todo hasta aquí, aunque yo fuese cincuenta veces más grande, y Smaug tan inofensivo como un conejo.

Por supuesto, los enanos se disculparon. -¿Entonces qué nos propones, señor Bolsón? -preguntó Thorin cortésmente.

-Por el momento no se me ocurre nada, si te refieres a trasladar el tesoro. Para eso, como es obvio, necesitamos que la suerte cambie, y que podamos deshacernos de Smaug. Deshacerse de dragones es algo que no está para nada en mí línea, pero trataré de pensarlo lo mejor que

pueda. Personalmente no tengo ninguna esperanza, y desearía estar de vuelta en casa y a salvo.

-¡Deja eso por el momento! ¿Qué haremos ahora?

-Bien, sí realmente quieres mi consejo, te diré que no tenemos nada que hacer excepto quedarnos donde estamos. Seguro que durante el día podremos arrastrarnos fuera y tomar aire fresco sin ningún peligro. Quizá pronto sea posible elegir a uno o dos para que regresen al depósito junto al río y traigan más víveres. Pero entretanto, y por la noche, todos tienen que quedarse bien metidos en el túnel.

»Bien, os haré una proposición. Tengo aquí mi anillo, y descenderé este mismo mediodía, pues a esa hora Smaug estará echando una siesta, y quizá algo ocurra. "Todo gusano tiene su punto débil", como solía decir mi padre, aunque estoy seguro de que nunca llegó a comprobarlo él mismo.

Por supuesto, los enanos aceptaron en seguida la proposición. Ya habían llegado a respetar al pequeño Bilbo. Ahora se había convertido en el verdadero líder de la aventura. Empezaba a tener ideas y planes propios. Cuando llegó el mediodía, se preparó para otra expedición al interior de la Montaña. No le gustaba nada, claro está, pero no era tan malo ahora que sabía de algún modo lo que le esperaba delante. Si hubiese estado más enterado de las mañas astutas de los dragones, podría haberse sentido más asustado y menos seguro de sorprenderlo mientras dormía.

El sol brillaba cuando partió, pero el túnel estaba tan oscuro como la noche. A medida que descendía, la luz de la puerta entornada iba desvaneciéndose. Tan silenciosa era la marcha de Bilbo que el humo arrastrado por una brisa apenas hubiera podido aventajarlo, y empezaba a sentirse un poco orgulloso de sí mismo mientras se acercaba a la puerta inferior. Lo único que se veía era un resplandor muy tenue.

- 3 Tolkien derivó el nombre Smaug del primitivo verbo germánico *smugan*, «atravesar encogido un hoyo». Llamó a esto una «broma filológica» (*Cartas*, n.º 25).



En 1938 Tolkien escribió a su editor americano: «El hobbit de la ilustración del tesoro, capítulo XII, es, por supuesto, además de demasiado gordo en sitios que no corresponde, demasiado grande. Pero (al menos como mis hijos lo entienden) se encuentra en realidad en una figura o "plano" diferente, siendo invisible para el dragón. No hay mención en el texto de que haya adquirido las botas. ¡Tendría que haberla! De un modo u otro la cuestión se olvidó siempre en las sucesivas revisiones; las botas aparecen en Rivendel; y luego está otra vez sin ellas al marcharse de allí de vuelta a casa» (*Cartas*, n.º 27).

En la tinaja de oro, en primer plano, aparece un ejemplo de la escritura élfica de Tolkien, el Tengwar (o alfabeto Fëanoriano). La inscripción dice: *oro I* [¿ porción oculta por la escalerilla] *Thrain/maldito sea el ladrón*. En la sección II del Apéndice E de *El Señor de los Anillos* se encontrarán más detalles del Tengwar.

«El viejo Smaug está cansado y dormido», pensó. «No puede verme y no me oirá. ¡Ánimo, Bilbo!» Había olvidado el sentido del olfato de los dragones, o quizá nadie se lo había dicho antes. Un detalle que también conviene tener en cuenta es que puede dormir con un ojo entornado, si tiene algún recelo.

En realidad, Smaug parecía profundamente dormido, casi muerto y apagado, con un ronquido que era apenas unas bocanadas de vapor invisible, cuando Bilbo se asomó otra vez desde la entrada. Estaba a punto de dar un paso hacia el salón cuando alcanzó a ver un repentino rayo rojo, débil y penetrante, que venía de la caída ceja izquierda de Smaug. ¡Sólo se hacía el dormido! ¡Vigilaba la entrada del túnel! Bilbo dio un rápido paso atrás y bendijo la suerte de haberse puesto el anillo. Entonces Smaug habló:

-¡Bien, ladrón! Te huelo y te siento. Oigo cómo respiras. ¡Vamos! ¡Sírrete de nuevo, hay mucho y de sobra!

Pero Bilbo no era tan ignorante en materia de dragones como para acercarse, y si Smaug esperaba conseguirlo con tanta facilidad, quedó decepcionado. -¡No, gracias, oh Smaug el Tremendo! -replicó el hobbit-. No vine a buscar presentes. Sólo deseaba echarte un vistazo y ver si eras tan grande como en los cuentos. Yo no lo creía.

-¿Lo crees ahora? -dijo el dragón un tanto halagado, pero escéptico.

-En verdad canciones y relatos quedan del todo cortos frente a la realidad, ¡oh, Smaug, la Más Importante, la Más Grande de las Calamidades! -replicó Bilbo.

- 3 -Tienes buenos modales para un ladrón y un mentiroso -dijo el dragón-. Pareces familiarizado con mi nombre, pero no creo haberte oído antes. ¿Quién eres y de dónde vienes, si puedo preguntar?

-¡Puedes, ya lo creo! Vengo de debajo de la colina, y por debajo de las colinas y sobre las colinas me condujeron

los senderos. Y por el aire. Yo soy el que camina sin ser visto.

-Eso puedo creerlo -dijo Smaug-, pero no me parece que te llamen así comúnmente.

-Yo soy el descubre-indicios, el corta-telarañas, la mosca de agujón. Fui elegido por el número de la suerte.

-¡Hermosos títulos! -se mofó el dragón-. Pero los números de la suerte no siempre la traen.

-Yo soy el que entierra a sus amigos vivos, y los ahoga y los saca vivos otra vez de las aguas. Yo vengo de una bolsa cerrada, pero no he estado dentro de ninguna bolsa.

-Estos últimos ya no me suenan tan verosímiles -se burló Smaug.

-Yo soy el amigo de los osos y el invitado de las águilas. Yo soy el Ganador del Anillo y el Porta Fortuna; y yo soy el Jinete del Barril -prosiguió Bilbo comenzando a entusiasmarse con sus acertijos.

-¡Eso está mejor! -dijo Smaug-. ¡Pero no dejes que tu imaginación se desboque junto contigo!

Esta es, por supuesto, la manera de dialogar con los dragones, si no queréis revelarles vuestro nombre verdadero (lo que es juicioso), y tampoco queréis enfurecerlos con una negativa categórica (lo que es también muy juicioso). Ningún dragón se resiste a una fascinante charla de acertijos, y a perder el tiempo intentando comprenderla. Había muchas cosas aquí que Smaug no comprendía del todo (aunque espero que sí vosotros, ya que conocéis bien las aventuras de que hablaba Bilbo); sin embargo, pensó que comprendía bastante y ahogó una risa en su malévolos interior.

«Así pensé anoche», se dijo sonriendo. «Hombres del Lago, algún plan asqueroso de esos miserables comer-

- 4 T. A. Shippey ha observado que la conversación de Bilbo con Smaug tiene su modelo en el poema «Fáfnismál» (La Balada de Fáfñir) de los *Elder Edda*. Allí el héroe, Sigurthr, y el dragón, Fáfñir, conversan mientras este último muere a causa de las heridas que acaba de recibir. Shippey señala:

Como Bilbo, Sigurthr se niega a identificarse delante del dragón y responde con acertijos (por temor a que el dragón lo maldiga); como Smaug, Fáfñir siembra la discordia entre camaradas refiriéndose a la codicia que despierta el oro.

(The Road to Middle-earth [El camino a la Tierra Media].)

cientes de cubas, los Hombres del Lago, o yo soy una lagartija. No he bajado por ese camino durante siglos y siglos; ¡pero pronto remediaré ese error!»

-¡Muy bien, oh Jinete del Barril! -dijo en voz alta. Tal vez tu poney se llamaba Barril, y tal vez no, aunque era bastante grueso. Puedes caminar sin que te vean, mas no caminaste todo el camino. Permíteme decirte que anoche me comí seis poneys, y que pronto atraparé y me comeré a todos los demás. A cambio de esa excelente comida, te daré un pequeño consejo, sólo por tu bien: ¡No hagas más tratos con enanos mientras puedas evitarlo!

-¡Enanos! -dijo Bilbo fingiendo sorpresa.

-¡No me hables! -dijo Smaug-. Conozco el olor (y el sabor) de los enanos mejor que nadie. ¡No me digas que me puedo comer un poney cabalgado por un enano y no darme cuenta! Irás de mal en peor con semejantes amigos, Ladrón Jinete del Barril. No me importa si vuelves y se lo dices a todos ellos de mi parte.

Pero no le dijo a Bilbo que había un olor desconcertante que no alcanzaba a reconocer, el olor de hobbit.

-Supongo que conseguiste un buen precio por aquella copa anoche, ¿no? -continuó-. Vamos, ¿lo conseguiste? ¡Nada de nada! Bien, así son ellos. Y supongo que se quedaron afuera escondidos, y que tu tarea es hacer los trabajos peligrosos y llevarte lo que puedas mientras yo no miro... y todo para ellos. ¿Y tendrás una parte equitativa? ¡No lo creas! Considérate afortunado si sales con vida.

Bilbo empezaba ahora a sentirse realmente incómodo. Cada vez que el ojo errante de Smaug, que lo buscaba en las sombras, relampagueaba atravesándolo, se estremecía de pies a cabeza, y sentía el inexplicable deseo de



Portugués (1962)

echar a correr y mostrarse tal cual era, y decir toda la verdad a Smaug. En realidad corría el grave peligro de caer bajo el hechizo del dragón. Pero juntó coraje, y habló otra vez.

-No lo sabes todo, oh Smaug el Poderoso -dijo-. No sólo el oro nos trajo aquí.

-Ja, ja! Admites el «nos» -rió Smaug-. ¿Por qué no dices «nos los catorce» y asunto concluido, señor Número de la Suerte? Me complace oír que tenías otros asuntos aquí, además de mi oro. En ese caso, quizá no pierdas del todo el tiempo.

»No sé si pensaste que aunque pudieses robar el oro poco a poco, en unos cien años o algo así, no podrías llevarlo muy lejos. Y que no te sería de mucha utilidad en la ladera de la montaña. Ni de mucha utilidad en el bosque. ¡Bendita sea! ¿Nunca has pensado en el botín? Una catorceava parte, o algo parecido, fueron los términos, ¿eh? ¿Pero qué hay acerca de la entrega? ¿Qué acerca del acarreo? ¿Qué acerca de guardias armados y peajes? -Y Smaug rió con fuerza. Tenía un corazón astuto y malvado, y sabía que estas conjeturas no iban mal encaminadas, aunque sospechaba que los Hombres del Lago estaban detrás de todos los planes, y que la mayor parte del botín iría a parar a la ciudad junto a la ribera, que cuando él era joven se había llamado Esgaroth.

Apenas me creeréis, pero el pobre Bilbo estaba de veras muy desconcertado. Hasta entonces todos sus pensamientos y energías se habían concentrado en alcanzar la Montaña y encontrar la puerta. Nunca se había molestado en preguntarse cómo trasladarían el tesoro, y menos cómo llevaría la parte que pudiera corresponderle por todo el camino de vuelta a Bolsón Cerrado, bajo la Colina.

Una fea sospecha se le apareció ahora en la mente: ¿habían olvidado los enanos también este punto importante,

- 5 Esgaroth es una palabra élfica que significa «Lago de los Juncos». El lugar se llamó así por los juncos que crecían en la orilla del oeste.



Húngaro (1975)

- 6 Los dos más grandes dragones de la literatura nórdica, Fafnir, el dragón de los Völsungs, y el de *Beowulf*, murieron cuando les acuchillaron el vientre.

o habían estado riéndose de él con disimulo todo el tiempo? La charla de un dragón causa este efecto en la gente de poca experiencia. Bilbo, desde luego, no tenía que haber bajado la guardia; pero la personalidad de Smaug era en verdad irresistible.

-Puedo asegurarte -le dijo, tratando de mantenerse firme y leal a sus amigos- que el oro fue sólo una ocurrencia tardía. Vinimos sobre la colina y bajo la colina, en la ola y en el viento, por *venganza*. Seguro que entiendes, oh Smaug el acaudalado invaluable, que con tu éxito te has ganado encarnizados enemigos.

Entonces sí que Smaug rió de veras: un devastador sonido que arrojó a Bilbo al suelo, mientras allá arriba en el túnel los enanos se acurrucaron agrupándose y se imaginaron que el hobbit había tenido un súbito y desagradable fin.

-¡Venganza! -bufó, y la luz de sus Ojos iluminó el salón desde el suelo hasta el techo como un relámpago escarlata-. ¡Venganza! El Rey bajo la Montaña ha muerto, ¿y dónde están los descendientes que se atreven a buscar venganza? Girion, Señor de Valle, ha muerto, y yo me he comido a su gente como un lobo entre ovejas, ¿y dónde están los hijos de sus hijos que se atreven a acercarse? Yo mato donde quiero y nadie se atreve a resistir. Yo derribé a los guerreros de antaño y hoy no hay nadie en el mundo como yo. Entonces era joven y tierno. ¡Ahora soy viejo y fuerte, fuerte, fuerte, Ladrón de las Sombras! -gritó relamiéndose-. ¡Mi armadura es como diez escudos, mis dientes son espadas, mis garras lanzas, mí cola un rayo, mis alas un huracán, y mi Allento muerte!

- Siempre entendí -dijo Bilbo en un asustado chíllido- que los dragones son más blandos por debajo, especialmente en esa región del... pecho; pero sin duda alguien tan fortificado ya lo habrá tenido en cuenta.



Rumano (1975)

El dragón interrumpió bruscamente estas jactancias. -Tu información es anticuada -espetó-. Estoy acorazado por arriba y por abajo con escamas de hierro y gemas duras. Ninguna hoja puede penetrarme.

-Tendría que haberlo adivinado -dijo Bilbo-. En verdad no conozco a nadie que pueda compararse con el Impenetrable Señor Smaug. ¡Qué magnificencia, un chaleco dediamantes!

-Sí, es realmente raro y maravilloso -dijo Smaug, complacido sin ninguna razón. No sabía que el hobbit había llegado a verle brevemente la peculiar cobertura del pecho, en la visita anterior, y esperaba impaciente la oportunidad de mirar de más cerca, por razones particulares. El dragón se revolcó. -¡Mira! -dijo-. ¿Qué te parece?

-¡Deslumbrante y maravilloso! ¡Perfecto! ¡Impecable! ¡Asombroso! -exclamó Bilbo en voz alta, pero lo que pensaba en su interior era: «¡Viejo tonto! ¡Ahí, en el hueco del pecho izquierdo hay una parte tan desnuda como un caracol fuera de casa!».

Habiendo visto lo que quería ver, la única idea del señor Bolsón era marcharse. -Bien, no he de detener a Vuestra Magnificencia por más tiempo -dijo-, ni robarle un muy necesitado reposo. Capturar poneys da algún trabajo, creo, si parten con ventaja. Lo mismo ocurre con los saqueadores -añadió como observación de despedida mientras se precipitaba hacia atrás y huía subiendo por el túnel.

Fue un desafortunado comentario, pues el dragón escupió unas llamas terribles detrás de Bilbo, y aunque él corría pendiente arriba, no se había alejado tanto como para sentirse a salvo antes que Smaug lanzara el cráneo horroso contra la entrada del túnel. Por fortuna no pudo meter toda la cabeza y las mandíbulas, pero las narices echaron fuego y vapor detrás del hobbit, que casi fue vencido, y avanzó a ciegas tropezando, y con gran dolor y miedo. Se



Francés (1976)

había sentido bastante complacido consigo mismo luego de la astuta conversación con Smaug, pero el error del final le había devuelto bruscamente la sensatez.

«¡Nunca te rías de dragones vivos, Bilbo imbécil!», se dijo, y esto se convertiría en uno de sus dichos favoritos en el futuro, y se transformaría en un proverbio. «Todavía no terminaste esta aventura», agregó, y esto fue bastante cierto también.

La tarde se cambiaba en noche cuando salió otra vez y tratabilló y cayó desmayado en el «umbral». Los enanos lo reanimaron y le curaron las quemaduras lo mejor que pudieron; pero pasó mucho tiempo antes de que los pelos de la nuca y los talones le creciesen de nuevo; pues el fuego del dragón los había rizado y chamuscado hasta dejarle la piel completamente desnuda. Entretanto, los enanos trataron de levantarle el ánimo; querían que Bilbo les contara en seguida lo que había ocurrido, y en especial querían saber por qué el dragón había hecho aquel ruido tan espantoso, y cómo Bilbo había escapado.

Pero el hobbit estaba preocupado e incómodo, y les costó sacarle unas pocas palabras. Pensándolo ahora, lamentaba haberle dicho al dragón algunas cosas, y no tenía ganas de repetirlas. El viejo zorzal estaba posado en una roca próxima, inclinando la cabeza, escuchando todo lo que hablaban. Lo que pasó entonces muestra el malhumor de Bilbo: recogió una piedra y se la arrojó al zorzal. El pájaro aleteó haciéndose a un lado y volvió a posarse.

-¡Maldito pájaro! -dijo Bilbo enojado-. Creo que está escuchando, y no me gusta nada ese aspecto que tiene.

-¡Déjalo en paz! -dijo Thorin-. Los zorzales son buenos y amistosos: éste es un pájaro realmente muy viejo, y tal vez el último de la antigua estirpe que acostumbraba vivir en esta región, dóciles a las manos de mi padre y mí

abuelo. Era una longeva y mágica raza, y quizá éste sea uno de los que vivían aquí entonces hace un par de cientos de años o más. Algunos hombres de Valle entendían el lenguaje de estos pájaros, y los mandaban como mensajeros a los hombres del lago y a otras partes.

-Bien, tendrá nuevas que llevar a la Ciudad del Lago entonces, si es eso lo que pretende -dijo Bilbo-. Aunque supongo que allí no queda nadie que se preocupe por el lenguaje de los zorzales.

-Pero ¿qué ha sucedido? -gritaron los enanos-. ¡Vamos, no interrumpas la historia!

De modo que Bilbo les contó lo que pudo recordar, y confesó que tenía la desagradable impresión de que el dragón había adivinado demasiado bien todos los acertijos sobre los campamentos y los poneys. -Estoy seguro de que sabe de dónde venimos, y que nos ayudaron en Ciudad del Lago; y tengo el hondo presentimiento de que podría ir muy pronto en esa dirección. Desearía no haber hablado nunca del Jinete del Barril; en estos lugares aun un conejo ciego pensaría en los hombres del Lago.

-¡Bueno, bueno! Ya no puede enmendarse, y es difícil no cometer un desliz cuando hablas con un dragón, o así he oído decir -lo consoló Balin-. Yo pienso que lo hiciste muy bien, y de todos modos has descubierto algo muy útil, y has vuelto vivo, y esto es más de lo que puede contar la mayoría de quienes hablaron con gentes como Smaug. Puede ser una suerte, y aun una bendición, saber que ese viejo gusano tiene un sitio desnudo en el chaleco de diamantes.

Aquello cambió ¡a conversación, y todos empezaron a hablar de matanzas de dragones, históricas, dudosas y míticas; y de las distintas puñaladas, mandobles, estocadas al vientre, y las diferentes artes, trampas y estratagemas por las que tales hazañas habían sido llevadas a cabo. De

acuerdo con la opinión general, sorprender a un dragón que echaba una siesta no era tan fácil como parecía, y el intento de golpear o pinchar a uno dormido podía ser más desastroso que un audaz ataque frontal. Mientras ellos hablaban, el zorzal no dejaba de escuchar, hasta que por último, cuando asomaron las primeras estrellas, desplegó en silencio las alas y se alejó volando. Y mientras hablaban y las sombras crecían, Bilbo se sentía cada vez más desdichado e inquieto por lo que podía ocurrir.

Por fin los interrumpió. -Sé que aquí no estamos seguros -dijo-, Y no veo razón para quedarnos. El dragón ha marchitado todo lo que era verde y agradable, y además ha llegado la noche y hace frío. Pero siento en los huesos que este sitio será atacado otra vez. Smaug sabe cómo bajé hasta el salón, y descubrirá dónde termina el túnel. Destruirá toda esta ladera si es necesario, para impedir que entremos, y si las piedras nos aplastan, más le gustará.

-¡Estás muy siniestro, señor Bolsón! -dijo Thorin-, ¿Por qué Smaug no ha bloqueado entonces el extremo de abajo, si tanto quiere tenernos fuera? No lo ha hecho, o lo habríamos oído.

-No sé, no sé..., porque al principio quiso probar a atraerme de nuevo, supongo, y ahora quizá espera porque antes quiere concluir la cacería de la noche, o porque no quiere estropear el dormitorio, si puede evitarlo..., pero preferiría que no discutiéramos. Smaug puede aparecer ahora en cualquier momento, y nuestra única esperanza es meternos en el túnel y luego cerrar bien la puerta.

Parecía tan serio que los enanos hicieron al fin lo que decía, aunque se demoraron en cerrar la puerta. Les parecía un plan desesperado, pues nadie sabía si podrían abrirla desde dentro, o cómo, y la idea de quedar encerrados en un sitio cuya única salida cruzaba la guarida del dragón, no les gustaba mucho. Además todo parecía en

calma, tanto fuera como abajo en el túnel. De modo que se quedaron sentados dentro un largo rato, no muy lejos de la puerta entornada, y continuaron hablando.

La conversación pasó entonces a comentar las malas palabras del dragón acerca de los enanos. Bilbo deseaba no haberlas escuchado jamás, o al menos estar seguro de que los enanos eran de verdad honestos, cuando decían que no habían pensado nunca en lo que ocurriría luego de haber obtenido el tesoro. -Sabíamos que sería una aventura desesperada -dijo Thorin-, y lo sabemos todavía; y pienso todavía que cuando hayamos ganado habrá tiempo de resolver el problema. En cuanto a lo que es tuyo, señor Bolsón, te aseguro que te estamos más que agradecidos, y que escogerás tu propia catorceava parte tan pronto como haya algo que dividir. Lo lamento si estás preocupado acerca del transporte, y admito que las dificultades son grandes (las tierras no se han vuelto menos salvajes con el paso del tiempo, más bien lo contrario), pero haremos lo que podamos por ti, y cargaremos con nuestra parte del costo cuando llegue el momento. ¡Créeme o no, como quieras!

De esto la conversación pasó al gran tesoro escondido, y a las cosas que Thorin y Balin recordaban. Se preguntaron si estarían todavía intactas allí abajo en el salón: las lanzas que habían sido hechas para los ejércitos del Rey Bladorthin (muerto tiempo atrás), cada una con una moharra forjada tres veces y astas con ingeniosas incrustaciones de oro, y que nunca habían sido entregadas o pagadas; escudos hechos para guerreros fallecidos hacía tiempo; la gran copa de oro de Thrór, de dos asas, martillada y labrada con pájaros y flores de ojos y pétalos enjorados; cotas impenetrables de malla, de oro y plata; el collar de Girion, Señor de Valle, de quinientas esmeraldas verdes como la hierba que hizo engarzar para la investí-

7 El nombre Bladorthin es de construcción élfica, pero sólo el elemento *-thin*, «gris», es fácilmente descifrable. En ningún otro pasaje de la obra de J. R. R. Tolkien llega a citarse la historia del Rey Bladorthin. (Aunque Bladorthin era el nombre del mago en el manuscrito de *El hobbit*; más tarde se cambió por Gandalf.)

dura del hijo mayor en una cota de anillos eslabonados que nunca se había hecho antes, pues estaba trabajada en plata pura con el poder y la fuerza del triple acero. Pero lo más hermoso era la gran gema blanca, encontrada por los enanos bajo las raíces de la Montaña, el Corazón de la Montaña, la Piedra del Arca de Thrain.

-¡La piedra del Arca! ¡La piedra del Arca! -susurró Thorin en la oscuridad, medio soñando con el mentón sobre las rodillas-. ¡Era como un globo de mil facetas; brillaba como la plata al resplandor del fuego, como el agua al sol, como la nieve bajo las estrellas, como la lluvia sobre la Luna!

Pero el deseo encantado del tesoro ya no animaba a Bilbo. A lo largo de la charla, apenas había prestado atención. Era el que estaba más cerca de la puerta, con un oído vuelto a cualquier comienzo de sonido fuera, y el otro atento a los ecos que pudieran resonar por encima del murmullo de los enanos, a cualquier rumor de un movimiento en los abismos.

La oscuridad se hizo más profunda y Bilbo se sentía cada vez más intranquilo. -¡Cerrad la puerta! -les rogó. El miedo al dragón me estremece hasta los tuétanos. Me gusta mucho menos este silencio que el tumulto de la noche pasada. ¡Cerrad la puerta antes que sea demasiado tarde!

Algo en la voz de Bilbo hizo que los enanos se sintieran incómodos. Lentamente, Thorin se sacudió los sueños de encima, y luego se incorporó y apartó de un puntapié la piedra que calzaba la puerta. En seguida todos la empujaron, y la puerta se cerró con un crujido y un golpe. Ninguna traza de cerradura era visible ahora en el costado de la piedra. ¡Estaban encerrados en la Montaña!

¡Y ni un instante demasiado pronto! Apenas habían marchado un trecho túnel abajo, cuando un impacto sacu-

dio la ladera de la Montaña con un estruendo de arietes de roble enarbolados por gigantes. La roca retumbó, las paredes se rajaron, y unas piedras cayeron sobre ellos desde el techo. Lo que habría ocurrido si la puerta hubiese estado abierta, no quiero ni pensarlo. Huyeron más allá, túnel abajo, contentos de estar todavía con vida, mientras detrás y fuera oían los rugidos y truenos de la furia de Smaug. Estaba quebrando rocas, aplastando paredes y precipicios con los azotes de la cola enorme, hasta que el terreno encumbrado del campamento, la hierba quemada, la piedra del zorzal, las paredes cubiertas de caracoles, la repisa estrecha desaparecieron con todo lo demás en un revoltijo de pedazos rotos, y una avalancha de piedras astilladas cayó del acantilado al valle.

Smaug había dejado su *guarida pisando con cuidado*, remontando vuelo en silencio, y luego había flotado pesado y lento en la oscuridad como un grajo monstruoso, bajando con el viento hacía el oeste de la Montaña, esperando atrapar desprevenida a cualquier cosa que estuviera por allí, y espiar además la salida del pasadizo que el ladrón había utilizado. En ese mismo momento estalló en cólera, pues no pudo encontrar a nadie ni vio nada, ni siquiera donde sospechaba que tenía que estar la salida.

Después de haberse desahogado, se sintió mejor y pensó convencido que no sería molestado de nuevo desde ese lugar. Mientras tanto tenía que tomarse otra venganza. -Jinete del Barril! -bufó-. Tus pies vinieron de la orilla del agua, y sin ninguna duda viajaste río arriba. No conozco tu olor, mas si no eres uno de esos Hombres del Lago, ellos te ayudaron al menos. ¡Me verán y recordarán entonces quién es el verdadero Rey bajo la Montaña!

Se elevó en llamas y partió lejos al sur, hacia el Río Rápido.

Capítulo XIII

NADIE EN CASA

Mientras tanto, los enanos se quedaron sentados en la oscuridad, y un completo silencio cayó alrededor. Hablaron poco y comieron poco. No se daban mucha cuenta del paso del tiempo, y casi no se atrevían a moverse, pues el susurro de las voces resonaba y se repetía en el túnel. A veces dormitaban, y cuando abrían los ojos descubrían que la oscuridad y el silencio no habían cambiado. Al cabo de muchos días de espera, cuando empezaban a sentirse asfixiados y embotados por la falta de aire, no pudieron soportarlo más. Hasta casi hubieran dado la bienvenida a cualquier sonido de abajo que indicase la vuelta del dragón. En medio de aquella quietud temían alguna diabólica astucia de Smaug, y no podían estar allí sentados para siempre.

Thorin habló: -¡Probemos la puerta! -dijo-. Necesito sentir el viento en la cara o pronto moriré. ¡Creo que preferiría ser aplastado por Smaug al aire libre que asfixiarme aquí dentro! -Así que varios enanos se levantaron, y fueron a tientas hacia la puerta. Pero allí descubrieron que el extremo superior del túnel había sido destruido y bloqueado por pedazos de roca. Ni la llave ni la magia a la que había obedecido alguna vez volverían a abrir aquella puerta.

-¡Estamos atrapados! -gimieron-. Esto es el fin, moriremos aquí.

Pero de algún modo, justo cuando los enanos estaban más desesperados, Bilbo sintió un raro alivio en el corazón, como si le hubieran quitado una pesada carga que llevaba bajo el chaleco.

-¡Venid, venid! -dijo-. ¡«Mientras hay vida hay esperanza», como decía mí padre, y «A la tercera va la vencida»! *Bajaré* por el túnel una vez más. Recorrí este camino dos veces cuando sabía que había un dragón al otro lado, así que arriesgaré una tercera visita ahora que no estoy seguro. De cualquier modo, la única salida es hacia abajo y creo que esta vez convendrá que vengáis todos conmigo.

Desesperados, los enanos asintieron, y Thorin fue el primero en avanzar junto a Bilbo.

-¡Ahora tened cuidado! -susurró el hobbit-, ¡y no hagáis ruido si es posible! Quizá no haya ningún Smaug en el fondo, pero también puede que lo haya. ¡No corramos riesgos innecesarios!

Bajaron, y siguieron bajando. La marcha de los enanos no podía compararse desde luego con los movimientos furtivos del hobbit, y lo seguían resoplando y arrastrando los pies, con ruidos que los ecos magnificaban de un modo alarmante; pero cuando Bilbo asustado se detenía a escuchar una y otra vez, no se oía nada que viniera de abajo. Cuando pensó que estaba cerca del extremo del túnel, se puso el anillo y marchó delante. Pero no lo necesitaba, pues la oscuridad era impenetrable, y todos parecían invisibles, con o sin anillo. Tan negro estaba todo, que el hobbit llegó a la abertura sin darse cuenta, extendió la mano en el aire, trastabilló, ¡y rodó de cabeza dentro de la sala!

Allí quedó tumbado de bruces contra el suelo, y no se atrevía a incorporarse, y casi ni siquiera a respirar. Pero nada se movió. No había ninguna luz, aunque cuando al fin alzó despacio la cabeza, creyó ver un pálido destello blanco encima de él y lejos en las sombras. En realidad no había ni una chispa de fuego de dragón, pero un olor a gusano infectaba el sitio, y Bilbo sentía en la boca el sabor de los vapores.

Al cabo de un rato el señor Bolsón ya no pudo resis-

tirio más. -¡Maldito seas, Smaug; tú, gusano! -chilló-. ¡Deja de jugar al escondite! ¡Dame una luz y después cómemme si eres capaz de atraparme!

Unos ecos débiles corrieron alrededor del salón invisible, pero no hubo respuesta.

Bilbo se incorporó y descubrió que estaba desorientado, y no sabía por dónde ir.

-Me pregunto a qué demonios está jugando Smaug -dijo-. Creo que no está en casa el día de hoy (o la noche de hoy, o lo que sea). Si Gloin y Oin no perdieron las yescas, quizá podamos tener un poco de luz, y echar un vistazo alrededor antes de que cambie la suerte.

»¡Luz! -gritó-. ¿Puede alguien encender una luz?

Los enanos, claro está, se habían asustado mucho cuando Bilbo tropezó con el escalón y con un fuerte topetazo entró de bruces en la sala, y se habían sentado acurrucándose en la boca del túnel, donde el hobbit los había dejado.

-¡Chist! -sisearon como respuesta, y aunque Bilbo supo así dónde estaban, pasó bastante tiempo antes de que pudiese sacarles algo más. Pero al fin, cuando Bilbo se puso a patear el suelo y a vociferar:

-¡Luz! -con una voz aguda y penetrante, Thorin cedió, y Oin y Gloin fueron enviados de vuelta a la entrada del túnel, donde estaban los fardos.

Al poco rato un resplandor parpadeante indicó que regresaban; Oin sosteniendo una pequeña antorcha de pino, y Gloin con un montón bajo el brazo. Bilbo trotó rápido hasta la puerta y tomó la antorcha, pero no consiguió que encendieran las otras o se unieran a él. Como Thorin explicó, el señor Bolsón era todavía oficialmente el experto saqueador e investigador al servicio de los enanos. Sí se arriesgaba a encender una luz, allá él. Los



Sueco (1962)

enanos lo esperarían en el túnel. Así que se sentaron junto a la puerta y observaron.

Vieron la pequeña figura del hobbit que cruzaba el suelo alzando la antorcha diminuta. De cuando en cuando, mientras aún estaba cerca, y cada vez que Bilbo tropezaba, llegaban a ver un destello dorado y oían un tintineo. La luz empequeñeció en el vasto salón, y luego subió danzando en el aire. Bilbo escalaba ahora el montículo del tesoro. Pronto llegó a la cima, pero no se detuvo. Luego vieron que se inclinaba, y no supieron por qué.

Era la Piedra del Arca, el Corazón de la Montaña. Así lo supuso Bilbo por la descripción de Thorin; no podía haber otra joya semejante, ni en ese maravilloso botín, ni en el mundo entero. Aun mientras subía, ese mismo resplandor blanco había brillado atrayéndolo. Luego creció poco a poco hasta convertirse en un globo de luz pálida. Cuando Bilbo se acercó, vio que la superficie titilaba con un centelleo de muchos colores, reflejos y destellos de la ondulante luz de la antorcha. Al fin pudo contemplarla a sus pies, y se quedó sin aliento. La gran joya brillaba con luz propia, y aun así, cortada y tallada por los enanos, que la habían extraído del corazón de la montaña hacía ya bastante tiempo, recogía toda la luz que caía sobre ella y la transformaba en diez mil chispas de radiante blancura irisada.

De repente el brazo de Bilbo se adelantó, atraído por el hechizo de la joya. No podía tenerla en la manita, era tan grande y pesada...; pero la levantó, cerró los ojos y se la metió en el bolsillo más profundo.

«¡Ahora soy realmente un saqueador!», pensó. «Pero supongo que tendré que decírselo a los enanos... algún día. Ellos me dijeron que podía elegir y tomar mi parte, y creo que elegiría esto, ¡si ellos se llevan todo lo demás!» De cualquier modo, tenía la incómoda sospecha de que eso

1 El nombre Arkenstone [Piedra del Arca] proviene de la palabra anglosajona *eorcanstan*, «piedra preciosa».

La descripción de la Piedra del Arca se parece mucho a la que se hace en *El Silmarillion* de las tres grandes piedras de luz, los Silmarils:

... aun en la oscuridad de las más profundas arcas los Silmarils resplandecían con luz propia, como las estrellas de Varda; y sin embargo, como si fueran en verdad criaturas vivientes, se regocijaban en la luz y la recibían y la devolvían con matices aún más maravillosos (p. 87).

Cuando tradujo sus «Annals of Valinor» al anglosajón, Tolkien utilizó una forma diferente de esta palabra (*Eorclanstánas*) para referirse a los Silmarils (véase *The Shaping of Middle-earth* [La formación de la Tierra Media]).

de «elegir y tomar» no incluía esta maravillosa joya, y que un día le traería dificultades.

Siguió adelante y emprendió el descenso por el otro lado del gran montículo, y el resplandor de la antorcha desapareció de la vista de los enanos. Pero pronto volvieron a verlo a lo lejos. Bilbo estaba cruzando el salón.

Avanzó así hasta encontrarse con las grandes puertas en el extremo opuesto, y allí una corriente de aire lo refrescó, aunque casi le apagó la antorcha. Asomó tímidamente la cabeza, y atisbando desde la puerta vio unos pasillos enormes y el sombrío comienzo de unas amplias escaleras que subían en la oscuridad. Pero tampoco allí había rastros de Smaug. Justo en el momento en que iba a dar media vuelta y regresar, una forma negra se precipitó sobre él y le rozó la cara. Bilbo se sobresaltó, chilló, se tambaleó y cayó hacia atrás. ¡La antorcha golpeó el suelo y se apagó!

-¡Sólo un murciélago, supongo y espero! -dijo con voz lastimosa-. Pero ahora ¿qué haré? ¿Dónde está el norte, el sur, el este, o el oeste?

»¡Thorin! ¡Balin! ¡Oin! ¡Gloin! ¡Fili y Kili! -llamó tan alto como pudo, y el grito fue un ruido débil e imperceptible en aquella vasta negrura-. ¡Se apagó la luz! ¡Que alguien venga a ayudarme! ¡Socorro! -Por el momento, se sentía bastante acobardado.

Débilmente los enanos oyeron estos gritos, pero la única palabra que pudieron entender fue «¡socorro!».

-¿Pero qué demonios pasa dentro o fuera? -dijo Thorin-. No puede ser el dragón, si no el hobbit no seguiría chillando.

Esperaron un rato, pero no se oía ningún ruido de dragón, en verdad ningún otro sonido que la distante voz de Bilbo.

-¡Vamos, que uno de vosotros traiga una o dos antor-

chas! -ordenó Thorin-. Parece que tendremos que ayudar a nuestro saqueador.

-Ahora nos toca a nosotros ayudar -dijo Balin-, y estoy dispuesto. Espero sin embargo que por el momento no haya peligro.

Gloin encendió varias antorchas más, y luego todos salieron arrastrándose, uno a uno, y fueron bordeando la pared lo más aprisa que pudieron. No pasó mucho tiempo antes de que se encontrasen con el propio Bilbo que venía de vuelta. Había recobrado todo su aplomo, tan pronto como viera el parpadeo de luces.

-¡Sólo un murciélago y una antorcha que se cayó, nada peor! -dijo en respuesta a las preguntas de los enanos. Aunque se sentían muy aliviados, les enfadaba que los hubiese asustado sin motivo; pero cómo hubieran reaccionado si en ese momento él hubiese dicho algo de la Piedra del Arca, no lo sé. Los meros destellos fugaces del tesoro que alcanzaron a ver mientras avanzaban, les había reavivado el fuego de los corazones, y cuando un enano, aun el más respetable, siente en el corazón el deseo de oro y joyas, puede transformarse de pronto en una criatura audaz, y llegar a ser violenta.

Los enanos no necesitaban ya que los apremiasen. Todos estaban ahora ansiosos por explorar el salón mientras fuera posible, y deseando creer que por ahora Smaug estaba fuera de casa. Todos llevaban antorchas encendidas; y mientras miraban a un lado y a otro olvidaron el miedo y aun la cautela. Hablaban en voz alta, y se llamaban unos a otros a gritos a medida que sacaban viejos tesoros del montículo o de la pared y los sostenían a la luz, tocándolos y acariciándolos.

Fili y Kili estaban de bastante buen humor, y viendo que allí colgaban todavía muchas arpas de oro con cuerdas de plata, las tomaron y se pusieron a rasguear; y como eran

2 *Mithril* es una palabra élfica que se traduce por «centelleo gris». Esta plata acerada se llama también plata de Moria y plata verdadera.

instrumentos mágicos (y tampoco habían sido manejadas por el dragón, que tenía muy poco interés por la música), aún estaban afinadas. En el salón oscuro resonó ahora una melodía que no se oía desde hacía tiempo. Pero los enanos eran en general más prácticos: recogían joyas y se atiborraban los bolsillos, y lo que no podían llevar lo dejaban caer entre los dedos abiertos, suspirando. Thorin no era el menos activo, e iba de un lado a otro buscando algo que no podía encontrar. Era la Piedra del Arca; pero todavía no se lo había dicho a nadie.

En ese momento los enanos descolgaron de las paredes unas armas y unas cotas de malla, y se armaron ellos mismos. Un rey en verdad parecía Thorin, vestido con un abrigo de anillas doradas, y con un hacha de empuñadura de plata en el cinturón tachonado con piedras rojas.

-¡Señor Bolsón! -dijo- ¡Aquí tienes el primer pago de tu recompensa! ¡Tira tu viejo abrigo y toma éste!

En seguida le puso a Bilbo una pequeña cota de malla, [1] forjada para algún joven príncipe elfo tiempo atrás. Era 2 de esa plata acerada que los elfos llamaban *mithril*, y con ella iba un cinturón de perlas y cristales. Un casco liviano que por fuera parecía de cuero, reforzado debajo por unas argollas de acero y con gemas blancas en el borde, fue colocado sobre la cabeza del hobbit.

«Me siento magnífico», pensó, «pero supongo que he de parecer bastante ridículo. ¡Cómo se reirían allá en casa, en la Colina! ¡Con todo, me gustaría tener un espejo a mano!»

Pero aun así el hechizo del tesoro no pesaba tanto sobre el señor Bolsón como sobre los enanos. Bastante tiempo antes de que los enanos se cansaran de examinar el botín, él ya estaba aburrido y se sentó en el suelo; y empezó a preguntarse nervioso cómo terminaría todo. «Daría muchas de estas preciosas copas», pensó, «por un

trago de algo reconfortante en un cuenco de madera de Beorn.»

-¡Thorin! -gritó-. ¿Y ahora qué? Estamos armados, ¿pero de qué sirvieron antes las armaduras contra Smaug el Terrible? El tesoro no ha sido recobrado aún. No buscamos oro, sino una salida; ¡y hemos tentado demasiado la suerte!

-¡Estás en lo cierto! -respondió Thorin, sacando de su aturdimiento-. ¡Vamonos! Yo os guiaré. Ni en mil años podría yo olvidar los laberintos de este palacio. -Luego llamó a los otros, que empezaron a agruparse, y sosteniendo altas las antorchas atravesaron las puertas, no sin echar atrás miradas ansiosas.

Habían vuelto a cubrir las mallas resplandecientes con las viejas capas, y los cascos brillantes con los capuchones harapientos, y uno tras otro seguían a Thorin, una hilera de lucecitas en la oscuridad que a menudo se detenían, cuando los enanos escuchaban temerosos, atentos a cualquier ruido que anunciara la llegada del dragón.

Aunque el tiempo había pulverizado o destruido los adornos antiguos y aunque todo estaba sucio y desordenado con las idas y venidas del monstruo, Thorin conocía cada pasadizo y cada recoveco. Subieron por largas escaleras, torcieron y bajaron por pasillos anchos y resonantes, volvieron a torcer y subieron aún más escaleras, y de nuevo aún más escaleras. Talladas en la roca viva, eran lisas, amplias y regulares; y los enanos subieron y subieron, y no encontraron ninguna señal de criatura viviente, sólo unas sombras furtivas que huían de la proximidad de la antorcha, estremecidas por las corrientes de aire.

De cualquier manera, los escalones no estaban hechos para piernas de hobbit, y Bilbo empezaba a sentir que no podría seguir así mucho más, cuando de pronto el techo se

elevó; las antorchas no alcanzaban ahora a iluminarlo. Lejos, allá arriba, se podía distinguir un resplandor blanco que atravesaba una abertura, y el aire tenía un olor más dulce. Delante de ellos una luz tenue asomaba por unas grandes puertas, medio quemadas, y que aún colgaban torcidas de los goznes.

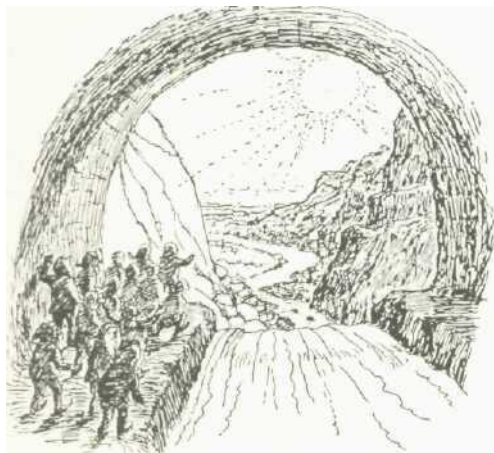
-Ésta es la gran cámara de Thror -dijo Thorin-, el salón de fiestas y de reuniones. La Puerta Principal no queda muy lejos.

Cruzaron la cámara arruinada. Las mesas se estaban pudriendo allí; sillas y bancos yacían patas arriba, carbonizados y carcomidos. Cráneos y huesos estaban tirados por el suelo entre jarros, cuencos, cuernos de beber destrozados y polvo. Luego de cruzar otras puertas en el fondo de la cámara, un rumor de agua llegó hasta ellos, y la luz grisácea de repente se aclaró.

-Ahí está el nacimiento del Río Rápido -dijo Thorin-. Desde aquí corre hacia la Puerta. ¡Sigámoslo!

De una abertura oscura en una pared de roca, manaba un agua hirviendo, y fluía en remolinos por un estrecho canal que la habilidad de unas manos ancestrales había excavado, enderezado y encauzado. A un lado se extendía una calzada pavimentada, bastante ancha como para que varios hombres pudieran marchar de frente. Fueron de prisa por la calzada, y he aquí que luego de un recodo la clara luz del día apareció ante ellos. Allí delante se levantaba un arco elevado, que aún guardaba los fragmentos de unas obras talladas, aunque deterioradas, ennegrecidas y rotas. Un sol neblinoso enviaba una pálida luz entre los brazos de la Montaña, y unos rayos de oro caían sobre el pavimento del umbral.

Un torbellino de murciélagos arrancados de su letargo por las antorchas humeantes, revoloteaba sobre ellos, que marchaban a saltos, deslizándose sobre piedras que el dra-



Japonés (1965;

gón había alisado y desgastado. Ahora el agua se precipitaba ruidosa, y descendía en espumas hasta el valle. Dejaron caer las antorchas pálidas y miraron asombrados. Habían llegado a la Puerta Principal, y Valle estaba ahí fuera.

-¡Bien! -dijo Bilbo-, nunca creí que llegaría a mirar desde esta puerta; y nunca creí estar tan contento de ver el sol de nuevo, y sentir el viento en la cara. Pero ¡uf!, este viento es frío.

Lo era. Una brisa helada soplaba del este con la amenaza del invierno incipiente. Se arremolinaba sobre los brazos de la Montaña y alrededor bajando hasta el valle, y suspiraba por entre Jas rocas. Después de haber estado tanto tiempo en las sofocantes profundidades de aquellas cavernas encantadas, Bilbo y los enanos tiritaban al sol.

De pronto Bilbo cayó en la cuenta de que no sólo estaba cansado sino también muy hambriento. -La mañana ha de estar ya bastante avanzada -dijo-, y supongo que es la hora del desayuno... si hay algo para desayunar. Pero no creo que las puertas de Smaug sean el lugar más apropiado para ponerse a comer. ¡Vayamos a un sitio donde estemos un rato tranquilos!

-De acuerdo -dijo Balin-, creo que sé a dónde tenemos que ir: al viejo puesto de observación en el borde sudeste de la Montaña.

-¿Está muy lejos? -preguntó el hobbit.

-A unas cinco horas de marcha, yo diría. Será una marcha dura. La senda de la Puerta en la ladera izquierda del arroyo parece estar toda cortada. ¡Pero mira allá abajo! El río se tuerce de pronto al este de Valle, frente a la ciudad en ruinas. En ese punto hubo una vez un puente que llevaba a unas escaleras empinadas en la orilla derecha, y luego a un camino que corría hacia la Colina del Cuervo. Allí hay (o había) un sendero que dejaba el camino y subía hasta el

puesto de observación. Una dura escalada también, aun si las viejas gradas están todavía allí.

-¡Señor! -gruñó el hobbit-. ¡Más caminatas y escaladas sin desayuno! Me pregunto cuántos desayunos y otras comidas habremos perdido dentro de ese agujero in-mundo, que no tiene relojes ni tiempo.

En realidad habían pasado dos noches y el día entre ellas (y no por completo sin comida) desde que el dragón destrozara la puerta mágica, pero Bilbo había perdido la cuenta del tiempo, y para él tanto podía haber pasado una noche como una semana de noches.

-¡Vamos, vamos! -dijo Thorin riéndose. Se sentía más animado y hacía sonar las piedras preciosas que tenía en los bolsillos-, ¡No llames a mi palacio un agujero in-mundo! ¡Espera a que esté limpio y decorado!

-Eso no ocurrirá hasta que Smaug haya muerto -dijo Bilbo, sombrío-. Mientras tanto, ¿dónde está? Daría un buen desayuno por saberlo. ¡Espero que no esté allá arriba en la Montaña, observándonos!

Esa idea inquietó mucho a los enanos, y decidieron en seguida que Bilbo y Balin tenían razón.

-Tenemos que alejarnos de aquí -dijo **Dori**-, siento como si me estuviesen clavando los ojos en la nuca.

-Es un lugar frío e inhóspito -dijo Bombur-, Puede que haya algo de beber pero no veo indicios de comida. En lugares así un dragón está siempre hambriento.

-¡Adelante, adelante! -gritaron los otros-. Sigamos la senda de Balin.

[2] A la derecha, bajo la muralla rocosa, no había ningún sendero, y marcharon penosamente entre las piedras por la ribera izquierda del río, y en la desolación y el vacío pronto se sintieron otra vez desanimados, aun el propio Thorin. Llegaron al puente del que Balin había hablado y descu-

brieron que había caído hacía tiempo, y muchas de las piedras eran ahora sólo unos cascajos en el arroyo ruidoso y poco profundo; pero vadearon el agua sin dificultad, y encontraron los antiguos escalones, y treparon por la alta ladera. Después de un corto trecho dieron con el viejo camino, y no tardaron en llegar a una cañada profunda resguardada entre las rocas; allí descansaron un rato y desayunaron como pudieron, sobre todo *cram* y agua. (Si queréis saber lo que es un *cram*, sólo puedo decir que no conozco la receta, pero parece un bizcocho, nunca se estropea, dicen que tiene fuerza nutricia, y en verdad no es muy entretenido, y muy poco interesante, excepto como ejercicio de las mandíbulas. Los preparaban los Hombres del Lago para los largos viajes.)

Luego de esto siguieron caminando y ahora la senda iba hacia el oeste, alejándose del río, y el lomo de la estribación montañosa que apuntaba al sur se acercaba cada vez más. Por fin alcanzaron el sendero de la colina. Subía en una pendiente abrupta, y avanzaron lentamente uno tras otro hasta que a la caída de la tarde llegaron al fin a la cima de la sierra y vieron el sol invernal que descendía en el oeste.

El sitio en que estaban ahora era llano y abierto, pero en la pared rocosa del norte había una abertura que parecía una puerta. Desde esta puerta se veía un extenso escenario, al sur, al este y al oeste.

-Aquí -dijo Balin- en los viejos tiempos teníamos casi siempre gente que vigilaba, y esa puerta de atrás lleva a una cámara excavada en la roca: un cuarto para el vigía. Había otros sitios semejantes alrededor de la Montaña. Pero en aquellos días prósperos, la vigilancia no parecía muy necesaria, y los guardias estaban quizá demasiado cómodos... En fin, si nos hubieran advertido a tiempo de la llegada del dragón, todo habría sido diferente. No obstante, aquí po-

- 3 *Cram* es una palabra élfica que proviene de la raíz KRAB, «apretar». Es una «galleta de harina o cereales comprimidos (que a menudo contiene miel y leche)», utilizada para los largos viajes.

3

demos quedarnos escondidos y al resguardo por un rato, y ver mucho sin que nos vean.

-De poco servirá si nos han visto venir aquí -dijo Dori, que siempre estaba mirando hacia el pico de la Montaña, como si esperase ver allí a Smaug, posado como un pájaro sobre un campanario.

-Tenemos que arriesgarnos -dijo Thorin-. Hoy no podemos ir más lejos.

-¡Bien, bien! -gritó Bilbo, y se echó al suelo.

En la cámara de roca habría lugar para cien, y más adentro había otra cámara más pequeña, más protegida del frío de fuera. No había nada en el interior, y parecía que ni siquiera los animales salvajes habían estado alguna vez allí en los días del dominio de Smaug. Todos dejaron las cargas; algunos se arrojaron al suelo y se quedaron dormidos, pero otros se sentaron cerca de la puerta y discutieron los planes posibles. Durante toda la conversación volvían una y otra vez a un mismo problema: ¿dónde estaba Smaug? Miraban al oeste y no había nada, al este y no había nada, al sur y no había ningún rastro del dragón, aunque allí revoloteaba una bandada de muchos pájaros. Se quedaron mirando, perplejos; pero aún no habían llegado a entenderlo, cuando asomaron las primeras estrellas frías.

Capítulo XIV

FUEGO Y AGUA

Si ahora deseáis, como los enanos, saber algo de Smaug, tenéis que retroceder a la noche en que destrozó la puerta y furioso se alejó volando, dos días antes.

Los hombres de Esgaroth, la Ciudad del Lago, estaban casi todos dentro de las casas, pues la brisa soplaba del este negro y era desapacible; pero unos pocos charlaban en los muelles y miraban, como de costumbre, las estrellas que brillaban sobre la tranquila superficie del lago a medida que aparecían en el cielo.

Allí donde el Río Rápido llegaba desde el norte por un desfiladero, las colinas bajas del otro extremo del lago ocultaban a la ciudad la mayor parte de la Montaña. Sólo en los días claros alcanzaban a ver el pico más alto, y rara vez lo miraban, pues era ominoso y atemorizante, aun a la luz matinal. Ahora parecía perdido y desaparecido, borrado por la oscuridad.

De súbito, la Montaña apareció un momento; un brillo breve la tocó y se desvaneció.

-¡Mirad! -dijo uno-. ¡Las luces! También ayer las vieron los centinelas: se encendieron y apagaron desde la medianoche hasta el alba. Algo pasa allá arriba.

-Quizá el Rey bajo la Montaña esté focando oro -dijo otro-. Ya hace tiempo que se fue hacia el norte. Es hora de que las canciones empiecen a ser ciertas otra vez.

-¿Qué rey? -dijo otro con voz severa-. Lo más posible es que sea el fuego merodeador del dragón, el único Rey bajo la Montaña que hemos conocido.

-¡Siempre estás anunciando cosas horribles! -dijeron

los otros-. ¡Cualquier cosa, desde inundaciones a pescado envenenado! Piensa en algo alegre.

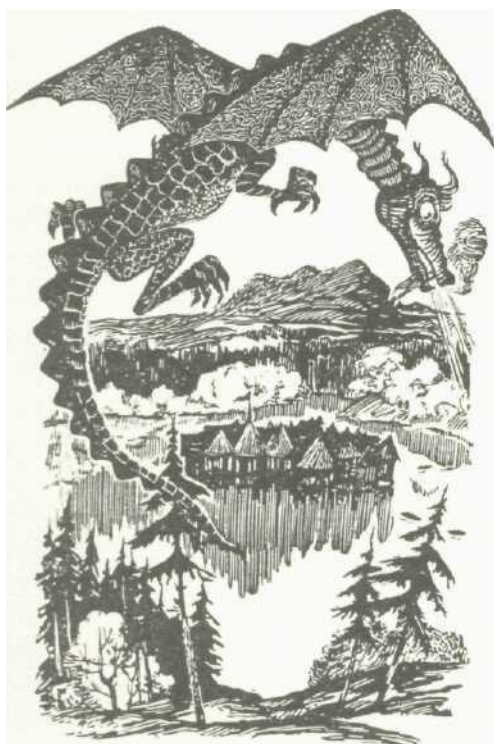
Entonces, de pronto, una gran luz apareció al pie de las colinas y doró el extremo norte del lago. -¡El Rey bajo la Montaña! -gritaron los hombres-. ¡Tiene tantas riquezas como el sol manantiales de plata, y ríos de oro! ¡El río trae oro de la Montaña! -exclamaron, y en todas partes las ventanas se abrían y los pies se apresuraban.

Una vez más hubo un tremendo entusiasmo y excitación en la ciudad. Pero el individuo de la voz severa corrió a toda prisa hasta el gobernador. -¡O yo soy tonto, o el dragón se está acercando! -gritó-. ¡Cortad los puentes! ¡A las armas! ¡A las armas!

Tocaron en seguida las trompetas de alarma, y los ecos resonaron en las orillas rocosas. Los gritos de entusiasmo cesaron y la alegría se transformó en miedo. Y así fue que el dragón no los encontró por completo desprevenidos.

Muy pronto, tan rápido venía, pudieron verlo como una chispa de fuego que volaba hacia ellos, cada vez más grande y brillante, y hasta el más tonto supo entonces que las profecías no habían sido muy certeras. Sin embargo, aún disponían de un poco de tiempo. Llenaron con agua todas las vasijas de la ciudad, todos los guerreros se armaron, prepararon los venablos y flechas, y el puente fue derribado y destruido antes de que se oyera el rugido de la terrible llegada de Smaug, y el lago se rizara rojo como el fuego bajo el tremendo batido de las alas.

Entre los chillidos, lamentos y gritos de los hombres, Smaug llegó sobre ellos, y se precipitó hacia los puentes. ¡Lo habían engañado! El puente había desaparecido, y sus enemigos estaban en una isla en medio de un agua profunda, demasiado profunda, oscura y fría. Si se echaba ahora al agua, los vahos y vapores entenebrece-



Estoniano (1977)

rían la tierra durante mucho tiempo; pero el lago era más poderoso, y acabaría con él antes de que consiguiese atravesarlo.

Rugiendo, voló de vuelta sobre la ciudad. Una granizada de flechas oscuras se elevó y chasqueó y le golpeó las escamas y joyas, y el Allento de fuego encendió las flechas, que cayeron de vuelta al agua ardiendo y silbando. Ningún fuego de artificio que hubierais imaginado alguna vez, habría podido compararse con el espectáculo de aquella noche. El tañido de los arcos y el toque de trompetas enardeció aún más la cólera del dragón, hasta enceguelo y enloquecerlo. Nadie se había atrevido a enfrentarlo desde mucho tiempo atrás, ni se habrían atrevido entonces si el hombre de la voz severa (Bardo se llamaba) no hubiera corrido de acá para allá, animando a los arqueros y pidiendo al gobernador que les ordenase luchar hasta la última flecha.

Las fauces del dragón despedían fuego. Por un momento voló en círculos sobre ellos, alto en el aire, alumbrando todo el lago; los árboles de las orillas brillaban como sangre y cobre, con sombras muy negras que subían por los troncos. Luego descendió de pronto atravesando la tormenta de flechas, temerario de furia, sin tratar de esconder los flancos escamosos, buscando sólo incendiar la ciudad.

El fuego se elevaba de los tejados de paja y los extremos de las vigas mientras Smaug bajaba y pasaba y daba la vuelta, aunque todo había sido empapado en agua antes que él llegase. Siempre había cien manos que arrojaban agua dondequiera que apareciese una chispa. Smaug giró en el aire. La cola barrió el tejado de la Casa Grande, que se desmoronó y cayó. Unas llamas inextinguibles subían altas en la noche. La cola volvió a barrer, y otra casa y otra cayeron envueltas en llamas; y aún ninguna flecha estor-



baba a Smaug, ni le hacía más daño que una mosca de los pantanos.

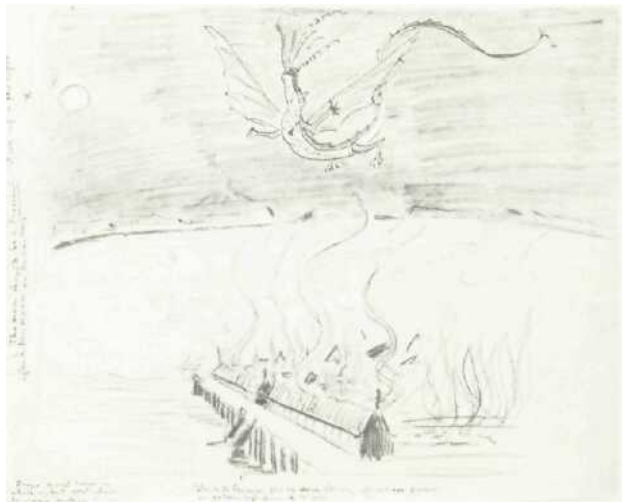
Ya los hombres saltaban al agua por todas partes. Las mujeres y los niños se apretaban en botes de carga en la ensenada del mercado. Las armas caían al suelo. Hubo luto y llanto donde hacía poco tiempo los enanos habían cantado las alegrías del porvenir. Ahora los hombres maldecían a los enanos. El mismo gobernador corría hacia una barca dorada, esperando alejarse remando en la confusión y salvarse. Pronto no quedaría nadie en toda la ciudad, y sería quemada y arrasada hasta la superficie del lago.

Eso era lo que el dragón quería. Poco le importaba que se metieran en los botes. Tendría una excelente diversión cazándolos; o podría dejarlos en medio del lago hasta que se murieran de hambre. Que intentasen llegar a la orilla y estaría preparado. Pronto incendiaría todos los bosques de las orillas y marchitaría todos los campos y hierbas. En ese momento disfrutaba del deporte del acoso a la ciudad más de lo que había disfrutado cualquier otra cosa en muchos años.

Pero una compañía de arqueros se mantenía aún firme entre las casas en llamas. Bardo era el capitán, el de la voz severa y cara ceñuda, a quien los amigos habían acusado de profetizar inundaciones y pescado envenenado, aunque sabían que era hombre de valía y coraje. Bardo descendía en línea directa de Girion, Señor de Valle, cuya esposa e hijo habían escapado aguas abajo por el Río Rápido del desastre de otro tiempo. Ahora Bardo tiraba con un gran arco de tejo, hasta que sólo le quedó una flecha. Las llamas se le acercaban. Los compañeros lo abandonaban. Preparó el arco por última vez.

De repente, de la oscuridad, algo revoloteó hasta su hombro. Bardo se sobresaltó, pero era sólo un viejo zorzal.

El boceto de Tolkien «Muerte de Smaug» se utilizó como ilustración de la cubierta de la edición en rústica en Unwin Books de 1966. Lo que está escrito en el margen izquierdo dice: «La luna debería estar en *cuarto creciente*: sólo han transcurrido unas pocas noches después de la *luna nueva* del Día de Durin»; abajo, en el ángulo izquierdo: «el dragón debería tener un sitio blanco desprotegido por donde penetre la flecha»; y abajo: «Bardo el Arquero, después de disparada la flecha, tendría que estar en el extremo izquierdo de los pilotes».



Se le posó impertérrito junto a la oreja y le comunicó las nuevas. Maravillado, Bardo se dio cuenta de que entendía la lengua del zorzal, pues era de la raza de Valle.

-¡Espera! ¡Espera! -le dijo el pájaro-. La luna está asomando. ¡Busca el hueco del pecho izquierdo cuando vuele, y si vuela por encima de ti! -Y mientras Bardo se detenía asombrado, le habló de lo que ocurría en la Montaña y de lo que había oído.

Entonces Bardo llevó la cuerda del arco hasta la oreja. El dragón regresaba volando en círculos bajos, y mientras iba acercándose, la luna se elevó sobre la orilla este y le plateó las grandes alas.

-¡Flecha! -dijo el arquero-. ¡Flecha negra! Te he reservado hasta el final. Nunca me fallaste y siempre te he recordado. Te recibí de mi padre y él de otros hace mucho tiempo. Si alguna vez saliste de la fragua del verdadero Rey bajo la Montaña, ¡ve y vuela bien ahora!

El dragón descendía de nuevo, más bajo que nunca, y cuando volvió y se precipitaba sobre Bardo, el vientre blanco resplandeció, con fuegos chispeantes de gemas a la luz de la luna. Pero no en un punto. El gran arco chasqueó. La flecha negra voló directa desde la cuerda al hueco del pecho izquierdo, donde nacía la pata delantera extendida ahora. En ese hueco se hundió la flecha, y allí desapareció, punta, astil y pluma, tan fiero había sido el tiro. Con un chillido que ensordeció a hombres, derribó árboles y desmenuzó piedras, Smaug saltó disparado en el aire, y se precipitó a tierra desde las alturas.

Cayó estrellándose en medio de la ciudad. Los últimos movimientos de agonía lo redujeron a chispas y resplandores. El lago rugió. Un vapor inmenso se elevó, blanco en la repentina oscuridad bajo la luna. Hubo un siseo y un borboteante remolino, y luego silencio. Y ése fue el fin de Smaug y de Esgaroth, pero no de Bardo.

1 El dominio que tenía Tolkien del anglosajón se advierte en el empleo de la palabra *glede* [traducida por «resplandor» en la versión castellana], que deriva del inglés antiguo *gléde*, «carbón incandescente, rescoldo». Sobrevive en inglés moderno como *gleed* (carbón incandescente), aunque se la emplea poco. La moderna *gleed* (de uso sobre todo dialectal) es una palabra enteramente distinta, utilizada para designar milanos y otras aves de presa; deriva del inglés antiguo *glida*, palabra relacionada con el verbo *glide*, «deslizarse».

2 Tolkien dijo una vez que cuando era niño había «deseado a los dragones con un profundo deseo». A alguien que lo entrevistó en 1965, le dijo además: «Los dragones siempre me atrajeron como elemento mitológico. Parecían juntar en ellos mismos la malicia y la bestialidad humanas extraordinariamente bien, y también una especie de astucia y de sabiduría maligna..., ¡aterradoras criaturas!».

Con ánimo menos serio y una mayor simpatía por el dragón, Tolkien publicó el siguiente poema en el número del 4 de febrero de 1937 de la *Oxford Magazine*:

LA VISITA DEL DRAGÓN

El dragón dormía tendido sobre los
cerezos,
encendido y soñando:
Él era verde y las flores blancas
y el sol brillaba amarillo.
Venía del país de Finis-Terre,
desde más allá de las Montañas Azules,
donde viven los dragones y resplandece
la luna
sobre altas fuentes blancas.

«Por favor, señor Higgins, ¿sabe usted
qué es eso que duerme en su jardín?
¡Hay un dragón sobre los cerezos!»
«¿Eh? ¿Cómo? ¿Dispense usted?»
El señor Higgins fue en busca de la
manguera,
y el dragón despertó;
parpadeó y alzó las largas orejas verdes
cuando sintió correr el agua.

«¡Qué frescas -dijo-, qué
deliciosamente frescas
son las fuentes del señor Higgins!
Me sentaré y cantaré hasta que salga la
luna,
como se canta del otro lado de las
montañas;
y Higgins, y sus vecinos, Box,
la señorita Biggins y el viejo Tupper,
estarán encantados con mi voz:
¡van a disfrutar de la cena!»

El señor Higgins llamó a la brigada
contra incendios,
con una larga escalera roja
y bomberos de casco dorado.
El corazón del dragón se entristeció:
«Esto me recuerda los malos viejos
tiempos
cuando guerreros insensibles
solían invadir la guarida de los dragones
y le robaron el oro brillante».

El capitán George trepó por la escalera.
El dragón dijo: «Buena gente,
¿por qué este alboroto? ¡Por favor,
marchaos,
o derribaré la torre de la iglesia
y echaré por tierra los árboles
y os mataré y os comeré en la cena,
a ti, capitán George, y a Higgins, y a
Box,
y a Biggins y al viejo Tupper!».

«¡Abrid la manguera!» -dijo el capitán
George,
y se cayó escalera abajo.
Los ojos verdes del dragón llamearon,
y el vientre le retumbó.
Echó humos, echó vapores, sacudió la
cola
y abajo cayeron las flores;
Como nieve cubrieron el suelo
y el dragón gruñó y musitó.

La luna creciente se elevó más y más y el viento creció
ruidoso y frío. Retorcía la niebla blanca en columnas incli-
nadas y en nubes rápidas, y la empujaba hacia el oeste dis-
persándola en jirones deshilacliados sobre las ciénagas del
Bosque Negro. Entonces pudieron verse muchos botes,
como puntos oscuros en la superficie del lago, y junto con
el viento llegaron las voces de las gentes de Esgaroth, que
lloraban la ciudad y los bienes perdidos, y las casas arrui-
nadas. Pero, en verdad tenían mucho que agradecer, si lo
hubieran pensado entonces, aunque no era el momento
más apropiado. Al menos tres cuartas partes de las gentes
de la ciudad habían escapado vivas; los bosques, pastos,
campos y ganado y la mayoría de los botes seguían intactos,
y el dragón estaba muerto. De lo que todo esto signifi-
caba, aún no se habían dado mucha cuenta.

Se reunieron en tristes muchedumbres en las orillas oc-
cidentales, temblando por el viento helado, y los primeros
lamentos e iras fueron contra el gobernador, que había
abandonado la ciudad tan pronto, cuando aún algunos
querían defenderla.

-¡Puede tener buena maña para los negocios, en espe-
cial para sus propios negocios -murmuraron algunos-,
pero no sirve cuando pasa algo serio! -Y alababan el valor
de Bardo y aquel último tiro poderoso-. Si no hubiese
muerto -decían todos-, le habríamos hecho rey. ¡Bardo el-
que-mató-al-Dragón, de la línea de Girion! ¡Ay, que se
haya perdido!

Y en medio de esta charla, una figura alta se adelantó
de entre las sombras, Estaba empapado en agua, el pelo ne-
gro le colgaba en mechones húmedos sobre la cara y los
hombros, y una luz fiera le brillaba en los ojos.

-¡Bardo no se ha perdido! -gritó-. Saltó al agua desde
Esgaroth cuando el enemigo fue derribado. ¡Soy Bardo
de la línea de Girion; soy el matador del dragón!

Desde abajo lo atizaron con palos
(donde en verdad era tierno);
el dragón lanzó un grito espantoso
y alzándose como el trueno
hizo añicos el pueblo,
y más allá de la Bahía de Bimble
los marineros vieron e! rojo incendio
desde Bumpus Head hasta Trimble.

-¡Rey Bardo! ¡Rey Bardo! -gritaban todos, mientras el gobernador apretaba los dientes castañeteantes.

-Girion fue el Señor de Valle, pero no rey de Esgaroth -dijo-. En la Ciudad del Lago hemos elegido siempre los gobernadores entre los ancianos y los sabios, y no hemos soportado nunca el gobierno de los meros hombres de armas. Que el «Rey Bardo» vuelva a su propio reinado. Valle ha sido liberada por el valor de este hombre, y nada impide que regrese. Y aquel que lo desee puede ir con él, si prefiere las piedras frías bajo la sombra de la Montaña a las orillas verdes del lago. Los sabios se quedarán aquí con la esperanza de reconstruir Esgaroth y un día disfrutar otra vez de paz y riquezas.

-¡Tendremos un Rey Bardo! -replicó la gente cercana-. ¡Ya hemos tenido bastantes hombres viejos y contadores de dinero! -Y la gente que estaba lejos se puso a gritar:- ¡Viva el Arquero y mueran los Monederos! -hasta que el clamor levantó ecos en la orilla.

-Soy el último hombre en negar valor a Bardo el Arquero -dijo el gobernador débilmente, pues Bardo estaba pegado a él-. Esta noche ha ganado un puesto eminente en el registro de benefactores de la ciudad; y es merecedor de muchas canciones imperecederas. Pero: ¿por qué, oh Pueblo -y aquí el gobernador se incorporó y habló alto y claro-, por qué merezco yo vuestras maldiciones? ¿He de ser depuesto por mis faltas? ¿Quién, puedo preguntar, despertó al dragón? ¿Quién recibió de nosotros ricos presentes y gran ayuda y nos llevó a creer que las viejas canciones iban a ser ciertas? ¿Quién se entretuvo jugando con nuestros dulces corazones y nuestras gratas fantasías? ¿Qué clase de oro han enviado río abajo como recompensa? ¡La ruina y el fuego del dragón! ¿A quién hemos de reclamar la recompensa por nuestra desgracia, y ayuda para nuestras viudas y huérfanos?

El señor Higgins era duro; y en cuanto a
Box¹

tenía el sabor de su nombre.

Dijo el dragón masticando la cena:

«¡Tanto esfuerzo malgastado!».

Y sepultó a Tupper y al capitán George,
y a los restos de la vieja señorita Biggins
sobre un acantilado en la playa blanca,
y cantó una endecha por Higgins:

1. Box significa caja en inglés, es decir que el personaje así llamado sabía a cartón.

Un canto triste, mientras la luna subía
y el mar suspiraba abajo,
sobre las rocas grises de la Bahía de
Bimble,
y la blanca llamarada se apagaba.
Lejos por encima del mar vislumbró los
picos
que se extendían alrededor de su tierra.
Y pensó de la gente de la Bahía de
Bimble
y el cambio del viejo orden:

«No tienen el tino de admirar
el canto o el color de un dragón,
ni el ánimo de matar con decisión y
premura...

¡El mundo se vuelve aburrido!»

Y la luna brillaba a través de las alas
verdes

y los aires de la noche se agitaban
mientras volvía volando por sobre el
mar moteado

a una reunión de dragones verdes.

Quando Tolkien revisó el poema casi treinta años más tarde, cambió el final y agregó otra estrofa. En esta versión la señorita Biggins no muere. El poema concluye:

«Nadie tiene hoy el tino de admirar
el canto o el color de un dragón,
ni el valor de desafiar el fuego con el
acero.

¡El mundo se vuelve aburrido!»

Extendió las amplias alas para echar a
volar;

pero justo en ese momento

la señorita Biggins le apuñaló el
corazón,

lo cual le pareció sorprendente.

«Lo lamento mucho -dijo ella-.

Es usted una espléndida criatura,
y tiene una voz notable

para alguien que no tuvo escuela;
pero no he de permitir daños

injustificados,

realmente tenía que ponerles fin.»

El dragón suspiró antes de morir:

«Al menos me llamó espléndido».'

Como podéis ver, el gobernador no había ganado su posición sin ningún motivo. Como resultado de estas palabras la gente casi olvidó la idea de un nuevo rey y volvieron los enojados pensamientos hacia Thorin y su compañía. Duras y amargas palabras se gritaron desde muchas partes; y algunos de los que antes habían cantado en voz alta las viejas canciones gritaron entonces igual de alto que los enanos habían azuzado al dragón contra ellos.

-¡Tontos! -dijo Bardo-, ¿por qué malgastáis palabras y descargáis vuestra ira sobre esas infelices criaturas? Sin duda los mató el fuego antes que Smaug llegase a nosotros. -Entonces, cuando aún estaba hablando, el recuerdo del fabuloso tesoro de la Montaña, ahora sin dueño ni guardián, le entró en el corazón. Bardo calló de pronto, y pensó en las palabras del gobernador, en Valle reconstruida y coronada de campanas de oro, si pudiese encontrar a los hombres necesarios.

Por fin habló otra vez: -No es tiempo para palabras coléricas, gobernador, o para decidir grandes cambios. Hay trabajo que hacer. Os serviré por ahora, aunque dentro de un tiempo quizá reconsiderare de nuevo vuestras palabras y me vaya al norte con todos los que quieran seguirme.

Bardo se alejó entonces a grandes pasos para ayudar a instalar los campamentos y cuidar de los enfermos y heridos. Pero el gobernador frunció el entrecejo cuando Bardo se retiró, y se quedó allí sentado. Mucho pensó y poco dijo, aunque llamó a voces para que le trajesen lumbre y comida.

Así, dondequiera que Bardo fuese, los rumores sobre un enorme tesoro que nadie guardaba corrían como un fuego entre la gente. Los hombres hablaban de la recompensa que vendría a aliviar las desgracias presentes, de la riqueza que abundaría y sobraría, y de las cosas que po-



Eslovaco (1973)

drían comprar en el Sur. Estos pensamientos los ayudaron a pasar la noche, amarga y triste. Para pocos se pudo encontrar refugio (el gobernador tuvo uno) y hubo poca comida (aun para el gobernador). Gentes que habían escapado ilesas de la destrucción de la ciudad, enfermaron aquella noche por la humedad y el frío y la pena, y poco después murieron; y en los días siguientes hubo mucha enfermedad y gran hambre.

Mientras, Bardo tomó el mando y disponía lo que creía conveniente, aunque siempre en nombre del gobernador, y trabajó mucho conminando a las gentes de la ciudad, y ordenando los preparativos para protegerlas y alojarlas. Probablemente muchos habrían muerto en el invierno, que ya se precipitaba detrás del otoño, si no hubiesen contado con ayuda. Pero el socorro llegó muy pronto, pues Bardo envió en seguida unos rápidos mensajeros río arriba hacia el Bosque para pedir ayuda al Rey de los Elfos, y estos mensajeros encontraron un ejército ya en marcha, aunque sólo habían pasado tres días desde la caída de Smaug.

El Rey Elfo se había enterado de las buenas nuevas por sus propios mensajeros y por los pájaros que eran amigos de los elfos, y ya sabía mucho de lo que había ocurrido. Muy grande, en verdad, fue la conmoción entre las criaturas aladas que moraban en los límites de la Desolación del Dragón. Las bandadas que volaban en círculos oscurecían el aire, y los mensajeros veloces iban de aquí para allá cruzando el cielo. Sobre los límites del bosque hubo silbidos, gritos y piales. Lejos y más allá del Bosque Negro se extendieron las noticias: «¡Ha muerto Smaug!». Las hojas susurraron y unas orejas sorprendidas se enderezaron atentas. Aun antes que el Rey Elfo empezara a cabalgar, las noticias habían llegado al oeste, a los pinares de las Montañas Nubladas; Beorn las había oído

en la casa del bosque; y los trasgos se reunieron en conciliábulos dentro de las cuevas.

-Eso será lo último que oigamos de Thorin Escudo de Roble, me temo -dijo el rey-. Habría sido mejor que hubiese quedado aquí como invitado mío. Sin embargo -añadió-, mal viento es el que a nadie lleva nuevas. -Porque tampoco él había olvidado la leyenda de la riqueza de Thrór. Así fue que los mensajeros de Bardo lo encontraron en marcha, con muchos arqueros y lanceros; y los grajos se apiñaban en bandadas sobre él, pues pensaban que la guerra volvía a despertar, una guerra como no había habido otra en aquellos parajes desde hacía mucho tiempo.

Pero el rey, cuando recibió el pedido de Bardo, sintió piedad, pues era señor de gente amable y buena; de modo que dando media vuelta (hasta ahora había marchado directamente hacia la Montaña), se apresuró río abajo hacia el Lago Largo. No tenía botes o almadías suficientes para su ejército, y se vieron obligados a ir a pie por el camino más lento; pero antes envió aguas abajo grandes reservas de provisiones. Los elfos todavía mantenían los pies ligeros, y a pesar de que no estaban acostumbrados a los pantanos y las tierras traidoras entre el Lago y el Bosque, avanzaron de prisa. Sólo cinco días después de la muerte del dragón, llegaron a orillas del lago y contemplaron las ruinas de la ciudad. Grande fue la bienvenida, como podía esperarse, y los hombres y el gobernador estaban dispuestos a convenir cualquier clase de pacto, como respuesta a la ayuda del Rey Elfo,

Pronto se ultimaron los planes. Junto con las mujeres y los niños, los viejos y los lisiados, quedó el gobernador, y también algunos artesanos y unos elfos habilidosos; y esta gente trabajó talando árboles y recolectando la madera que bajaba desde el Bosque. Luego levantaron muchas cabañas a orillas del lago, contra el invierno inminente, y di-

rígidos también por el gobernador comenzaron a trazar una nueva ciudad, aún más hermosa y grande que antes, aunque no en el mismo sitio. Se mudaron al norte, a una costa elevada; pues siempre recelarían del agua donde estaba el dragón. Nunca volvería otra vez al lecho dorado; ahora yacía estirado, frío como la piedra, retorcido en el suelo de los bajíos. Allí, durante largos años, pudieron verse en los días tranquilos los huesos enormes entre los pilotes arruinados de la vieja ciudad. Pero pocos se atrevían a cruzar ese sitio maldito, y menos aún a zambullirse en el agua escalofriante o a recuperar las piedras preciosas que le caían de la carcasa putrefacta.

Pero todos los hombres de armas que aún podían tenerse en pie, y la mayor parte de la fuerza del Rey Elfo, se dispusieron a marchar al norte, a la Montaña. Y así fue que en el undécimo día después de la destrucción de la ciudad, la vanguardia de estos ejércitos cruzó las puertas de piedra en el extremo del lago y entró en las tierras desoladas.

Capítulo XV

EL ENCUENTRO DE LAS NUBES

Volvamos ahora con Bilbo y los enanos. Uno de ellos había vigilado toda la noche, pero cuando llegó la mañana, no había visto ni oído ninguna señal de peligro. Sin embargo, la congregación de los pájaros seguía creciendo. Las bandadas se acercaban volando desde el Sur, y los grajos que todavía vivían en los alrededores de la Montaña, revoloteaban y chillaban incesantemente allá arriba.

-Algo extraño está ocurriendo -dijo Thorin-. Ya ha pasado el tiempo de los revoloteos otoñales; y estos pájaros siempre moran en tierra; hay estorninos y bandadas de pinzones, y a lo lejos carroñeros, como si se estuviese librando una batalla.

De repente Bilbo apuntó con el dedo: -¡Ahí está el viejo zorzal otra vez! -gritó-. Parece haber escapado cuando Smaug aplastó la ladera, ¡aunque no creo que se hayan salvado también los caracoles!

Era en verdad el viejo zorzal, y mientras Bilbo señalaba, voló hacia ellos y se posó en una piedra próxima. Luego sacudió las alas y cantó; y torció la cabeza a un lado, como escuchando; y otra vez cantó, y otra vez escuchó.

-Creo que trata de decirnos algo -dijo Balin-, pero no puedo seguir esa garrulería, es muy rápida y difícil. ¿Puedes entenderla, Bolsón?

-No muy bien -dijo Bilbo, que no entendía ni jota-, pero parece muy excitado.

-¡Si al menos fuese un cuervo! -dijo Balin.

-¡Pensé que no te gustaban! Parecías recelar de ellos cuando vinimos por aquí la última vez.

-¡Aquéllos eran grajos! Criaturas desagradables de aspecto sospechoso, además de groseras. Tendrías que haber oído los horribles nombres con que nos iban llamando. Pero los cuervos son diferentes. Hubo una gran amistad entre ellos y la gente de Thrór; a menudo nos traían noticias secretas y los recompensábamos con cosas brillantes que ellos escondían en sus moradas.

»Vivían muchos años, y tenían una memoria larga, y esta sabiduría pasaba de padres a hijos. Conocí a muchos de los cuervos de las rocas cuando era muchacho. Esta misma altura se llamó una vez Colina del Cuervo, pues una pareja sabia y famosa, el viejo Carc y su compañera, vivían aquí sobre el cuarto del guardia. Pero no creo que nadie de ese viejo linaje esté ahora en estos sitios.

Aún no había terminado de hablar, cuando el viejo zorzal dio un grito, y en seguida se fue volando.

-Quizá nosotros no lo entendamos, pero ese viejo pájaro nos entiende a nosotros, estoy seguro -dijo Balin-. Observemos y veamos qué pasa ahora.

Pronto hubo un batir de alas, y de vuelta apareció el zorzal; y con él vino otro pájaro muy viejo y decrepito. Era un cuervo enorme y centenario, casi ciego y de cabeza desplumada, que apenas podía volar. Se posó rígido en el suelo ante ellos, sacudió lentamente las alas, y saludó a Thorin bamboleando la cabeza.

-Oh Thorin hijo de Thrain, y Balin hijo de Fundin -graznó (y Bilbo entendió lo que dijo, pues el cuervo hablaba la lengua ordinaria y no la de los pájaros)-. Yo soy Roäc hijo de Carc. Carc ha muerto, pero en un tiempo lo conocías bien. Dejé el cascarón hace ciento cincuenta y tres años, pero no olvido lo que mi padre me dijo. Ahora soy el jefe de los grandes cuervos de la Montaña. Somos

1 Fundin es otro nombre de enano tomado del «Voluspá»; véase nota 5 del capítulo 2.

2 Roäc y Carc son nombres maravillosamente onomatopéyicos para pájaros parlantes.

pocos, pero recordamos todavía al rey de antaño. La mayor parte de mi gente está lejos, pues hay grandes noticias en el Sur.... algunas traían buenas nuevas para vosotros, y algunas no os parecerán tan buenas.

»¡Mirad! Los pájaros se reúnen otra vez en la Montaña y en Valle desde el sur, el este y el oeste, ¡pues se ha corrido la voz de que Smaug ha muerto!

-¡Muerto! ¡Muerto! -exclamaron los enanos-. ¡Muerto! Hemos estado atemorizados sin motivo entonces, ¡y el tesoro es nuestro otra vez! -Todos se pusieron en pie de un salto y vitorearon con los gorros en la mano.

-Sí, muerto -dijo Roac-. El zorzal, que nunca se le caigan las plumas, lo vio morir, y podemos confiar en lo que dice. Lo vio caer mientras luchaba con los hombres de Esgaroth, hará hoy tres noches, a la salida de la luna.

Pasó algún tiempo antes de que Thorin pudiese calmar a los enanos y escuchar las nuevas del cuervo. Por fin, el pájaro acabó el relato de la batalla, y prosiguió: -Hay mucho de que alegrarse, Thorin Escudo de Roble. Puedes volver seguro a tus salones; todo el tesoro es tuyo, por el momento. Pero muchos vendrán a reunirse aquí además de los pájaros. Las noticias de la muerte del guardián han volado ya a lo largo y ancho del país, y la leyenda de la riqueza de Thror no ha dejado de aparecer en cuentos, durante años y años; muchos están ansiosos por compartir el botín. Ya una hueste de elfos está en camino, y los pájaros carroñeros los acompañan, esperando la batalla y la carnicería. Junto al Lago los hombres murmuran que los enanos son los verdaderos culpables de tanta desgracia, pues se han quedado sin hogar, muchos han muerto, y Smaug ha destruido Esgaroth. También ellos esperan que vuestro tesoro repare los daños, estéis vivos o muertos.

»Vuestra sabiduría decidirá, pero trece es un pequeño resto del gran pueblo de Durin que una vez habitó aquí, y



Francés (1976)

que ahora está disperso y en tierras lejanas. Si queréis mi consejo, no confiéis en el gobernador de los Hombres del Lago, pero sí en aquel que mato al dragón con una flecha. Bardo se llama, y es de la raza de Valle, de la línea de Ginnon; un hombre sombrío, pero sincero. Una vez más buscará la paz entre los enanos, hombres y elfos, después de la gran desolación; pero ello puede costarte caro en oro. He dicho.

Entonces Thorin estalló de rabia; -Nuestro agradecimiento, Roäc hijo de Carc. Tú y tu pueblo no seréis olvidados. Pero ni los ladrones ni los violentos se llevarán una pizca de nuestro oro, mientras sigamos con vida. Si quieres que te estemos aún más agradecidos, tráenos noticias de cualquiera que se acerque. También quisiera pedirte, si alguno de los tuyos es aún fuerte y joven de alas, que envíes mensajeros a nuestros parientes en las montañas del Norte, tanto al este como al oeste de aquí, y les hables de nuestra difícil situación. Pero ve especialmente a mi primo Dain en las Colinas de Hierro, pues tiene mucha gente bien armada y vive cerca. ¡Dile que se dé prisa!

-No diré si es bueno o malo ese consejo -graznó Roäc-, pero haré lo que pueda -y se alejó volando lentamente.

-¡De vuelta ahora a la Montaña! -gritó Thorin-. Tenemos poco tiempo que perder.

-¡Y también poco que comer! -chilló Bilbo, siempre práctico en tales cuestiones. En cualquier caso, sentía que la aventura, hablando con propiedad, había terminado con la muerte del dragón -en lo que estaba muy equivocado- y hubiese dado buena parte de lo que a él le tocaba por la pacífica conclusión de estos asuntos.

-¡De vuelta a la Montaña! -gritaron los enanos, como si no lo hubiesen oído; así que tuvo que ir de vuelta con ellos.

Como ya estáis enterados de algunos acontecimientos, sabréis que los enanos disponían aún de unos pocos días. Una vez más exploraron las cavernas, y encontraron como esperaban que sólo la Puerta Principal permanecía abierta; todas las demás entradas (excepto, claro, la pequeña puerta secreta) hacía mucho que habían sido destruidas y bloqueadas por Smaug, y no quedaba ni rastro de ellas. De modo que se pusieron a trabajar duro en las fortificaciones de la entrada principal, y en abrir un nuevo sendero [1] que llevase hasta ella. Encontraron muchas de las herramientas de los mineros, canteros y constructores de antaño, y en tales trabajos los enanos eran aún habilidosos.

Entretanto, los cuervos no dejaban de traer noticias. De esta manera supieron que el Rey Elfo marchaba ahora hacia el Lago, y tenían unos días de respiro. Mejor aún, oyeron que tres de los poneys habían huido y se encontraban vagando salvajes allá abajo, en la ribera del Río Rápido, no lejos del resto de las provisiones. Así, mientras los otros continuaban trabajando, enviaron a Fili y Kili, guiados por un cuervo, a buscar los poneys y traer todo lo que pudieran.

Estuvieron cuatro días fuera, y supieron entonces que los ejércitos unidos de los Hombres del Lago y los Elfos corrían hacia la Montaña. Pero ahora los enanos estaban más esperanzados, pues tenían comida para varias semanas, si se cuidaban -sobre todo *cram*, por supuesto, y muy cansados estaban de ese alimento, pero mejor es *cram* que nada-, y ya la Puerta estaba bloqueada con un parapeto alto y ancho, de piedras regulares, puestas una sobre otra. Había agujeros en el parapeto por los que se podía mirar (o disparar), pero ninguna entrada. Entraban y salían con la ayuda de una escalera de mano, y subían con cuerdas las cosas. Para la salida del arroyo habían dispuesto un arco pequeño y bajo en el nuevo parapeto; pero cerca de la en-

trada habían cambiado tanto el lecho angosto que toda una laguna se extendía ahora desde la pared de la montaña hasta el principio de la cascada que llevaba el arroyo hacia Valle. Aproximarse a la Puerta sólo era posible a nado, o escurriéndose a lo largo de una repisa angosta que corría a [2] la derecha del risco, mirando desde la entrada. Habían traído los poneys hasta el principio de las escaleras sobre el puente viejo, y luego de descargarlos los habían mandado de vuelta a sus dueños, enviándolos sin jinetes al Sur.

Llegó una noche en la que de pronto aparecieron muchas luces, como de fuego y antorchas, lejos hacia el sur en Valle.

-¡Han llegado! -anunció Balin-. Y el campamento es grande de veras. Tienen que haber entrado en el valle a lo largo de las riberas del río, ocultándose en el crepúsculo.

Poco durmieron esa noche los enanos. La mañana era pálida aún cuando vieron que se aproximaba una compañía. Desde detrás del parapeto observaron cómo subían hasta la cabeza del valle y trepaban lentamente. Pronto pudieron ver que entre ellos venían hombres del lago armados como para la guerra y arqueros elfos. Por fin, la vanguardia escaló las rocas caídas y apareció en lo alto del torrente; mucho se sorprendieron cuando vieron la laguna y la Puerta Principal obstruida por un parapeto de piedra recién tallada.

Mientras estaban allí señalando y hablando entre ellos, Thorin los increpó: -¿Quiénes sois vosotros? -dijo en voz muy alta- que venís como en guerra a las puertas de Thorin hijo de Thrain, Rey bajo la Montaña, y qué deseáis?

Pero no le respondieron. Algunos dieron una rápida media vuelta, y los otros, luego de observar con detenimiento la Puerta, y cómo estaba defendida, pronto fueron detrás de ellos. Ese mismo día el campamento se trasladó [3]

al este del río, justo entre los brazos de la Montaña. Voces y canciones resonaron entonces entre las rocas como no había ocurrido por muchísimo tiempo. Se oía también el sonido de las arpas élficas y de una música dulce; y mientras los ecos subían, parecía que el aire helado se entibiaba, y que la fragancia de las flores primaverales del bosque llegaba débilmente hasta ellos.

Entonces Bilbo deseó escapar de la fortaleza oscura y bajar y unirse a la alegría y las fiestas junto a las fogatas. Algunos de los enanos más jóvenes se sentían también conmovidos, y murmuraron que habría sido mejor que las cosas hubiesen ocurrido de otra manera y poder recibir a esas gentes como amigos. Sin embargo, Thorin fruncía el entrecejo.

Entonces también los enanos sacaron arpas e instrumentos recobrados del botín y tocaron para animar a Thorin; pero la canción no era una canción élfica y se parecía bastante a la que habían cantado hacía mucho tiempo en el pequeño agujero-hobbit de Bilbo:

*¡Bajo la Montaña tenebrosa y alta
el Rey ha regresado al palacio!
El enemigo ha muerto, el Gusano Terrible,
y así una vez y otra caerá el adversario.*

*La espada es afilada, y es larga la lanza,
veloz la flecha y fuerte la Puerta,
osado el corazón que mira el oro;
y ya nadie hará daño a los enanos.*

*Los enanos echaban hechizos poderosos,
mientras las mazas tañían como campanas,
en simas donde duermen unos seres oscuros,
en salas huecas bajo las montañas.*

*En collares de plata entretejían
la luz de las estrellas, en coronas colgaban
el fuego del dragón; de alambres retorcidos
arrancaban música a las arpas,*

*¡El trono de la Montaña otra vez liberado!
¡Atended la llamada, oh pueblo aventurero!
El rey necesita amigos y parientes,
¡marchad de prisa en el desierto!*

*Hoy llamamos en montañas heladas:
¡regresad a las viejas cavernas!
Aquí a las Puertas el rey espera,
las manos colmadas de oro y gemas.*

*¡Bajo la Montaña tenebrosa y alta,
el rey ha regresado al palacio!
¡El Gusano Terrible ha caído y ha muerto,
y así una vez y otra caerá el adversario!*

Esta canción pareció apaciguar a Thorin, que sonrió de nuevo y se mostró más alegre; y se puso a estimar la distancia que los separaba de las Colinas de Hierro y cuánto tiempo pasaría antes de que Dain pudiese llegar a la Montaña Solitaria, si se había puesto en camino tan pronto como recibiera el mensaje. Pero el ánimo de Bilbo decayó, tanto por la canción como por la charla: sonaban demasiado belicosas.

A la mañana siguiente, temprano, una compañía de lanceros cruzó el río y marchó valle arriba. Llevaban con ellos el estandarte verde del Rey Elfo y el azul del Lago y avanzaron hasta que estuvieron justo delante del parapeto de la Puerta.

De nuevo Thorin les habló en voz alta. -¿Quiénes sois que llegáis armados para la guerra a las puertas de Thorin hijo de Thrain, Rey bajo la Montaña? -Esta vez le respondieron.

Un hombre alto de cabellos oscuros y cara ceñuda se adelantó y gritó: -¡Salud, Thorin! ¿Por qué te encierras como un ladrón en la guarida? Nosotros no somos enemigos y nos alegramos de que estés con vida, más allá de nuestra esperanza. Vinimos suponiendo que no habría aquí nadie vivo, pero ahora que nos hemos encontrado hay razones para hablar y parlamentar.

-¿Quién eres tú y de qué quieres hablar?

-Soy Bardo y por mi mano murió el dragón y fue liberado el tesoro. ¿No te importa? Más aún, soy, por derecho de descendencia, el heredero de Girion de Valle, y en tu botín está mezclada mucha de la riqueza de los salones y villas de Valle, que el viejo Smaug robó. ¿No es asunto del que podamos hablar? Además, en su última batalla Smaug destruyó las moradas de los Hombres de Esgaroth y yo soy aún siervo del gobernador. Por él hablaré, y pregunto si no has considerado la tristeza y la miseria de ese pueblo. Te ayudaron en tus penas, y en recompensa no has traído más que ruina; aunque sin duda involuntaria.

Bien, éstas eran palabras hermosas y verdaderas, aunque dichas con orgullo y expresión ceñuda; y Bilbo pensó que Thorin reconocería en seguida cuánta justicia había en ellas. Por supuesto, no esperaba que nadie recordara que había sido él quien descubriera el punto débil del dragón; y esto también era justo, pues nadie lo sabía. Pero no tuvo en cuenta el poder del oro que un dragón ha cuidado durante mucho tiempo, ni los corazones de los enanos. En los últimos días Thorin había pasado largas horas en la sala del tesoro, y la avaricia le endurecía ahora el corazón. Aunque buscaba sobre todo la Piedra del Arca, sabía apreciar las

otras muchas cosas maravillosas que allí había, unidas por viejos recuerdos a los trabajos y penas de los enanos.

-Has puesto la peor de tus razones en el lugar último y más importante -respondió Thorin-. Al tesoro de mi pueblo, ningún hombre tiene derecho, pues Smaug nos arrebató ¡junto con él la vida o el hogar. El tesoro no era suyo, y los actos malvados de Smaug no han de ser reparados con una parte. El precio por las mercancías y la ayuda recibida de los Hombres del Lago lo pagaremos con largueza... cuando llegue el momento. Pero no daremos nada, ni siquiera lo que vale una hogaza de pan, bajo amenaza o por la fuerza. Mientras una hueste armada esté aquí acosándonos, os consideraremos enemigos y ladrones.

»Y te preguntaría además qué parte de nuestra herencia habrías dado a los enanos si hubieras encontrado el tesoro sin vigilancia y a nosotros muertos.

-Una pregunta justa -respondió Bardo-. Pero vosotros no estáis muertos y nosotros no somos ladrones. Por otra parte, los ríeos podrían compadecerse de los menesterosos que les ofrecieron ayuda cuando ellos pasaban necesidad. Y aún no has respondido a mis otras demandas.

-No parlamentaré, como ya he dicho, con hombres armados a mi puerta. Y de ningún modo con la gente del Rey Elfo, a quien recuerdo con poca simpatía. En esta discusión, él no tiene parte. ¡Aléjate ahora, antes de que nuestras flechas vuelen! Y si has de volver a hablar conmigo, primero manda la hueste élfica a los bosques a que pertenecen, y regresa entonces, deponiendo las armas antes de acercarte al umbral.

-El Rey Elfo es mi amigo, y ha socorrido a la gente del Lago cuando era necesario, sólo obligado por la amistad -respondió Bardo-. Te daremos tiempo para arrepentirte de tus palabras. ¡Recobra tu sabiduría antes que volvamos! -Luego Bardo partió y regresó al campamento.

3 La rígida formalidad y el legalismo severo del diálogo que sostienen Thorin, Bardo y los mensajeros proviene directamente de las sagas islandesas, que Tolkien y algunos colegas traducían improvisadamente en voz alta durante las reuniones del club islandés. El club se llamaba Coalbiters [Mordedores de Carbón], del islandés *kolbitar*, que se refiere a los hombres que en invierno se sientan tan cerca del fuego que parecen estar mordiendo el carbón. El club se fundó en la primavera de 1926, y duró hasta principios de la década de 1930, cuando por fin terminaron de leer todas las sagas importantes y las dos Eddas.

Antes de que hubiesen pasado muchas horas, volvieron los portaestandartes, y los trompeteros se adelantaron y soplaron.

-En nombre de Esgaroth y el Bosque -gritó uno-, hablamos a Thorin hijo de Thrain, Escudo de Roble, que se dice Rey bajo la Montaña, y le pedimos que reconsidere las reclamaciones que han sido presentadas o será declarado nuestro enemigo. Entregaré, por lo menos, la doceava parte del tesoro a Bardo, por haber matado a Smaug y como heredero de Girion. Con esa parte, Bardo ayudará a Esgaroth; pero si Thorin quiere tener la amistad y el respeto de las tierras de alrededor, como los tuvieron sus antecesores, también él dará algo para alivio de los Hombres del Lago.

Entonces Thorin tomó un arco de cuerno y disparó una flecha al que hablaba. Golpeó con fuerza el escudo y allí se quedó clavada, temblando.

-Ya que ésta es tu respuesta -dijo el otro a su vez-, declaro la Montaña sitiada. No saldréis de ella hasta que nos llaméis para acordar una tregua y parlamentar. No alzaremos armas contra vosotros, pero os abandonamos a vuestras riquezas. ¡Podéis comeros el oro, si queréis!

3 Los mensajeros partieron luego rápidamente y dejaron solos a los enanos. Thorin tenía ahora una expresión tan sombría, que nadie se hubiera atrevido a censurarlo, aunque la mayoría parecía estar de acuerdo con él, excepto quizá el gordo Bombur, Fili y Kili. Bilbo, por supuesto, desaprobaba del todo el cariz que habían tomado las cosas. Ya estaba bastante más que harto de la Montaña, y no le gustaba nada que lo sitiaran dentro de ella.

-Todo este lugar hiede aún a dragón -gruñó entre dientes-, y eso me pone enfermo. Y además empiezo a notar que el *cram* se me queda pegado a la garganta.

Capítulo XVI

UN LADRÓN EN LA NOCHE

Ahora los días se sucedían lentos y aburridos. Muchos de los enanos pasaban el tiempo apilando y clasificando el tesoro; y ahora Thorin hablaba de la Piedra del Arca de Thrain, y mandaba ansiosamente que Ja buscasen por todos los rincones.

-Pues la Piedra del Arca de mi padre -decía- vale más que un río de oro, y para mí no tiene precio. De todo el tesoro esa piedra la reclamo para mí, y me vengaré de aquel que la encuentre y la retenga.

Bilbo oyó estas palabras y se asustó, preguntándose qué ocurriría si encontraban la piedra, envuelta en un viejo hatillo de trapos harapientos que le servía de almohada. De todos modos nada dijo, pues mientras el cansancio de los días se hacía cada vez mayor, los principios de un plan se le iban ordenando en la cabecita.

Las cosas siguieron así por algún tiempo hasta que los cuervos trajeron nuevas de que Dain y más de quinientos enanos, apresurándose desde las Colinas de Hierro, estaban a unos dos días de camino de Valle, viniendo del nordeste.

-Mas no alcanzarán indemnes la Montaña -dijo Roäc-, y mucho me temo que habrá batalla en el valle. No creo que convenga esa decisión. Aunque son gente ruda, no están preparados para vencer a la hueste que os acosa; y aunque así fuera, ¿qué ganaríais? El invierno y las nieves se dan prisa tras ellos. ¿Cómo os alimentaréis sin la amistad y hospitalidad de las tierras de alrededor? El tesoro puede ser vuestra perdición, ¡aunque el dragón ya no esté!

Pero Thorin no se inmutó. -La mordedura del invierno y las nieves la sentirán tanto los hombres como los elfos -dijo-, y es posible que no soporten quedarse en estas tierras baldías. Con mis amigos detrás y el invierno encima, quizá tengan una disposición de ánimo más flexible para parlamentar.

Esa noche Bilbo tomó una decisión. El cielo estaba negro y sin luna. Tan pronto como cayeron las tinieblas, fue hasta el rincón de una cámara interior junto a la entrada, y sacó una cuerda del hatillo, y también la Piedra del Arca envuelta en un harapo. Luego trepó al parapeto. Sólo Bombur estaba allí de guardia, pues los enanos vigilaban turnándose de uno en uno.

-¡Qué frío horroroso! -dijo Bombur-. ¡Desearía tener una buena hoguera aquí arriba como la que ellos tienen en el campamento!

-Dentro hace bastante calor -dijo Bilbo.

-Lo creo; pero no puedo moverme de aquí hasta la medianoche -gruñó el enano gordo-. Un verdadero fastidio. No es que me atreva a disentir de Thorin, cuya barba crezca muchos años; aunque siempre fue un enano bastante tieso.

-No tan tieso como mis piernas -dijo Bilbo-. Estoy cansado de escaleras y de pasadizos de piedra. Daría cualquier cosa por poner los pies en el pasto.

-Yo daría cualquier cosa por echarme un trago de algo fuerte a la garganta, ¡y por una cama blanda después de una buena cena!

-No puedo darte eso, mientras dure el sitio. Pero ya hace tiempo que fue mi turno de guardia, de modo que si quieres, puedo reemplazarte. No tengo sueño esta noche.

-Eres una buena persona, señor Bolsón, y aceptaré con gusto tu ofrecimiento. Si ocurre algo grave, llá-

mame primero, ¡acuérdate! Dormiré en la cámara interior de la izquierda, no muy lejos.

-¡Lárgate! -dijo Bilbo-. Te despertaré a medianoche, para que puedas despertar al siguiente vigía.

Tan pronto como Bombur se hubo ido, Bilbo se puso el anillo, se ató la cuerda, se deslizó parapeto abajo, y desapareció. Tenía unas cinco horas por delante. Bombur dormiría (podía dormirse en cualquier momento, y desde la aventura en el bosque estaba siempre tratando de recuperar aquellos hermosos sueños); y todos los demás estaban ocupados con Thorin. Era poco probable que uno de ellos, aun Fili o Kili, se acercase al parapeto hasta que les llegase el turno.

Estaba muy oscuro, y al cabo de un rato, cuando abandonó la senda nueva y descendió hacia el curso inferior del arroyo, ya no reconoció el camino. Al fin llegó al recodo, y si quería alcanzar el campamento tenía que cruzar el agua. El lecho del río era allí poco profundo pero bastante ancho, y vadearlo en la oscuridad no fue tarea nada fácil para el pequeño hobbit. Cuando ya estaba casi a punto de cruzarlo, perdió pie sobre una piedra redonda y cayó chapoteando en el agua fría. Apenas había alcanzado la orilla opuesta, tiritando y farfullando, cuando en la oscuridad aparecieron unos elfos, llevando linternas resplandecientes, en busca de la causa del ruido.

-¡Eso no fue un pez! -dijo uno-. Hay un espía por aquí. ¡Ocultad vuestras luces! Le ayudarían más a él que a nosotros, si se trata de esa criatura pequeña y extraña que según se dice es el criado de los enanos.

-¡Criado, de veras! -bufó Bilbo; y en medio del bufido estornudó con fuerza, y los elfos se agruparon en seguida y fueron hacia el sonido.

-¡Encended una luz! -dijo Bilbo-. ¡Estoy aquí si me buscáis! -v se sacó el anillo, y asomó detrás de una roca.

Pronto se le echaron encima, a pesar de que estaban muy sorprendidos. -¿Quién eres? ¿Eres el hobbit de los enanos? ¿Qué haces? ¿Cómo pudiste llegar tan lejos con nuestros centinelas? -preguntaron uno tras otro.

-Soy el señor Bilbo Bolsón -respondió el hobbit-, compañero de Thorin, si deseáis saberlo. Conozco de vista a vuestro rey, aunque quizá él no me reconozca. Pero Bardo me recordará y es a Bardo en especial a quien quisiera ver.

-¡No digas! -exclamaron-, ¿y qué asunto te trae por aquí?

-Lo que sea, sólo a mí me incumbe, mis buenos elfos. Pero si deseáis salir de este lugar frío y sombrío y regresar a vuestros bosques -respondió estremeciéndose-, llevadme en seguida a un buen fuego donde pueda secarme, y luego dejadme hablar con vuestros jefes lo más pronto posible. Tengo sólo una o dos horas.

Fue así como unas dos horas después de cruzar la Puerta, Bilbo estaba sentado al calor de una hoguera delante de una tienda grande, y allí, también sentados, observándolo con curiosidad, estaban el Rey Elfo y Bardo. Un hobbit en armadura élfica, arropado en parte con una vieja manta, era algo nuevo para ellos.

-Sabéis realmente -decía Bilbo con sus mejores modales de negociador-, las cosas se están poniendo imposibles. Por mi parte estoy cansado de todo el asunto. Desearía estar de vuelta allá en el Oeste, en mi casa, donde la gente es más razonable. Pero tengo cierto interés en este asunto, un catorceavo del total, para ser precisos, de acuerdo con una carta que por fortuna creo haber conservado. -Sacó de un bolsillo de la vieja chaqueta (que llevaba aún sobre la malla) un papel arrugado y plegado: ¡la carta de Thorin que había puesto en mayo debajo del reloj, sobre la repisa de la chimenea!

-Una parte de todos los *beneficios*, recordadlo -continuó-. Lo tengo muy bien en cuenta. Personalmente estoy dispuesto a considerar con atención vuestras proposiciones, y deducir del total lo que sea justo, antes de exponer la mía. Sin embargo, no conocéis a Thorin Escudo de Roble tan bien como yo. Os aseguro que está dispuesto a sentarse sobre un montón de oro y morir de hambre, mientras vosotros estéis aquí.

-¡Bien, que se quede! -dijo Bardo-. Un tonto como él merece morir de hambre.

-Tienes algo de razón -dijo Bilbo-. Entiendo tu punto de vista. A la vez ya viene el invierno. Pronto habrá nieve, y otras cosas, y el abastecimiento será difícil, aun para los elfos, creo. Habrá también otras dificultades. ¿No habéis oído hablar de Dain y de los enanos de las Colinas de Hierro?

-Sí, hace mucho tiempo; ¿pero en qué nos atañe? -preguntó el rey.

-En mucho, me parece. Veo que no estáis enterados. Dain, no lo dudéis, está ahora a menos de dos días de marcha, y trae consigo por lo menos unos quinientos enanos, todos rudos, que en buena parte han participado en las encarnizadas batallas entre enanos y trasgos, de las que sin duda habréis oído hablar. Cuando lleguen, puede que haya dificultades serias.

-¿Por qué nos lo cuentas? ¿Estás traicionando a tus amigos, o nos amenazas? -preguntó Bardo seriamente.

-¡Mi querido Bardo! -chilló Bilbo-. ¡No te apresures! ¡Nunca me había encontrado antes con gente tan suspicaz! Trato simplemente de evitar problemas a todos los implicados. ¡Ahora os haré una oferta!

-¡Oigámosla! -exclamaron los otros.

-¡Podéis verla! -dijo Bilbo-. ¡Aquí está! -y puso ante ellos la Piedra del Arca, y retiró la envoltura.



El propio Rey Elfo, cuyos ojos estaban acostumbrados a cosas bellas y maravillosas, se puso en pie, asombrado. Hasta el mismo Bardo se quedó mirándola maravillado y en silencio. Era como si hubiesen llenado un globo con la luz de la luna, y colgase ante ellos en una red centelleante de estrellas escarchadas.

-Ésta es la Piedra del Arca de Thrain -dijo Bilbo-, el Corazón de la Montaña; y también el corazón de Thorin. Tiene, según él, más valor que un río de oro. Yo os la entrego. Os ayudará en vuestra negociación. -Luego Bilbo, no sin un estremecimiento, no sin una mirada ansiosa, entregó la maravillosa piedra a Bardo, y éste la sostuvo en la mano, como deslumbrado.

-Pero, ¿es tuya para que nos la des así? -preguntó al fin con un esfuerzo.

-¡Oh, bueno! -dijo el hobbit un poco incómodo-. No exactamente; pero desearía dejarla como garantía de mi proposición, sabéis. Puede que sea un saqueador (al menos eso es lo que dicen: aunque nunca me he sentido tal cosa), pero soy honrado, espero, bastante honrado. De un modo o de otro regreso ahora, y los enanos pueden hacer conmigo lo que quieran. Espero que os sirva.

El Rey Elfo miró a Bilbo con renovado asombro. -¡Bilbo Bolsón! -dijo-. Eres más digno de llevar la armadura de los príncipes elfos que muchos que parecían vestirla con más gallardía. Pero me pregunto si Thorin Escudo de Roble lo verá así. En general conozco mejor que tú a los enanos. Te aconsejo que te quedes con nosotros, y aquí serás recibido con todos los honores y agasajado tres veces.

-Muchísimas gracias, no lo pongo en duda -dijo Bilbo con una reverencia-. Pero no puedo abandonar a mis amigos de este modo, me parece, después de lo que hemos pasado juntos. ¡Y además prometí despertar al viejo Bombur-



Francés (1976)

a medianoche! ¡Realmente tengo que marcharme, y rápido!

Nada de lo que dijeran iba a detenerlo, de modo que se le proporcionó una escolta, y cuando se pusieron en marcha, el rey y Bardo lo saludaron con respeto. Cuando atravesaron el campamento, un anciano envuelto en una capa oscura se levantó de la puerta de la tienda donde estaba sentado y se les acercó.

-¡Bien hecho, señor Bolsón! -dijo, dando a Bilbo una palmada en la espalda-. ¡Hay siempre en ti más de lo que uno espera! -Era Gandalf.

Por primera vez en muchos días Bilbo estaba de verdad encantado. Mas no había tiempo para todas las preguntas que deseaba hacer en seguida.

-¡Todo a su hora! -dijo Gandalf-. Las cosas están llegando a feliz término, a menos que me equivoque. Quedan todavía momentos difíciles por delante, ¡pero no te desanimes! Tú *puedes* salir airoso. Pronto habrá nuevas que ni siquiera los cuervos han oído. ¡Buenas noches!

Asombrado pero contento, Bilbo se dio prisa. Lo llevaron hasta un vado seguro y lo dejaron seco en la orilla opuesta; luego se despidió de los elfos y subió con cuidado de regreso hacia el parapeto. Empezó a sentir un tremendo cansancio, pero era bastante antes de medianoche cuando trepó otra vez por la cuerda; aún estaba donde la había dejado. La desató y la ocultó, y luego se sentó en el parapeto preguntándose ansiosamente qué ocurriría ahora.

A medianoche despertó a Bombur; y después se encogió en un rincón, sin escuchar las gracias del viejo enano (que apenas merecía, pensó). Pronto se quedó dormido, olvidando toda preocupación hasta la mañana. En realidad se pasó la noche soñando con huevos y panceta.

LAS NUBES ESTALLAN

Al día siguiente las trompetas sonaron temprano en el campamento. Pronto se vio a un mensajero que corría por la senda estrecha. Se detuvo a cierta distancia, y les hizo señas, preguntando si Thorin escucharía a otra embajada, ya que había nuevas noticias y las cosas habían cambiado.

-¡Eso será por Dain! -dijo Thorin cuando oyó el mensaje-. Habrán oído que ya viene. Pensé que esto les cambiaría el ánimo. ¡Ordénales que vengan en número reducido y sin armas y yo escucharé! -gritó al mensajero.

Alrededor de mediodía, los estandartes del bosque y el Lago se adelantaron de nuevo. Una compañía de veinte se aproximaba. Cuando llegaron al sendero, dejaron a un lado espadas y lanzas y se acercaron a la Puerta. Admirados, los enanos vieron que entre ellos estaban tanto Bardo como el Rey Elfo, y delante un hombre viejo, envuelto en una capa y con un capuchón en la cabeza, portando un pesado cofre de madera remachado de hierro.

-¡Salud, Thorin! -dijo Bardo-. ¿Aún no has cambiado de idea?

-No cambian mis ideas con la salida y puesta de unos pocos soles -respondió Thorin-. ¿Has venido a hacerme preguntas ociosas? ¡Aún no se ha retirado el ejército elfo, como he ordenado! Hasta entonces, de nada servirá que vengas a negociar conmigo.

-¿No hay nada, entonces, por lo que cederías parte de tu oro?

-Nada que tú y tus amigos podáis ofrecerme.

-¿Qué hay de la Piedra del Arca de Thrain? -dijo

Bardo, y en ese momento el hombre viejo abrió el cofre y mostró en alto la joya. La luz brotó de la mano del viejo, brillante y blanca en la mañana.

Thorin se quedó entonces mudo de asombro y confusión. Nadie dijo nada por largo rato.

Luego Thorin habló, con una voz ronca de cólera. -Esa piedra fue de mi padre y es mía. ¿Por qué habría de comprar lo que me pertenece? -Sin embargo, el asombro lo venció al fin y añadió:- Pero ¿cómo habéis obtenido la reliquia de mi casa, si es necesario hacer esa pregunta a unos ladrones?

-No somos ladrones -respondió Bardo-. Lo tuyo te lo devolveremos a cambio de lo nuestro.

-¿Cómo la conseguisteis? -gritó Thorin cada vez más furioso.

-¡Yo se la di! -chilló Bilbo, que espiaba desde el parapeto, ahora con un horrible pavor.

-¡Tú! ¡Tú! -gritó Thorin volviéndose hacia él y afebrándolo con las dos manos-. ¡Tú, hobbit miserable! ¡Tú, pequeñajo... saqueador! -gritó, faltándole las palabras, y meneó al pobre Bilbo como si fuese un conejo-. ¡Por la barba de Durin! Me gustaría que Gandalf estuviese aquí. ¡Maldito sea por haberte escogido! ¡Que la barba se le marchite! En cuanto a ti, ¡te estrellaré contra las rocas! -gritó y levantó a Bilbo.

-¡Quieto! ¡Tu deseo se ha cumplido! -dijo una voz. El hombre viejo del cofre echó a un lado la capa y el capuchón-. ¡He aquí a Gandalf! Y parece que a tiempo. Si no te gusta mi saqueador, por favor no le hagas daño. Déjalo en el suelo y escucha primero lo que tiene que decir.

-¡Parecéis todos confabulados! -dijo Thorin dejando caer a Bilbo en la cima del parapeto-. Nunca más tendré tratos con brujos o amigos de brujos. ¿Qué tienes que decir, descendiente de ratas?



1 Tolkien había escrito sobre el poder (y la atracción) del tesoro en un poema titulado «Iúmonna Gold Galdre Bewunden», publicado en el número de enero de 1923 de una revista de la Leeds University, *The Gryphon*. El título está tomado del *Beowulf*, verso 3052, que Tolkien tradujo como «*the gold of men of long ago, enmeshed in enchantment*» [el oro de hombres de antaño, enredado en encantamiento]. Tolkien publicó una versión revisada del poema en 1937, que se reimprimió (después de nuevas revisiones) como «The Hoard» [El Tesoro] en *The Adventures of Tom Bombadil*. Ofrezco aquí la primera versión del poema.

Había elfos antaño y fuertes hechizos
bajo verdes colinas en valles profundos.
Allá cantaban el oro que alegremente
habían forjado,
en los abismos del tiempo cuando era
joven la Tierra
antes de que cavarán el infierno o volara
el dragón,
o los enanos vivieran en cuevas oscuras;
y había hombres en unas pocas tierras
y algo aprendieron de sus bocas y
manos,
pero el destino los alcanzó y los cantos
fracasaron,
y la codicia arrastró
gemas y oro y belleza a las cuevas
oscuras,
y las sombras cayeron sobre Elfinesse.

Había un viejo enano en una gruta
profunda
contando las cosas de oro que había
conseguido,
robadas por los enanos a hombres y a
elfos,
y guardadas torvamente en la oscuridad.
Se le oscurecieron los ojos y se le
cerraron los oídos
y tenía amarilla la piel del viejo cráneo;
y por las manos huesudas le pasaba
invisible
el leve resplandor de las gemas sin
mácula.
No oyó los pies que sacudían la tierra,
ni el batir de alas ni el bronco
entusiasmo

-¡Vaya! ¡Vaya! -dijo Bilbo-. Ya sé que todo esto es muy incómodo. ¿Recuerdas haber dicho que podría escoger mi propia catorceava parte? Quizá me lo tomé demasiado literalmente; me han dicho que los enanos son más corteses en palabras que en hechos. Hubo un tiempo, sin embargo, en el que parecías creer que yo había sido de alguna utilidad. ¡Y ahora me llamas descendiente de ratas! ¿Es ése el servicio que tú y tu familia me han prometido, Thorin? ¡Piensa que he dispuesto de mi parte como he querido, y olvídale ya!

-Lo haré -dijo Thorin ceñudo-. Te dejaré marchar, ¡pero que nunca nos encontremos otra vez! -Luego se volvió y habló por encima del parapeto.- Me han traicionado -dijo-. Todos saben que no podría dejar de redimir la Piedra del Arca, el tesoro de mi palacio. Daré por ella una catorceava parte del tesoro en oro y plata, sin incluir las piedras preciosas; mas eso contará como la parte prometida a -ese traidor, y con esa recompensa partirá, y vosotros la podréis dividir como queráis. Tendrá bien poco, no lo dudo. Tomadlo, si lo queréis vivo; nada de mi amistad irá con él.

«¡Ahora, baja con tus amigos! -dijo a Bilbo-, ¡o te arrojaré al abismo!

-¿Qué hay del oro y la plata? -preguntó Bilbo.

-Te seguirá más tarde, cuando esté disponible -dijo Thorin-. ¡Baja!

-¡Guardaremos la piedra hasta entonces! -le gritó Bardo.

-No estás haciendo un papel muy espléndido como Rey bajo la Montaña -dijo Gandalf-, pero las cosas aún pueden cambiar.

1 -Cierto que pueden cambiar -dijo Thorin. Y ya cavilaba, tan aturdido estaba por el tesoro, si no podría recobrar la Piedra del Arca con la ayuda de Dain, y retener la parte de la recompensa.

de los jóvenes y codiciosos dragones:
su esperanza era el oro y su confianza
las joyas.

Pero un dragón encontró el agujero frío,
y el enano perdió la tierra y lo robado.

Había un viejo dragón bajo una vieja
piedra;
estaba solo y sus ojos rojos parpadeaban;
las llamas del fogoso corazón ¡e ardían
oscuramente;

Y así fue Bilbo expulsado del parapeto, y con nada a cambio de sus apuros, excepto la armadura que Thorin ya le había dado. Más de uno de los enanos sintió vergüenza y lástima cuando vio partir a Bilbo.

-¡Adiós! -les gritó-. ¡Quizá nos encontremos otra vez como amigos!

-¡Fuera! -gritó Thorin-. Llevas contigo una malla tejida por mi pueblo y es demasiado buena para ti. No se la puede atravesar con flechas; pero si no te das prisa, te pincharé esos pies miserables. ¡De modo que apresúrate!

-No tan rápido -dijo Bardo-, Te damos tiempo hasta mañana. Regresaremos a la hora del mediodía y veremos si has traído la parte del tesoro que hemos de cambiar por la Piedra. Si en esto no nos engañas, entonces partiremos y el ejército elfo retornará al Bosque. Mientras tanto, ¡adiós!

Con eso, volvieron al campamento; pero Thorin envió por Roäc correos a Dain, diciendo lo que había sucedido e instándole a que viniese con una rapidez cautelosa.

Pasó aquel día y la noche. A la mañana siguiente, el viento cambió al oeste, y el aire estaba oscuro y tenebroso. Era aún temprano cuando se oyó un grito en el campamento. Llegaron mensajeros a informar que una hueste de enanos había aparecido en la estribación oriental de la Montaña y que ahora se apresuraba hacia Valle. Dain había venido. Había corrido toda la noche, y de este modo había llegado sobre ellos más pronto de lo que habían esperado. Todos los enanos de la tropa estaban ataviados con cotas de malla de acero que les llegaban a las rodillas; y unas calzas de metal fino y flexible, tejido con un procedimiento secreto que sólo la gente de Dain conocía, les cubrían las piernas. Los enanos son sumamente fuertes para su talla, pero la mayoría de éstos eran fuertes aun entre los enanos. En las batallas empuñaban pesados azadones que se manejaban con

tenía el cuerpo nudoso y arrugado y
torcido de miembros,
y le alegraba la muerte y la crueldad de
los jóvenes,
pero era tan codicioso como siempre y
no conocía la compasión.
Las gemas se le pegaban al lodo de su
vientre
y lamía y olía los objetos de oro,
mientras allí tendido soñaba con el
dolor

y la angustia demoledora que sentiría el
ladrón
que tocara con los dedos el más
pequeño de los anillos,
y en la agitación del sueño movió un ala.
No oyó los pasos ni los golpes de los
arros,
hasta que el atrevido guerrero en la boca
de la cueva
lo desafió a salir y luchar por el oro,
aunque el hierro le partía el corazón con
un frío de angustia.

Había un viejo rey en un trono alto:
la barba blanca le cubría las rodillas de
hueso,
y ni la carne ni la bebida tenían sabor
para él.
No oía canciones, sólo podía pensar
en el inmenso arcón de tapa tallada,
que guardaba el oro y las joyas ocultas
en un sitio secreto de la tierra oscura,
cuyas poderosas puertas tenían trancas
de hierro.

Las espadas de los guerreros se
ensombrecían y herrumbraban,
empeñada su gloria reinaba
injustamente,
en palacios vacíos y con frío en las
entrañas.
Pero era el rey del oro de los elfos.
No oyó los cuernos en los montes,
ni olió la sangre en la hierba hollada,
pero los palacios ardieron y él perdió el
remo,
y arrojaron sus huesos a una tumba sin
honra.

Hay un viejo tesoro en una montaña
oscura
detrás de puertas que nadie puede abrir.
Se ha perdido la llave y se ha borrado el
camino,
nadie advierte el montículo en que crece
la hierba;
de ella comen las ovejas, y las alondras
se elevan
desde el manto verde; ningún hombre
descubrirá el secreto hasta que ardan
otra vez
las luces de las Hadas y se sacudan los
bosques
y los cantos que ya no se oyen vuelvan a
despertar.

- 2 Dain y Nain son nombres de enanos tomados del «Voluspá»; véase nota 5 del capítulo 2.

las dos manos; además, todos tenían al costado una espada ancha y corta, y un escudo redondo les colgaba de las espaldas. Llevaban las barbas partidas y trenzadas, sujetas al cinturón. Las viseras eran de hierro, lo mismo que el calzado; y las caras eran todas sombrías.

Las trompetas llamaron a hombres y elfos a las armas. Pronto vieron a los enanos, que subían por el valle a buen paso. Se detuvieron entre el río y la estribación del este, pero unos pocos se adelantaron, cruzaron el río y se acercaron luego al campamento; allí depusieron las armas y alzaron las manos en señal de paz. Bardo salió a encontrarlos y fue Bilbo con él.

- 2 -Nos envía Dain hijo de Nain -dijeron cuando se les preguntó-. Corremos junto a nuestros parientes de la Montaña, pues hemos sabido que el reino de antaño se ha renovado. Pero ¿quiénes sois vosotros que acampáis en el llano como enemigos ante murallas defendidas? -Esto, naturalmente, en el lenguaje de entonces, cortés y bastante pasado de moda, significaba simplemente: «Aquí no tenéis nada que hacer. Vamos a seguir, o sea marchaos o pelearemos con vosotros». Se proponían seguir adelante, entre la Montaña y el recodo del agua, pues allí el terreno estrecho no parecía muy protegido.

Por supuesto, Bardo se negó a permitir que los enanos fueran directamente a la Montaña. Estaba decidido a esperar a que trajesen fuera la plata y el oro, para ser cambiados por la Piedra del Arca, pues no creía que esto pudiera ocurrir una vez que aquella numerosa y hosca compañía hubiera llegado a la fortaleza. Habían traído consigo gran cantidad de suministros, pues los enanos son capaces de soportar cargas muy pesadas, y casi toda la gente de Dain, a pesar de que habían marchado a paso vivo, llevaba a hombros unos fardos enormes, que se sumaban al peso de los azadones y los escudos. Hubieran podido resistir un si-

tio durante semanas, y en ese tiempo quizá vinieran más enanos, pues Thorin tenía muchos parientes. Quizá fueran capaces también de abrir de nuevo alguna otra puerta, y guardarla, de modo que los sitiadores tendrían que rodear la montaña, y no eran tantos en verdad.

Estos eran precisamente los planes de los enanos (pues los cuervos mensajeros habían estado muy ocupados yendo de Thorin a Dain); pero por el momento el paso estaba obstruido, así que luego de unas duras palabras, los enanos mensajeros se retiraron murmurando, cabizbajos. Bardo había enviado en seguida unos mensajeros a la Puerta, pero no había allí oro ni pago alguno.

Tan pronto como estuvieron a tiro, les cayeron flechas, y se apresuraron a regresar. Por ese entonces, todo el campamento estaba en pie, como preparándose para una batalla, pues los enanos de Dain avanzaban por la orilla del este.

-¡Tontos! -rió Bardo-. ¡Acercarse así bajo el brazo de la Montaña! No entienden de guerra a campo abierto, aunque sepan guerrear en las minas. Muchos de nuestros arqueros y lanceros aguardan ahora escondidos entre las rocas del flanco derecho. Las mallas de los enanos pueden ser buenas, pero se las pondrá a prueba muy pronto. ¡Caigamos sobre ellos desde los flancos antes de que descansen!

Pero el Rey Elfo dijo: -Mucho esperaré antes de pelear por un botín de oro. Los enanos no pueden pasar, si no se lo permitimos, o hacer algo que no lleguemos a advertir. Esperaremos a ver si la reconciliación es posible. Nuestra ventaja en número bastará, si al fin hemos de librar un desgraciado combate.

Pero estas circunstancias no tenían en cuenta a los enanos. Saber que la Piedra del Arca estaba en manos de los sitiadores, les inflamaba los corazones; sospecharon además

- 3 Lo importante que es diferenciar la etimología de los nombres en la historia de Tolkien y las fuentes de las cuales las obtuvo como autor, es evidente en lo que dice él mismo del origen del nombre Moria:

[El nombre Moria es] un «eco» casual del *Castillo Soria Moria* que aparece en uno de los cuentos escandinavos traducidos por Dasent. (El cuento no tiene para mí ningún interés: lo he olvidado, y nunca he vuelto a leerlo. Fue, pues, sólo la fuente de la secuencia sonora *Moria*, que podría haberse encontrado en algún otro sitio.) Me gustó la secuencia sonora; alitera con «minas» y está conectado con el elemento MOR [«oscuro, negro»] de mi propia construcción lingüística. (*Cartas*, n.º 297)

Antes, en la misma carta, Tolkien da la etimología élfica explicando que significa «Abismo Negro», agregando:

En cuanto a la «tierra de Moriah» (nótese el acento), no hay ninguna conexión (aun «externa»). Internamente no hay tampoco conexión concebible entre la actividad minera de los enanos y la historia de Abraham. Repudio absolutamente ese tipo de interpretaciones y simbolismos. No es así como me funciona la mente. (*Ibid.*)

que Bardo y sus amigos titubeaban, y decidieron atacar cuanto antes.

De pronto, sin aviso, los enanos se desplegaron en silencio. Los arcos chasquearon y ¡as flechas silbaron. La batalla iba a comenzar.

¡Pero todavía más pronto, una sombra creció con terrible rapidez! Una nube negra cubrió el cielo. El trueno invernal rodó en un viento huracanado, rugió y retumbó en la Montaña y relampagueó en la cima. Y por debajo del trueno se pudo ver otra oscuridad, que se adelantaba en un torbellino, pero esta oscuridad no llegó con el viento; ¡llegó desde el Norte, como una inmensa nube de pájaros, tan densa que no había luz entre las alas.

- ¡Deteneos! -gritó Gandalf, que apareció de repente y esperó de pie y solo, con los brazos levantados, entre los enanos que venían y las filas que los aguardaban-. ¡Deteneos! -dijo con voz de trueno, y la vara se le encendió con una luz súbita como el rayo-. ¡El terror ha caído sobre vosotros! ¡Ay! Ha llegado más rápido de lo que yo había supuesto. ¡Los trasgos están sobre vosotros! Ahí llega Bolgo del Norte,* cuyo padre, ¡oh, Dain!, mataste en Mona, hace tiempo. ¡Mirad! Los murciélagos se ciernen sobre el ejército como una nube de langostas. ¡Montan en lobos, y los wargos vienen detrás!

El asombro y la confusión cayó sobre todos ellos. Mientras Gandalf hablaba, la oscuridad no había dejado de crecer. Los enanos se detuvieron y contemplaron el cielo. Los elfos gritaron con muchas voces.

-¡Venid! -llamó Gandalf-. Hay tiempo de celebrar consejo. ¡Que Dain hijo de Nain se reúna en seguida con nosotros!

Así empezó una batalla que nadie había esperado; la

[1]

*Hijo de Azog. Véase página 35.

llamaron la Batalla de los Cinco Ejércitos, y fue terrible. De una parte luchaban los trasgos y los lobos salvajes, y por la otra, los Elfos, los Hombres y los Enanos. Así fue como ocurrió. Desde que el Gran Trasgo de las Montañas Nubladas había caído, los trasgos odiaban más que nunca a los enanos. Habían mandado mensajeros de acá para allá entre las ciudades, colonias y plazas fuertes, pues habían decidido conquistar el dominio del Norte. Se habían informado en secreto, y prepararon y forjaron armas en todos los escondrijos de las montañas. Luego se pusieron en marcha, y se reunieron en valles y colinas, yendo siempre por túneles o en la oscuridad, hasta llegar a las cercanías de la gran Montaña Gunabad del Norte, donde tenían la capital. Allí juntaron un inmenso ejército, preparado para caer en tiempo tormentoso sobre los ejércitos desprevenidos del Sur. Estaban enterados de la muerte de Smaug y el júbilo les encendía el ánimo; y noche tras noche se apresuraron entre las montañas, y así llegaron al fin desde el norte casi pisándole los talones a Dain. Ni siquiera los cuervos supieron que llegaban, hasta que los vieron aparecer en las tierras abruptas, entre la Montaña Solitaria y las colinas. Cuánto sabía Gandalf, no se puede decir, pero está claro que no había esperado ese asalto repentino.

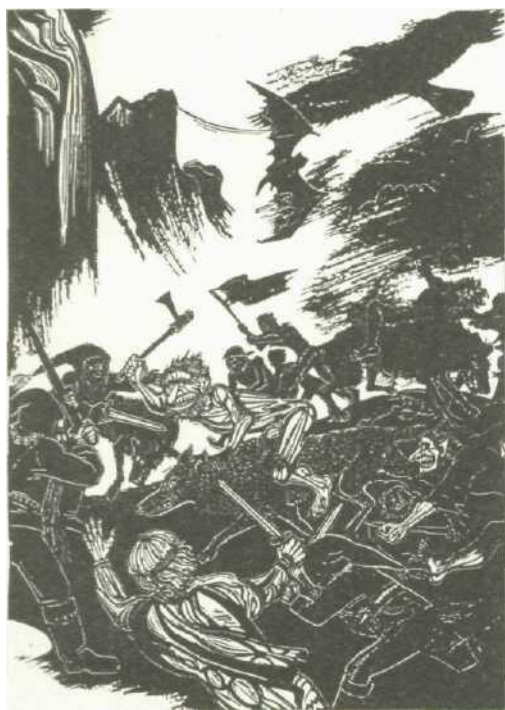
Éste fue el plan que preparó junto con el Rey Elfo y Bardo; y con Dain, pues el señor enano ya se les había unido: los trasgos eran enemigos de todos, y cualquier otra disputa fue en seguida olvidada. No tenían más esperanza que la de atraer a los trasgos al valle entre los brazos de la Montaña, y ampararse en las grandes estribaciones del sur y el este. Aun de este modo correrían peligro, si los trasgos alcanzaban a invadir la Montaña, atacándolos entonces desde atrás y arriba; pero no había tiempo para preparar otros planes o para pedir alguna ayuda.

Pronto pasó el trueno, rodando hacia el sudeste; pero la nube de murciélagos se acercó, volando bajo por encima de la Montaña, y se agitó sobre ellos, tapándoles la luz y asustándolos.

-¡A la Montaña! -les gritó Bardo-, ¡Pronto, a la Montaña! ¡Tomemos posiciones mientras todavía hay tiempo!

En la estribación sur, en la parte más baja de la falda y entre las rocas, se situaron los Elfos; en la del este, los Hombres y los Enanos. Pero Bardo y algunos de los elfos y hombres más ágiles escalaron la cima de la loma occidental para echar un vistazo al norte. Pronto pudieron ver la tierra a los pies de la Montaña, oscurecida por una apresurada multitud. Luego la vanguardia se arremolinó en el extremo de la estribación y entró atropelladamente en Valle. Éstos eran los jinetes más rápidos, que cabalgaban en lobos, y ya los gritos y aullidos hendían el aire a lo lejos. Unos pocos valientes se les enfrentaron, con un amago de resistencia, y muchos cayeron allí antes que el resto se retirara y huyese a los lados. Como Gandalf esperara, el ejército trasgo se había reunido detrás de la vanguardia, a la que se habían resistido, y luego cayó furioso sobre el valle, extendiéndose aquí y allá entre los brazos de la Montaña, buscando al enemigo. Innumerables eran los estandartes, negros y rojos, y llegaban como una marea furiosa y en desorden.

Fue una batalla terrible. Bilbo no había pasado nunca por una experiencia tan espantosa, y que luego odiara tanto, y esto es como decir que por ninguna otra cosa se sintió tan orgulloso, hasta tal punto que fue para él durante mucho tiempo un tema de charla favorito, aunque no tuvo en ella un papel muy importante. En verdad puedo decir que muy pronto se puso el anillo y desapareció de la vista, aunque no de todo peligro. Un anillo mágico de esta clase no es una protección completa en una



Eslovaco (1973)

carga de trasgos, ni detiene las flechas voladoras ni las lanzas salvajes; pero ayuda a apartarse del camino, e impide que escojan tu cabeza entre otras para que un trasgo espadachín te Ja rebane de un tajo.

Los elfos fueron los primeros en cargar. Tenían por los trasgos un odio amargo y frío. Las lanzas y espadas brillaban en la oscuridad con un helado reflejo, tan mortal era la rabia de las manos que las esgrimían. Tan pronto como la horda de los enemigos aumentó en el valle, les lanzaron una lluvia de flechas, y todas resplandecían como azuzadas por el fuego. Detrás de las flechas, un millar de lanceros bajó de un salto y embistió. Los chillidos eran ensordecedores. Las rocas se tiñeron de negro con la sangre de los trasgos.

Y cuando los trasgos se recobraron de la furiosa embestida, y detuvieron la carga de los elfos, todo el valle es talló en un rugido profundo. Con gritos de «¡Moria!» y «¡Dain, Dain!», ¡os enanos de las Colinas de Hierro se precipitaron sobre el otro flanco, empuñando los azadones, y 4 junto con ellos llegaron los hombres del Lago armados con largas espadas.

El pánico dominó a los trasgos; y cuando se dieron vuelta para enfrentar este ataque, los elfos cargaron otra vez con bríos renovados. Ya muchos de los trasgos huían río abajo para escapar de la trampa; y muchos de los lobos se volvían contra ellos mismos, y destrozaban a muertos y heridos. La victoria parecía inmediata cuando un griterío sonó en las alturas.

Unos trasgos habían escalado la Montaña por la otra parte, y muchos ya estaban sobre la Puerta, en la ladera, y otros corrían temerariamente hacia abajo, sin hacer caso de los que caían chillando al precipicio, para atacar las estribaciones desde encima. A cada una de estas estribaciones se podía llegar por caminos que descendían de la masa

4 Un azadón [*mattock*] es una herramienta que sirve para cavar, parecida a un zapapico, pero con una hoja perpendicular al asa (como una azuela) en un extremo y por lo general con una especie de pica al otro lado.

El muchacho minero Curdie, en *Princess and Curdie* [*La Princesa y Curdie*], de George Macdonald, rara vez estaba sin su azadón. Le servía para sus tareas de minero y también como arma.

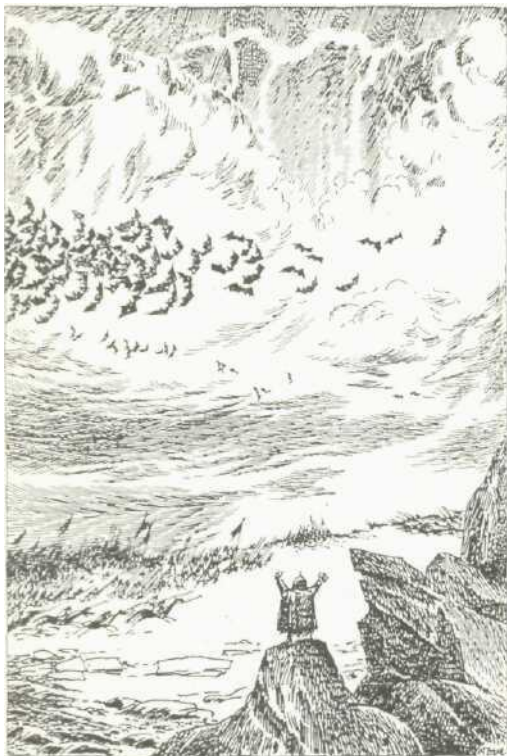
central de la Montaña; los defensores eran pocos y no podrían cerrarles el paso durante mucho tiempo. La esperanza de victoria se había desvanecido del todo. Sólo habían logrado contener la primera embestida de la marea negra.

El día avanzó. Otra vez los tragos se reunieron en el valle. Luego vino una horda de wargos, brillantes y negros como cuervos, y con ellos la guardia personal de Bolgo, tragos de enorme talla, con cimitarras de acero. Pronto llegaría la verdadera oscuridad, en un cielo tormentoso; mientras, los murciélagos revoloteaban aún alrededor de las cabezas y los oídos de hombres y elfos, o se precipitaban como vampiros sobre las gentes caídas. Bardo luchaba aún defendiendo la estribación del este, y sin embargo retrocedía poco a poco; los señores elfos estaban en la nave del brazo sur, alrededor del rey, cerca del puesto de observación de la Colina del Cuervo.

De súbito se oyó un clamor, y desde la Puerta llamó una trompeta. ¡Habían olvidado a Thorin! Parte del muro, movido por palancas, se desplomó hacia afuera cayendo con estrépito en la laguna. El Rey bajo la Montaña apareció en el umbral, y sus compañeros lo siguieron. Las capas y capuchones habían desaparecido; llevaban brillantes armaduras y una luz roja les brillaba en los ojos. El gran enano centelleaba en la oscuridad como oro en un fuego mortecino.

Los tragos arrojaron rocas desde lo alto; pero los enanos siguieron adelante, saltaron hasta el pie de la cascada y corrieron a la batalla. Lobos y jinetes caían o huían ante ellos. Thorin manejaba el hacha con mandobles poderosos, y nada parecía lastimarlo.

-¡A mí! ¡A mí! ¡Elfos y hombres! ¡A mí! ¡Oh, pueblo mío! -gritaba, y la voz resonaba como una trompa en el valle.



Sueco (1962)

Hacia abajo, en desorden, los enanos de Dain corrieron a ayudarlo. Hacia abajo fueron también muchos de los hombres del Lago, pues Bardo no pudo contenerlos; y desde la ladera opuesta, muchos de los lanceros elfos. Una vez más los trasgos fueron rechazados al valle, y allí se amontonaron hasta que Valle fue un sitio horrible y oscurecido por cadáveres. Los wargos se dispersaron y Thorin se volvió a la derecha contra la guardia personal de Bolgo. Pero no alcanzó a atravesar las primeras filas.

Ya tras él yacían muchos hombres y muchos enanos, y muchos hermosos elfos que aún tendrían que haber vivido largos años, felices en el bosque. Y a medida que el valle se abría, la marcha de Thorin era cada vez más lenta. Los enanos eran pocos, y nadie guardaba los flancos. Pronto los atacantes fueron atacados y se vieron encerrados en un gran círculo, cercados todo alrededor por trasgos y lobos que volvían a la carga. La guardia personal de Bolgo cayó aullando sobre ellos, introduciéndose entre los enanos como olas que golpean acantilados de arena. Los otros enanos no podían ayudarlos, pues el asalto desde la Montaña se renovaba con redoblada fuerza, y hombres y elfos eran batidos lentamente a ambos lados.

A todo esto, Bilbo miraba con aflicción. Se había instalado en la Colina del Cuervo, entre los elfos, en parte porque quizá allí era posible escapar, y en parte (el lado Tuk de la mente de Bilbo) porque si iban a mantener una última posición desesperada, quería defender al Rey Elfo. También Gandalf estaba allí de algún modo, sentado en el suelo, como meditando, preparando quizá un último soplo de magia antes del fin.

Éste no parecía muy lejano. «No tardará mucho ya», pensaba Bilbo. «Antes que los trasgos ganen la Puerta y todos nosotros caigamos muertos o nos obliguen a deseen-

- 5 En noviembre de 1944 Tolkien le escribió a su hijo Christopher: «Supe que había escrito una historia de valor en *El hobbit* cuando al leerla (después de haberla dejado envejecer hasta sentirme desligado de ella) sentí en no poca medida la emoción "eucatastrófica" de la exclamación de Bilbo: -¡Las Águilas! ¡Vienen las Águilas!» (*Cartas*, n.º 89).

der y nos capturen. Realmente, es como para echarse a llorar, después de todo lo que nos ha pasado. Casi habría preferido que el viejo Smaug se hubiese quedado con el maldito tesoro, antes de que lo consigan esas viles criaturas, y el pobrecito Bombur y Balin y Fili y Kili y el resto tengan mal fin; y también Bardo y los hombres del Lago y los alegres elfos. ¡Ay, mísero de mí! He oído canciones sobre muchas batallas, y siempre he entendido que la derrota puede ser gloriosa. Parece muy incómoda, por no decir desdichada. Me gustaría de veras estar fuera de todo esto.»

Con el viento, se esparcieron las nubes, y una roja puesta del sol rasgó el oeste. Advirtiendo el brillo repentino en las tinieblas, Bilbo miró alrededor y chilló. Había visto algo que le sobresaltó el corazón, unas sombras oscuras, pequeñas aunque majestuosas, en el resplandor distante.

- 5 -¡Las Águilas! ¡Las Águilas! -vociferó-. ¡Vienen las Águilas!

Los ojos de Bilbo rara vez se equivocaban. Las Águilas venían con el viento, hilera tras hilera, en una hueste tan numerosa que todos los aguileros del norte parecían haberse reunido allí.

-¡Las Águilas! ¡Las Águilas! -gritaba Bilbo, saltando y moviendo los brazos. Si los elfos no podían verlo, al menos podían oírlo. Pronto ellos gritaron también, y los ecos corrieron por el valle. Muchos ojos expectantes miraron arriba, aunque aún nada se podía ver, excepto desde las estribaciones meridionales de la Montaña.

-¡Las Águilas! -gritó Bilbo otra vez, pero en ese momento una piedra cayó y le golpeó con fuerza el yelmo, y el hobbit se desplomó y no vio nada más.

Capítulo XVIII

EL VIAJE DE VUELTA

Cuando Bilbo se recobró, se recobró literalmente solo. Estaba tendido en las piedras planas de la Colina del Cuervo, y no había nadie cerca. Un día despejado, pero frío, se extendía allá arriba. Bilbo temblaba y se sentía tan helado como una piedra, pero en la cabeza le ardía un fuego.

«Me pregunto qué ha pasado», se dijo. «De todos modos, no soy todavía uno de los héroes caídos; ¡pero supongo que todavía hay tiempo para eso!»

Se sentó, agarrotado. Mirando hacia el valle no alcanzó a ver ningún trago vivo. Al cabo de un rato la cabeza se le aclaró un poco, y creyó distinguir a unos elfos que se movían en las rocas de abajo. Se restregó los ojos. ¿Acaso había aún un campamento en la llanura, a cierta distancia, y un movimiento de idas y venidas alrededor de la Puerta? Los enanos parecían estar atareados removiendo el muro. Pero todo estaba como muerto. No se oían llamadas ni ecos de canciones. De algún modo, había una tristeza en el aire.

-¡Victoria después de todo, supongo! -dijo sintiendo el dolor de cabeza-. Bien, la situación parece bastante sombría.

De súbito, descubrió a un hombre que trepaba y venía hacia él.

-¡Hola, ahí! -llamó con voz vacilante-. ¡Hola, ahí! ¿Qué ocurre?

-;Qué voz es la que habla entre las rocas? -dijo el hombre, deteniéndose y atisbando alrededor, no lejos de donde Bilbo estaba sentado.

¡Entonces Bilbo recordó el anillo! «¡Que me aspen! -pensó-. Esta invisibilidad tiene también sus inconvenientes. De otro modo hubiera podido pasar una noche abrigada y cómoda, en cama.»

-¡Soy yo, Bilbo Bolsón, el compañero de Thorin! -gritó, quitándose de prisa el anillo.

-¡Es una suerte que te haya encontrado! -dijo el hombre adelantándose-. Te necesitan, y estamos buscándote desde hace tiempo. Te hubieran contado entre los muertos, que son muchos, si Gandalf el mago no hubiese dicho que no hace mucho habían oído tu voz por estos sitios. Me han enviado a mirar aquí por última vez. ¿Estás muy herido?

-Un golpe feo en la cabeza, creo -dijo Bilbo-. Pero tengo un yelmo, y una cabeza dura. Así y todo me siento enfermo y las piernas se me doblan como paja.

-Te llevaré abajo, al campamento del valle -dijo el hombre, y lo alzó con facilidad.

El hombre era rápido y de paso seguro. No pasó mucho tiempo antes de que llegara a depositar a Bilbo ante una tienda en Valle; y allí estaba Gandalf, con un brazo en cabestrillo. Ni siquiera el mago había escapado indemne; y había pocos en toda la hueste que no tuvieran alguna herida.

Cuando Gandalf vio a Bilbo se alegró de veras. -¡Bolsón! -exclamó-. ¡Bueno! ¡Nunca lo hubiera dicho! ¡Vivo, después de todo! ¡Estoy contento! ¡Empezaba a preguntarme si esa suerte que tienes te ayudaría a salir del paso! Fue algo terrible, y casi desastroso. Pero las otras nuevas pueden aguardar. ¡Ven! -dijo más gravemente-. Alguien te reclama. -Y guiando al hobbit, lo llevó dentro de la tienda.

-¡Salud, Thorin! -dijo Gandalf mientras entraba-. Lo he traído.



Allí efectivamente yacía Thorin Escudo de Roble, herido de muchas heridas, y la armadura abollada y el hacha mellada estaban junto a él en el suelo. Alzó los ojos cuando Bilbo se le acercó.

-Adiós, buen ladrón -dijo-. Parto ahora hacia los salones de espera a sentarme al lado de mis padres, hasta que el mundo sea renovado. Ya que hoy dejo todo el oro y la plata, y voy a donde tienen poco valor, deseo partir en amistad contigo, y me retracto de mis palabras y hechos ante la Puerta.

Bilbo hincó una rodilla, ahogado por la pena.

-¡Adiós, Rey bajo la Montaña! -dijo-. Es ésta una amarga aventura, si ha de terminar así; y ni una montaña de oro podría enmendarla. Con todo, me alegro de haber compartido tus peligros: ha sido más de lo que cualquier Bolsón hubiera podido merecer.

-¡No! -dijo Thorin-. Hay en ti muchas virtudes que tú mismo ignoras, hijo del bondadoso Oeste. Algo de coraje y algo de sabiduría, mezclados con mesura. Si muchos de nosotros dieran más valor a la comida, la alegría y las canciones que al oro atesorado, éste sería un mundo más feliz. Pero triste o alegre, ahora he de abandonarlo. ¡Adiós!

Entonces Bilbo se volvió, y se fue solo; y se sentó fuera arropado con una manta, y aunque quizá no lo creáis, lloró hasta que se le enrojecieron los ojos y se le enronqueció la voz. Era un alma bondadosa, y pasó largo tiempo antes de que tuviese ganas de volver a bromear. «Ha sido un acto de misericordia», se dijo al fin, «que haya despertado cuando lo hice. Desearía que Thorin estuviese vivo, pero me alegro de que partiese en paz. Eres un tonto, Bilbo Bolsón, y lo trastornaste todo con ese asunto de la piedra; y al fin hubo una batalla a pesar de que tanto te esforzaste en conseguir paz y tranquilidad, aunque supongo que nadie podrá acusarte por eso.»

1 De acuerdo con la escatología de la Tierra Media -en sí una concepción compleja y cambiante- los espíritus de los elfos muertos van a un lugar de espera donde permanecen hasta el fin del mundo; pues sus destinos están atados al destino del mundo. Los espíritus de los hombres muertos van también al lugar de espera, donde libres de las ataduras del mundo emprenden un destino desconocido. Este hado especial fue el don que Dios (Ilúvatar) concedió a los hombres.

El destino postumo de los enanos siguió siendo para Tolkien algo especialmente incierto. El comentario de Thorin, que es un eco de las propias creencias de los enanos, no se reconcilia fácilmente con lo que se dice en otros textos de J. R. R. Tolkien. (Véase *El Silmarillion*; *El Libro de los Cuentos Perdidos*, segunda parte; *The Shaping of Middle-earth*, [La formación de la Tierra Media]; *The Lost Road* [El camino perdido].

[1]

Todo lo que sucedió después de que lo dejasen sin sentido, Bilbo lo supo más tarde; pero sintió entonces más pena que alegría, y ya estaba cansado de la aventura. El deseo de viajar de vuelta al hogar lo consumía. Eso, sin embargo, se retrasó un poco, de modo que entretanto os relataré algo de lo que ocurrió. Las tropas de trasgos habían despertado hacía tiempo la sospecha de las Águilas, a cuya atención no podía escapar nada que se moviera en las cimas. De modo que ellas también se reunieron en gran número alrededor del Águila de las Montañas Nubladas; y al fin, olfateando el combate, habían venido de prisa, bajando con la tormenta en el momento crítico. Fueron ellas quienes desalojaron de las laderas de la montaña a los trasgos que chillaban desconcertados, arrojándolos a los precipicios, o empujándolos hacia los enemigos de abajo. No pasó mucho tiempo antes de que hubiesen liberado la Montaña Solitaria, y los elfos y hombres de ambos lados del valle pudieron por fin bajar a ayudar en el combate.

Pero aun incluyendo a las Águilas, los trasgos los superaban en número. En aquella última hora el propio Beorn había aparecido; nadie sabía cómo o de dónde. Había llegado solo, en forma de oso; y con la cólera parecía ahora más grande de talla, casi un gigante.

El rugir de la voz de Beorn era como tambores y cañones; y se abría paso echando a los lados lobos y trasgos como si fueran pajas y plumas. Cayó sobre la retaguardia, y como un trueno irrumpió en el círculo. Los enanos se mantenían firmes en una colina baja y redonda. Entonces Beorn se agachó y recogió a Thorin, que había caído atravesado por las lanzas, y lo llevó fuera del combate.

Retornó en seguida, con una cólera redoblada, de modo que nada podía contenerlo y ningún arma parecía hacerle mella. Dispersó a la guardia, arrojó al propio Bolgo al suelo, y lo aplastó. Entonces el desAliento cundió

entre los trasgos, que se dispersaron en todas direcciones. Pero esta nueva esperanza alentó a los otros, que los persiguieron de cerca, y evitaron que la mayoría buscara cómo escapar. Empujaron a muchos hacia el Río Rápido, y así huyesen al sur o al oeste, fueron acosados en los pantanos próximos al Río del Bosque; y allí pereció la mayor parte de los últimos fugitivos, y quienes se acercaron a los dominios de los Elfos del Bosque fueron ultimados, o atraídos para que murieran en la oscuridad impenetrable del Bosque Negro. Las canciones relatan que en aquel día perecieron tres cuartas partes de los trasgos guerreros del Norte, y las montañas tuvieron paz durante muchos años.

La victoria era segura ya antes de la caída de la noche, pero la persecución continuaba aún cuando Bilbo regresó al campamento; y en el valle no quedaban muchos, excepto los heridos más graves.

-¿Dónde están las Águilas? -preguntó Bilbo a Gandalf aquel anochecer, mientras yacía abrigado con muchas mantas.

-Algunas están de cacería -dijo el mago-, pero la mayoría ha partido de vuelta a los aguileros. No quisieron quedarse aquí, y se fueron con las primeras luces del alba. Dain ha coronado al jefe con oro, y le ha jurado amistad para siempre.

-Lo lamento. Quiero decir, me hubiera gustado verlas otra vez -dijo Bilbo adormilado-, quizá las vea en el camino a casa. ¿Supongo que iré pronto?

-Tan pronto como quieras -dijo el mago.

En verdad pasaron algunos días antes de que Bilbo partiera realmente. Enterraron a Thorin muy hondo bajo la Montaña, y Bardo le puso la Piedra del Arca sobre el pecho.

-¡Que yazga aquí hasta que la Montaña se desmo-

roñe! -dijo-. ¡Que traiga fortuna a todos los enanos que en adelante vivan aquí!

Sobre la tumba de Thorin, el Rey Elfo puso luego a Orcrist, la espada élfica que le habían arrebatado al enano cuando lo apresaron. Se dice en las canciones que brilla en la oscuridad, cada vez que se aproxima un enemigo, y la fortaleza de los enanos no puede ser tomada por sorpresa. Allí Dain hijo de Nain vivió desde entonces, y se convirtió en Rey bajo la Montaña; y con el tiempo muchos otros enanos vinieron a reunirse alrededor del trono, en los antiguos salones. De los doce compañeros de Thorin, quedaban diez. Fili y Kili habían caído defendiéndolo con el cuerpo y los escudos, pues era el hermano mayor de la madre de ellos. Los otros permanecieron con Dain, que administró el tesoro con justicia.

No hubo, desde luego, ninguna discusión sobre la división del tesoro en tantas partes como había sido planeado, para Balin y Dwalin, y Dori y Nori y Ori, y Oin y Gloin, y Bifur y Bofur y Bombur, o para Bilbo. Con todo, una catorceava parte de toda la plata y oro, labrada y sin labrar, se entregó a Bardo pues Dain comentó: -Haremos honor al acuerdo del muerto, y él custodia ahora la Piedra del Arca.

Aun una catorceava parte era una riqueza excesiva, más grande que la de muchos reyes mortales. De aquel tesoro, Bardo envió gran cantidad de oro al gobernador de la Ciudad del Lago; y recompensó con largueza a seguidores y amigos. Al Rey de los Elfos le dio las esmeraldas de Gírlion, las joyas que él más amaba, y que Dain le había devuelto.

A Bilbo le dijo: -Este tesoro es tanto tuyo como mío, aunque antiguos acuerdos no puedan mantenerse, ya que tantos intervinieron en ganarlo y en defenderlo. Pero aun cuando dijiste que renunciarías a toda pretensión, desearía



que las palabras de Thorin, de las cuales se arrepintió, no resultasen ciertas: que te daríamos poco. Te recompensaré más que a nadie.

-Muy bondadoso de tu parte -dijo Bilbo-, Pero realmente es un alivio para mí. Cómo demonios podría llevar ese tesoro a casa sin que hubiera peleas y crímenes todo a lo largo del camino, no lo sé. Y no sé qué haría con ese tesoro una vez en casa. En tus manos estará mejor.

Por último accedió a tomar sólo dos pequeños cofres, uno lleno de plata y el otro lleno de oro, que un poney fuerte podría cargar. -Un poco más y no sabría qué hacer con él -dijo.

Por fin llegó el momento de despedirse. -¡Adiós, Balin! -exclamó-. ¡Y adiós, Dwalin; y adiós, Dori, Nori, Ori, Oin, Gloin, Bifur, Bofur y Bombur! ¡Que vuestras barbas nunca crezcan ralas! -Y volviéndose hacia la Montaña añadió:- ¡Adiós, Thorin Escudo de Roble! ¡Y Fili y Kili! ¡Que nunca se pierda vuestra memoria!

Entonces los enanos se inclinaron profundamente ante la Puerta, pero las palabras se les trabaron en las gargantas. -¡Adiós y buena suerte, dondequiera que vayas! -dijo Balin al fin-. Si alguna vez vuelves a visitar-nos, cuando nuestros salones estén de nuevo embellecidos, entonces ¡el festín será realmente espléndido!

-¡Si alguna vez pasáis por mi camino -dijo Bilbo-, no dudéis en llamar! El té es a las cuatro; ¡pero cualquiera de vosotros será bienvenido, a cualquier hora!

Luego dio media vuelta y se alejó.

La hueste élfica estaba en marcha; y aunque tristemente disminuida, todavía muchos iban alegres, pues ahora el mundo septentrional sería más feliz durante largos años. El dragón estaba muerto y los trasgos derrotados, y los



¿Gandalf montado en un poney? ¡No! Es la bruja Madre Meldrum, de *The Marvellous Land of Snergs*. Se la ve aquí con el disfraz que usó para raptar a Joe y Sylvia, que están en los canastos.

corazones élficos miraban adelante, más allá del invierno hacia una primavera de alegría.

Gandalf y Bilbo cabalgaban detrás del rey, y junto a ellos marchaba Beorn a grandes pasos, una vez más en forma humana, y reía y cantaba con una voz recia por el camino. Así fueron hasta aproximarse a los lindes del Bosque Negro, al norte del lugar donde nacía el Río del Bosque. Hicieron alto entonces, pues el mago y Bilbo no penetrarían en el bosque, aun cuando el rey les ofreció que se quedaran un tiempo. Se proponían marchar a lo largo del borde de la floresta, y circundar el extremo norte, internándose en el yermo que se extendía entre él y las Montañas Grises. Era un largo y triste camino, pero ahora que los trasgos habían sido aplastados, les parecía más seguro que los espantosos senderos bajo los árboles. Además Beorn iría con ellos.

-¡Adiós, oh Rey Elfo! -dijo Gandalf-. ¡Que el bosque verde sea feliz mientras el mundo es todavía joven! ¡Y que sea feliz todo tu pueblo!

-¡Adiós, oh Gandalf! -dijo el rey-. ¡Que siempre aparezcas donde más te necesiten y menos te esperen! ¡Cuan-
tas más veces vengas a mis salones, tanto más me sentiré complacido!

-¡Te ruego -dijo Bilbo tartamudeando, y apoyándose en un pie- que aceptes este presente! -y sacó un collar de plata y perlas que Dain le había dado al partir.

-¿Cómo me he ganado este presente, oh hobbit? -dijo el rey.

-Bueno..., este..., pensé -dijo Bilbo bastante confuso- que... algo tendría que dar por tu..., este..., hospitalidad. Quiero decir que también un saqueador tiene sentimientos. He bebido mucho de tu vino y he comido mucho de tu pan.

-¡Aceptaré tu presente, oh Bilbo el Magnífico! -dijo el

rey gravemente-. Y te nombro amigo del elfo y bienaventurado. ¡Que tu sombra nunca disminuya (o robarte sería demasiado fácil)! ¡Adiós!

Luego los elfos se volvieron hacia el Bosque, y Bilbo emprendió la larga marcha hacia el hogar.

Pasó muchos infortunios y aventuras antes de estar de vuelta. El Yermo era todavía el Yermo, y había allí otras cosas en aquellos días, además de trasgos; pero iba bien guiado y custodiado -el mago estaba con él, y Beorn lo acompañó una buena parte del camino- y nunca volvió a encontrarse en un apuro grave. Con todo, hacia la mitad del invierno, Gandalf y Bilbo habían dejado atrás los lindes del Bosque, y volvieron a las puertas de la casa de Beorn; y allí se quedaron una temporada. El invierno pasó con días agradables y alegres; y hombres de todas partes vinieron a festejarlo invitados por Beorn. Los trasgos de las Montañas Nubladas eran pocos, y se escondían aterroizados en los agujeros más profundos que podían encontrar; y los wargos habían desaparecido de los bosques, de modo que los hombres iban de un lado a otro sin temor. Beorn llegó a convertirse en el jefe de aquellas regiones y gobernó una extensa tierra entre el bosque y las montañas, y se dice que durante muchas generaciones los varones que él engendraba podían transformarse en osos, y algunos se mostraron inflexibles y perversos, pero la mayor parte fue como Beorn, aunque de menos tamaño y fuerza. En esos días, los últimos trasgos fueron expulsados de las Montañas Nubladas y hubo una nueva paz en los límites del Yermo.

Era primavera, y una hermosa primavera con aires tempranos y un sol brillante, cuando Bilbo y Gandalf se despidieron al fin de Beorn; y aunque anhelaba volver al hogar, Bilbo partió con pena, pues las flores de los jardines

de Beorn eran en primavera no menos maravillosas que en pleno verano.

Al fin ascendieron por el largo camino y alcanzaron el paso donde los trasgos los habían capturado antes. Pero llegaron a aquel sitio elevado por la mañana, y mirando hacia atrás vieron un sol blanco que brillaba sobre la vastedad de la tierra. Allá atrás se extendía el Bosque Negro, azul en la distancia, y oscuramente verde en el límite más cercano, aun en los días primaverales. Allá, bien lejos, se alzaba la Montaña Solitaria, apenas visible. En el pico más alto todavía brillaba pálida la nieve.

-¡Así llega la nieve tras el fuego, y aun los dragones tienen su final! -dijo Bilbo, y volvió la espalda a su aventura. El lado Tuk estaba sintiéndose muy cansado, y el lado Bolsón se fortalecía día a día-. ¡Ahora sólo me falta estar sentado en mí propio sillón! -dijo.

Capítulo XIX

LA ÚLTIMA JORNADA

Era el primer día de mayo cuando los dos regresaron por fin al borde del valle de Rivendel, donde se alzaba la Última (o la Primera) Morada. De nuevo caía la tarde, los ponneys se estaban cansando, en especial el que transportaba los bultos, y todos necesitaban algún reposo. Mientras descendían el empinado sendero, Bilbo oyó a los elfos que cantaban todavía entre los árboles, como si no hubiesen callado desde que él estuviera allí hacía tiempo, y tan pronto como los jinetes bajaron a los claros inferiores del bosque, las voces entonaron una canción muy parecida a la de aquel entonces. Era algo así:

*¡El dragón se ha marchitado,
le han destrozado los huesos,
y le han roto la armadura,
y el brillo le han humillado!
Aunque la espada se oxide,
y la corona perezca,
con una fuerza inflexible
y bienes atesorados,
aún crecen aquí las hierbas,
aún el follaje se mece,
el agua blanca se mueve,
y cantan las voces élficas.
¡Venid! ¡Tra-la-la-lalle!
¡Venid de vuelta al valle!*

1 La casa de Elrond, por estar cerca de las Tierras Salvajes, podía llamarse la Última o la Primera Morada, según desde donde fuera que uno se le acercase.

*Las estrellas brillan más
que las gemas incontables,
y la luna es aún más clara,
que los tesoros de plata,
el fuego es más reluciente
en el hogar a la noche,
que el oro hundido en las minas.
¿Por qué ir de un lado a otro?
¡Oh! ¡Tra-la-la-lalle!
¿Venid de vuelta al valle!*

*¿Adonde marcháis ahora
regresando ya tan tarde?
¡Las aguas del río fluyen,
y arden todas las estrellas!
¿Adonde marcháis cargados,
tan tristes y temerosos?
Los elfos y sus doncellas
saludan a los cansados
con un tra-la-la-la-lle,
venid de vuelta al valle.
¡Tra-la-la-lalle!
¡Fa-la-la-lalle!
¡Fa-la!*

Luego los elfos del valle salieron y les dieron la bienvenida, conduciéndolos a través del agua hasta la casa de Elrond. Allí los recibieron con afecto, y esa misma tarde hubo muchos oídos ansiosos que querían escuchar el relato de la aventura. Gandalf fue quien habló, ya que Bilbo se sentía fatigado y somnoliento. Bilbo conocía la mayor parte del relato, pues había participado en él, y además le había contado muchas cosas al mago en el camino, o en la casa de Beorn; pero algu-

nas veces abría un ojo y escuchaba, cuando Gandalf contaba una parte de la historia de la que él aún no estaba enterado.

Fue así como supo dónde había estado Gandalf; pues alcanzó a oír las palabras del mago a Elrond. Parecía que Gandalf había asistido a un gran concilio de los magos blancos, señores del saber tradicional y la magia buena; y que habían expulsado al fin al Nigromante de su oscuro dominio al sur del Bosque Negro.

-Dentro de no mucho tiempo -decía Gandalf-, el Bosque medrará de algún modo. El Norte estará a salvo de ese horror por muchos años, espero. ¡Aun así, desearía que ya no estuviese en este mundo! [1]

-Sería bueno, en verdad -dijo Elrond-, pero temo que eso no ocurrirá en esta época del mundo, ni en muchas que vendrán después.

Cuando el relato de los viajes concluyó, hubo otros cuentos, y todavía más, cuentos de antaño, de hogaño y de ningún tiempo, hasta que Bilbo cabeceó y roncó cómodamente en un rincón.

Despertó en un lecho blanco, y la luna entraba por una ventana abierta. Debajo muchos elfos cantaban en voz alta y clara a orillas del arroyo.

*¡Cantad regocijados, cantad ahora juntos!
El viento está en las copas, y ronda en el brezal,
los capullos de estrellas y la luna florecen,
las ventanas nocturnas refulgen en la torre.*

*¡Bailad regocijados, bailad ahora juntos!
¡Que la hierba sea blanda, y los pies como plumas!
El río es plateado, y las sombras se borran,
feliz el mes de mayo, y feliz nuestro encuentro.*

*¡Cantemos dulcemente, envolviéndolo en sueños!
¡Dejemos que repose y vamonos afuera!
El vagabundo duerme; que la almohada sea blanda.
¡Arrullos! ¡Más arrullos! ¡De alisos y de sauces!*

*¡Pino, tú no suspires, hasta el viento del alba!
¡Luna, escóndete! Que haya sombra en la tierra.
¡Silencio! ¡Silencio! ¡Roble, Fresno y Espino!
¡Que el agua calle hasta que apunte la mañana!*

-¡Bien, Pueblo Festivo! -exclamó Bilbo asomándose a la ventana-. ¿Qué hora es según la luna? ¡Vuestra nana podría despertar a un trasgo borracho! No obstante, os doy las gracias.

-Y tus ronquidos podrían despertar a un dragón de piedra. No obstante, te damos las gracias -contestaron los elfos con una risa-. Está apuntando el alba, y has dormido desde el principio de la noche. Mañana, tal vez, habrás remediado tu cansancio.

-Un sueño breve es un gran remedio en la casa de Elrond -dijo Bilbo-, pero trataré de que el remedio no me falte. ¡Buenas noches por segunda vez, hermosos amigos! -Y con estas palabras volvió al lecho y durmió hasta bien entrada la mañana.

Pronto perdió toda huella de cansancio en aquella casa, y no tardó en bromear y bailar, tarde y temprano, con los elfos del valle. Sin embargo, aun este sitio no podía demorarlo por mucho tiempo más, y pensaba siempre en su propia casa. Al cabo pues de una semana, le dijo adiós a Elrond, y dándole unos pequeños regalos que el elfo no podía dejar de aceptar, se alejó cabalgando con Gandalf.

Dejaban el valle, cuando el cielo se oscureció al oeste y sopló el viento y empezó a llover.

-¡Alegres días de mayo! -dijo Bilbo cuando la lluvia le golpeó la cara-. Pero hemos vuelto la espalda a muchas leyendas y estamos llegando a casa. Supongo que esto es el primer sabor del hogar.

-Hay un largo camino -dijo Gandalf.

-Pero es el último camino -dijo Bilbo.

Llegaron al río que señalaba el límite mismo del Yermo, y al vado bajo la orilla escarpada que quizá recordéis. El agua había crecido con el deshielo de las nieves (pues el verano estaba próximo) y con el largo día de lluvia; pero al fin lo cruzaron luego de algunas dificultades y continuaron marchando mientras caía la tarde; era la última jornada.

Esta fue parecida a la primera, pero ahora la compañía era más reducida, y más silenciosa; además esta vez no hubo trolls. En cada punto del camino Bilbo rememoraba los hechos y palabras de hacía un año -a él le parecían más de diez- y por supuesto, reconoció en seguida el lugar donde el poney había caído al río, y donde habían dejado atrás aquella desagradable aventura con Tom, Berto y Guille.

No lejos del camino encontraron el oro enterrado de los trolls, aún oculto e intacto. -Tengo bastante para toda la vida -dijo Bilbo cuando lo desenterraron-. Sería mejor que lo tomaras tú, Gandalf. Quizá puedas encontrarle alguna utilidad.

-¡Desde luego que puedo! -dijo el mago-. ¡Pero divídámoslo en partes iguales! Puedes encontrarte con necesidades inesperadas.

De modo que pusieron el oro en costales y lo cargaron en los poneys, quienes no se mostraron muy complacidos. Desde entonces la marcha fue más lenta, pues la mayor parte del tiempo avanzaron a pie. Pero la tierra era verde y había mucha hierba por la que el hobbit paseaba

- 2 En el primer capítulo de *El Señor de los Anillos* hay otra estrofa de la misma naturaleza. Mientras que estas dos nos hablan de la nostalgia del hogar, la otra expresa más la inquietud del comienzo de una nueva jornada:

El Camino sigue y sigue
desde la puerta.

El Camino ha ido muy lejos,
y sí es posible he de seguirlo
recorriéndolo con pie decidido
hasta llegar a un camino más ancho
donde se encuentran senderos y cursos.
¿Y de ahí adonde iré? No podría decirlo.

En 1968 Tolkien reflexionó: «Mi "poesía" nunca fue demasiado elogiada ... Quizá en amplia medida porque de acuerdo con la atmósfera de nuestro tiempo ... la "poesía" sólo ha de reflejar las agonías personales del alma o la mente» (*Cartas*, n.º 306).

- 3 Tolkien resumió el tema central de *El hobbit* en una carta escrita en 1951:

Es en realidad el estudio de un hombre del todo corriente que no es artista, ni noble, ni heroico (aunque en él lleva las dormidas semillas de esas cualidades) en un marco grandioso; y de hecho (como lo observó un crítico) el tono y el estilo cambian con el desarrollo del hobbit, pasando del cuento de hadas a la nobleza y la elevación, para recaer otra vez luego del regreso. (*Cartas*, n.º 131).

contento. Se enjugaba el rostro con un pañuelo de seda roja -¡no!, no había conservado uno solo de los suyos, y éste se lo había prestado Elrond-, pues ahora junio había traído el verano, y el tiempo era otra vez cálido y luminoso.

Como todas las cosas llegan a término, aun esta historia, un día divisaron al fin el país donde Bilbo había nacido y crecido, donde conocía las formas de la tierra y los árboles tanto como sus propias manos y pies. Alcanzó a otear la Colina a lo lejos, y de repente se detuvo y dijo:

*Los caminos siguen avanzando,
sobre rocas y bajo árboles,
por cuevas donde el sol no brilla,
por arroyos que el mar no encuentran,
sobre las nieves que el invierno siembra,
y entre las flores alegres de junio,
sobre la hierba y sobre la piedra,
bajo los montes a la luz de la luna.
Los caminos siguen avanzando
bajo las nubes, y las estrellas,
pero los pies que han echado a andar
regresan por fin al hogar lejano.
Los ojos que fuegos y espadas han visto,
y horrores en salones de piedra,
miran al fin las praderas verdes,
colinas y árboles conocidos.*

2

- 3 Gandalf lo miró, -¡Mi querido Bilbo! -dijo-. ¡Algo te ocurre! No eres el hobbit que eras antes.

Y así cruzaron el puente y pasaron el molino junto al río, y llegaron a la mismísima puerta de Bilbo.

-¡Bendita sea! ¿Qué pasa? -gritó el hobbit. Había una gran conmoción, y gente de toda clase, respetable, y no

respetable, se apiñaba junto a la puerta, y muchos entraban y salían, y ni siquiera se limpiaban los pies en el felpudo, como Bilbo observó disgustado.

Si él estaba sorprendido, ellos lo estuvieron más. ¡Había llegado de vuelta en medio de una subasta! Había una gran nota en blanco y rojo en la verja, manifestando que el veintidós de junio los señores Gorgo, Gorgo y Borgo sacarían a subasta los efectos del finado señor don Bilbo Bolsón, de Bolsón Cerrado, Hobbiton. La venta comenzaría a las diez en punto. Era casi la hora del almuerzo, y muchas de las cosas ya habían sido vendidas, a distintos precios, desde casi nada hasta viejas canciones (como no es raro en las subastas). Los primos de Bilbo, los Sacovilla Bolsón, estaban en verdad muy atareados midiendo las habitaciones para ver si podrían meter allí sus propios muebles. En síntesis: Bilbo había sido declarado «presuntamente muerto», y no todos lamentaron descubrir que la presunción fuera falsa.

La vuelta del señor Bilbo Bolsón creó todo un disturbio, tanto bajo la Colina como sobre la Colina, y al otro lado de Delagua; el asombro duró mucho más de nueve días. El problema se prolongó en verdad durante años. Pasó mucho tiempo antes de que el señor Bolsón fuese admitido otra vez en el mundo de los vivos. La gente que había conseguido unas buenas gangas en la subasta, fue dura de convencer; y al final, para ahorrar tiempo, Bilbo tuvo que comprar de nuevo muchos de sus propios muebles. Algunas cucharas de plata desaparecieron de modo misterioso, y nunca se supo de ellas, aunque Bilbo sospechaba de los Sacovilla Bolsón. Por su parte ellos nunca admitieron que el Bolsón que estaba de vuelta fuera el genuino, y las relaciones con Bilbo se estropearon para siempre. En realidad, habían pensado mucho tiempo en mudarse a aquel agradable agujero-hobbit.

4 Tolkien dijo que el nombre Grubb [Gorgo] «tendría que recordar el verbo inglés *grub*, "cavar, desbrozar"». Este nombre y Burrowes [Borgo, madriguera] parecerían, pues, nombres perfectos para hobbits que viven en cuevas; aunque uno adivina la sonrisa irónica de Tolkien, que los emplea como nombres de abogados.

5 Tolkien comentó una vez el nombre Sackville-Baggins:

5 *Sackville* [Sacovilla] es un apellido inglés (de asociación más aristocrática que *Baggins* [Bolsón]). En la historia se lo relaciona con *Baggins* a causa del significado similar en inglés: *sack* (saco) y *bag* (bolsa) y del efecto ligeramente cómico de esta asociación.

6 En algún momento de principios de la década de 1950, después de terminar *El Señor de los Anillos*, Tolkien escribió la versión que da el propio Gandalf de cómo llegó a organizar «La Búsqueda de Erebor». (Erebor es el nombre élfico de las Montañas Solitarias.) En un principio sería parte de un apéndice de *El Señor de los Anillos*; es un fascinante ejemplo de justificación retrospectiva. Se publicó por primera vez en los *Cuentos inconclusos* (1980).

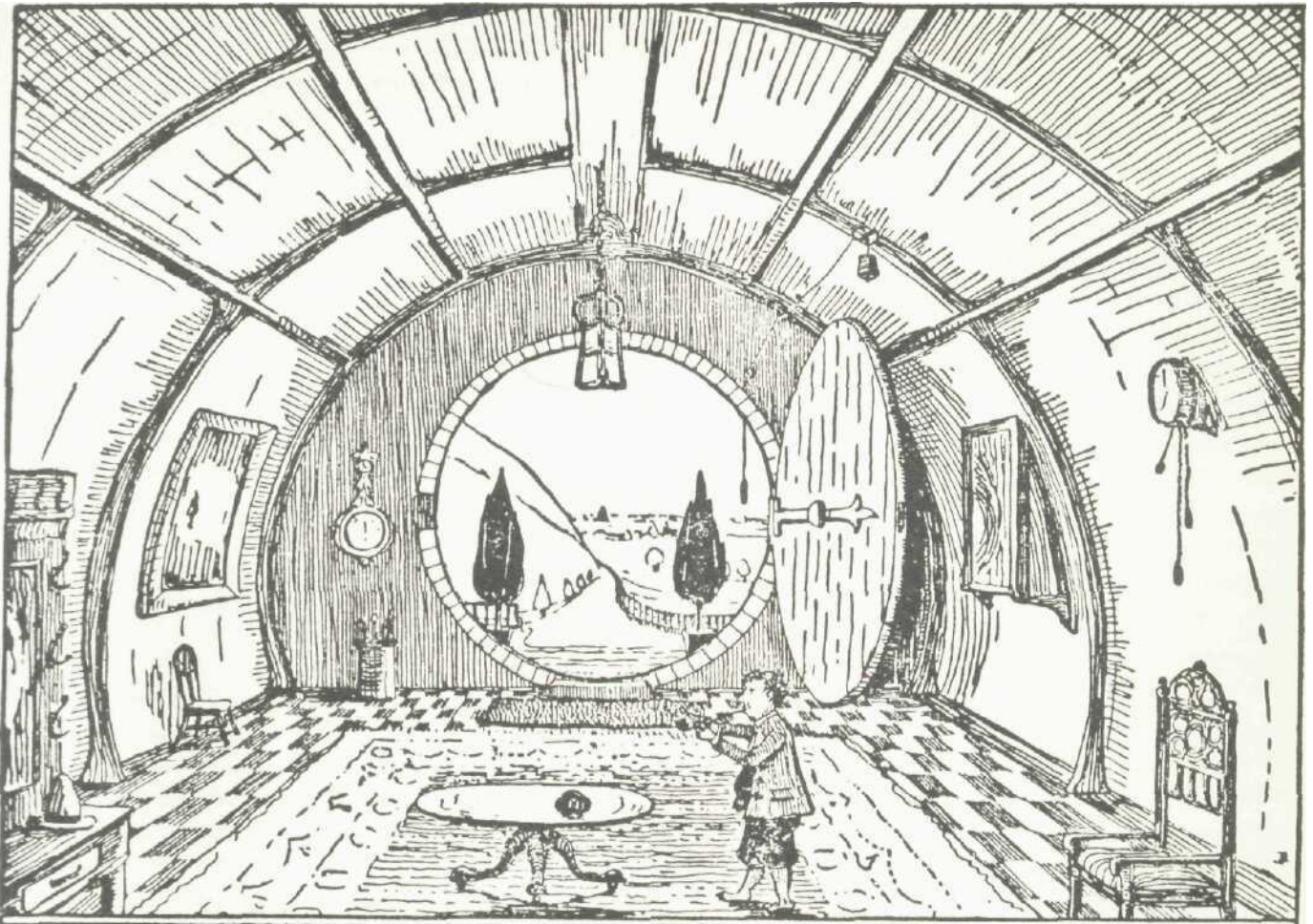
Sin embargo, Bilbo había perdido más que cucharas; había perdido su reputación. Es cierto que tuvo desde entonces la amistad de los elfos y el respeto de los enanos, magos y todas esas gentes que alguna vez pasaban por aquel camino. Pero ya nunca fue del todo respetable. En realidad todos los hobbits próximos lo consideraron «raro», excepto los sobrinos y sobrinas de la rama Tuk; aunque los padres de estos jóvenes no los animaban a cultivar la amistad de Bilbo.

[2] Lamento decir que no le importaba. Se sentía muy contento; y el sonido de la marmita sobre el hogar era mucho más musical de lo que había sido antes, incluso en aquellos días tranquilos anteriores a la Tertulia Inesperada. La espada la colgó sobre la repisa de la chimenea. La cota de malla fue colocada sobre una plataforma en el vestíbulo (hasta que la prestó a un museo). El oro y la plata los gastó en generosos presentes, tanto útiles como extravagantes, lo que explica hasta cierto punto el afecto de los sobrinos y sobrinas. El anillo mágico lo guardó muy en secreto, pues ahora lo usaba sobre todo cuando llegaban visitas desagradables.

Se dedicó a escribir poemas y a visitar a los elfos; y aunque muchos meneaban la cabeza y se tocaban la frente, y decían: «¡Pobre viejo Bolsón!», y pocos creían en las historias que a veces contaba, se sintió muy feliz hasta el fin de sus días, que fueron extraordinariamente largos.

Una tarde otoñal, algunos años después, Bilbo estaba sentado en el estudio escribiendo sus memorias -pensaba llamarlas *Historia de una ida y de una vuelta. Las vacaciones de un hobbit*- cuando sonó la campanilla. Allí en la puerta estaban Gandalf y un enano; y el enano no era otro que Balin.

-¡Entrad! ¡Entrad! -dijo Bilbo, y pronto estuvieron



The Hall at Bag-End, Residence of
B. Baggins Esquire

sentados en sillas junto al fuego. Y si Balin advirtió que el chaleco del señor Bolsón era más ancho (y tenía botones de oro auténtico), Bilbo advirtió también que la barba de Balin era varias pulgadas más larga, y que él llevaba un magnífico cinturón enjoyado.

Se pusieron a hablar de los tiempos que habían pasado juntos, desde luego, y Bilbo preguntó cómo iban las cosas por las tierras de la Montaña. Parecía que iban muy bien. Bardo había reconstruido la ciudad de Valle, y muchos hombres se le habían unido, hombres del Lago, y del Sur y el Oeste, y cultivaban el valle, que era próspero otra vez, y en la desolación de Smaug había pájaros y flores en primavera, y fruta y festejos en otoño. Y la Ciudad del Lago había sido fundada de nuevo, y era más opulenta que nunca, y muchas riquezas subían y bajaban por el Río Rápido; y había amistad en aquellas regiones entre elfos y enanos y hombres.

El viejo gobernador había tenido un mal fin. Bardo le había dado mucho oro para que ayudara a la gente del Lago, pero era un hombre propenso a contagiarse de ciertas enfermedades, y había sido atacado por el mal del dragón, y apoderándose de la mayor parte del oro, había huido con él, y murió de hambre en el Yermo, abandonado por sus compañeros.

-El nuevo gobernador es más sabio -dijo Balin-, y muy popular, pues a él se atribuye mucha de la prosperidad presente. Las nuevas canciones dicen que en estos días los ríos corren con oro.

-¡Entonces las profecías de las viejas canciones se han cumplido de alguna manera! -dijo Bilbo.

-¡Claro! -dijo Gandalf-. ¿Y por qué no tendrían que cumplirse? ¿No dejarás de creer en las profecías sólo porque ayudaste a que se cumplieran? No supondrás, ¿verdad?, que todas tus aventuras y escapadas fueron producto

de la mera suerte, para tu beneficio exclusivo. Te considero una gran persona, señor Bolsón, y te aprecio mucho; pero en última instancia, ¡eres sólo un simple individuo en un mundo enorme!

-¡Gracias al cielo! -dijo Bilbo riendo, y le pasó el pote de tabaco.

APÉNDICE A:

Notas sobre las sucesivas revisiones del texto

APÉNDICE B:

Sobre las runas y sus valores

BIBLIOGRAFÍA

MAPA DE LAS TIERRAS ÁSPERAS

Notas sobre las sucesivas revisiones del texto

En un artículo escrito en 1981 por Constance B. Heatt sobre las revisiones de *El hobbit* se dice que «muchos críticos se han equivocado sencillamente porque no han sido capaces de diferenciar las diversas revisiones». La observación sigue siendo válida; porque aparte del estudio de Bonniejean Christensen sobre las transformaciones del carácter de Gollum a lo largo de las sucesivas revisiones, y del artículo de Constance Heatt, que comprende la mayoría de las revisiones del libro, poca atención se ha concedido a la cuestión. Y aun estos dos bienintencionados y excelentes exámenes olvidan algunos pasos en la sucesión de las ediciones. Espero que el presente estudio llenará en parte este hueco, haciendo más accesible a los lectores interesados esta vital información.

EL HOBBIT se publicó por primera vez en Inglaterra el 21 de septiembre de 1937 y en América el 1 de marzo de 1938. Se reimprimió en Inglaterra en 1937 y de nuevo en 1942 y 1946. Instado por su editor a escribir una continuación, Tolkien empezó en diciembre de 1937 a escribir *El Señor de los Anillos*. El trabajo de redacción le insumiría más de catorce años.

En 1947, consciente de que algunos elementos de la continuación no eran coherentes con el libro original, Tolkien envió a su editor por *diversión* «una muestra de la reescritura del capítulo V de esa obra, que simplificaría, aunque no necesariamente mejoraría, mi presente tarea» (*Cartas*, n.º 111). La muestra de reescritura, una copia mecanografiada titulada «Correcciones necesarias en *El hobbit* para que la historia sea coherente con *El Señor de los Anillos*», fue transmitida inmediatamente al departamento de producción. Tolkien quedó muy sorprendido al recibir casi tres años después las galeradas que incorporaban esas correcciones para la nueva edición de *El hobbit*. Vaciló un tanto sobre si debía aceptar o no los cambios que él mismo había propuesto, y luego había abandonado, pero por fin los aceptó. La «segunda edición (quinta reimpresión)» se publicó en Inglaterra en 1951. En este tiempo también se publicó una edición en América, hecha a partir de pliegos impresos por el editor británico.

La continuación largamente esperada de *El hobbit*, *El Señor de los Anillos*, fue finalmente publicada en tres volúmenes, primero en Inglaterra en 1954-1955, y posteriormente en América en 1954-1956. En 1965, por causa de lo que en aquel momento parecieron problemas de propiedad intelectual planteados en América, donde se había pu-

blicado una edición no autorizada de *El Señor de los Anillos*, se le pidió a Tolkien que revisara el libro para que la edición autorizada pudiera competir felizmente en el mercado. En lugar de trabajar en *El Señor de los Anillos*, cuya revisión era urgente, Tolkien volvió a *El hobbit*, en el que hizo aún más cambios.

Estas revisiones fueron enviadas a América y se publicaron por primera vez en febrero de 1966 en la edición en rústica de Ballantine Books (que había publicado el texto anterior en rústica en 1965). Al recomponer el texto para esta edición se deslizaron muchos errores y erratas que aún siguen allí hasta el día de hoy.

Tolkien hizo una serie de modificaciones para la «tercera edición» inglesa de 1966, que fue publicada en rústica por Unwin Books y en una edición especial en tapa dura para escolares de Longmans, Green and Company. Para la edición en rústica de Unwin Books, cuyos pliegos se utilizaron para la edición en tapa dura, el texto se recompuso; aunque incorporando las modificaciones con más exactitud que la edición en rústica americana, no obstante contiene nuevas erratas de imprenta. La aparición de la edición americana en tapa dura que incorpora el texto nuevamente revisado ocurrió o bien en la vigésima cuarta impresión (1967), de la que aún no he visto ningún ejemplar, o bien en la vigésima quinta (1968), de la que sí tengo uno. Para ésta se recompuso el texto, sumándosele así nuevas erratas de imprenta.

En los veinte años que siguieron, *ELHOBBIT* se ha publicado en varias otras ediciones, con más frecuencia en Inglaterra que en América. Cada una de las ediciones compuestas de nuevo tiene erratas que le son propias: saltos o agregados de palabras, o palabras incorrectamente leídas por el nuevo linotipista. Al preparar esta edición anotada de *El hobbit*, he intentado corregir esos errores, y dispongo de un texto que, con tanta perfección como cabe, representa la forma definitiva intentada por Tolkien.

La lista de revisiones que se ofrece abajo, intenta dar cuenta de todas las llevadas a cabo desde la primera edición (1937) a lo largo de las tres composiciones de la tercera edición (1966, 1966 y 1967-1968), tal como se ha dicho arriba. Pero no detalla las erratas o los errores de las varias ediciones, salvo en los casos en que haya habido un cambio de texto intencional. Empiezo cada una de las notas con el texto original de 1937 y doy los detalles del cam-

bio sólo hasta la fecha en que se alcanzó el texto definitivo. A partir de ahí, si ha habido algún cambio en 1951 y el texto permaneció inalterado desde entonces, no repito el texto. En todas estas notas, el símbolo > significa «cambió».

Al compilar esta lista, para el texto de 1937 utilicé la edición americana de 1938, que reprodujo fotográficamente la primera edición inglesa de 1937 y por tanto contiene el mismo texto y las mismas erratas. Para el texto de 1951, utilicé una impresión posterior de la edición americana, pero pude confirmar todas las diversas lecturas de la «segunda edición (quinta impresión)» americana de 1951, hecha a partir de pliegos ingleses, por un amable préstamo del ejemplar de los Houghton Mifflin Archives. Para lo que he llamado el texto 1966-A, he utilizado la «primera impresión» hecha por Ballantine Books en febrero de 1966. Para el texto 1966-B, utilicé una «vigésima quinta» impresión de la edición americana encuadrada (Houghton Mifflin). Glen H. GoodKnight amablemente me prestó su ejemplar de la edición de 1966 de Longmans Green, idéntica a la de Unwin Books de 1966, y pude así corroborar lo que se dice en esa edición. La «cuarta edición» de 1978, a la que a veces hay referencias, fue publicada por Allen & Unwin; una edición americana idéntica a ésta se publicó en 1985 (cuadragésima impresión). El texto de la «cuarta edición» no es muy veraz a causa de más de unas cuantas docenas de errores, que se deslizaron durante la nueva composición.

NOTA DE INTRODUCCIÓN

1. El texto original (1937) no incluía nota alguna, ni tampoco fue necesario hasta que se hicieron los cambios (particularmente en el capítulo V) que dieron lugar a la segunda edición (1951). En esa oportunidad se agregó la siguiente nota:

En esta reimpresión se corrigieron varias inexactitudes de poca importancia, la mayoría de las cuales fueron advertidas por los lectores. Por ejemplo, el texto de las páginas 30 y 64 corresponden ahora exactamente con las runas del Mapa de Thrór. De mayor importancia es la cuestión del capítulo V. Allí la verdadera historia del final del torneo de los acertijos, tal como fue finalmente revelada por Bilbo (bajo presión) a Gandalf, se cuenta de acuerdo con lo que se lee en el Libro Rojo, en lugar de la versión que primero contó Bilbo a sus amigos, y que registró en su diario. Que el más honesto de los hobbits se apartara de la verdad era un dato de gran significación. No concierne, sin embargo, a la presente historia, y los que en esta edición tienen el primer contacto con el folklore de los hobbits, no

tienen por qué preocuparse. La explicación se da en la historia del Anillo, tal como queda registrada en las crónicas del Libro Rojo de Westmarch, y es preciso esperar a que se publique.

Es posible añadir una nota sobre un punto planteado por varios estudiosos de las crónicas de esa época. En el Mapa de Thrór aparece escrito *Aquí antaño fue Thrain Rey bajo la Montaña*; sin embargo, Thrain era el hijo de Thrór, el último Rey bajo la Montaña antes de la llegada del dragón. El Mapa, sin embargo, no está equivocado. Los nombres a menudo se repiten en una misma dinastía, y las genealogías muestran que se refería a un antepasado distante de Thrór, Thrain I, un fugitivo de Mona, que descubrió la Montaña Solitaria, Erebor, y gobernó allí por algún tiempo, antes de que su pueblo se trasladara a las montañas más remotas del Norte.

1966-A incluye una repetición de esta nota con la alteración de la oración final del primer párrafo: «quedó registrado en las crónicas del Libro Rojo de Westmarch y se cuenta ahora en *El Señor de los Anillos*»; y con la alteración del número de las páginas indicado en la segunda oración. 1966-B contiene una nota enteramente diferente, y como sigue palabra por palabra la que se imprime al principio de este libro, no la repito aquí.

CAPÍTULO I: UNA TERTULIA INESPERADA

1. 1937: «Son (o fueron) gente pequeña, más pequeña que los enanos (y no tienen barba), pero mucho más grande que los liliputienses.» > 1966-A: «Son (o fueron) gente menuda de la mitad de nuestra talla, y más pequeños que los enanos barbados. Los hobbits no tienen barba.»
2. 1937: «Siempre se dijo que mucho tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había relacionado matrimonialmente con una familia de hadas (los menos amables decían que se trataba de una familia de trasgos); por cierto, algo había ...» > 1966-A: «Se decía a menudo (en otras familias) que tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había casado sin duda con un hada. Eso era, desde luego, absurdo, pero por cierto ...»
3. 1937: «... un viejo hombrecillo con un alto sombrero puntiagudo de color azul ...» > 1966-A: «... un anciano con un bastón. Tenía un sombrero azul, alto y puntiagudo ...»
4. 1937: «¿... locas aventuras, desde trepar árboles hasta embarcarse como polizones en naves que navegan hacia el Otro Lado?» > 1966-B: «¿... locas aventuras? Cualquier cosa desde trepar árboles a visitar elfos... o

- zarpar en barcos, ¡y navegar hacia otras costas!» (Lo que dice en *1966-A* concuerda con lo de *1966-B*, pero equivocadamente tiene un punto en lugar de un signo de interrogación después de *aventuras*.)
5. 1937: «¡... habéis venido! -Esto era lo esto ...» > *1966-A*: «¡... habéis venido! Esto era lo que ...» (una errata que no fue corregida hasta 1966).
 6. 1937: «¡... pollo frío y tomates!» > *1966-A*: «¡... pollo frío y encurtidos!»
 7. 1937: «Tenía ya toda una nube alrededor, y ello le daba un aspecto fantasmagórico» > *1966-B*: «Tenía ya una nube alrededor, y a la luz indistinta parecía una figura extraña y fantasmagórica». (*1966-A* retiene las palabras «toda una nube», pero en el texto es igual a *1966-B*.)
 8. 1937: «Excitable el hombrecillo» > 1951: «Excitable el compañerito»
 9. 1937: «... esto lo hizo tu abuelo, Thorin» > *1966-A*: «... esto lo hizo Thrór, tu abuelo, Thorin»
 10. Esta oración fue cambiada en las diversas ediciones de *El hobbit* según dónde (y en qué colores) estuviera impreso el Mapa de Thrór. La edición original del año 1937 dice: «(Mirad el mapa al principio de este libro y allí veréis las runas en rojo.)». La edición de 1937 de Allen & Unwin utiliza el Mapa de Thrór como guarda delantera. No deja de resultar irónico que la edición de Houghton Mifflin de 1938 retenga la frase pero utilice el Mapa de Thrór como guarda trasera.
 11. 1937: «Cinco pies de alto tiene la entrada y tres pueden pasar por ella» > 1957: «Cinco pies de alto y tres pasan con holgura»
 12. 1937: «... haber devorado tantas doncellas del valle» > *1966-A*: «... haber devorado tantos enanos y hombres de Valle»
 13. 1937: «Hace ya mucho, en tiempos de mi abuelo, algunos enanos fueron expulsados del lejano Norte, y vinieron con todos sus bienes y herramientas a esta Montaña del mapa. Allí abrieron minas, excavaron túneles y construyeron galerías inmensas y grandes talleres...» > *1966-A*: «Hace ya mucho, en tiempos de mi abuelo Thrór, nuestra familia fue expulsada del lejano Norte y vino con todos sus bienes y herramientas a esta Montaña del mapa. La había descubierto mi lejano antepasado, Thráin el Viejo, pero entonces abrieron minas, excavaron túneles y construyeron galerías y talleres más grandes ...»
 14. 1937: «... Rey bajo la Montaña» > *1966-A*: «... de nuevo Rey bajo la Montaña»
 15. 1937: «... se llenaron de hermosas joyas, tallas y copas, y los talleres de juguetes de Valle fueron algo digno de verse» > *1966-B*: «... se llenaron de armaduras, joyas, grabados y copas, y el mercado de juguetes de Valle fue el asombro de todo el Norte»
 16. 1937: «Tu abuelo, quizá lo recuerdes, fue asesinado en las minas de Moria por un trasgo ...» > *1966-B*: «Quizá recuerdes que tu abuelo Thrór fue asesinado en las minas de Moria por Azog el Trasgo.»
 17. 1937: «Maldito sea el trasgo, sí» > *1966-A*: «Maldito sea su nombre, sí»
 18. 1937: «Y tu padre se marchó el tres de marzo» > 1957: «Y tu padre se marchó un veintiuno de abril» > *1966-A*: «Y Thráin, tu padre, se marchó un veintiuno de abril»
 19. 1937: «dijo el mago lentamente y con enfado» > *1966-A*: «dijo el mago lentamente y con aire lúgubre».
 20. 1937: «Ésa es una tarea más allá de los poderes ...» > *1966-A*: «Es un enemigo al que no alcanzan los poderes ...» > *1966-B*: «Es un enemigo a quien de ningún modo alcanzan los poderes ...»
 21. 1937: «... que tú leyeras el mapa ...» > 1966-v4: «... era que su hijo leyera el mapa ...»

CAPÍTULO II: CARNERO ASADO

1. 1937: «... y continuando así durante toda una milla o más» > *1966-A*: «... y luego durante toda una milla o más» > *1966-B*: «... y continuando durante una milla o más»
2. 1937: «No habían cabalgado todavía ...» > *1966-A*: «Aún no habían cabalgado ...»
3. 1937: «Las cosas siguieron así durante largo tiempo. Hubo un buen trecho de un extenso país respetable habitado por gente simpática, hombres, hobbits, elfos y qué sé yo qué más, con buenos caminos, una taberna o dos y, de vez en cuando, un enano, un hojalatero o un granjero que deambulaban ejerciendo su oficio. Pero al cabo de un tiempo, llegaron a un lugar en el que la gente hablaba de un modo extraño y cantaba canciones que Bilbo no había oído nunca.» > *1966-B*: «Cruzaron primero las tierras de los hobbits, un extenso país habitado por gente simpática, con buenos caminos, una posada o dos, y aquí y allá un enano o un granjero que trabajaba en paz. Llegaron luego a tierras donde la gente hablaba de un modo extraño y cantaba canciones que Bilbo no había oído nunca.» *1966-A* es igual a *1966-B*, pero la primera frase "extenso (*wide*) país respetable" dice "salvaje (*wild*) país respetable". En la edición de Houghton Mifflin se repite esta errata.
4. 1937: «Las posadas eran raras y malas, los caminos cada vez peores y había colinas a la distancia más y más altas. En algunas de las colinas se alzaban castillos, y muchos de ellos no parecían haber sido contruidos con buen propósito. También el tiempo, que con frecuencia había sido tan bueno como puede

- serlo en mayo, aun en los cuentos y las leyendas, empeoró.» > 1966-5: «Se internaron en las Tierras Solitarias, donde no había gente ni posadas y los caminos eran cada vez peores. No mucho más adelante se alzaron más y más unas colinas melancólicas, oscurecidas por árboles. En algunas había viejos castillos, torvos de aspecto, como si hubiesen sido construidos por gente maldita. Todo parecía lúgubre, pues el tiempo se había estropeado. Hasta entonces el día había sido tan bueno como pudiera esperarse en mayo, aun en las historias felices, pero ahora era frío y húmedo. En las Tierras Solitarias se habían visto obligados a acampar en un lugar desapacible, pero, al menos, seco.»
5. 1937: «Pensar que mañana es primero de junio» > 1966-A: «Pensar que pronto llegará junio»
 6. 1937: «... empezó a oscurecer. Se levantó viento ...» > 1966-5: «... cuando descendían hacia un valle profundo con un río en el fondo, empezó a oscurecer. Se levantó viento ...» (1966-A coincide con el texto de 1937).
 7. 1937: «No sé de qué río se trataba, era un río precipitado de aguas rojizas, crecido por las lluvias caídas durante los últimos días, que bajaba de las colmas y las montañas que tenían por delante.» > 1966-5: «Por fortuna el camino atravesaba un antiguo puente de piedra, pues el río crecido por las lluvias bajaba precipitado de las colinas y las montañas del norte.» (1966-A coincide con 1937.)
 8. 1937: «Pronto ya todo estuvo casi a oscuras. Los vientos desgarrón las nubes grises y apareció la luna menguante ...» > 1966-73: «Era casi de noche cuando lo cruzaron. El viento desgajó las nubes grises y una luna errante apareció ...» (1966-A coincide con 1937),
 9. 1937: «... acamparían allí mismo. Hasta ese momento no habían acampado antes durante ese viaje, y aunque sabían que pronto tendrían que hacerlo regularmente cuando estuvieran entre las Montañas Nubladas y lejos de las tierras de la gente respetable, ésa les pareció una mala noche, demasiado húmeda para empezar. Se acercaron a una arboleda ...» > 1966-5: «... acamparían allí mismo. Se acercaron a una arboleda ...» (1966-A coincide con 1937.)
 10. 1937: «Los vigilantes nunca llegan tan lejos, y los cartógrafos no han señalado este país todavía.» > 1966-A: «Rara vez algún viajero se aventura ahora por estos lados. Los mapas antiguos ya no sirven, las cosas han empeorado mucho. Los caminos no están custodiados ...»
 11. 1937: «... dijo Guille (os dije que había comido hasta hartarse; también había bebido un montón de cerveza).» > 1966-A: «... dijo Guille. Había comido ya hasta hartarse, y también había bebido mucha cerveza.»
 12. 1937: «... cuando lo dejaron caer ...» > 1966-A: «... cuando Berto lo dejó caer ...»
 13. 1937: «... apareció desde atrás de los matorrales, y ayudó a Bilbo a descender de un arbusto espinoso.» > 1966-A: «... aparecía desde atrás de un árbol y ayudaba a Bilbo a descender de un arbusto espinoso.» (Este pasaje pudo haber sido revisado para que coincidiera con el dibujo de Tolkien: «Los tres trolls son convertidos en piedra»; véase p. 53.)
 14. 1937: «... practicar raterías ...» > 1966-A: «... andar practicando el arte de birlar ...»

CAPÍTULO III: UN BREVE DESCANSO

1. 1937: «Una mañana vadearon el río ...» > 1966-A: «Una mañana vadearon un río ...»
2. 1937: «Aquello sonaba agradable y reconfortante, y aunque se podría creer que era fácil encontrar directamente la Última Morada ...» > 1966-A: «Aquello sonaba agradable y reconfortante pero no habían llegado aún, y no era tan fácil como parecía encontrar la Última Morada ...»
3. 1937: «El sol de la tarde descendió brillante» > 1966-A: «Pasó la mañana, llegó la tarde».
4. 1937: «Sólo parecía que habían avanzado muy poco siguiendo con cuidado al mago, cuya cabeza y barba se movían de aquí para allá mientras buscaba el camino, cuando el día empezó a declinar.» > 1966-5: «La cabeza y la barba de Gandalf se movían de aquí para allá cuando buscaba las piedras, y ellos lo seguían; pero cuando el día empezó a declinar no parecían haberse acercado mucho al término de la busca.»
5. 1937: «... las magulladuras el humor y las esperanzas.» > 1966-A: «... las magulladuras, el humor y las esperanzas.» El texto de Houghton Mifflin omite erróneamente la coma, como 1937.
6. 1937: «... espadas de los elfos que ahora son llamados gnomos» > 1966-A: «... espadas ...dé los Altos Elfos del Oeste, mis parientes»
7. 1937: «... en alguna cueva de las montañas del Norte. He oído que hay todavía tesoros olvidados por descubrir ...» > 1966-5: «... en alguna cueva de las montañas. He oído decir que hay quizá todavía tesoros olvidados de antaño ...»
8. 1937: «Estad cerca de la piedra gris donde llame el zorzal» > 1957: «Estad cerca de la piedra gris cuando llame el zorzal». (Tolkien le escribió a G. E. Selby el 14 de diciembre de 1937: «"donde" [where] en lugar de "cuando" [when] en p. 64 es sólo un error, y afortunadamente pude corregirlo».)
9. 1937: «Era el padre de los padres de una de las dos razas de enanos, los Barbiluengos, y el antepasado de mi abuelo» > 1966-A: «Era el padre de los padres de la

más antigua raza de Enanos, los Barbiluengos, y mi primer antepasado: yo soy su heredero»

10. 1937: «... como todos saben ...» > 1966-A: «Como todos sabéis sin ninguna duda ...»

CAPÍTULO IV: SOBRE LA COLINA Y BAJO LA COLINA

1. 1937: «... después del saqueo de las minas de Moria» > 1966-A: «... después de la batalla de las Minas de Moria»

CAPÍTULO V: ACERTIJOS EN LAS TINIEBLAS

1. 1937: «... vivía el viejo Gollum. No sé dónde ...» > 1966-A: «... vivía el viejo Gollum, una pequeña y viscosa criatura. No sé de dónde ...»
2. 1937: «... pálidos ojos redondos, Tenía un bote» > 1966-A: «... ojos redondos y pálidos en la cara flaca. Tenía un pequeño bote»
3. 1937: «It likes riddles» > 1951: «It like riddles» [falta la desinencia «s» que debe llevar la tercera persona del verbo en singular]. (Tolkien descubrió este error en 1961, escribiendo: «Se deslizó en la 6.^a impresión. ¡Iba Gollum a perderse la oportunidad de una sibilante!» [*Cartas*, n.º 236]. Sin embargo, el error se conservó en las ediciones de 1966-A, 1966-B y en la 4.^a de 1978 de Allen & Unwin.)
4. 1937: «antes de que llegaran los trasgos y fuera separado de sus amigos y expulsado muy lejos bajo las montañas» > 1951: «antes de quedarse sin amigos y de que lo echasen, solo, y se arrastrara descendiendo y descendiendo, a la oscuridad bajo las montañas»
5. 1937: «¡... y no contestamos, le hacemos un regalo!» > 1951: «y no contestamos, haremos lo que él quiera, ¿eh? ¡Le enseñaremos el camino de la salida, sí!»
6. 1937: «... pero cuando Bilbo empezaba a preguntarse cómo sería el regalo de Gollum» > 1966-A: «... Bilbo ya esperaba que el desdichado no podría responder» (1951 coincide con 1937).
7. 1937: «¿qué hay de tu regalo?» > después de 1951: «¿qué hay de tu respuesta?» (La segunda edición [quinta impresión] de 1951 coincide con ¿o que se lee en 1937. Pero las impresiones posteriores de la segunda edición contienen el cambio. No sé con exactitud cuándo se llevó a cabo, pero creo que de mediados a finales de la década de 1950.)
8. A esta altura el texto original (1937) fue por entero abandonado. Lo doy aquí sin interrupción:

Pero, curiosamente, no tenía por qué alarmarse. Por empezar, Gollum había aprendido mucho,

mucho tiempo atrás, a no hacer nunca, nunca trampas en un torneo de acertijos, que es sagrado y de inmensa antigüedad. Además, tenía la espada. sencillamente, se sentó y lanzó un suspiro:

-¿Qué hay del regalo? -preguntó Bilbo; no es que le preocupara demasiado, pero sentía que lo había ganado con bastante justicia, y además en muy difíciles circunstancias.

-¿Tenemos que entregar la cosa, precioso? ¡Sí, tenemos que hacerlo! Tenemos que buscarla, precioso, y entregar el regalo que prometimos. -De modo que Gollum volvió chapoteando al bote, y Bilbo creyó que ya no oiría más de él. Pero no fue así. El hobbit estaba pensando en volver por el pasaje (ya tenía bastante de Gollum y de las aguas oscuras) cuando lo oyó lamentarse y chillar en las tinieblas. Estaba en su isla (de la que Bilbo, por supuesto, nada sabía) escarbando aquí y allá, buscando y rebuscando en vano, y dándose vuelta los bolsillos.

-¿Dónde está? ¿Dónde está? -lo oyó chillar Bilbo-. ¡Perdido, perdido, mí precioso, perdido, perdido! ¡Benditos seamos y salpicados! No tenemos el regalo que prometimos, y no lo tenemos siquiera para nosotros mismos.

Bilbo dio la vuelta y esperó, preguntándose por qué la criatura haría tanto escándalo. Esto, en definitiva, resultó ser una suerte. Porque Gollum volvió balbuciendo, susurrando y croando de manera espantosa; Bilbo a la larga comprendió que Gollum había tenido un anillo: un hermoso y maravilloso anillo que le había sido dado como regalo de cumpleaños y edades y edades atrás, en tiempos de antaño, cuando semejantes anillos no eran cosa tan poco corriente. A veces lo llevaba en el bolsillo; habitualmente lo metía en un agujerito abierto en la roca de la isla; a veces se lo ponía: cuando tenía mucha, mucha hambre y se cansaba del pescado, y se arrastraba por pasajes oscuros en busca de algún trasgo perdido. Entonces aun se aventuraba por lugares en los que se encendían antorchas que lo hacían parpadear y los ojos le ardían; pero él no corría peligro. ¡Oh, no! Casi no corría ningún peligro; porque si uno se deslizaba el anillo en el dedo, se volvía invisible; sólo a la luz del día podía uno ser visto, y sólo por la sombra en ese caso, y era la suya una sombra muy tenue y estremecida.

No sé cuántas veces Gollum le pidió perdón a Bilbo. Decía una y otra vez: -Lo sentimos; no tuvimos intención de hacer trampas, teníamos intención de darnos nuestro único, único regalo, si lo ganaba en la competición. -Aun le ofreció a Bilbo atrapar para él algún pez jugoso como consuelo.

Bilbo se estremeció al pensarlo. -No, gracias -dijo con tanta cortesía como le fue posible.

Estaba pensando intensamente y se le ocurrió la idea de que Gollum tenía que haber dejado caer el anillo en algún momento, y él lo había encontrado, y tenía ahora precisamente ese mismo anillo en el bolsillo. Pero tuvo el tino de no decírselo a Gollum.

¡Encontrar es poseer!, se dijo; y dadas las circunstancias, es posible que tuviera razón. De cualquier modo, el anillo ahora le pertenecía.

-¡No importa! -dijo-. El anillo habría sido mío ahora si lo hubiera encontrado; de modo que lo habría perdido de cualquier modo. Y lo libraré de su compromiso con una condición.

-¿Sí? ¿Cuál es? ¿Qué desea que hagamos, mi preciosso?

-Ayúdeme a salir de este sitio -dijo Bilbo.

Gollum debía aceptar ahora esa condición si no quería hacer trampas. Sentía muchas ganas todavía de saber qué gusto tendría el extranjero; pero ahora tenía que abandonar por completo esa idea. Además, estaba la pequeña espada; y el extranjero estaba del todo despierto, y en estado de alerta, no distraído como le gustaban a Gollum las cosas cuando él las atacaba. De modo que quizá esto fuera lo mejor.

Así fue como Bilbo se enteró de que el túnel terminaba junto al agua y de que no seguía del otro lado, donde el muro de la montaña era oscuro y sólido. También se enteró de que debería haber girado a la derecha por uno de los pasajes laterales antes de llegar al fondo; pero no podía seguir las indicaciones de Gollum para volver a encontrar el pasaje en el camino de ascenso, e hizo que la desdichada criatura lo acompañara para orientarlo.

Mientras avanzaban juntos por el túnel, Gollum chapoteando a su lado y Bilbo moviéndose muy silenciosamente, pensó en probar el anillo. Se lo deslizó en el dedo.

-¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido? -dijo Gollum de inmediato mirando alrededor con sus grandes ojos.

-¡Aquí estoy, siguiéndote por detrás! -dijo Bilbo, quitándose nuevamente el anillo y muy complacido al comprobar que tenía el efecto del que había hablado Gollum.

Siguieron entonces adelante, y Gollum iba contando los pasajes a la izquierda y a la derecha: -Uno a la izquierda, uno a la derecha, tres a la derecha, dos a la izquierda -y así sucesivamente. Empezó a temblar y a sentir miedo a medida que iban dejando el agua más y más atrás; pero por fin se detuvo junto a una abertura (ascendente) a la izquierda-, seis a la derecha, cuatro a la izquierda. Aquí está el pasaje -susurró-. Tiene que encogerse para

entrar y agacharse. Nosotros no debemos acompañarlo, mi preciosso, no nos atrevemos, ¡gollum!

De modo que Bilbo se deslizó bajo el arco y dijo adiós a la desagradable y desdichada criatura; y bien complacido que estaba. No se sintió cómodo hasta estar del todo seguro de que se había ido, y mantuvo la cabeza fuera en el túnel principal escuchando hasta que el chapoteo de los pies de regreso al bote se apagó en la oscuridad. Luego descendió por el nuevo pasaje.

Era bajo, estrecho y toscamente abierto. Estaba bien para un hobbit, salvo cuando tropezaba en la oscuridad con desagradables irregularidades que había en el suelo; pero era sin duda demasiado bajo para los trasgos. Quizá no saber que los trasgos estaban acostumbrados a esa clase de pasaje, y que transitaban agachados de prisa por ellos casi con las manos sobre el suelo, era lo que hacía olvidar a Bilbo el peligro de toparse con ellos y avanzar de prisa con osadía.

Como el texto que reemplazó el precedente de 1951 es exactamente el que figura en el cuerpo de este libro, no lo repito aquí. Véase la página 94 a partir de «Naturalmente, sabía que el torneo de las adivinanzas era sagrado» hasta la página 103, donde termina «con las manos casi en el suelo.»

9. 1937;

Pronto el pasaje, que había estado bajando, empezó a subir otra vez, y al cabo de un rato, ascendió abruptamente. Eso fue causa de que avanzara más despacio. Pero por fin, después de transcurrido cierto tiempo, la cuesta se interrumpió, el pasaje giró y descendió otra vez, y en seguida de un breve descenso, vio una luz que se filtraba a la vuelta de un recodo. No la luz roja de una fogata o una linterna, sino la pálida luz ordinaria del aire libre. Entonces empezó a correr. Tan de prisa como lo llevaban sus cortas piernas, dobló el recodo y estuvo de pronto en un lugar abierto donde la luz, después de todo el tiempo pasado en la oscuridad, le pareció deslumbradoramente brillante. En realidad se trataba sólo de un rayo de sol que entraba por la arca donde una gran puerta, una puerta de piedra, estaba entornada.

Bilbo parpadeó y entonces, repentinamente, vio a los trasgos: trasgos con armadura completa que esgrimían espadas y estaban sentados junto a la puerta mirándola con grandes ojos y también el pasaje que llevaba a ella. Lo vieron antes que él los viera a ellos, y con chillidos de deleite se precipitaron sobre él.

Si fue por accidente o por presencia de ánimo, no lo sé. Por accidente, creo, porque el hobbit no estaba acostumbrado todavía a su nuevo tesoro. De cualquier modo, se deslizó el anillo en un dedo de la mano izquierda..., y los trasgos se detuvieron en seco. No podían ver el menor indicio de la presencia de Bilbo. Entonces aullaron, dos veces más fuerte que antes, pero no con tanto deleite.

> 1951:

Pronto el pasadizo, que había estado bajando, comenzó a subir otra vez, y de pronto ascendió abruptamente. Bilbo tuvo que aflojar la marcha, pero por fin la cuesta acabó; luego de un recodo, el pasadizo descendió de nuevo, y allá, al pie de una corta pendiente, vio que del costado de otro recodo venía un reflejo de luz. No una luz roja, como de linterna o de fuego, sino una luz pálida de aire libre. Bilbo echó a correr.

Corriendo tanto como le aguantaban las piernas, dobló el último recodo y se encontró en medio de un espacio abierto, donde la luz, luego de todo aquel tiempo a oscuras, parecía deslumbrante. En verdad, era sólo la luz del sol, que se filtraba por el hueco de una puerta grande, una puerta de piedra que habían dejado entornada.

Bilbo parpadeó, y de pronto vio a los trasgos: trasgos armados de pies a cabeza, con las espadas desenvainadas, sentados a la vera de la puerta y observándolo con los ojos abiertos, observando el pasadizo por donde había aparecido. Estaban preparados, atentos, dispuestos a cualquier cosa.

Lo vieron antes que él pudiese verlos. Sí, lo vieron. Fuese un accidente o el último truco del anillo antes de tomar nuevo amo, no lo tenía en el dedo. Con aullidos de entusiasmo, los trasgos se abalanzaron sobre él.

Una punzada de miedo y pérdida, como un eco de la miseria de Gollum, hirió a Bilbo, y olvidando desenvainar la espada, metió las manos en los bolsillos. Y allí en el bolsillo izquierdo estaba el anillo y él mismo se le deslizó en el dedo índice. Los trasgos se detuvieron bruscamente. No podían ver nada del hobbit. Había desaparecido. Chillaron dos veces, tan alto como antes, pero no con tanto entusiasmo.

CAPÍTULO VI: DE LA SARTÉN AL FUEGO

1. 1937: «De modo que le pedí mi regalo, y él fue a buscarlo y no pudo encontrarlo. De modo que le dije:

"Muy bien, ayúdame a salir de este horrible sitio", y él me mostró el pasadizo que llevaba a la puerta. "Adiós", le dije, y seguí el camino descendente» > 1951: «De modo que dije: "¿Qué hay de tu promesa? ¡Enséñame el camino de salida!". Pero él saltó sobre mí para matarme, y yo eché a correr, caí, y él me perdió en la oscuridad. Luego lo seguí, pues oí que se hablaba a sí mismo. Pensaba que yo conocía realmente el camino de salida, y estaba yendo hacia él. Al fin se sentó en la entrada y yo no podía pasar. De modo que salté sobre él y escapé corriendo hacia la puerta.»

2. 1937: «... burlar centinelas y abrirse paso ...» > 1951: «... burlar centinelas, saltar sobre Gollum y abrirse paso ...»
3. 1937: «Gandalf conocía perfectamente la puerta trasera, como él llamaba a la entrada inferior donde Bilbo había perdido sus botones» > 1951: «Gandalf conocía perfectamente la puerta trasera, como los trasgos llamaban a la entrada inferior, donde Bilbo había perdido sus botones»

CAPÍTULO VII: EXTRAÑOS APOSENTOS

1. y 2. En estos dos casos en el texto original de 1937 decía «señor de las águilas», con letras iniciales en minúsculas. Los textos de 1951, 1966-A y 1966-B conservan las letras iniciales en minúsculas. Pero la edición de Houghton Mifflin, que contiene el texto de 1966-B, utiliza «Señor de las Águilas». Puede que el cambio haya sido consecuencia de una convención editorial; sin embargo el mismo Tolkien empleó las letras iniciales en mayúsculas (desde 1937 en adelante) cuando presenta al Señor de las Águilas en el capítulo anterior.

CAPÍTULO VIII: MOSCAS Y ARAÑAS

1. 1937: «... los Elfos del Abismo (o Gnomos) ...» > 1966-A: «... los Elfos del Abismo ...»
2. 1937: «En el ancho mundo los Elfos de los Bosques se demoraban en el crepúsculo antes de alzarse el Sol y la Luna; y después erraban por los bosques que crecían bajo el amanecer. Preferían sobre todo los límites de los bosques, ...» > 1966-B: «En el Ancho Mundo los Elfos del Bosque disfrutaban de los crepúsculos del Sol y la Luna, pero preferían las estrellas; e iban de un lado a otro por los bosques enormes que crecían en tierras ahora perdidas. Habitaban la mayor parte del tiempo en los límites de las florestas...» (1966-A coincide con 1966-B, pero no hay coma después de *Luna*).

CAPÍTULO IX: BARRILES DE CONTRABANDO

No contiene revisiones.

CAPÍTULO X: UNA CÁLIDA BIENVENIDA

No contiene revisiones.

CAPÍTULO XI: EN EL UMBRAL

1. En 1937, 1951, 1966-A y 1966-B no hay aquí punto y aparte para señalar un nuevo párrafo. Éste se dio por primera vez en la edición de HoughtonMifflin, que contiene el texto de 1966-B; se dio nuevamente en la cuarta edición de Allen & Unwin.

CAPÍTULO XII: INFORMACIÓN SECRETA

No contiene revisiones.

CAPÍTULO XIII: NADIE EN CASA

1. 1937: «Era de plata acerada y ornada de perlas, y con ella iba un cinturón de perlas y cristales» > 1966-A: «Era de esa plata acerada que los elfos llamaban *mithril*, y con ella iba un cinturón de perlas y cristales»
2. 1937: «De modo que marcharon penosamente entre las piedras por la ribera izquierda del río -a la derecha la muralla rocosa por sobre el agua no tenía sendero alguno- y el vacío y la desolación ...» > 1966-A: «A la derecha, bajo la muralla rocosa, no había ningún sendero, y marcharon penosamente entre las piedras por la ribera izquierda del río, y en la desolación y el vacío ...»

CAPÍTULO XIV: FUEGO Y AGUA

No contiene revisiones.

CAPÍTULO XV: EL ENCUENTRO DE LAS NUBES

1. 1937: «y reabrir el sendero que llevase hacia ella» > 1966-B: «y en abrir un nuevo sendero que llevase hasta ella»
2. 1937: «que corría a la derecha del risco (mirando hacia la entrada desde fuera)» > 1966-A: «a lo largo de una repisa angosta que corría a la derecha del risco, mirando desde la entrada»
3. 1937: «Ese mismo día el campamento se trasladó y fue instalado entre los brazos de la Montaña» > 1966-B: «Ese mismo día el campamento se trasladó al este del río, justo entre los brazos de la Montaña»

CAPÍTULO XVI: UN LADRÓN EN LA NOCHE

No contiene revisiones.

CAPÍTULO XVII: LAS NUBES ESTALLAN

1. Esta nota al pie de página apareció por primera vez en 1966-A. (Por supuesto, el número de referencia a la página ha cambiado en las diversas ediciones.)

CAPÍTULO XVIII: EL VIAJE DE VUELTA

1. 1937: «Si fueran más los hombres ...» > 1957: «Si muchos de nosotros ...»

CAPÍTULO XIX: LA ÚLTIMA JORNADA

1. 1937: «El Norte está a salvo de ese horror por múltiples edades» > 1966-A: «El Norte estará a salvo de ese horror por muchos años, espero»
2. 1937: «El oro y la plata los gastó sobre todo en presentes» > 1966-A: «El oro y la plata los gastó en generosos presentes»

Sobre las runas y sus valores

A principios de 1938, Tolkien dijo que las runas empleadas en *El hobbit* eran «parecidas pero no idénticas a las runas de las inscripciones anglosajonas» (*Cartas*, n.º 25). Tolkien las utilizó en tres sitios de *El hobbit*: dos veces en el Mapa de Thror (las runas corrientes y las lunares, repetidas ambas en la nota de introducción agregada al libro en 1966) y una en la sobrecubierta. Estas últimas se reescribieron en el frontispicio del libro, con ligeras alteraciones para armonizarlas con las peculiaridades de esta edición.

Tolkien utilizó este sistema de runas en otras dos publicaciones: primero en la cubierta de la edición de Longmans de 1966 publicada para uso escolar; y segundo en una tarjeta postal dirigida en 1947 a Katherine Farrer, publicada en *Cartas* (n.º 112). En este último caso el uso es algo más sofisticado; por ejemplo, un punto bajo una runa le da doble valor.

Estos cinco ejemplos se han utilizado para compilar el cuadro de la derecha. Para más información acerca de estas runas como las emplearon los anglosajones, véase *Runes: An Introduction*, de R. W. V. Elliott, o *Runes*, de R. I. Page. Más información acerca de estas runas como las emplea Tolkien puede encontrarse en el artículo de Paul Nolan Hyde «The Angerthas and *The Hobbit*».

En *El Señor de los Anillos* Tolkien presentó un cuadro de runas mucho más amplio, pero allí a las mismas runas se les asigna un valor diferente, de acuerdo con un empleo diferente. Para más información, véase Apéndice E, apartado II, «Las Cirth».

	A		R	R
B	B		S	S
C	C		T	T
D	D		U·V	U·V
E	E		W	W
F	F		X	X
G	G	Y·*	Y·*	Y
H	H	*	*	Z
I	I·J			
K	K		EA	EA
L	L		EE	EE
M	M		EO	EO
N	N		NG	NG
O	O		OO	OO
P	P		ST	ST
Q	Q		TH	TH
[use CW]				

Bibliografía

Esta bibliografía es necesariamente selectiva. Mi lista de traducciones de *El hobbit* se ha basado principalmente en el artículo de Glen H. GoodKnight «Tolkien in Translation».

I. LIBROS DE J. R. R. Tolkien

- A Middle English Vocabulary*, The Clarendon Press, Oxford, 1922.
- Sir Gaiwain and the Green Knight*, ed. J. R. R. Tolkien y E. V. Gordon, The Clarendon Press, Oxford, 1925.
- Songs for the Philologists*, J. R. R. Tolkien, E. V. Gordon y otros. University College, 1936.
- The Hobbit [El hobbit]*, George Allen & Unwin, 1937 (2.^a ed. 1951, 3.^a ed. 1966, 4.^a ed. 1978).
- Farmer Giles of Ham [Giles el granjero de Ham]*, George Allen & Unwin, 1949.
- The Fellowship of the Ring: Being the First Part of The Lord of the Rings [La comunidad del Anillo, primera parte de El Señor de los Anillos]*, George Allen & Unwin, 1954.
- The Two Towers: Being the Second Part of The Lord of the Rings [Las dos torres, segunda parte de El Señor de los Anillos]*, George Allen & Unwin, Londres, 1954.
- The Return of the King: Being the Third Part of The Lord of the Rings [El retorno del Rey, tercera parte de El Señor de los Anillos]*, George Allen & Unwin, Londres, 1955.
- The Adventures of Tom Bombadil and Other Verses From The Red Book [Las aventuras de Tom Bombadil y otros poemas del Libro Rojo]*, George Allen & Unwin, Londres, 1962.
- Ancrene Wisse: The English Text of the Ancrene Riwe*, ed. J. R. R. Tolkien, Oxford, Londres, 1962.
- Tree and Leaf [Árbol y hoja]*, George Allen & Unwin, Londres, 1964.
- The Tolkien Reader*, Ballantine Books, Nueva York, 1966.
- Smith of Wootton Major [El herrero de Wootton Major]*, George Allen & Unwin, Londres, 1967.
- The Road Goes Ever On; A Song Cycle [El camino continúa: ciclo de canciones]*, Houghton Mifflin, Boston, 1967.
- Smith of Wootton Major and Farmer Giles of Ham*, Ballantine Books, Nueva York, 1969.
- Tree and Leaf, Smith of Wootton Major, The Homecoming of Beorhtnoth [El regreso de Beorhtnoth]*, Unwin Books, Londres, 1975.
- Farmer Giles of Ham, The Adventures of Tom Bombadil*, Unwin Books, Londres, 1975.
- Sir Gawain and the Green Knight, Pearl, and Sir Orfeo*, traducción de J. R. R. Tolkien, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, Londres, 1975.
- The Silmarillion [El Silmarillion]*, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, Londres, 1977.
- Pictures by J. R. R. Tolkien*, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, Londres, 1979.
- Poems and Stories*, George Allen & Unwin, Londres, 1980.
- Unfinished Tales of Númenor and Middle-earth [Cuentos inconclusos de Númenor y la Tierra Media]*, George Allen & Unwin, Londres, 1980.
- The Letters of J. R. R. Tolkien [Cartas]*, ed. Humphrey Carpenter y Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, Londres, 1981.
- The Old English Exodus*, texto, traducción y comentario de J. R. R. Tolkien, ed. Joan Turville-Petre, The Clarendon Press, Oxford, 1981.
- Mr. Bliss [El señor Bliss]*, Allen & Unwin, Londres, 1982.
- Finn and Hengest: The Fragment and the Episode*, ed. Alan Bliss, George Allen & Unwin, Londres, 1982.
- The Monsters and the Critics and Other Essays [El monstruo y los críticos y otros ensayos]*, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, Londres, 1983.
- The Book of Lost Tales, Part I [El libro de los cuentos perdidos, I]*, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, 1983, volumen 1 de La historia de la Tierra Media.
- The Book of Lost Tales, Part II [El libro de los cuentos perdidos, II]*, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, 1984, volumen 2 de La historia de la Tierra Media.
- The Lays of Beleriand [Las Trovas de Beleriand]*, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, Londres, 1985, volumen 3 de La historia de la Tierra Media.
- The Shaping of Middle-earth: The Quenta, the Ambarkanta and the Annals [La formación de la Tierra Media]*, ed. Christopher Tolkien, George Allen & Unwin, Londres, 1986, volumen 4 de La historia de la Tierra Media.
- The Lost Road and Other Writings [El camino perdido]*, ed. Christopher Tolkien, Unwin Hyman, Londres, 1987, volumen 5 de La historia de la Tierra Media.
- The Return of the Shadow: The History of The Lord of the Rings, I [El retorno de la sombra. La historia de El Señor de los Anillos, I]*, ed. Christopher Tolkien, Unwin Hyman, Londres, 1988.

II. TRADUCCIONES DE: *El hobbit*

- | | | | |
|------------|--|-----------|---|
| Alemán | <i>Kleiner Hobbit und der Grosse Zauberer.</i> Recklinghausen: Paulus Verlag, 1957. Traducido por Walter Scherf; ilustrado por Horus Engels. | Hebreo | <i>Habobit u' lesbarn obebazara.</i> Tel-Aviv: Zmora, Bitan, Modan, 3976. Traducido por Moshe Hanaami; ilustrado por J.R.R. Tolkien. |
| | <i>Der Kleine Hobbit.</i> Recklinghausen: Georg Bitter, 1967. Traducido por Walter Scherf; ilustrado por Klaus Ensikat. | Holandés | <i>De Hobbit.</i> Utrecht: Het Spectrum, 1960. Traducido por Max Schuchart. |
| Búlgaro | <i>Bilbo Begins; ili, Dotam i obratno.</i> Sofía: Narodna Mladeah, 1975. Traducido por Krasimira Todorova; ilustrado por Peter Chouklev. | Húngaro | <i>A Babó.</i> Budapest: Mora Ferenc, 1975. Traducido por Tibor Szobotka; ilustrado por Tamas Szeesco. |
| Castellano | <i>El Hobito.</i> Buenos Aires: Fabril, 1964. Traducido por Teresa Sánchez Luevas. | Indonesio | <i>Hobbit.</i> Yakarta: P.T. Gramedia, 1977. Traducido por Antón Adiwiyoto. |
| | <i>El hobbit.</i> Barcelona: Minotauro, 1982. Traducido por Manuel Figueroa. | Islandés | <i>Hobbit.</i> Reykjavik: Almenna Bokafelagid, 1978. Traducido por Ulfur Ragnarsson y Karl Agust Ulfsson. |
| Checo | <i>Hobit aneb Cesta tam a zase zpátky.</i> Praga, Odeon, 1973. Traducido por Lubomir Doruzka; ilustrado por Jiri Salamoun. | Italiano | <i>Lo Hobbit, o la Reconquista del Tesoro.</i> Milán: Aldelphi Edizioni, 1973. Traducido por Elena Jeronimidis. |
| Danés | <i>Hobbiten; eller, Ud og hjem igen.</i> Copenhague: Gyldenal, 1969. Traducido por Ida Nyrop Ludrigsen; ilustrado por J.R.R. Tolkien. | Japonés | <i>Hobbit No Boken.</i> Tokio: Iwanamí Shoten, 1965. Traducido por Teiji Seta; ilustrado por Ryuichi Terashima. |
| Eslovaco | <i>Hobbiti.</i> Bratislava: Mladé Letá, 1973. Traducido por V́ctor Krupa; ilustrado por Nada Rappensbergerova. | Noruego | <i>Hobbiten eller Fram og tilbake igjen.</i> Oslo: Tiden Norsk Forlag, 1972. Traducido por Finn Aasen y Oddrun Grónvik. |
| Estoniano | <i>Kääbik ehk Sinna ja tagasi.</i> Tallinn: Eesti Raamat, 1977. Traducido por Lia Rajandí; ilustrado por Maret Kernumees. | Polaco | <i>Hobbit czyli tam i z powrotem.</i> Varsovia: Iskry, 1960. Traducido por María Skibniewska; ilustrado por Jan Mlodozieniec. |
| Finlandés | <i>Lohikäärmevuori eli Erään hoppelin matka sinne ja takisin.</i> Helsinki: Tammi, 1973. Traducido por Risto Pitkänen; ilustrado por Tove Jansson. | Portugués | <i>O Gnomo.</i> Oporto: Livrana Civilizaáo, 1962. Traducido por Maria Isabel Braga y Mario Braga; ilustrado por A. Quadros. |
| Francés | <i>Bilbo le Hobbit, OH, Histoire d'un Aller et Retour.</i> París: Editions Stock, 1969. Traducido por Francis Ledoux. | Rumano | <i>O Poveste cu un Hobbit.</i> Bucarest: Editura Ion Creangá, 1975. Traducido por Catmca Ralea; ilustrado por Livia Rusz. |
| | <i>Bilbo le Hobbit.</i> París: Hachette, 1976. Traducido por Francis Ledoux; ilustrado por De Chica. | Ruso | <i>Hobbit, ili Tuda i obratno.</i> Leningrado: Detskaya Literatura, 1976. Traducido por N. Rakhmanova; ilustrado por M. B́elomĺnsky. |
| Griego | <i>Hobbit.</i> Atenas: Kedros, 1978. Traducido por A. Gavrieldi y Ch. Deligianni; ilustrado por J.R.R. Tolkien. | Sueco | <i>Hompen, eller, En resa dit och tillbaksigen.</i> Estocolmo: Kooperativa Forbundets Bok- |

förlag, 1947. Traducido por Tore Zetterholm; ilustrado por Torbjörn Zetterholm y Charles Sjéblom.

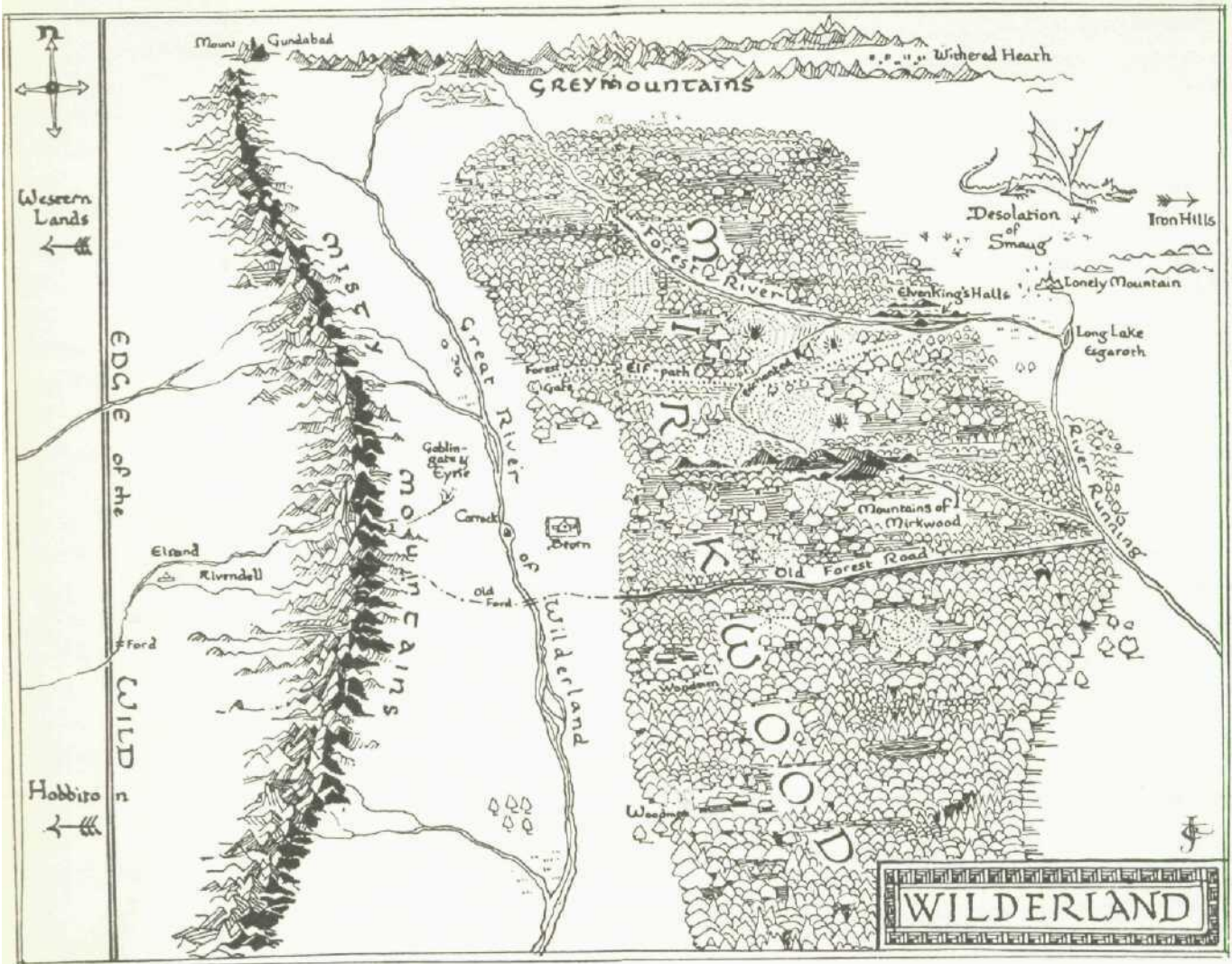
Bilbo: en Hobbits Áventyr. Estocolmo: Rabén & Sjógren, 1962. Traducido por Britt G. Halíquist; ilustrado por Tove Jansson.

Ucraniano *Hobit abo Mandrivka za imlysti hory.* Kiev: Veselka, 1985. Traducido por Oleksandra

Mokrovol'skoho; ilustrado por Mykhaila Bilomlyns'koho.

Yugoslavo *Hobit.* Belgrado: Nolit, 1975. Traducido por Meri y Milán Milisic. (Serbo-croata)

Hobit, ali tja in spít nazaj. Ljubljana: Mladinska Knjiga, 1986. Traducido por Dusan Ogrizek; ilustrado por Mima Pavlovec.



FIN

